Reedición digital del libro

"El encanto de la Senda de Casillas"

en el cuarenta y cuatro aniversario de Casillas como pedanía (1977-2021)

Acuarela de Fulgencio Saura Mira

Murcia, tierra clara de colores calientes y notas deliciosas de luz.
Cielos, nubes, tierra fértil y caminos de Huerta, colores y claridades.
Toda la belleza intacta del paisaje murciano.
Murcia erguida en hermosura.

Casillas es un rincón de nuestra Huerta que respira historia en cada esquina y desde el que emerge nuestra propia cultura y tradiciones. Hija del Segura, y conocida en la antigüedad como 'Senda de Casillas', la hermosa tierra de Casillas acumula siglos de historia; es cuna de cultura y foco de devoción, herencia de los mozárabes. En el siglo XIII, según el historiador Juan Torres Fontes, cuando Alfonso X El Sabio repartió las tierras de Murcia, nació 'Casiellas' ó 'Casellas', cómo se denominó uno de los parajes designados donde convivieron caballeros y peones.

Al adentrarse en este magnífico libro, el lector viaja en el tiempo y se encuentra ante curiosas historias que sucedieron en nuestro pasado, reviviendo entrañables y emotivas escenas de aire huertano. Casillas es pasado y futuro; es la imagen de la Hermandad del Sagrado Corazón de Jesús; son sus bandas de tambores y cornetas; sus grupos de Coros y Danzas; sus peñas huertanas; es su tradicional belén en movimiento, que a lo largo de los años ha atraído la atención de visitantes de toda España e incluso más allá de nuestras fronteras… Casillas es historia de Murcia.

Con esta obra, que es el homenaje más sincero que jamás se ha escrito a esta pedanía, Fulgencio Saura Mira recupera y deja plasmada para la posteridad gran parte de la historia de nuestro municipio. El arte y la cultura se aúnan en este libro, reeditado con motivo del 44 aniversario de la declaración de Casillas como pedanía y que ha contado con el apoyo incondicional de Ángel Martínez, quien fue el primer alcalde de Casillas.

Las páginas de este magnífico ejemplar nos hacen viajar en el tiempo, llevándonos a diferentes épocas de esta pedanía murciana, a sus fiestas en honor del Sagrado Corazón de Jesús; haciéndonos pasear por sus carriles y caminos, por sus sendas y hermosos paisajes, a través de las palabras y el pincel de Fulgencio Saura Mira. Todos los capítulos que conforman esta obra revelan la sensibilidad de su autor, quien nos descubre sus añoranzas y recuerdos.

Escritas desde el corazón, los lectores que se sumerjan en estas páginas se encontrarán con ilustres personajes, viajarán al viejo barrio de la Cruz, conocerán imágenes y figuras de la pasada vida de Casillas, la ruta de la Vereda de la Cueva, la finca de los Aceros, el aljibe de Los Martínez, las ermitas que desaparecieron con el paso del tiempo, las peñas de La Morera y La Menta y su folclore musical…

Conmemoraos la creación de Casillas –pedanía que fue constituida en 1977, cuando el por aquel entonces alcalde de Murcia, Clemente García, firmó el decreto para su creación–, con una obra que nos habla de su pasado; un ejemplar colmado de anécdotas que y que sin duda se transmitirá a las generaciones venideras.

Hay una Murcia más o menos grande, formada por varias 'Murcias' pequeñas que son sus pedanías. Si hablamos de Casillas, hablamos de Murcia; hablamos de historia y de futuro, pues esta pedanía forma parte indiscutible del desarrollo de nuestro municipio desde tiempo inmemorial. Crónicas del pasado y el presente muestran en estas páginas el auténtico rostro de la Huerta murciana, de Casillas, la Hija del Segura.

José Ballesta Germán
Alcalde de Murcia

Casillas en el corazón

De nuevo un paseo por la vieja Senda de Casillas; de nuevo un salto hacia atrás para recuperar el tiempo perdido, el que habla Proust, que queda dentro de nosotros. Ahora cuando se le pide a este cronista de la huerta escribir unos trazos sobre Casillas, de nuevo reencontrada, anhela aquella huerta de sendas y carriles convertidos en carreteras, que no dejan soñar con caminos apartados, trazados en un interior de huerta arcaica donde la gente salía a la plaza, conversaba con el vecino junto a la barraca y dominaba la acequia, tan entrañable, por donde una vez, bendita ocasión, puse el caballete para pintar un lienzo cerca de la tienda, pequeño bazar donde se olía a pan recién sacado del horno.

Era otro tiempo, apenas salido de la Universidad con ganas de recorrer la huerta entera, tomar apuntes directos del natural. La huerta estaba cerca de la calle Alfaro, donde vivía y a la esquina el rio con sus molinos. Me llenaba el paisaje de acequias y ermitas. Huía en ratos de ocio con el corazón abierto, sin otro consuelo de acercarme a la tierra del auténtico murciano que siente el latido de la campana de la vieja ermita junto al carril de cualquier pedanía.

Fueron muchos los surcos de la huerta rozados con el alma, pintados desde el corazón y escritos sin más que dar a conocer al mundo la belleza de esta huerta, su sencillez y alegría en sus primaveras gozosas cuando se huele a azahar que es cuando se cree que el Paraíso estuvo aquí, sin ir más lejos. Surgieron sendas, carriles, escenas y costumbres que se publicaron en el periódico Línea, y se conoció el otro lenguaje del huertano, su habla peculiar que destacaba en sus momentos de ocio, de un dialecto vulgar, como diría Muñoz Cortés. Era la huerta intima, sin tapujos, el paisaje que buscaba. Y entre ellos apareció la Senda de Casillas o de la ermita de Buendía elogiada por Torres Fontes y el admirado Serafín, de los que guardo afecta memoria.

"EL ENCANTO DE LA SENDA DE CASILLAS" es un libro escrito con el alma, sin regodeos ni otros vaniloquios. Surgió como un legado de autor que tuvo el honor de conocer a sus personajes, huertanos de pro, belenistas y de otros oficios que me entregaron su sabiduría, sus inquietudes y necesidades, tan abiertos como el sol zancadeando sobre las terrazas de su huerta. No faltaba la cita en tiempos precisos a sus bancales, sus casas donde se olía a vida cantada y contada, en la esquina del sendero donde al atardecer tornaba el huertano con su carro de alfalfal. Conocí, por privilegio a numerosos amigos, hombres de raza que por oficio tenían la labranza, mujeres aviesas en la cocina y dar alegría con sus bailes a sus maridos en los días lúdicos.

No en vano nos dimos cuenta que este lugar edénico contenía lo que un pintor y escritor necesita para construir un escenario donde se relacionaban sus vecinos, trabajaban de sol a sol, se reían y lloraban a sus muertos, rezaban en la vieja ermita y salían en fiestas con sus carrozas engalanadas blandiendo su hermosura. Fueron unos cientos de folios escritos desde la plaza bullente donde el escudo le da identidad a la población. Fueron escritos sintiendo la voz de su gente, sus sentimientos profundos. Conocí la alegría y belleza de un trozo

de huerta llena de contraste, de luz envolviendo las moreras con sus latidos de oro, sus naranjos retozando vida, sus pequeños y mayores con los que conversaba en largas tardes, cuando el horizonte ponía rayos violetas en las alejadas montañas.

Sí; adorada Senda de Casillas, siempre en el corazón de este pintor escritor, que elegiste para componer una pequeña y gran historia de personas sencillas que aprendieron a vivir y morir como gozar del sol mañanero. Señalar mi agradecimiento a Angel Martínez, que fuera alcalde de la pedanía en un tiempo singular, y cuya entrega al pueblo es merecedora de aplauso. Simplemente mi agradecimiento.

Fulgencio Saura Mira
Pintor y escritor
3 de enero de 2021

Escultura del Sagrado Corazón de Jesús, cedida al Pueblo por la Junta Municipal de Casillas situada en el Jardín entre la Avenida de la Libertad y la Calle del Alcalde Ángel Martínez

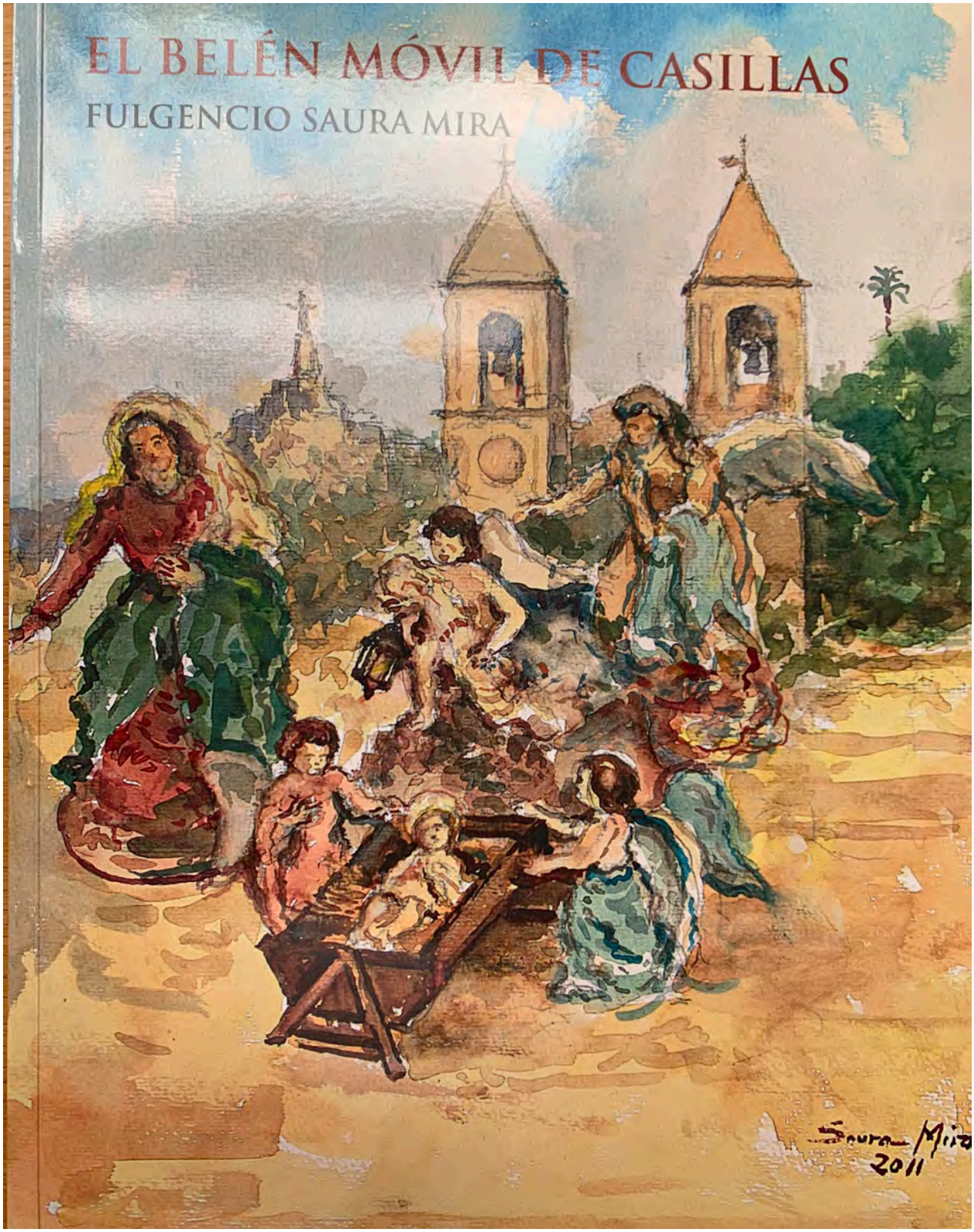
Santa Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en Casillas

9 Marzo de 1977 a 9 de Marzo 2007

XXX Aniversario de la Constitución de la Pedanía Murciana de CASILLAS

del 8 al 10 de Marzo 2007

INAUGURACIÓN DE LA COLOCACIÓN DE LA PALMERA DE LOS MUHER. de izquierda a derecha: Juan Mouliá, Francisca Muher, Miguel Ángel Cámara entonces Alcalde de Murcia, el Párroco Ángel Soler, Ángel Martínez primer Alcalde de Casillas, Manuel Muher y el actual Alcalde Serafín Muñoz.



El BELEN móvil de Vicente Sánchez Romero y su equipo, fue toda una novedad por el movimiento de las figuras que lo integraban, el fuego ardía, la ceña se movía y el agua caía y corría por la reguerica. Venían a verlo de todas partes y fue televisado repetidamente, era una fiesta continua, al faltar espacio se dejo de montar, ahora el Ayuntamiento de Murcia con el apoyo de la Junta Vecinal, esta realizando la obras para volver a poner el Belén en movimiento.

A todos los vecinos de Casillas

Al cumplirse este año el cuarenta y cuatro aniversario de la independencia de Casillas, de su declaración como Pedanía, Fulgencio Saura Mira que pintara y escribiera sobre nuestra tierra en los ochenta, Ángel Martínez que fue el primer Alcalde y yo, reeditar en digital el libro de Fulgencio que escribiera parar el 30 aniversario, que rememora aquella huerta que fuimos y que mantenemos en la memoria.

Estamos en el corazón de la Huerta de Murcia, nuestra tierra Casillas, es una pedanía que siente cercana la protección del Cristo de Monteagudo, que sigue nutriendo su huerta con el rumor de las acequias y mira al futuro con seguridad.

Casillas ha sido, desde tiempo inmemorial, una pieza imprescindible en el crecimiento y progreso del municipio de Murcia. La historia nos cuenta que en esta tierra vivieron destacadas familias que desde el siglo XIII ocuparon los oficios y la vida de Casillas gracias al interés del propio rey Alfonso X el Sabio.

Hoy día, nuestra pedanía, dotada de grandes calles y pequeñas veredas donde los edificios más modernos conviven con las casas más tradicionales, es un lugar donde se desarrolla cómodamente la vida.

Durante estos 44 años de funcionamiento de nuestro pueblo como una pedanía de Murcia hemos logrado, gracias al esfuerzo de todos, construir una tierra próspera, moderna, dotada de importantes infraestructuras, sede de empresas punteras y un espacio de convivencia donde resulta indiscutible la calidad de vida.

Como casillanos, tenemos que estar agradecidos y orgullosos al grupo de vecinos que en nombre de todos los vecinos de la pedanía, presentaron en el Ayuntamiento de Murcia, siendo Alcalde, Clemente García García, la documentación que justificaba la segregación de Casillas de la pedanía de Puente Tocinos, el grupo lo encabezaba Manolo González, Antonio González Berenguer, Vicente Sánchez, Patricio Montoya, y con fecha 9 de marzo de 1977 el Alcalde de Murcia firmaba el decreto de Alcaldía, la creación de Casillas como pedanía del Municipio de Murcia.

Una vez constituida la pedanía de Casillas, fue nombrado como primer Alcalde Pedáneo de Casillas, Ángel Martínez Martínez, firme impulsor de la constitución de la pedanía y defensor de su desarrollo.

En el perfil de nuestro pueblo resaltan las torres de la Iglesia donde se venera al patrón, el Sagrado Corazón de Jesús, al cual no podemos olvidar en esta reseña. Pues, si Casillas es rica gracias a la fertilidad de su tierra y al carácter de los casillanos, también lo es en tradiciones y respeto a nuestra cultura.

Todos cuantos formamos este pueblo llevamos en nuestro ADN la devoción al Patrón, el amor a nuestras tradiciones y el respeto y protección de nuestro patrimonio.

Queridos vecinos y vecinas;

Casillas es un lugar con historia y con futuro donde desarrollan su vida personas de honor y grandes embajadores de nuestra tierra que, allá por donde van, lucen el nombre de Casillas y contagian el espíritu generoso y bondadoso de los murcianos.

Hemos heredado de nuestros padres y abuelos un hermoso tesoro, nuestro pueblo, algo que debemos cuidar y fomentar para que las generaciones de casilleros venideras puedan decir, con el mismo orgullo que nosotros, que Casillas es nuestro pueblo y en el queremos vivir.

Serafín Muñoz García
Alcalde Pedáneo de Casillas

A mi pueblo, Casillas

En este año 2021 se cumplen cuarenta y cuatro años de la declaración de CASILLAS como Pedanía del municipio de Murcia, por ello y cumpliendo mi compromiso con Serafín Muñoz, su Alcalde y con Fulgencio Saura Mira como autor del libro EL ENCANTO DE LA SENDA DE CASILLAS, vamos a reeditarlo en digital, para ponerlo en la Red y todo el que tenga interés pueda acceder a este libro que rememora nuestra historia reciente.

En el año 1977 el Excelentísimo señor Alcalde de Murcia don Clemente García García, firmaba el decreto de la constitución de CASILLAS (LUGAR DE CASILLAS O ERMITA DE BUENDIA) como Pedanía y al que suscribe le nombraba su primer Alcalde de la Pedanía.

El domingo 3 de mayo del año 1981 en el diario Línea publicaba -Por los surcos de la huerta desconocida- del pintor y escritor Fulgencio Saura Mira, capitulo primero EL ENCANTO DE LA SENDA DE CASILLAS, en el aparecía un dibujo de la Ermita de Buendía, la Aceña y un agricultor con la azada al hombro acompañado de una niña, escribía sobre nuestra tierra y nuestra gente con respeto y admiración.

Felipe Julián del diario Línea, me presentaba al pintor y escritor, el maestro Fulgencio Saura Mira, y sentí su genialidad, así como de su cariño por la huerta y también de su generosidad, y durante sus estancias por nuestro pueblo hablamos lo fui conociendo y admirando. Continuó publicando dibujos y artículos: La vieja ermita. Escenas emotivas. El rostro autentico. Huellas de horribles escenas. El camino de la aceña. La vereda de la Cueva. Las viejas ermitas de Casillas. Escenas entrañables. La calle de la Cruz y El músico de Casillas.

De acuerdo con Fulgencio y concluida su publicación, en el mes de Agosto con el apoyo de Joaquín Buendía de la caja de ahorros provincial de Murcia, Paco Morales publicaba en su imprenta el primer libro de EL ENCANTO DE LA SENDA DE CASILLAS de de cuarenta y tres paginas que recogía los dibujos y textos publicados en el diario Línea. La portada fue una acuarela de la Ermita de Buendía, que según la placa de mármol que encontramos en su interior fue restaurada en el año 1.899, siendo Mayordomos José Martínez Aragón y Francisco Buendía Noguera, así como en el lateral de su fachada el Escudo de nuestro pueblo.

Como primera pagina aparecía una acuarela de nuestro vecino Juanjo que mostraba la futura plaza a construir en el entorno de la iglesia, cuyo terreno había sido cedido al Pueblo gratuitamente por don Salvador Martínez-Moya, el Prologo, del profesor Juan Torres Fontes, sobre la historia de nuestro pueblo, y en la contraportada una fotografía del Escudo de Casillas, su historia en la piedra: una palmera, una anguila, la flor de lis y una morera que nos recuerda las moreras de esta tierra y la crianza del gusano de la seda. Se hicieron quinientos ejemplares que fueron repartidos a todas las familias de la Pedanía.

El topónimo de nuestro pueblo es Lugar de Casillas o Ermita de Buendía, aunque era conocido como la Senda de Casillas por el camino que bordeaba la acequia desde principio a fin (desde las Atalayas en Murcia

a Cabecicos). Nuestro pueblo era a los efectos municipales una Entidad Singular de la Pedanía de Puente Tocinos, desde la Asociación de Vecinos de Casillas presentamos toda la información que fuimos elaborando al Ayuntamiento de Murcia, así como las razones y la historia que justificaban su separación de Puente de Tocinos y la creación de la Pedanía de Casillas, con tres entidades singulares LA GLORIA, LA CRUZ Y EL CENTRO.

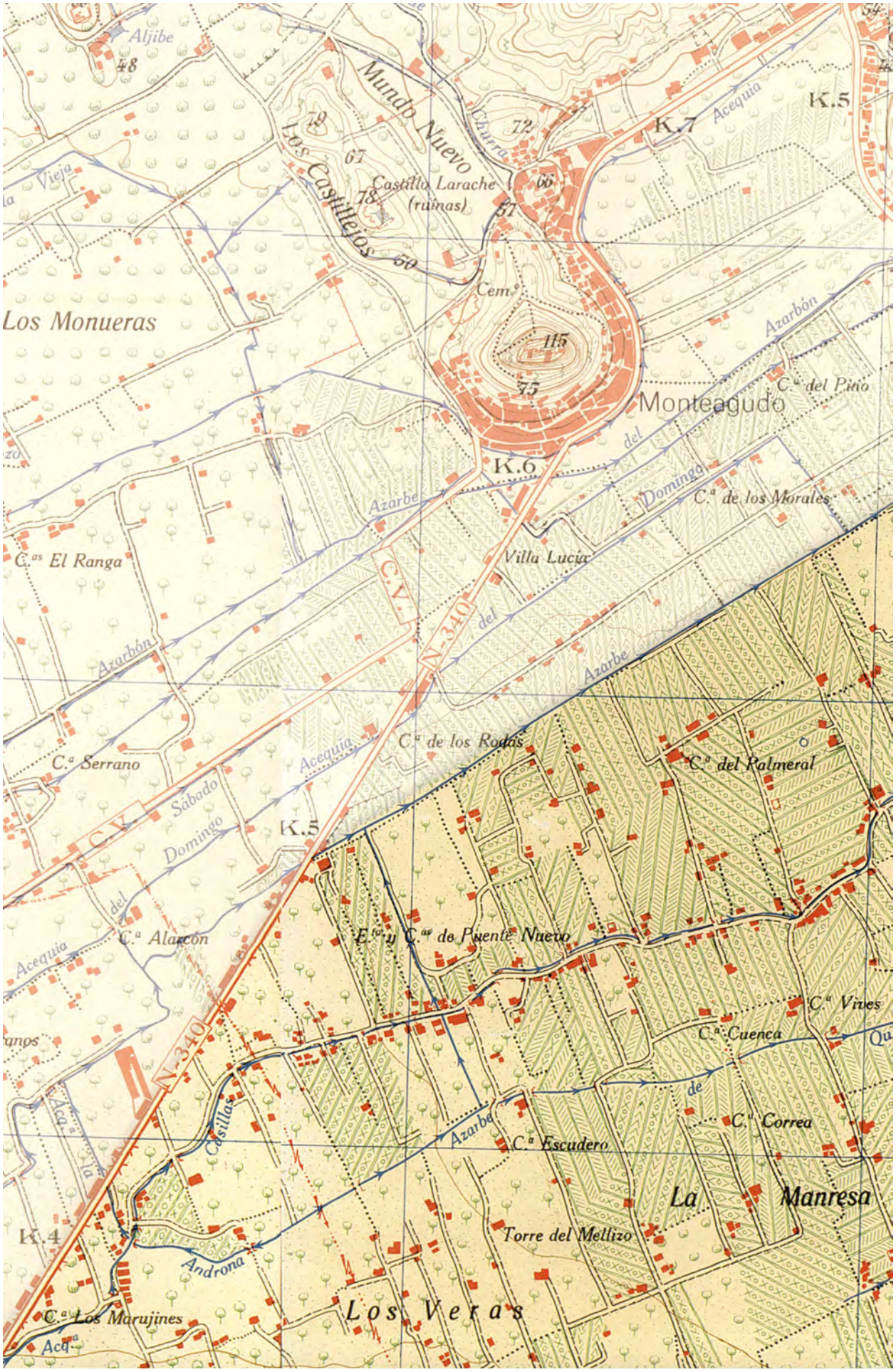
El 9 de marzo de 1977 el Alcalde de Murcia el Excelentísimo Señor don Clemente García García, ante la documentada y razonada petición de los vecinos de Casillas, y de su Asociación, entre los que se encontraban Antonio González Berenguer, José Sánchez Serrano, Francisco Cuenca Molina, Diego Guillen Montesinos, Juan Antonio Martínez, Vicente Sánchez Romero, Patricio Montoya, Ángel Gálvez y por el que suscribe, como Presidente de la Asociación de Vecinos, firmaba el decreto de Alcaldía de Murcia reconociendo a Casillas como Pedania.

Para conmemorar los treinta años se su independencia, el 9 de marzo de 2007, siendo Alcalde Serafín Muñoz, pedí a Fulgencio Saura Mira, que completara el trabajo que hiciera y publicáramos en el año 1981, Fulgencio encantado realizó añadió nuevos textos y acuarelas en color y el resultado fue la edición en 2007 del libro El encanto de la Senda de Casillas de 230 paginas, al que se sumaron los escritos del Alcalde de Murcia Miguel Ángel Cámara, así como de Clemente García al que siempre tendremos en nuestra memoria, de Serafín Muñoz como Alcalde y de Ángel Martínez como primer Alcalde.

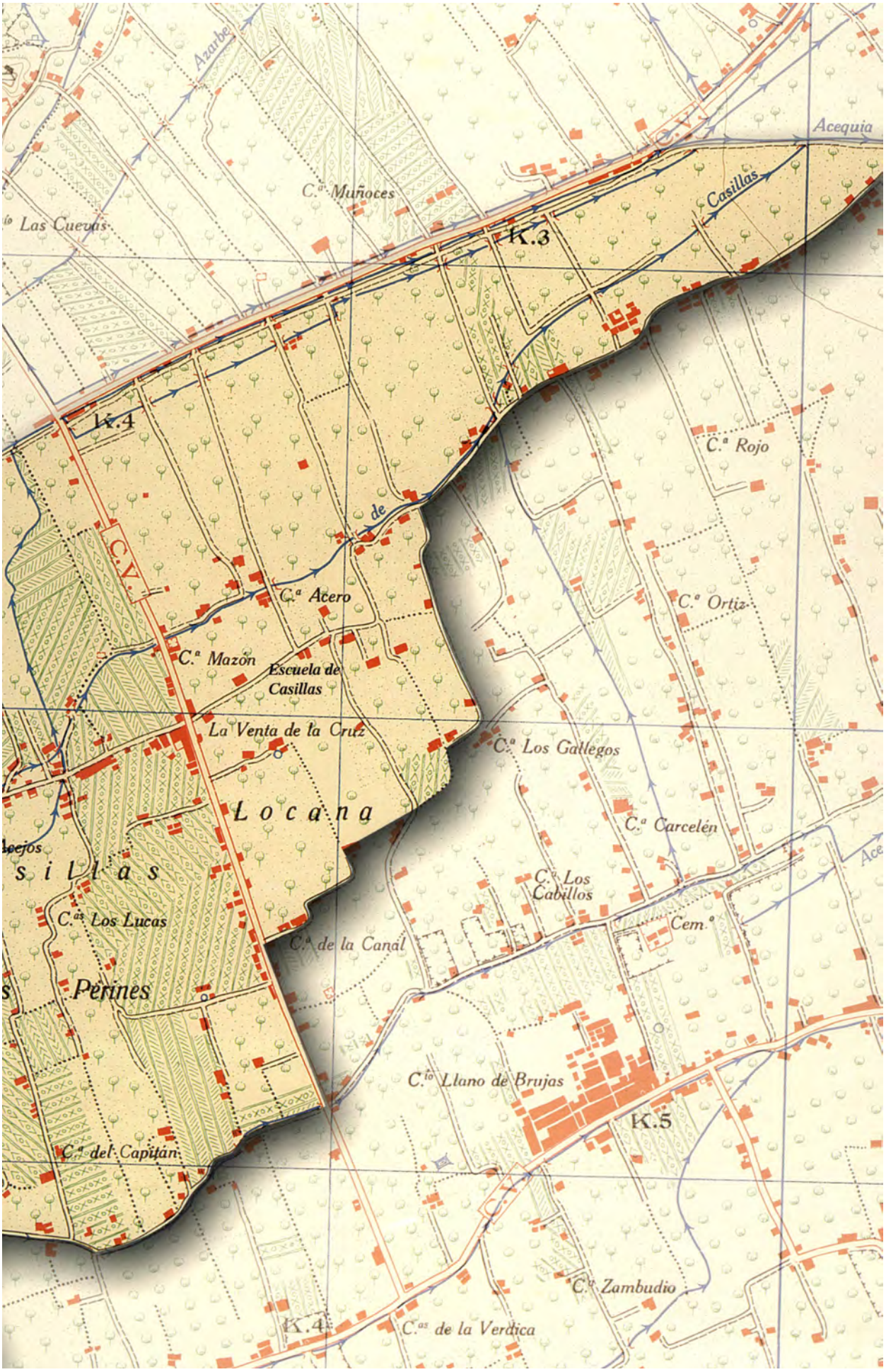
El libro fue patrocinado por la Fundación Caja Murcia, y la Obra Social Caja Mediterráneo encargaba a MUHER la realización de la palmera de 7 metros de altura, que fue colocada en la plaza de la Iglesia, como recuerdo permanente de su independencia.

Ahora al celebrarse el cuarenta y cuatro aniversario desde su declaración como Pedanía, y para cumplir mi compromiso personal con Fulgencio y con Serafín, de que trataríamos de hacer llegar el libro a todos los vecinos, esto es posible hacerlo realidad hoy con las nuevas tecnologías de la información, para ello hemos encargado a Alberto Fernández de Mailú la digitalización del libro El encanto de la Senda de Casillas, y lo pondremos en la Red y que todo el que lo desee pueda acceder al mismo y conocer una parte de la historia de este gran pueblo Lugar de Casillas o Ermita de Buendía.

Ángel Martínez
primer Alcalde de Casillas

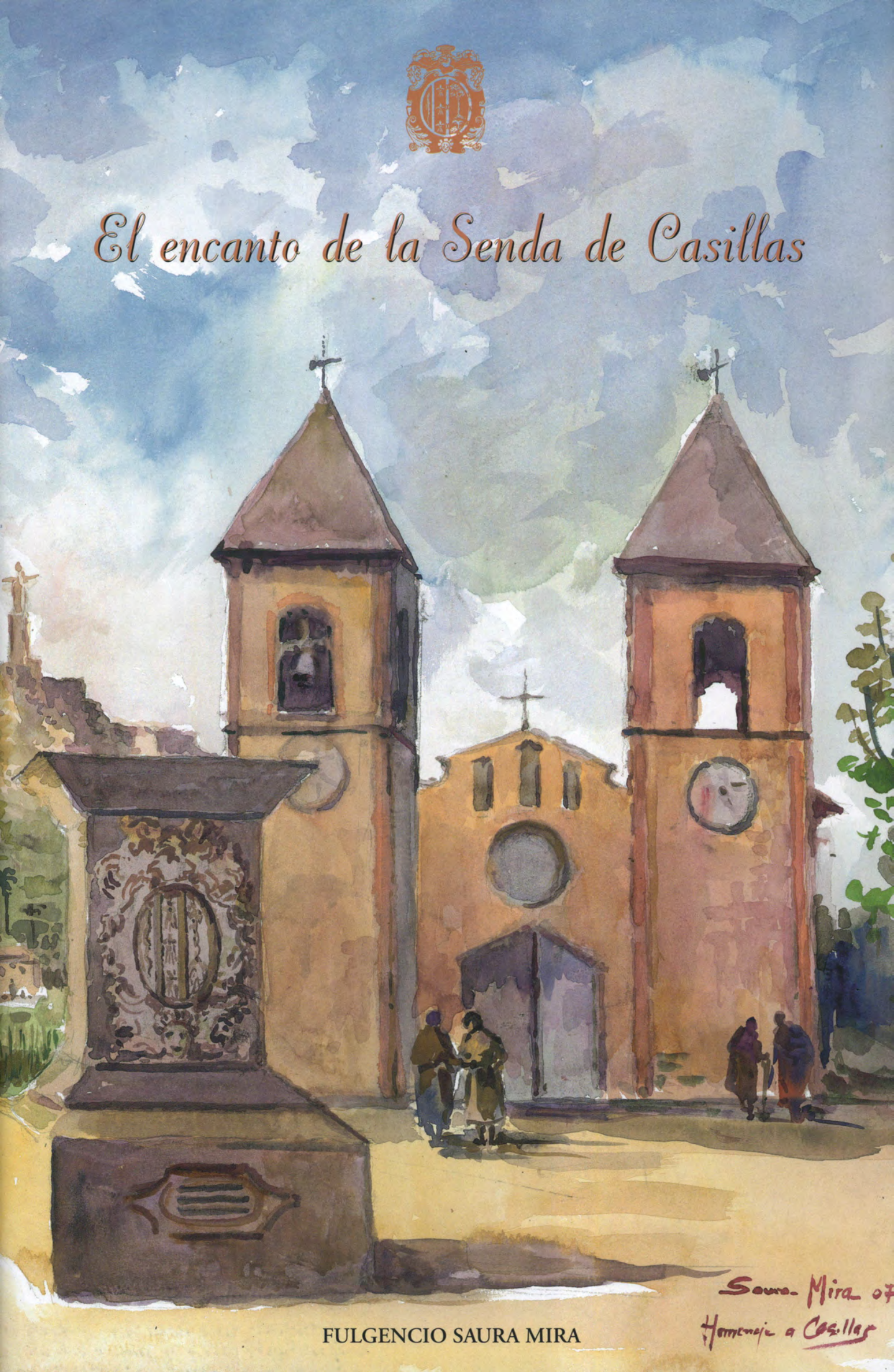


MAPAS QUE RECOGEN EL TERRITORIO HISTÓRICO DE CASILLAS.



MAPAS QUE RECOGEN EL TERRITORIO HISTÓRICO DE CASILLAS.

El encanto de la Senda de Casillas



FULGENCIO SAURA MIRA

Apuntes biográficos de Fulgencio Saura Mira

Nace en Murcia en 1938; cursa estudios en el Colegio de los H.H. Maristas y después en la Universidad de Murcia, licenciándose en la rama de Derecho; consigue plaza de Secretario de Ayuntamiento en Totana a los 26 años y después en el Ayuntamiento de Alcantarilla donde dirige el Boletín Informativo con temas culturales; y es designado Cronista Oficial de la Villa por sus trabajos literarios. En el año 1976 es nombrado académico correspondiente de la Academia de Alfonso X el Sabio de Murcia. Es designado Director del Departamento Etnológico del Museo de la Huerta, cargo que desempeña hasta 1986 en que pasa a ser Director de la Mutualidad de Funcionarios de la Administración Local de Murcia, cargo que ostenta hasta la extinción de la misma, momento en el que se integra en el INS, en concepto de asesor jurídico hasta el año 2003, instante de su jubilación para entregarse en cuerpo y alma a su auténtica vocación por el arte y la literatura.

En cuanto a su consideración pictórica, ya a los 14 años consigue un primer premio a la acuarela. En 1957 obtiene el premio de óleo en Cieza sobre Arte Provincial con su apunte del natural titulado La Era. En 1958 consigue el primer premio de acuarelas en la Academia General del Aire de San Javier (Murcia). En 1959 es becado con premio extraordinario en el Primer Certamen Juvenil de Arte, para permanecer en Madrid y obtiene un premio de dibujo por su obra Apuntes, otorgado por el pintor Vázquez Díaz. En 1979 hace exposición antológica de su obra en el Museo Provincial de Bellas Artes de Murcia. En 1991 interviene en la Exposición de Escultores y Pintores de la Academia Alfonso X, en el Almudí, Murcia. Forma parte de la colección 150 años de Pintura en Murcia, publicado por el Diario La Opinión en 1995. En 1996 expone en la bienal de Acuarela de Llaça, Girona. En marzo del mismo año expone Pinturas en la sala Luis Garay del Colegio Mayor Azarbe de la Universidad de Murcia. En abril lo hace en el Centro Cultural de Ceutí. En mayo expone obra pequeña en la sala Detrás del Rollo, Murcia. En octubre expone Luces y Sombras en el Centro Cultural de Ceutí. En noviembre expone Visión de El Esparragal en el Centro Cultural de esta localidad. También en noviembre es seleccionado para la Exposición Anual de la Agrupación de Acuarelistas de Cataluña. En 2000 es incluido por el Centro de Arte Palacio Almudí en la retrospectiva MURCIA, 1956/72. Una ciudad en desarrollo. Ese mismo año expone en Cajamurcia de Cartagena la obra Mitología. En 2001 realiza diversas actividades culturales y es autor de varios carteles anunciadores de festivales; recibe el premio Cangilón del Museo de la Huerta de Alcantarilla. Ha expuesto en Borquisimeto, Málaga, Almería, Cartagena, Madrid y Barcelona. En 2002 es seleccionado para exponer en el Museo de la Ciudad de Murcia, dentro de la muestra Miradas sobre la Ciudad. Realiza el cartel del XXIII Festival Internacional de Cante Flamenco de Lo Ferro. También expone con éxito en Muekles, San Javier. Está incluido en el libro Encuentro con el arte actual. Pintores y escultores españoles 2001/2003 (Ediciones GEA, Barcelona). En 2003 expone en numerosas exposiciones colectivas en Murcia. La entidad Extrucolor, S.A. le adquiere una colección de 61 acuarelas, de las pedanías de Abanilla, que las tiene en sus instalaciones del Polígono Industrial de Abanilla, en exposición permanente y la CAM de Murcia le compra un óleo, Vista del río Chícamo, con destino a su patrimonio artístico. Poseen obras de Saura Mira importantes salas de toda España, distintos museos e instituciones, además de particulares. En enero de 2003 expone en la galería Infantes de Madrid con notable éxito.

Entre sus actividades literarias cuenta la de haber sido Pregonero de las Fiestas de Primavera de la Región de Murcia de 1977; Brujo del Año de Alcantarilla de 2001; de la que es cronista oficial, pregonero de Fortuna de sus fiestas de Sodales Romanos, en el año 1999, de la que es a su vez cronista oficial, siendo amplia la producción literaria del autor sobre esta villa, de la que ha escrito seis libros. Publica e ilustra con asiduidad en revistas y periódicos de Ceutí, Alcantarilla, Fortuna y Abanilla.

Se dedica en la actualidad por completo al arte y a la literatura, teniendo en preparación varias obras sobre el paisaje de la región murciana, entre las que tiene en preparación varios libros sobre Murcia y Fortuna.

Ha expuesto en el Colegio de Ingenieros Industriales de la Región de Murcia.

Ha colaborado con la CAM en la exposición homenaje al desaparecido pintor Manolo Avellaneda, en febrero de 2004.

Ha participado con obra pictórica en la galería catalana GRISOLARI, en el momento del Foro, con proyección de exponer en otros lugares europeos y de América.

En 2005 ha expuesto en el Martillo, su Murcia Barroca. En el casino de Murcia expone bajo el título Mis paisajes. Expone este mismo año en Miami y Copenhague en el Homenaje a Andersen. En abril expone en La Alberca bajo el título Volver a La Alberca.

En 2006 expone en Ceutí, en una retrospectiva, con obras que van desde su infancia a la actualidad.

También, en 2006, convierte la ermita de Los Torraos de Ceutí en pinacoteca, con una exposición permanente de 15 óleos, obra religioso-barroca, integrada por los 12 Apóstoles, un Cristo maniatado, San Pablo y San Bernabé.

El encanto de la Senda de Casillas

FULGENCIO SAURA MIRA

REEDICION DIGITAL: **Ángel Martínez Martínez**
por su 44 aniversario como Pedanía

Maquetación y Edición **Mailú Multimedia, S.L.**

Febrero 2021

Coordinación: **Ángel Martínez Martínez**

Coordinación editorial: **José Manuel Serrano Climent**

Edita: **Alternativas de Comunicación, S.L.**

© de los textos: **sus autores**

© de las imágenes: **sus autores**

Imprime: **Pictografía**

ISBN: 978-84-930313-8-1

Depósito Legal: Mu-408-2007

Colabora: FUNDACIÓN CAJAMURCIA

El encanto de la Senda de Casillas

FULGENCIO SAURA MIRA

Índice

Presentación. Miguel Ángel Cámara 9
1977 - Han pasado algo más de treinta años - 2007. Ángel Martínez 11
Casillas. Treinta años después. Clemente García 25
A mis vecinos. Serafín Muñoz 27
El Belén de Casillas. Vicente Sánchez Romero 29
Dios te lo pague amigo Pencho. José Belmonte Serrano 33
Bando de Manolo González 35
Un libro hecho con pasión. Fulgencio Saura Mira 37

Primera parte: edición de 1977 39

1. Palabras del Alcalde pedáneo 41
2. Prólogo (Juan Torres Fontes) 43
3. El encanto de la Senda de Casillas 45
4. Escenas emotivas y entrañables 49
5. El rostro auténtico de la huerta 53
6. Huellas de horribles escenas 57
7. El Camino de la Aceña 61
8. La Vereda de la Cueva 65
9. Las viejas ermitas de Casillas 69
10. La Ermita de Espín. Su desaparición 71
11. Torre Carmela 75
12. Ermita del Corazón de Jesús. Anécdotas de la ermita desaparecida 77
13. Escenas entrañables 79
14. La calle de la Cruz 83
15. El músico de Casillas 87

Segunda parte: Treinta años después 91

1. De nuevo vuelvo a Casillas 93
2. Añoranzas de la vieja huerta 99
3. Sendas y carriles 101
4. Del pasado y del presente de la huerta 105
5. Estar en Casillas 109
6. Vieja casona de Pacorro Soler 113
7. Viejos recuerdos con Maruja Cámaras 119

8. El viejo barrio de la Cruz 125
9. Lo mejor del mundo 129
10. La huerta que vivió Paco Buendía Martínez 133
11. Cuitas por la Senda al atardecer 137
12. El Camino Viejo de Casillas 143
13. Imágenes y figuras de la vieja Casillas 147
14. De la pasada vida en Casillas 151
15. Aquellas imágenes vividas 153
16. Viejas casas y personajes. (Un paseo septembrino) 159
17. Un tiempo entrañable para la huerta 163
18. Un paisaje con Monteagudo al fondo 165
19. Por el entorno de Casillas. (Secuencias entrañables) 169
20. Ruta por la Vereda de La Cueva 171
21. El aljibe de Los Martínez 173
22. De la orilla del Azarbe a la vereda del Capitán 179
23. La tradición belenista en la huerta. (Su impronta en Casillas) 183
24. La Hermandad de la Sagrada Familia de Casillas 187
25. La Hermandad del Sagrado Corazón de Jesús de Casillas 191
26. Las fiestas de Casillas 195
27. Del folklore musical huertano 197
28. La Peña la Morera. La labor de las Peñas de Casillas 207
29. La Peña de "La Menta" 213
30. Añoranzas otoñales por los recodos de Casillas 217
31. Crónicas del pasado y presente de Casillas 221

Bibliografía 227

Obra literaria de Saura Mira 229

Presentación

Casillas conmemora el 30 aniversario de su constitución como núcleo territorial delimitado del municipio de Murcia, es decir, como pedanía de nuestra Huerta. Durante estos años, desde que el Alcalde Clemente García firmara el decreto de constitución como pedanía, ha transcurrido mucho tiempo en el que Casillas ha alcanzado un desarrollo y prosperidad que se ha ido afianzando sobre todo en los últimos 12 años. Atrás quedan los años 70 y 80, desde el primer pedáneo, Ángel Martínez, firme impulsor de la constitución de la pedanía y defensor de su desarrollo, hasta el actual Presidente de la Junta Municipal, Serafín Muñoz, que está consolidando el progreso y modernización de Casillas.

Como Alcalde de Murcia he podido comprobar directamente cómo la pedanía ha evolucionado y crecido con más y mejores servicios; cómo día a día esta pedanía de la Huerta de Murcia, ha ido poco a poco consolidándose y creando unas propias señas de identidad que le diferencian de su entorno, Puente Tocinos, Monteagudo, Zarandona o Llano de Brujas.

La construcción de nuevos y modernos centros para los mayores, para las mujeres, el nuevo centro de atención sanitaria, el crecimiento y desarrollo residencial, el centro cultural, la mejora y modernización de las instalaciones deportivas y el próximo y deseado pabellón deportivo cubierto están contribuyendo a modernizar Casillas.

No quiero olvidar las profundas raíces culturales y religiosas de este pueblo, desde la advocación a la Purísima -con el magnífico monumento a su memoria en el centro de los nuevos desarrollos del pueblo-, la reconstrucción integral de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús y la renovación de la plaza de la iglesia, que enaltece las celebraciones religiosas y fiestas de Casillas.

La constitución de la Hermandad del Sagrado Corazón de Jesús, imagen que preside desde lo alto del Castillo de Monteagudo este hermoso paraje de la Huerta de Murcia, la creación de la Banda de Tambores y Cornetas de Casillas, que en pocos años ha alcanzado un altísimo nivel y ha despuntado en muchos rincones de nuestra tierra por su calidad, así como la más reciente Hermandad de la Purísima, completan el amor por las tradiciones de las gentes de esta pedanía.

Casillas, además de ganar el presente y futuro, es también una tierra de la que sus mujeres y hombres se sienten orgullosos: las peñas huertanas La Menta y La Morera continúan una tradición milenaria

en torno al folclore y gastronomía. Los jóvenes desarrollan cada vez más actividades y pueden vanagloriarse de ser la primera población en dedicar una calle a nuestro gran escritor y periodista Arturo Pérez Reverte, mostrando una vez más su generosidad con su tierra.

No puedo olvidar la aportación de Casillas a nuestra cultura mediante ese ejemplo único de artesanía murciana, de cariño y amor a su tierra que durante mucho tiempo ha realizado Vicente Sánchez. El Belén móvil, esa pequeña pero gran obra de arte que espero, deseo y estoy seguro muy pronto volverá a ver la luz de forma estable en unas nuevas instalaciones y que seguirá contribuyendo a dar a conocer los encantos de Casillas.

Un pueblo es conocido por sus gentes, por su capacidad de acogida, solidaridad y deseos de ganar el futuro y en ello Casillas es un ejemplo de la transformación de nuestras pedanías, de nuestra Murcia. Este libro recoge con singular acierto la evolución experimentada por Casillas, complementada con las magníficas ilustraciones de Fulgencio Saura Mira, prolífico autor costumbrista, amante de nuestra tierra, además de pintor, que plasma con delicadeza los más íntimos detalles de nuestro pueblo.

Desde 1995, hemos trabajado desde el Ayuntamiento y desde la Junta Municipal para recuperar el tiempo perdido; para transformar y modernizar nuestras pedanías y mejorar los servicios básicos de los ciudadanos: educación, sanidad, seguridad, es decir, el bienestar de todos, sin exclusiones.

Junto al progreso que hemos alcanzado, tenemos la oportunidad de seguir mejorando. Por eso, vamos a continuar viviendo la transformación de Casillas. La construcción del nuevo pabellón deportivo cubierto y de nuevos colegios que sustituyan a las antiguas escuelas, la rehabilitación integral del nuevo colegio o la creación de ese necesario Museo del Belén, harán realidad las ilusiones y esperanzas de quienes tienen la gran suerte de vivir en este hermoso pueblo.

Hoy, Casillas puede estar orgullosa y feliz por estos años de progreso como yo lo estoy como Alcalde de Murcia de lo que hemos conseguido para sus vecinos, que nos tiene que servir para continuar comprometidos con el progreso y el bienestar de Murcia, de sus barrios y pedanías. Entre todos vamos a continuar ganando el futuro para que las nuevas generaciones continúen sintiendo orgullo de la antigua Senda de Casillas. Enhorabuena y sigamos trabajando por Casillas, porque Murcia merece la pena.

Miguel Ángel Cámara Botía
Alcalde de Murcia
Enero de 2007

1977 - Han pasado algo más de treinta años - 2007

El año 1977, fue un año mágico para nuestro pueblo, la vieja Senda de Casillas, Lugar de Casillas o Ermita de Buendía, que es realmente como hoy se denomina la Pedanía de Casillas, en el Municipio de Murcia. Una tierra que nos rememora el Profesor *Juan Torres Fontes* en el prólogo de *El Encanto de la Senda de Casillas*, de *Fulgencio Saura Mira* que editamos y entregamos en las fiestas de la Pedanía en 1982.

Comienza el profesor, recordándonos que *Casiellas, Senda de Casillas, Ermita de Buendía, Casillas. He aquí la variada denominación de un paraje murciano en el transcurso de los siglos, hoy Pedanía de Murcia por el tenaz afán de sus gentes a la búsqueda de un tiempo mejor. En el Repartimiento de Murcia, efectuado por Alfonso X el Sabio en 1272, los pobladores que procedían de distintas tierras de España, catalanes y aragoneses, entre otros, fueron distribuidos por cuadrillas, las cuales tomaban el nombre de las acequias que regaban las tierras que les habían sido adjudicadas, aparece Casiellas con casi centenar y medio de vecinos y desigual proporción de las seis clases sociales en que se integraban.*

La escasa calidad de las tierras, pese a la labor eficaz y laboriosa de los musulmanes, no era de lo mejor de la huerta, pues aunque azarbetas y azarbes y canales de avenamiento procuraban sanear sus tahúllas, no lograban su completa desecación[1]*, lo que llevo consigo, el abandono de cultivos del mantenimiento de sus cauces y por consecuencia, su conversión en zona de almarjal con escasa utilización. Siglos más tarde fue Senda de Casillas. Aventuramos que pudo ser a partir de 1849 ¿Por qué? Porque en 1849 se redactan, aprueban y publican las Ordenanzas de la Huerta de Murcia.* Fecha ya de la que queda constancia escrita.

Los comienzos

A finales del verano de 1976, Casillas agonizaba, aislada de Puente Tocinos de quien era Entidad Singular, pero sólo eso y a efectos estadísticos. Entonces un grupo de hombres preocupados por el futuro de su pueblo, que entonces se veía muy negro, instaron al pueblo a una asamblea y en ella a la elección de la junta directiva de la Asociación de Vecinos. Así el 17 de octubre de 1976, comenzaba una nueva andadura con la constitución en el Cine Martínez de Casillas, de la Asociación de Vecinos de Casillas, que tuve el honor de presidir y cuyo secretario fue nuestro vecino y amigo, Ángel Gálvez. Casillas comenzaba una larga etapa de una zona de la huerta, su corazón que partien-

[1] En la visita que el Alcalde de Murcia, don Clemente García hizo a la Pedanía el 9 de marzo de 1977 con motivo de la Declaración como Pedanía, y la primera visita oficial que hacía, entre las peticiones que se le hicieron, estaba el que los huertanos que llevaban las tierras de los Praos, entre ellas nuestro querido amigo Antonio Barberán, le pidieron apoyo para el motor que permanentemente tenía que estar sacando el agua de la landrona, para evitar que estos bancales estuvieran inundados.

Como presona de lletras
y cabezon de familias,
de ste rincon huertano
que s la Senda de Casillas,
en nombre de toa su gente,
ar tio Clemente Garcia,
¡arbullo de los Arcaldes
de Murcia y sus Pedanias!
en vez de echar un descurso,
al darte la bienvenia,
yo que no soy na pulitico,
ni me ando con pamplinas;
con humirda de panocho
de esta huerta tan sufria,
apabulla de problemas,
que cuasi er sueño me quitan,
no quisiera oyir promesas,
ni palabricas "florias",
que toas se las lleva el viento,
anque halla "calma chicha",
sino que **DES SOLUCIONES**,
a toa priesa y deseguia.

Con mi firma en er paper

ANGELICO ER CABEZÓN
DE CASILLAS.

do de la puerta del cine Cervantes en la carretera Alicante en su conexión con Zarandona llegaba hasta el final de la acequia de Casillas en Cabecicos, incluyendo La Gloria, los Máiquez, los Abercoques, Torre Carmela, La Cruz, y toda la zona limítrofe desde el carril de las Palmeras, camino de Cabecicos donde estaba la escuela de Casillas en la que comencé a estudiar, y aún persisten sus ruinas, los caminos del Cristiano, del Tío Rafael, del Cantabella, esa fue y es la vieja Senda de Casillas, aunque aún hoy no se haya toda integrado en la Pedanía.

Nacía esta Asociación como consecuencia del olvido en que se encontraba Casillas, entonces Entidad Singular de Puente Tocinos, lo más grave afectaba a la Cruz, por la decisión del Ministerio de Obras Publicas, que había trazado una autovía sin tener en cuenta la historia y la realidad de más de cien viviendas que querría eliminar, carecíamos de red general de agua potable, aunque los esfuerzos de *un gran hombre de Casillas, Lizán* habían conseguido que una conexión a la red de la carretera de Alicante, que llevaba un chorrico de agua, no había alcantarillado, ni alumbrado público, ni farmacia, ni teléfonos públicos, ni buzón de correos, ni centro medico, ni biblioteca, ni espacio para los deportes, ni parada de taxis, ni señalización.

Entonces el camino principal la Senda de Casillas era estrecho y lleno de baches, las calles y carriles estaban sin asfaltar y carecían de placas de identificación, las acequias estaban sin cimbrar, y el azarbe mayor se desbordaba al no estar encauzado, y si preñado de cañas. Obras urgentes y prioritarias todas ellas, especialmente el agua, el alcantarillado y el asfaltado de calles y carriles, y la sanidad, como la necesidad de que se abriera a los niños, el centro escolar que se había construido permanecía cerrado por falta de equipamiento y terminación, por las que la Asociación comenzó a trabajar nada más constituirse y a llamar a todas las puertas de las Administraciones para poner en evidencia esta situación y pedir su apoyo y la solución a los problemas y necesidades del pueblo.

Casillas, Pedanía

Un nuevo caminar que recomenzaba el 9 de marzo de 1977, cuando el Alcalde de Murcia, don Clemente García, respondiendo a la invitación que le había hecho la Asociación de Vecinos de Casillas, visitaba oficialmente la hasta entonces Entidad Singular de Casillas, acompañado del Concejal Nicolás Ortega y del Alcalde Pedáneo de Puente Tocinos Juan Muñoz, como se constata en la fotografía. En esta primera visita a la Pedanía pudieron comprobar personalmente la total falta de servicios y equipamientos, así como la voluntad y el compromiso vital de todos sus vecinos por que les fuera reconocida su identidad como pueblo, cosa que ese

[D. José Rodríguez, D. Ángel Martínez y D. Clemente García]

mismo día hacia Clemente García firmando el Decreto que concedía a Casillas la consideración de Pedanía del Municipio de Murcia, en la foto, se recoge el momento en que el Alcalde nos comunicaba esta excelente noticia, y le respondíamos entregándole Pergamino firmado por Angelico el Cabezón de Casillas, junto a un listado con las principales necesidades de la región, pidiéndole que el Ayuntamiento respondiera a las necesidades más urgentes, a la vez que su apoyo ante las Instituciones, junto al contento de los vecinos de Casillas que hacían explotar tracas y cohetes como muestra de alegría.

[Visita a Casillas en 1976 del Alcalde de Murcia D. Clemente García, acompañado del Pedáneo de Puente Tocinos D. Juan Muñoz y de numerosos vecinos]

El cinco de diciembre de 1977 era recibido en el Palacio de la Zarzuela, por su Majestad el Rey Juan Carlos I, acompañado del resto de la Delegación de Parlamentarios y representantes del Municipio y Pedanías de Murcia, y tuve la oportunidad de comentarle a su Majestad la realidad de nuestra tierra, como se puede ver en la foto y en los medios de comunicación que el día 6 recogían la noticia.

[Su Majetad el Rey D. Juan Carlos I, recibiendo en audiencia entre otros a Ángel Martínez, alcalde de Casillas]

El 28 de febrero de 1978 al cumplirse prácticamente un año de la declaración de Casillas como Pedanía, las primeras autoridades de Murcia visitaban nuestro pueblo, como se constata en la foto, asistieron Federico Gallo, Gobernador Civil de Murcia, al que acompañaban el Presidente de la Diputación, José Manuel Portillo Guillamón y el Alcalde de Murcia, Clemente García, entre otras autoridades y vecinos.

[Visita a Casillas en 1978 de Federico Gallo, Gobernador Civil de Murcia, el Presidente de la Diputación, José Manuel Portillo Guillamón y el Alcalde de Murcia, Clemente García, entre otras autoridades y vecinos.]

Desde tiempos inmemoriales en que se construyó el conjunto urbano de Buendía, en que se encontraba anexa la Ermita, estaba el escudo de Buendía, el escudo de nuestro pueblo, y cuando quisimos recuperarlo para situarlo en la Plaza de la Iglesia que iba a construirse, el escudo había desaparecido. La Asociación de Vecinos hizo todo tipo de gestiones para conocer de su paradero y por fin fue encontrado y solicitamos su restitución al pueblo de Casillas, lo que se consiguió el 23 de junio de 1977. Dado que el escudo era y es patrimonio de Casillas, la Administración del Estado a través de la Dirección Provincial del Ministerio de Cultura, participó activamente para que el escudo en piedra labrada, volviera a nuestro pueblo, lo que se hizo realidad con la firma entre don Enrique Luján Pujante, que lo tenía en su chalet de El Palmar, por don Juan José Larrotcha Fuente, en representación del Ministerio de Cultura y por Ángel Martínez, como Alcalde de Casillas, del Acta de entrega del escudo heráldico a nuestro pueblo, que por fin, tras tres años, habíamos conseguido su retorno. A dicho acto asistieron además don Antonio González Berenguer, Presidente de la Asociación de Vecinos, don Joaquín Buendía. Director de la Caja de Ahorros, don Antonio Moreno, y don Vicente Sánchez Romero, tesorero de la Asociación de Vecinos. Por ello nuestro permanente agradecimiento a todos ellos, así como al Delegado de Cultura el Ilustrísimo señor don Pedro Andújar Naval, por todas sus gestiones a favor de la vuelta de nuestro escudo.

Las necesidades del pueblo eran todas, desde la entrada por la carretera de Alicante, estrecha y de gran dificultad, cosa que resolvió el entonces Jefe Provincial de Carreteras don José García León, como se constata en la fotografía, el pueblo carecía de alumbrado público, la falta de asfaltado de las calles y carriles, de la red de alcantarillado, de una red de agua potable, del cimbrado de la acequia, del ensanche del camino, tantas y tantas.

Aprovechando la visita a Murcia en marzo de 1979, del entonces Ministro de Obras Públicas y Urbanismo, el Excelentísimo señor don Joaquín Garrigues Walker, le pedimos que visitará la Pedanía, cosa que hizo, y apoyara al Ayuntamiento para llevar a cabo aquellas de su competencia. El Ministerio asumió la totalidad de la inversión de la red de abastecimiento de agua potable y el alcantarillado que fue entonces de doce millones de pesetas, por lo que siempre contará con todo con nuestro agradecimiento.

Llevamos a cabo obras y servicios, como encauzamiento del Azarbe Mayor y la realización de una carretera, la Avenida de Murcia, paralela a él, obras en las que nunca agradeceremos suficientemente a don Leoncio Beloqui responsable en Murcia del IRYDA y al ingeniero don Ángel Vázquez que se ocupó de su realización y dirección. Su conexión a la carretera de Alicante, se llevó a cabo mediante un puente fabricado fuera del mismo y traído en camiones y con grandes grúas situado sobre el Azarbe Mayor, obra dirigida por Pedro Morales ingeniero del Ayuntamiento de Murcia que fue quien asumió su realización.

[Visita a Casillas en 1979 de D. Joaquín Garrigues Walker, Ministro de Obras Públicas y Urbanismo]

[Fotografía dedicada a D. José García León, que ha hecho realidad esta obra]

Cimbramos la acequia de Casillas, ensanchamos el camino y lo hicimos una carretera, cimbramos la acequia Aljada e hicimos una carretera, abrimos y asfaltamos como el carril del Pino, y los Pijines, y tantos otros, se pusieron las placas recogiendo sus nombres tradicionales a calles y carriles, se llevó a cabo el alumbrado de diversas calles y carriles, por el Ayuntamiento de Murcia, bajo la dirección del ingeniero Antonio García Iniesta y Joaquín Clares.

Compramos terrenos para las escuelas en La Gloria, y para hacer el actual campo de deportes, conseguimos la farmacia y el médico, la parada de taxis, los buzones de correos y el teléfono público, la apertura de las escuelas, la puesta en marcha de los parvularios de La Gloria y La Cruz, la señalización de Casillas, la Asociación de Vecinos y la Alcaldía, junto a la Asociación de Padres de Alumnos trabajamos por conseguir resolver los problemas que nos acuciaban. Con el cura párroco don José Rodríguez Romero, compramos y trajimos, una nueva campana y un reloj para la torre (entonces una sola de la iglesia),...

Quiero testimoniar aquí mi agradecimiento personal, a don Salvador Martínez Moya y a don Ricardo, su hijo que continúa con nosotros, el que nos cediera los terrenos para hacer la Plaza de la Iglesia y permitir, que hiciéramos a ambos lados de la misma un perímetro que hoy amplía y da grandeza a la Iglesia, por ello quisimos que el nombre de don Salvador quedará para siempre en una calle que le dedicamos por este generoso gesto. Y quiero también aquí recordar que no todo lo que quisimos hacer fue realidad, como la calle que proyectamos por detrás de la Iglesia, para que desde la curva de Cascales llegar hasta la curva de los Franciscos haciendo una gran avenida, nueva vía como esta recogida en los planos de entonces y que hubiera y debería permitir una avenida paralela a la actual carretera eliminando y mejorando el tráfico por el centro del pueblo.

Carta abierta a todo el pueblo de Casillas del Alcalde de Murcia en las fiestas de agosto de 1977

Con motivo de las fiestas patronales en honor del Sagrado Corazón de Jesús, Patrono de Casillas, de agosto de 1977, que se incluye en el programa de Fiestas, con el título de *A UNA NUEVA PEDANIA, CASILLAS*

CASILLAS era y es un núcleo de huerta acaso perdido en ese otro mayor que se llama Puente Tocinos. Como entidad independiente ha visto la luz en este mismo año de 1977. Ello no ha constituido sino un reconocimiento oficial de su realidad física y de su sentido de unidad de población, con una problemática peculiar y específica.

Con motivo de la visita que realicé a Casillas pude apreciar muy directamente los valores que le hacían acreedora de la sustantividad que se le ha otorgado; aprendí el testimonio de su esencia; y conocí de forma tangible sus necesidades y aspiraciones, que son las propias de una sociedad en transición, que demandan un desarrollo comunitario, y a cuya satisfacción nos dedicamos y nos dedicaremos el tiempo que ostentemos la responsabilidad del municipio murciano.

Queremos hacer viable su desarrollo urbanístico, o dicho de otro modo, lograr para Casillas una habitad más agradable y acorde con las exigencias de hoy. Pero, mientras no se logre realizar esta idea maximalista, hay problemas concretos que atender: un abastecimiento de agua suficiente y regular; un saneamiento del que carece; el revestimiento y cimbrado de su acequia, que le procure un más ancho de comunicación; la pavimentación de este último, que constituye una fundamental vía interna para que los vecinos de Casillas se trasladen unos a otros sus mejores sentimientos y deseos de unión al resto del Municipio; y el revestimiento y cimbrado de su azarbe, más acá del tramo ya realizado.

Acaso ésta sea la síntesis más importante de una problemática local, cuya solución ya está en marcha, porque los dos citados cauces serán objeto, con inmediatividad, de las obras mencionadas; porque el mejor suministro de agua constituye un compromiso municipal; porque el saneamiento es una consecuencia lógica de todo lo anterior; y porque las obras de urbanización del camino será también una realidad -aunque la última- de todas las reseñadas.

Quizás sea esta una visión precipitada de la recién nacida Pedanía de Casillas, pero no deja de contar con la nota de autenticidad. Lo que sí quiero señalar desde estas precipitadas líneas es que cuanto antecede genera una obligación y constituye un compromiso municipal frente a los vecinos de Casillas.

Con mis mejores deseos de felicidad en estas fiestas y siempre, recibid el abrazo de un Alcalde que no entiende más política que la de la entrega total y absoluta a favor de quienes de él dependen.

Clemente García García
Alcalde de Murcia
Agosto de 1977

El programa de las fiestas de agosto de 1977, como no podía ser de otra manera, se abría con la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, e incluía fotografías de nuestro querido y recordado cura párroco don José Rodríguez Romero y las de la reina de las fiestas la señorita Fina Martínez Cánovas y su corte de honor.

[Sagrado Corazón de Jesús. Imagen que se venera en la Iglesia Parroquial de Casillas]

[Nuestro querido Cura Párroco D. Jose Rodríguez Romero y Ángel Martínez, alcalde de Casillas en la procesión del Sagrado Corazón de Jesús, recorriendo nuestras calles]

[Srta. Fina Martínez Cánovas, Reina de las Fiestas con su corte de Honor, integrada por las Srtas. Asunción Sánchez, Fina Morales Leal, Carmencita Serrano y Paqui Buendía]

Pregón a la fiestas de 2006

En las fiestas de agosto del pasado año, nuestro Alcalde Serafín Muñoz y su Junta de Gobierno, han querido que este vuestro primer alcalde, hiciera el PREGÓN de las fiestas, cosa que hice el dieciocho de agosto, lo que fue para mi el mayor honor que me podéis hacer, recordar que juntos contribuimos a la nueva realidad que es hoy Casillas, poniendo los primeros pilares. Al invitarme ahora a participar en las fiestas, es invitarme a revivir aquellos y estos tiempos de un pueblo que está y vive permanente en mi corazón, agradecimiento y gratitud para él y para todos los miembros de su Junta de Gobierno, a la vez que os agradezco, a todos, vuestra presencia, y os deseo de todo corazón que las disfrutéis plenamente.

Os decía en el PREGÓN, y os reitero, que era y es para mí un honor, el haber compartido con todos vosotros el **momento mágico del repique de campanas** con el que han dado comienzo las fiestas de nuestro pueblo, de este gran pueblo y CORAZÓN DE LA HUERTA que es Casillas, y que ahora continuamos con actos y celebraciones que nos llevarán hasta el día grande de nuestras Fiestas, el **domingo 27, con la Procesión de** nuestro Patrono el **Sagrado Corazón de Jesús**.

Nuestras fiestas han sido y son siempre motivo de alegría y regocijo, porque los mejores momentos son estos en los que podemos compartir la risa y la felicidad con nuestros amigos y vecinos. Ahora, dentro de unos momentos tendremos el placer de asistir a la coronación de las Reinas de nuestras fiestas 2006, y luego, horas y horas de fiesta, hasta el último cohete del gran castillo de fuegos artificiales, que se disparará como gran broche final de nuestras fiestas.

Desde hoy, todos los días la música y las diversas actuaciones conformarán un mundo preñado de ilusión y de alegría, que compartiremos y viviremos juntos. Permitidme en estos momentos de felicidad que me apropie de los versos del poeta *Vicente Medina,* cuando dice:

Cuajado el sol a la puerta
de tu barraca
está en un montón de oro:
en un montón de naranjas...
está en las panochas rubias
enrastradas...

De los capillos pajizos
está la seda dorada
puesta en madejas al sol,
propiamente luz hilada...
en la mirada...
y está en tus labios que son
una brasa...

¡Ay tu barraca!...
me encandilo si la miro,
toda dorada
bajo el cielo azul purísimo
de esta huerta de mi alma:
oro su techo de sisca,
oro el cañizo de cañas,
oro sus mismos adobes,
oro, en su gancho, la cántara...

Y tú, de esa barraquita,
Zagala,
A la puerta
Pintiparada,
¡oro molido, oro puro
de mi tierra llorada,
con todo el sol de la huerta
cuajado en tu cara!...

Os decía en agosto, mis queridos amigos, en unos meses, el próximo 9 de marzo se cumplirán 30 años de nuestra independencia en 1977, de la población hermana de Puente Tocinos, día grande que fue, al confirmarnos el Alcalde de Murcia *Clemente García*, en la visita que nos hacía, la creación de la nueva Pedanía de Casillas. Treinta años en que los Casillanos, todos a una, hemos ido configurando nuestra identidad como Pueblo.

A lo largo de esta corta pero intensa historia, hemos vivido momentos de alegría y también de preocupación, como cuando quisimos recuperar el escudo –historia en piedra de nuestros orígenes– y nos encontramos que había desaparecido y que nadie parecía saber dónde estaba o quién se lo había llevado, tampoco decía saber nada, quien creyéndose dueño y señor de nuestro pasado lo había "regalado".

Pero la justicia y razón se imponen, por fin supimos en dónde se encontraba el escudo de Casillas, nuestro escudo, llegamos hasta el "depositario" que nos dijo que era suyo porque se lo habían regalado. Fueron muchas las gestiones y reuniones, pero finalmente, gracias a la decisiva intervención del Delegado del Ministerio de Cultura, se firmaba el acta de entrega del ESCUDO al pueblo de Casillas, el 23 de junio de 1979. Por fin el escudo estaba en la Plaza de la Iglesia, tal y como aparecía en el cuadro pintado por nuestro paisano Juan José Sánchez Baeza.

En el **ESCUDO, labrado en la piedra,** se encuentra: **La Morera** símbolo de nuestra tradición de criadores del gusano de la seda, en la sala o sostre de la vivienda. **La Anguila** que todavía cuando nuestra pedanía daba sus primeros pasos podía encontrarse en las regueras y landronas, y en los Praos. **La Palmera** histórica también en esta tierra. **Tres flores de Lis. Ocho aspas** que refuerzan la fuerza de la morera y la palmera. **La calavera** en su parte inferior, entendida como la fugacidad en el devenir del tiempo, así como de resurrección, y coronando el escudo el **casco de caballero con su penacho**, todos enmarcados con señeros y ornamentales cierres.

El escudo estaba sobre la fachada de la antigua Iglesia de Casillas, **la ermita de Buendía, fue restaurada en 1899, siendo mayordomos los vecinos de La Cruz, José Martínez Aragón y Francisco Buendía Noguera,** como indicaba una placa de mármol en el interior de la ermita. La ermita una nave estrecha y larga, padeció los efectos de los pocos recursos de la posguerra y entre 1946 y 1947 esta se fue desmoronando primero por el muro posterior y luego la techumbre hasta que se abandonó definitivamente. *Deberíamos desde el acuerdo y la negociación recuperar este espacio como espacio cultural, que podría ser además el lugar ideal para poner el Belén de Casillas.*

Lugar de Casillas, Ermita de Buendía o Senda de Casillas. De Lugar dice el diccionario: población pequeña, menor que villa, pero mayor que aldea. Existen otras muchas Casillas en España, como parroquias, entidades locales menores, y también como municipios. En la provincia de Ávila, partido judicial de Arenas de San Pedro, está el municipio de Casillas que cuenta con 949 habitantes. Apellidos célebres, incluso del portero de fútbol de la Selección Nacional.

Para mí, esta tierra es distinta, es única, por su historia preñada de trabajo y sacrificio, y por la generosidad de sus gentes, porque fue y es el corazón de la Huerta de Murcia, y hoy pasados los años, sigue siéndolo. Como dice *Francisco Sánchez Bautista,* poeta de nuestra tierra, vecino de Llano de Brujas, y mi muy querido amigo, que ha sentido y siente toda la fuerza de esta tierra, y así lo dibuja en preciosos poemas:

MURCIA sueña entre su Vega
de feraces plantaciones
cuyo olor perenne llega
cargado de sensaciones.

Palmeras, muchas palmeras
de dátiles amarillos.
pimentón rojo en las eras,
cálido olor a membrillos.
Y aurredondos limones
que enseñan entre ramas
sus puntiagudos pezones
subidos, casi de llamas.

Desde muchos siglos atrás esta tierra está viva, como nos recuerda el profesor Juan Torres Fontes, en el prólogo al libro *El encanto de la Senda de Casillas,* al referirse a los orígenes de Casiellas, Senda de Casillas, Ermita de Buendía, Lugar de Casillas, o Casillas que se remontan al Repartimiento de Murcia, efectuado en 1272 por Alfonso X el Sabio, los pobladores fueron distribuidos por cuadrillas, las cuales tomaban el nombre de las acequias que regaban las tierras que les habían sido adjudicadas, en ella aparece Casiellas con casi un centenar y medio de pobladores.

Aunque posteriormente se van abandonando las tierras ante las dificultades para la desecación total de esta zona, –esto lo saben muy bien nuestros vecinos que en la primera visita del Alcalde de Murcia entre sus peticiones estaba la de resolver el problema del motor que permanentemente tenía que estar sacando el agua en el Praos para que se pudiera plantar– que volvió a convertirse en un armajal de escasa utilización.

Cuando en 1849 se redactan y aprueban las Ordenanzas de la Huerta de Murcia, que iban a permitir al Vizconde de Huertas, Alcalde de Murcia, hacer respetar las costumbres de la huerta. Hay registrado un hecho que certifica las dificultades de sus habitantes. Por aquel entonces un propietario de tierras en Casiellas, llamado don Diego, ocupó las tierras de la servidumbre de paso, y no respetó las Ordenanzas, agraviando a todos y ocasionando perjuicios a muchos. El entonces Alcalde dio cumplimiento a las Ordenanzas y restituyó la anchura de paso, 16 palmos.

Diez palmos pertenecientes al quijero de la acequia de Casillas, que, como acequia menor le correspondía, como dice el refrán: barro, cañar y sendero, con sus diez palmos, más los seis que se añadían a la senda de herradura que había junto a la acequia, sumaban los 16 palmos (tres metros trescientos cuarenta centímetros).

Con la consideración de Casillas como Pedanía, se iniciaba una etapa en la que era necesario, encontrar respuestas a los graves problemas que tenía en el Pueblo, pues carecíamos de los servicios tan básicos, como la red de agua y alcantarillado, alumbrado público, teléfonos, farmacia, consultorio médico, asfaltado de calles y carriles, taxis, autobuses, espacios deportivos, entubado de las acequias y la escolarización de todos los niños, se fueron haciendo obras y servicios, y así las sendas se convertían en caminos asfaltados, el azarbe mayor se canalizaba y se construida una carretera junto a él, obras y servicios fueron cambiando el viejo panorama y comenzando a disponer de los servicios que una población necesita.

La iglesia que estaba, y ha estado por muchos años en construcción, y con el decidido empuje de nuestro párroco y la colaboración de todos, *ha sido recientemente bellamente terminada con su segunda torre.* Entonces sólo había estaba terminada una torre a la que dotamos de una nueva campana y de un reloj, para llamarnos y recordarnos permanentemente lo efímero del tiempo, y la necesidad del esfuerzo continuado y constante para conseguir los objetivos trazados.

El Casillas de hoy, es la consecuencia del esfuerzo de todos los casillanos, por ello permitidme que hoy rinda homenaje a todos los vecinos de este pueblo, porque sin su concurso y participación activa, no hubiera sido posible dar aquellos primeros pasos, recuperar el escudo e iniciar este intenso y grato caminar, espíritu y compromiso que hoy se sigue manteniendo intacto.

Todos estáis permanentemente en mi recuerdo y mi gratitud es intemporal, para siempre, porque me dísteis los mejores años de mi vida, por ello es preciso que recuerde a aquellos que más lucharon por impulsar y mejorar nuestro pueblo, a todos ellos mi más profunda gratitud a: Vicente Sánchez Romero, Antonio González Berenguer, Antonio Sánchez Aragón, Manolo González, Patricio Montoya, José Leonardo Zamora, Juan Morales Leal, Lizán, Ángel Gálvez, Ángel Martínez Lax, Paco Cuenca, y el párroco don José Rodríguez Romero, y así un largo, muy largo listado de personas, a los que nunca olvidaré. Así como a instituciones fundamentales como la *Asociación de Padres de Alumnos, y las Peñas de la Menta y la Morera,* que contribuyen con su trabajo y sacrificio a un mayor conocimiento y crecimiento del pueblo.

El Encanto de la Senda de Casillas

Una mañana de mayo de 1981, la del domingo día tres, al leer el diario Línea, me sorprendía muy gratamente el título de una serie de artículos y dibujos que ese día comenzaban a publicarse, *Por los surcos de la huerta desconocida,* realizados por el pintor murciano Fulgencio Saura Mira, y cuyo primer capítulo era sobre ***El Encanto de la Senda de Casillas.*** Hoy que ya han pasado 26 años, aún siento una gran alegría al releerlo, por ello hemos querido volver a editarlo, y lo hemos ampliado gracias a la generosa aportación de nuevas acuarelas de Fulgencio Saura Mira, para el disfrute de todos los casillanos.

Fue y es, un regalo de los pinceles de Fulgencio Saura Mira, que con sus acuarelas y su prosa nos hablaba de la realidad de nuestra tierra y nuestras gentes, de su compromiso y su trabajo, del esfuerzo diario en aquellos duros años, reflejando con sus pinceles y sus palabras, no sólo el amor que sentía y siente por nuestra huerta, sino el inmenso cariño que tiene para con todos nosotros, sabedor en primera persona que nadie es extraño en Casillas.

El encanto de la Senda de Casillas, comienza con la vieja ermita, escenas emotivas y entrañables, *el rostro auténtico referido, huellas de horribles escenas,* en las que recuerda la dureza de la posguerra, *el camino de la aceña, la vereda de la Cueva, las viejas ermitas de Casillas, escenas entrañables,* en la que nos habla de tantos y tantos vecinos, y del músico de Casillas, el tío Julián Cámaras.

Nos hablaba de lo duro que es el trabajo en la huerta, *de que el agua es la vida de sus tierras, para el sustento de su familia,* como lo es hoy para el desarrollo de esta región, *por ello es necesario que de una vez, el agua que sobra en una parte de España, no vaya al mar, sino que camine hasta donde falta,* no sólo por generosidad, sino porque es de justicia su total aprovechamiento.

Nos habla de la importancia que tuvo la seda y por ello de la trascendencia de nuestras moreras, del vergel que fue nuestra tierra en la producción de la menta, de los pimientos, de las palmeras, de esta tierra generosa pero a la vez dura, también del agua que había que sacar con un motor para que las tierras de los Praos pudieran cultivarse, nos habla de la música, de la historia de nuestras ermitas, nos habla de nuestras gentes y nuestra historia, nos habla de nosotros, de nuestro pasado, y ello es la base para nuestro futuro.

Por todo ello, porque eran vivencias y palabras sinceras de nuestra gente, sentimientos y emociones vividas, quisimos recogerlas en un libro y con permiso de Fulgencio Saura Mira, lo hicimos realidad y lo entregamos a todos los vecinos, con motivo de las fiestas de nuestro pueblo, en agosto de 1981, incluyendo los textos publicados en el diario y las acuarelas.

Al darnos una vuelta por el pueblo, constatamos que a lo largo de estos años, se han puesto en marcha muchas obras y servicios, y esta Pedanía es hoy una espléndida realidad, por el esfuerzo de todos los vecinos y de sus Alcaldes y Juntas de Gobierno. Y hoy, muy especialmente gracias al trabajo y compromiso de Serafín Muñoz, vuestro Alcalde y su Junta, y muy especialmente del compromiso de Miguel Ángel Cámara, nuestro Alcalde, que está impulsando desde el Ayuntamiento de Murcia que preside, soluciones y nuevos servicios para Casillas.

Un esfuerzo continuado por mejorar que es preciso vaya recuperando el término histórico de la Senda de Casillas, tanto al suroeste de la Pedanía en su entronque con Puente Tocinos que siempre fue de esta entidad singular, como por el este, por el camino de Cabecicos, donde históricamente ha estado el colegio unitario de Casillas, donde yo aprendí a hablar y a escribir, cuyo maestro don Pedro convenció a mi madre para que fuera a estudiar a los Capuchinos, a Murcia, y así fue, y el colegio unitario de niñas estas escuelas, las escuelas unitarias de la Cruz, aún persisten, aunque sólo sean ya paredes, eso sí, repletas de historias y vivencias. Una gran área de esta nuestra huerta, que conformaba y conforma la entidad singular de la Cruz de Casillas que es necesario recuperar.

Mi tierra

Aquí nació mi abuelo el tío Ángel el Rojo, aquí nacieron mis padres y mis hijos. La Cruz y Casillas han sido y son mi tierra, aquí en la escuela unitaria de la Cruz donde aprendí a leer y a escribir, y en ella he firmado los libros que he escrito, porque el sentimiento de casillano, se lleva en el corazón, como el escudo de oro que me entregastéis a mi marcha, que va siempre conmigo. Tuve el honor de ser el primer presidente de la Asociación de Vecinos de Casillas y, también vuestro primer Alcalde, pero sobre todo, ha sido para mi un honor el haber compartido con otros vecinos y amigos, con todo este gran pueblo, ideas y trabajo para poner las bases de lo que hoy es Casillas, que luego otros presidentes y otros alcaldes, continuaron completando, como hoy lo hace y muy acertadamente Serafín y su equipo.

Siento y me considero parte de esta tierra de Casillas, de este trozo de huerta a escasos minutos de la ciudad, pero que ha sabido continuar haciendo del trabajo y la amistad, del esfuerzo y la colaboración, y de la generosidad, su referencia. Una tierra, nuestra tierra enclavada plenamente en el Mediterráneo, abierta a todos, donde la luz y el azul del cielo resplandece. Hasta aquí llegaron los fenicios, los griegos, los cartagineses, los romanos, los musulmanes... Pasaron y se quedaron, dejaron acequias, dejaron su cultura.

Permitidme que recoja aquí y expresamente mi agradecimiento personal a los 786 vecinos que el 22 de septiembre de 1987 firmaron un escrito dirigido al Excelentísimo Señor Alcalde del Ayuntamiento de Murcia, en el que le pedían que mi nombre, como primer Alcalde de la Pedanía, se pusiera a una calle de nuestro pueblo, a la vez que me proponían como Hijo Predilecto de Casillas. Quiero aquí testimoniar mi agradecimiento a todos ellos y especialmente a los miembros de la Comisión que lo llevó a cabo: Vicente Sánchez Romero, Francisco Aragón Murcia, Antonio Cayuelas, Antonio López Roda, José Montoya Martínez, Antonio González Berenguer, José Pérez Madrid, Pedro Cano González, José Gonzáles Lizán, José Palazón Rodríguez, Antonio Sánchez Gracia y Juan Valverde Cuello.

Hoy 9 de marzo de 2007, treinta años después de su constitución como Pedanía, presentamos este libro con el que se recupera una parte viva de nuestra tierra, como la ha visto y sentido, uno de los mejores y más queridos amigos de nuestra tierra, Fulgencio Saura Mira, a él y a todos los que han hecho posible el que hoy podamos entregaros este bello libro, mi agradecimiento más sincero y profundo.

Ángel Martínez
Primer Alcalde de Casillas

Casillas treinta años después

Al cumplirse treinta años del reconocimiento de CASILLAS como Pedanía con entidad propia, e independiente de Puente Tocinos a la que pertenecía administrativamente, debo dejar constancia, como testigo cualificado por la autoridad que ejercía y como protagonista de aquella resolución corporativa, del porqué de la decisión y del acierto, porqué no decirlo, de la misma. Lo digo consciente de los méritos que concurren en quienes tuvieron la iniciativa y supieron convencer a quien tenía la responsabilidad. Me estoy refiriendo a Ángel Martínez y al equipo humano que le acompañaba en la Asociación de Vecinos de Casillas, constituida en aquel entonces. La constancia que le presidía para lograr el empeño, y también el rigor y objetividad de los argumentos utilizados, vencieron todas las dificultades que pudieran existir.

Este es el testimonio de quien hoy, tres décadas después, puede expresar satisfacción por aquel hecho que permitió a un pueblo hablar en nombre propio, sin intermediarios, e instar, desde la autonomía, la solución a sus problemas. Aquella actitud no hizo sino continuar la historia de un núcleo de población que siempre acreditó ansia por el progreso y bienestar de sus vecinos, representantes, además, de uno de los lugares más bellos y típicos de la huerta murciana, contada, cantada y pintada por los más prestigiosos historiadores (Juan Torres Fontes) y pintores y poetas (Fulgencio Saura Mira y Francisco Sánchez Bautista) que supieron transmitir y contagiar el orgullo de los hombres y mujeres de Casillas.

Había razones para el convencimiento. Un lugar para vivir y unos caminos para proyectarse en todas las direcciones, que es lo que le proporciona, de una parte, intimidad; y, de otra, capacidad para comunicarse, darse a conocer y participar en proyectos colectivos del término municipal y de la Región de Murcia.

Lo primero le permite conservar tradiciones y costumbres que, a un tiempo, le sirven de convocatoria para los que viven fuera de su territorio y para desarrollar iniciativas. Ahí está el Belén que tantas veces he visitado con mis hijos y que me convirtió en pregonero de sus características y espiritualidad. Las Sendas y caminos rompen los límites territoriales, en ida y vuelta, ensanchando sus extremos, para no ceder a los impulsos y aspiraciones superiores e integrarlos o integrarse en ellos. Alguien ha dicho que "un pueblo sin alma es solamente una multitud". En el caso de Casillas se hace transparente la vocación por el pueblo en cada uno de sus vecinos. Están, creo yo, usufructuando la herencia que sus mayores le legaron, y la conservan con todas sus fuerzas cuidando transmitirla, en su total pureza, a generaciones venideras, pero, eso sí, mejorándola día a día al adaptarla a las lógicas aspiraciones de cada momento.

Esta percepción no es de ahora. Cuando en marzo de 1977 tomé aquella decisión ya expresé públicamente que "Casillas era una verdadera entidad que precisaba de autonomía"; para agregar, "la toma de conciencia social que se registra es positiva si se persigue un auténtico desarrollo comunitario". Recuérdese que eran tiempos en los que se iniciaba la transición política en España, en el que no eran

fáciles determinaciones como la que se comenta, pero cuando la realidad sociológica y socioeconómica la promueven, hubieran sido un error demorar el reconocimiento. Son ciertos también la cantidad de problemas básicos que Casillas padecía y cuya enumeración sería extensa. Baste reseñar que los déficit nos llevaban desde la renovación de conducciones para abastecimiento-saneamiento, cimbrado de acequias, los estrechos caminos por los que había que transitar, teléfono público, etc., y sin contar con recursos bastantes. No obstante, llegamos a tiempo de ordenar su territorio en el Plan General de Ordenación Urbana, que era el exponente de obras y servicios a realizar. Yo sabía que a mayor capacidad de gestión seguirían altos niveles de presión para las demandas urgentes de soluciones. Como así fue. Pero había que empezar y tengo que confesar que, como en tantas otras actuaciones, mereció la pena.

Aquel proyecto de poner "Casillas en marcha" requería de un liderazgo que tuviera el coraje de insistir en las denuncias y en la aportación y participación en las soluciones. Un líder local que conociera con proximidad a las gentes y que ejerciera "autoritas" moral acreditada. De ahí que decidiera nombrar, como primer Alcalde, de una terna propuesta por la Asociación de Vecinos, a Ángel Martínez Martínez de cuyo esfuerzo y dedicación sin desaliento puedo dar fe, de aquel periodo y en la actualidad. Incluso hoy se pasa el día mirando a Casillas y llamando la atención a propios y extraños sobre la hidalguía, hospitalidad y aspiraciones de su pueblo. No decepcionó con su entrega y lealtad hacia sus convecinos. A él, principalmente, se debe buena parte de aquella iniciativa y, por ende, del presente. Demos a cada uno lo que en justicia le pertenece.

Termino estas breves líneas manifestando gratitud al solicitarme este recuerdo histórico que cumplo con plena satisfacción. Y también gratitud personal por figurar mi nombre, desde hace algunos años, en una de sus principales calles, hecho que me llena de orgullo. Formar parte de la historia de un pueblo es un honor inigualable.

Felicidades por esos treinta años a todos y cada uno de los vecinos de Casillas, y el sincero deseo de un futuro de paz y progreso.

Clemente García
Ex–Alcalde de Murcia
Murcia 9 marzo 2007

A mis vecinos

Casillas es el corazón de la huerta de Murcia, ha sido y es centro y referencia de su huerta, es mi tierra, y el compromiso adquirido de servirle como Alcalde, ha sido y es para mi un honor, por ello hoy al presentaros este libro, en el que se recogen de la mano del artista Fulgencio Saura Mira, vivencias de nuestra tierra que sus acuarelas y su prosa hacen vibrar nuestros sentidos, hoy mas que nunca, me siento plenamente gratificado como casillano.

A pesar de los años transcurridos Casillas, sigue conservando el esplendor y el encanto, reafirmando cada día el compromiso y el tesón de sus gentes, digno de todo elogio porque su ilusión es el motor que hace de nuestro pueblo un lugar especial. Recuperar la historia para hacerla presente es hacer patente el amor y el cariño que todos sentimos por nuestro pueblo.

Como nos dice Clemente García, al rememorar aquellos años en que Casillas luchaba por su consideración como Pedanía, es necesario y de justicia agradecer a los miembros de aquella primera Asociación de Vecinos de Casillas, a Vicente Sánchez Romero, Antonio González Berenguer y a tantos otros, su compromiso en trabajar por Casillas y muy especialmente al que fue su presidente y primer Alcalde de Casillas, Ángel Martínez, nuestro reconocimiento y gratitud.

Ahora que se cumplen treinta años en que Casillas, fue considerada Pedanía, independizándose de Puente Tocinos, Juntamente con mis compañeros en la Junta de Gobierno Patricia Valverde, Fernando Manresa, Encarna Muñoz, Teresa Carmona, Juan Pérez, Ángel Nicolás, Pedro Madrid y Francisco Tornel, hemos entendido que es el momento de reiterar nuestro compromiso con el pueblo y su futuro, a la vez que mostrar público reconocimiento a quienes nos precedieron en hacer de Casillas lo que hoy es.

Por ello hemos querido, aprovechando el compromiso de Fulgencio Saura Mira por nuestro pueblo, recoger en un libro todas las acuarelas que ha realizado de Casillas, para que con independencia de que buscaremos un lugar en que exponerlas para el disfrute de todos los casillanos, podáis disponer de su magia en un libro que ha editado la Fundación de la Caja de Ahorros de Murcia, CAJAMURCIA, y por ello quiero dar las gracias a su director general don Carlos Egea, así como a Fulgencio, a nuestro Alcalde Miguel Ángel Cámara, a Clemente García por todo lo que ha hecho por Casillas, a todos aquellos que han participado activamente en su realización y especialmente a vosotros, por vuestra confianza y afecto.

Serafín Muñoz
Alcalde Pedáneo
Casillas a 9 de marzo 2007

El Belén de Casillas

Casillas allá por los años 50, era conocida en la Región de Murcia y parte de España por su cultivo y elaboración de la menta, lo cual fue durante bastantes años fuente de ingresos y trabajo para muchos casillanos. Por aquellos mismos tiempos nació otro motivo por el cual el nombre de nuestro querido pueblo, ha seguido sonando con más fuerza, e incluso fuera de nuestras fronteras: este no ha sido otro que el montaje de nuestro Belén móvil, que año tras año en Navidad, ha sido visitado por miles de personas, de todas las edades, ideologías y clases sociales, que acuden a Casillas, desde los puntos más inverosímiles, para contemplar nuestro Belén móvil, que en cada edición se renueva e incorpora nuevas figuras o novedades, que surgen de la imaginación de Vicente Sánchez Romero.

La afición por el belenismo, es despertada en Vicente Sánchez Romero, siendo éste muy niño allá por los años cincuenta, cuando iba al colegio en las Graduadas de Puente Tocinos, era ya entonces cuando en las horas de recreo nos acercábamos los niños a mirar por las ventanas a través de los barrotes, a los artesanos que con sus manos daban forma a las figuras del belén, cuyos talleres se encontraban muy cerca de las escuelas. Desde entonces, en casa de Vicente, siempre se montó en cualquier rincón de la vivienda, un pequeño belén.

Con el paso del tiempo, el nacimiento que cada Navidad se venía montando, sobre una mesa, hueco de estantería o mueble, se va agrandando más y más, ya que se van incorporando figuras y grupos nuevos a los ya existentes, por lo que hay que habilitar nuevos emplazamientos más amplios para su montaje. Así, va pasando el tiempo y creciendo la inquietud de Vicente por ir innovando e incluyendo en el Belén hasta ahora clásico y normal, algo que vaya despertando el interés y la ilusión del público que nos visita.

Es entonces en el año 1975, cuando Vicente habla con Manuel Sánchez Castellanos, otro gran entusiasta belenista, y empiezan a fraguar ideas para la incorporación al belén de figuras en movimiento. Una idea que se transforma en realidad y que crece y crece cada vez más, hasta llegar a las Navidades de 1977, en las cuales se toma la decisión de dar a este Belén, particular, carácter popular, presentándolo como Belén de Casillas, lo cual es muy bien acogido por todos los vecinos en la Pedanía.

[Detalle del Belén de Casillas]

La primera gran apoteosis se produce en el año 1978, cuando entran por primera vez las cámaras de televisión en Murcia, siendo muy difundido por estos y otros medios de radio y prensa, viéndonos desbordados por la masiva afluencia de público, que guarda grandes colas para poder ver en vivo este belén, como se mueven sus figuras y que han visto por la televisión.

Para el montaje de 1988 tenemos que habilitar un local de 60 metros cuadrados, el cual está integrado por unas quinientas figuras, de las cuales el noventa por ciento de ellas están en movimiento continúo y distinto, movidas por unos cuarenta motores, cuatro bombas de agua, cinco mil vatios de alumbrado y diversos materiales más, que todo aglutinado y agrupado, forman un gran pueblo viviente, donde vemos moverse, herreros, carpinteros, alfareros, molineros, labriegos trilladores, panaderos, carniceros, leñadores. Cómo picotean las aves, o los bueyes y mulos haciendo los trabajos de labor. Todo esto en sí, consigue dejar extasiados y boquiabiertos a cuantos visitantes, grandes y chicos consiguen verlo, después de guardar su turno, en las grandes colas que se forman durante los días de exposición.

LA VERDAD • **MARTES / MIÉRCOLES**
24 / 25 DE DICIEMBRE DE 2002

Belén está en un garaje de Casillas

Más de 60.000 personas visitarán el belén móvil de esta pedanía murciana

MÓVIL. Los movimientos del belén le encantan a los niños. M.L.M.

M.L.M. MURCIA

En mitad de la huerta, perdido entre varios carriles, un lugar al que se accede siguiendo la estela de una gran estrella, se encuentra el belén móvil de Casillas. El ritmo sincronizado de las figuras y la ingenuidad de la composición, ejercen un atractivo especial para niños y mayores, que no se cansan de contemplar cada uno de sus pasajes. Este año se espera que más de 60.000 personas acudan a este rincón de la huerta. La visita al belén de Casillas es ya un clásico de la época navideña.

Para quien lo visita por primera vez es un auténtico descubrimiento, para quien ya lo conoce es como un juego volver a este garaje para descubrir los nuevos movimientos, y 'guiños' que hacen los autores por medio de algunas figuras.Las novedades este año son, varios ángeles con movimiento en el portal. Mientras unos mecen al Niño en la cuna, otros revolotean en el entorno. Otra innovación es que se ha utilizado la moderna fibra óptica para iluminar el cielo del belén. La luna y las estrellas refulgen con la nueva tecnología, mientras el barro sigue siendo la materia prima del Nacimiento. Y como siempre en el belén de Casillas los pollos picotean el suelo, mientras las palomas aletean en sus jaulas o en los aleros.

Dos de los aspectos más llamativos de este belén es que están representados todos o casi todos los oficios de la época y el que todos los detalles del decorado están cuidados con exquisito gusto. Así, se pueden observar un agricultor junto a un huerto de patatas o zanahorias auténticas.

Vicente Sánchez Romero, Manuel Sánchez Castellanos y José Vicente Guillén son los artífices del montaje. Para dotar de vida a las figuras, Sánchez Castellanos les amputa alguno de sus miembros de barro y lo sustituye por otro similar, realizado en madera, en cuyo interior van insertos los hilos de cobre, que le prestarán el movimiento. El belén ocupa 250 m^2.

Un consejo: quien no haya ido nunca a ver el belén móvil de Casillas, debería ir. Sólo tiene que seguir la dirección que marca la luminosa estrella.

[Noticia del Diario La Verdad. Diciembre 2002]

En este año de 1988, se batió el récord en cuanto a popularidad, en televisión, prensa y radio, en visitantes sobre unos cincuenta mil, venidos de toda la geografía nacional y parte del extranjero. Como visitas más relevantes, podemos destacar, la del Sr. Obispo de la Diócesis de Cartagena, don Javier Azagra, Sr. Alcalde de Murcia, D. Antonio Bódalo y Concejales, el Cónsul de la República Dominicana, D. José Moreno Caballero, y un largo etcétera de personas importantes, que oficialmente o desde el anonimato nos visitan por Navidad.

En el 1995 se pone en contacto con nosotros, el Director del Museo de Madrid, don José Nieto Antolinos, a través del Sr. Luengo Pérez Director General de Infraestructuras de Turismo de Murcia, para que una buena parte del Belén móvil sea expuesto en la Capital de España, en el Museo de la Ciudad de Navidad, en la calle Príncipe Vergara, 140, teniendo gran éxito, ya que en la Nochebuena de este año, lo emitió televisión española por su primera cadena, con unos cuatro minutos de duración, y previo al discurso de su majestad el Rey Don Juan Carlos.

La noticia recogida en el *Diario la Verdad de 2002, nos dice que en mitad de la huerta, perdido*

entre varios carriles, un lugar al que se accede siguiendo la estela de una gran estrella, se encuentra el Belén de Casillas. Nos muestra una estampa del Belén, a la vez que nos recuerda que serán más de sesenta mil personas las que lo visitarán durante esa navidad. Entre ellos el Alcalde de Murcia Miguel Ángel Cámara, acompañado de su hijo.

[Visita del Alcalde de Murcia acompañado de su hijo al Belén de Casillas]

Hoy el Belén está pendiente de su instalación definitiva, al haberse quedado pequeño el espacio en el que se instalaba, a la espera del local adecuado donde podamos instalarlo de manera permanente, al que puedan llegar todos los que lo deseen, este es mi mayor deseo y también mi compromiso para con Casillas y especialmente para con todos los niños y los menos niños, que se asombraban al verlo en movimiento.

Vicente Sánchez Romero

Dios te lo pague, amigo Pencho

Se reúnen en una sola obra tres de mis grandes amores. Por un lado, la pequeña localidad de Casillas, lugar en el que desde hace siete años vivo. Una pedanía que, aún no sabemos por cuánto tiempo, conserva su aire huertano, sus viejas acequias, sus bancales de coliflores, de menta, de alfalfa; su arbolado a base de moreras, nísperos, naranjos y limoneros, algún que otro nogal (o noguera, como le llaman en la huerta), etc. En estas mismas páginas figura, asimismo, uno de los personajes más entrañables y sabios de toda la historia de la Región de Murcia, el profesor Torres Fontes, uno de los grandes medievalistas que ha dado España. Mi siempre joven viejo profesor que nos enseñó a amar profundamente esta tierra, a quererla, a no olvidar de dónde venimos y hacia dónde vamos.

Finalmente, está mi amigo Fulgencio Saura Mira, al que conozco desde hace más de un cuarto de siglo. Hombre íntegro, bueno donde los haya, enamorado de su tierra, pintor y escritor, investigador, etnógrafo y, sobre todo, excelente persona, como han podido comprobar cuantos le han conocido. Pencho Saura escribe, como tantas veces llevo dicho, desde el alma, como si su corazón se le transparentara. En su literatura, en su pintura, no hay trampa ni cartón. Es lo que hay, es cierto, pero no es menos verdad que también existe en sus límpidas acuarelas, en sus barrocos óleos, un componente mágico, un hálito de misterio, como si nos legara mensajes ocultos más allá de lo que dan a entender las apariencias. Siempre me han llamado la atención esas siluetas oscuras que bordean una casa enclavada en medio de un camino, confundidas entre las sombras, solitarias, extrañas, como ciertas pinturas del inolvidable Julio Baroja.

Casillas es uno de los últimos reductos huertanos-huertanos, de los auténticos, de los de verdad. Se lo he dicho a su alcalde pedáneo, a mi amigo y pariente Serafín Muñoz. Y él ha sabido entenderlo a la perfección. Lo hemos perdido casi todo, es cierto, pero hay que conservar, cueste lo que cueste, lo que aún nos queda, por poco que sea. Aún hay rincones de auténtico ensueño. A mí me gusta perderme de vez en cuando entre sus veredas, caminando o en bicicleta, viendo pasar la vida como en una película a cámara lenta: un mirlo que busca con ansiedad su presa entre la tierra húmeda, unos gorriones que se picotean entre sí armando un barullo impropio de sus cuerpos diminutos, un labriego que ara la tierra estercolándola, acariciándola con su legón o su azada como si peinara los cabellos de una diosa. Casillas aún tiene encanto. Una parte, por mínima que sea, de ese encanto que convirtió a esta tierra en un auténtico jardín de las Hespérides, en una tierra prometida, en la feliz y perdida Arcadia de la que tanto han hablado poetas como Horacio o Paco Sánchez Bautista. Por eso ha sido oportuno describir minuciosamente sus rincones con la palabra y con el pincel. Una labor sabia que sólo una persona como Pencho Saura Mira ha sido capaz de hacer. Gracias, amigo Pencho. Y que Dios te lo pague.

José Belmonte Serrano
Universidad de Murcia

Bando de Manolo González

Manolo González es un hombre de Casillas, que siempre estuvo comprometido en la batalla continuada en el tiempo por mejorar el pueblo y sus servicios, participando activamente en todos los movimientos y asociaciones, en sus versos utiliza la forma de hablar de nuestra gente en el pasado, de la lengua murciana como la llamaba Vicente Medina, que no panocho como la definieron los denominados señoritos para burlarse de la forma de hablar de los huertanos. Manolo con sentimiento y conocimiento de la historia de nuestra tierra, nos da su opinión de cómo ha pasado este tiempo, porque siempre lo ha hecho, no podía hoy en esta rememoración de los treinta años desde nuestra consideración como Pedanía, faltar su opinión y recuerdo.

CUENTO COMO PASÓ

Como perranio que soy
de esta bendita tierra
to lo que pasa en el pueblecico
lo llevo en mi mollera
que me alegro con el que ríe
y me arrugo con el que se queja
que ese es mi arbullo güertanico
y que nunca me se pierda.

Voy hacer un baleciquio
asentao en una piedra
que tengo pegá con yeso
a la sombra e la higuerica
a recordar angunas cosicas
que el corazón me sa legra

Si los fiejos de anteayer
lebantaran la caeza
y quisierán agora pasar
por lo que pa ellos era
la senda e casillas
hasta la verea la cueva
con séis palmos de anchura
por la orilla e la cieca
adorná con carrizos
y montones de arena
muinos malbas y pelote
y grama corretera
que cambio a da too
la maere de la cordera
que ande estaba to eso
hay una carretera
mas ancha quel decirlo
menos ande hay casa nueva
ande habían carriles
que no cojia una bicigleta

Han puesto unas calles
con farolas de luz eléstrica
y unos montones dalquitran
ande el coche se sienta
casas con tres pisos y medio
con alcensor y escalera
con bajos comerciales
y hoyos pa la cochera
que los que estan viendo Casillas
que tien que envidiarla
de la manera ca subío
que nadie puede igualarla
gracias a los arcaldes ca habío
y el que entabía destaca
an trebajao como burros
y que perdonen mi innorancia
que tos lo han hecho bien
sea del partío que salga
que abeces me paro a pensar
y me arrasco la caeza
como va creciendo el pueblo
y eso que no se riega
que sacomodan los fecinos
y los que vienen de juera
y tamien el ecuatoriano
que con poquíquío sarregla.

Y no quiero abrirme mucho
y arrimarme pa la escuela
que los zagales de agora
van tomando muncha juerza
y les rumban a los paeres
al maestro, ya la maestra.

Y yo con mi maera pensar
les haría una arbiltencia
a la asociación e vecinos
que tenemos tan moerna
que sagarren los estratutos
sin sartáselos a la torera
que aunque la cieca esta tapá
sin dejar ni una roncaera
lo meto en el desague
alque sesfare una jelepa
que esto es mas serio
que la de declaración e la renta

He dicho, Manolo González

Un libro hecho con pasión

El libro que se presenta, referido al encanto de la Senda de Casillas, se integra por dos partes distintas aunque identificadas por los temas que comprende. Conviene por tanto aclarar al lector, que esta obra contiene dos partes, escritas en diferentes épocas y cuyos contenidos versan sobre esta pedanía murciana.

El primero se publicó a modo de sucinto libro en el año 1977 bajo el título "El encanto de la Senda de Casillas", como recopilación de una serie de artículos que se publicaron en el Diario Línea, con motivo de las fiestas de la pedanía, a través de su alcalde Ángel Martínez Martínez, momento en que la Senda estaba en trance de convertirse en pedanía.

Con posterioridad y cursando la entidad su categoría, se me encargó por su Asociación vecinal un nuevo trabajo que enriqueciera y completara el anterior, no sólo en su aspecto literario, sino a su vez plástico. El autor entendió el propósito del trabajo y nos pusimos manos a la obra con la misma ilusión que en los deliciosos años setenta, aunque naturalmente la zona estaba cargada de nuevos ensanches y con el signo de una modernidad muy encomiable.

Se mostraba la pedanía en su cabal periodo de desenvolvimiento, aunque nos dimos cuenta de la desaparición de emplastes paisajísticos que se fueron sacrificando para bien del progreso. Sobre todo pudimos conectar con los viejos personajes o sus familiares, pues muchos habían fallecido y volvimos a tratar de ellos desde el recuerdo, como a dolernos por su ausencia.

Nos involucramos de nuevo en el trabajo cursando caminos y revolviendo investigaciones, de forma oral, en los hombres y mujeres de la pedanía, cargando tintas sobre algunos temas que más nos interesaban, por lo que en esta segunda parte añadida, el lector puede apreciar algunos aspectos ya tratados, pero con el perfil del tiempo que le impone su nuevo signo, en ocasiones trágico.

El libro está gestionado desde nuestra pasión por la huerta, por Casillas y sus gentes. No se ha buscado una metodología precisa, sino que lo conforman unos viajes por la Senda según el criterio del corazón, donde el paisaje, el hombre y la mujer marcan su sentido. Hay mucha querencia en este documento dedicado a la Senda de Casillas, como calor humano y sobre todo mucha ilusión por comprender el alma de este paisaje sagrado, de sus vecinos generosos, que en todo momento me han ayudado a la confección de estas páginas, entregado fotografías invitándome a sus moradas, por lo que les estoy sumamente agradecido.

Cuenta el libro con una serie de acuarelas de la pedanía, recogidas directamente de aquellos sitios donde imperaba lo huertano, algunos de cuyos temas han desaparecido y por ello el doble valor de lo pictórico.

Se trata de un libro dedicado a Casillas, a sus gentes, las que se fueron y los que viven y laboran por su engrandecimiento. En él encontraréis datos de todo tipo, sentimientos y evocaciones, pero sobre todo la palabra leal y sincera de este escritor apasionado por esta Senda de mis amores.

Con ello le agradezco a la Asociación vecinal de la pedanía su delicadeza por contar conmigo en este proyecto y al siempre ilusionado e inquieto Ángel Martínez Martínez su interés por dar significado a este empeño del que es protagonista esencial.

Fulgencio Saura Mira

El encanto de la Senda de Casillas

FULGENCIO SAURA MIRA

1977

Palabras del Alcalde Pedáneo

El encanto de la Senda de Casillas. Mi corazón se ensanchó y con avidez fui leyendo lo que por primera vez se decía de nuestro pueblo de manera espontánea y por una ágil pluma, era Fulgencio Saura Mira, quien a través de su profunda sensibilidad y humanismo y con envidiable estilo ha ido reflejando en el papel, con palabras o con su pincel, escenas de esta huerta, tan profundamente enraizada en nosotros los casillanos y de estas nuestras gentes.

Por ello, porque nos embarga la gratitud, hemos querido que todos estos artículos se vieran publicados en este libro, como signo inequívoco de nuestro agradecimiento y para que nuestros hijos puedan el día de mañana recordar lo que fue un día la Senda de Casillas, a través del sentir de este pintor-escritor, tanto monta, monta tanto, que es Fulgencio Saura Mira.

Y hemos pedido al catedrático e historiador, entrañable amigo de esta tierra don Juan Torres Fontes, que prologara este libro y así lo ha hecho y lo hace en su doble vertiente de historiador y conocedor de la huerta, con ágil y diestra pluma. Al mismo, nuestro recuerdo y agradecimiento.

Casillas, siempre recordará a aquellos que con su colaboración y entrega hicieron posible, como dice el historiador Torres Fontes, que saliera nuestro pueblo del abandono y marginación en que se encontraba, y ello se debe principalmente al empuje de todos.

Con ilusión y confianza en nuestros jóvenes de hoy, futuro del mañana cada día más cercano.

Ángel Martínez Martínez
Primer Alcalde de CASILLAS

2

Prólogo

Casiellas, Senda de Casillas, Ermita de Buendía, Casillas. He aquí la variada denominación de un paraje murciano en el transcurso de los siglos, hoy pedanía de Murcia por el tenaz afán de sus gentes a la búsqueda de un tiempo mejor. En el Repartimiento de Murcia, efectuado por Alfonso X el Sabio en 1272, los pobladores fueron distribuidos por cuadrillas, las cuáles tomaban el nombre de las acequias que regaban las tierras que les habían sido adjudicadas. Y aparece Casiellas con casi centenar y medio de pobladores y con desigual proporción de las seis clases sociales en que se integraban: tres de caballeros y tres de peones. Gentes en su mayor parte procedentes de Cataluña, Tarragona, Gerona, Barcelona, Camarasa, Tortosa, Manresa, Ripoll, aunque no faltan aragoneses de Fraga, Tarazona, Monzón, ni valencianos o mallorquines e incluso entonces, en la Corona de Aragón, uno de Montpellier. Y junto a ellos los castellanos, como los caballeros Rodrigo Ordóñez, Pedro Fernández de Peñaflor o Sancho Martínez de Baeza. Y numerosos menestrales y hombres de guerra: horneros, campaneros, alfayates, herreros, torneros, o labrados y ballesteros, adalides y almocadenes.

Pero realmente fue un sueño de verano. La calidad de las tierras, pese a la labor eficaz y laboriosa de los musulmanes, no era de lo mejor de la huerta, pues aunque azarbetas y azarbes y canales de avenamiento procuraban sanear sus tahúllas, no lograban su completa desecación, lo que llevó consigo, casi inmediatamente, muy pronto, el abandono de cultivos y del mantenimiento de su cauces y por consecuencia, su conversión en zona de almarjal con escasa utilización. Dos mil tahúllas que por entonces se perdieron.

Siglos más tarde fue Senda de Casillas. Aventuramos que pudo ser a partir de 1849 ¿Por qué? Porque en 1849 se redactan, aprueban y publican las Ordenanzas de la Huerta de Murcia. Y su puesta en vigor iba a permitir que el Vizconde de Huertas, Alcalde de Murcia, pusiera orden e hiciera respetar lo que la costumbre había establecido como lo mejor en beneficio común y que era ya ley. Hubo un propietario, olvidemos los apellidos de don Diego, que ocupaba tierras donde la servidumbre de paso dejó de ser respetada, agraviando a todos y ocasionando prejuicios a muchos. Y el Vizconde de Huertas restituyó o proporcionó a las gentes de Casillas la anchura de paso que las Ordenanzas disponían, la de 16 palmos. Diez pertenecientes al quijero de la acequia de Casillas, que, como acequia menor le correspondía y el quijero, como decía el refrán: barro, cañar y sendero, con sus diez palmos, más los seis que se añadían de la senda de herradura que había junto a la acequia, sumaban esos dieciséis palmos que, si la cuenta me sale bien, eran tres metros y treinta y cuatro centímetros, anchura que iba a permitir el cambio de denominación, el paso a la mayúscula, el que deje de ser senda y se convierta en Senda de Casillas. Después sería ermita de Buendía, luego Casillas y hoy, merced a la decisión de otro Alcalde de Murcia, pasó a ser, es, Casillas, pedanía de Murcia.

Pero dejemos la historia, que no se trata hoy de hechos, sino de paisaje y del alma de la huerta de Casillas, porque leyendo las páginas que siguen, conviviendo con Fulgencio Saura Mira en su contemplación, podemos aprender, conocer y valorar bien una pedanía huertana, la de Casillas. Con una prosa muy peculiar, donde se mantiene el justo equilibrio entre la forzosa síntesis y el breve divagar, su itinerario huertano no es por el camino real, de trazado firme y de rectas líneas, sino por la barroca senda, sinuosa y variada, que cruza y entrecruza acequias y bancales, aprovecha quijeros y bordea azarbes y casas.

Y Fulgencio Saura, manejando con mano maestra su pluma, a igual que hace con el pincel, rememora o crea estampas huertanas de denso contenido, exuberantes, de cambiante amplitud, donde con preferencia afluye el atardecer huertano y se multiplica en multitud de temas, en que junto al verde carnoso de las plantas no falta la piedra quebrada, el viejo escudo, el horno, la casa y la ermita y siempre con ternura detenida, constante, suave pero vibrante, que se extiende y abarca desde la cosa más mínima hasta la tímida sonrisa o los ojos vivos de una niña, con expresiones muy varias o el conciso recuerdo de la vejez que no olvida tiempos pasados ni personas amadas.

Y en la continua búsqueda entre sus gentes y por sus tierras, que es ansiosa vivencia y concienzudo análisis de cuanto observa y escucha, Fulgencio Saura ensambla en una recreación de lo presente y lo pasado la huerta de Casillas en la variedad cromática que le proporciona la luminosidad mediterránea del cielo murciano y que ofrece en sucesivos temas con una plasticidad casi tangible. No falta la guía poética y no por ello menos veraz de Vicente Medina, que humaniza su sentimiento al contacto y contemplación de cuanto se ofrece ante sus ojos en su lento recorrido por tierras que, no por bien conocidas, dejan de volver a proporcionarle nuevas y renovadas sensaciones. Porque la andadura de Saura Mira es un permanente reencuentro de lo conocido y de lo intuido o sentido, como algo íntimo y no por pudor oculto, sino, por el contrario, expuesto con la espontaneidad y sinceridad que nace, crece y se mantiene como sabroso fruto de quien sabe observar y apreciar, porque mirar no siempre es admirar y Saura Mira sabe captar y decir lo más hondo y lo más bello que encuentra en Casillas con imágenes nítidamente perfiladas y con profundidades realmente insondables.

Sirvan estas líneas, tan alejadas del fluir brillante y plástico de Saura Mira, más que como introducción a sus páginas tan bien elaboradas, como manifestación de mi admiración por su quehacer artístico, en que con frecuencia parecen confundirse sus dos medios más expresivos: pluma y pincel, que tanto le singularizan y perfilan su personalidad literaria y pictórica.

Juan Torres Fontes

3

El encanto de la Senda de Casillas

[Camino de Casillas]

Vamos a pergeñar una serie de artículos con la sola intención de dar a conocer esos trozos huertanos, que se encuentran desconocidos para la mayoría, que por no penetrar en el paisaje auténtico de nuestra huerta se margina de su talante y de su belleza sin igual. Serán a modo de escenas vividas y que comienzan desde cualquier lugarico y terminarán en cualquier sitio, acaso cercano o acaso lejano, pero que van a intentar reseñar algo del alma del huertano, de sus cosas, sus trabajos, su ambiente, utilizando además el gesto de su estilo y sobre todo, sintiendo este paisaje, que es sin duda el mejor esquema y elemento de nuestro haber patrimonial. La imagen del huertano, su facha, su forma de vida, su laborar, sus utensilios, su rusticidad, nos embriaga y hace que siempre vayamos a su regazo, cuando ya no se intenta acudir al sitio adecuado de la naturaleza. Pero nosotros defendemos lo nuestro en su peculiar significado y con estas escenas de la vida diaria huertana, contadas a nuestro modo, damos fe de un amor a la huerta y su tipismo: su luz, su temática eterna...

La vieja ermita de Casillas

Los vecinos de la zona de Casillas han arreglado la antigua senda, aquel camino anguloso, lleno de baches y de difícil tránsito no hace muchos años; claro, que el arreglo ha supuesto el destrozo de muchos árboles, pero ello vaya en beneficio del tráfico que es quien manda actualmente.

Y la Senda de Casillas sigue siendo un lugarejo de la huerta, francamente acogedor, bello, desde cuyos diversos ángulos se puede observar un paisaje espléndido, en sus distintas etapas temporales, pues bien merece la pena otearse en el verano, con las cañas de las acequias, los bancales ebrios de verdes y los labriegos trabajando en la tierra; o simplemente verlo cuajado de ocres otoñales, significando y sugiriendo siempre con la imagen de Monteagudo (Montagud) de los árabes.

Conozco este sendero paso a paso y sus encrucijadas y aledaños, y sobre todo, el lugarejo en torno a la ermita vieja, pues antaño había ermita en sucinto lugar, conociendo tan sólo en mis años mozos unos destrozos, pero donde se podía observar un delicioso escudo adosado a la pareta deshecha, con rasgos sugestivos, entre ellos una culebra. De ahí la denominación que las gentes del lugar daban a este recinto. Las paretas de la vetusta ermita me evocaban imágenes de otra época, cuando había aposentos y naves, y sus campanas latían con frecuencia, pero luego ya sólo existía soledad y nadie se ocupaba de ella, pues el paso del tiempo y el viento que iba destruyendo cada vez más sus piedras, conformaban su entorno, precisamente en un encuadre de paisajes deliciosos donde convergen una serie de senderos por los que pasa de vez en cuando la mula cansina, portando la hierba recién cogida, y el labriego que la lleva por el sendero. Allí está siempre Juan, como lo llaman los críos del lugar y el hombre me cuenta las anécdotas de su vieja mula, que ya pasa los veintitantos años, y me dice: -"fíjese como está... todavía da gusto verla, sólo que cansada, porque la pobre, ¡lleva una vida!".

-Me acompaña siempre en la faena.

-Sin ella no sería yo nada.

- ¡Pobre mula!

-Algún día, el día menos pensado, se morirá, pero entre tanto, ahí está, muy requetebién...

Juan, el labriego, vive allí y conoce los sinsabores de la tierra, de las constantes lluvias y los estíos tremendos, sabe del trabajo áspero de llevar la mula y dar de beber y comer a las ovejas. Es un hombrecico de cerca de setenta años, encorvado, pero con buena presencia y llevando la mula junto al carro, parece un muchacho de treinta años.

El bueno de Juan, el labrador, me mira y mientras pinto una acuarela exclama:

-¡Ah, qué manos tiene usted... si un servidor tuviera esas manos, otra cosa sería...!

-No, le increpé, -no se preocupe, porque cada maestrico tiene su librico y nada existe en la vida ni mejor ni peor, sólo que lo que merece la vida es el trabajo, pero hacerlo con ilusión y esperanza. El arte es eso: hacer las cosas con amor y el arte reside en todo cuanto hace el ser humano.

De pronto la mujeruca que vive frente al establo viejo del sendero, una anciana da cara agradable y rostro curtido, como sembrando arrugas al paso del tiempo, se acerca y mira, se admira de la pintura y me va contando su vida, indicándome que tiene un nieto que también pinta.

-Hace unos años, me dice, estuvo por este mismo lugar y pintó la casa y las vacas del establo y quería por el cuadro nada menos que cinco mil pesetas. ¡Qué barbaridad!...

Unas crías se acercan a su vez, una de ellas, la mayor, tiene unas gafas grandes por las que miran unos ojos negros, inteligentes, como intuitivos y que acaparan la vida y el mundo con sorpresa constante.

-Tú eres la más empollona de la clase, ¿verdad? – la niña me mira y se sonríe.

En el sendero comienzan a formarse las abultadas sombras con el caer de la tarde. Estamos en otoño y la luz es distinta, muy íntima, casi poética. Un frondoso álamo impone su verde de nácares entrañables, luciendo esplendoroso, soberbio. Queda con su majestad notando la caricia del viento y sus hojas plateadas son un festín para la vista. ¡Cada árbol es como un monumento, como una página de la mejor lírica, como una poesía que habla!

[El labriego Diego Barberán de Casillas]

El sendero se hunde en el paisaje y las sombras del atardecer van tomando contacto cada vez más, con los bancales y el verde de las orillas. Un carro pasa con una mula blanca y subidos al mismo van unos muchachos. Es la vuelta del trabajo que impregna de contenido humanístico el ambiente y me hace pensar en aquella obra de Medina Vera "Un día más", donde se observa al labriego que acaba de terminar su trabajo y a su familia recogiendo los utensilios para la vuelta al hogar.

Es la huerta que impone su garra, estigma, orgullo de menudencias que se agarran, quedan latiendo, perviviendo y luciendo en ella misma, a esa hora de nostalgias fecundas, de cansancios y de palabras que hablan y trepidan en amorosos encuentros.

Más allá del sendero hay un viejo establo, donde Juan, mete los rebaños y cómo no, a su jamelgo, a la mula con la que trabaja y cuida en sus avatares. Se remansa el establo en sus cuitas silenciosas, mientras alguien pasa por el camino. Es la guapa del lugar, mujer ataviada con sus galas de belleza, altiva, con senos *alticos* como diría el poeta de la tierruca, acaso va a requerir el encuentro con otras amigas, sólo que la miro y me saluda y la saludo y veo su altivez y su donaire. La belleza de la mujer por esta tierra es algo que queda enraizado, como la luz misma, como el airecillo del otoño, como el color encarnado de su falda.

Escenas emotivas y entrañables

-Ya han quitado el escudo, me dice la mujer de la casona.

-Ha sido el viento, la tormenta del estío pasado.

-Por cierto, que alguien se lo llevó, pero lo tuvo que devolver a la parroquia.

Claro, los escudos son patrimonio de los pueblos y aldeas. Nadie puede por las buenas, sin más ni más, arrebatárselos. Sería una blasfemia, de las muchas que se cometen.

Siempre me gustó el escudo de la vieja ermita de Casillas. Aquella ermita, que ya sólo es un montón de piedras deshechas, amontonadas como en un montón de basura. Todo se ha caído y nada da pie a pensar en que allí existiera tal edificio religioso.

Pero me gustó ya en tiempos, de ellos hace varios años, el escudo que quedaba adherido a su piedra caduca. Un escudo con relieves característicos y sobre todo portando una efigie de culebra, que me hizo meditar en su tramado y linaje, que por otro lado, ha dado que decir a las gentes del lugar, porque de leyendas y otras cuestiones semejantes andan bien eruditas.

Vuelto ya de su falso titular, se ha puesto en la nueva iglesia, lo que me parece admirable. Que cada cosa ha de quedar en su auténtico sitio, porque es donde posee la raíz, la entraña, el singular carácter que otorga historia a las cosas.

La nueva ermita se yergue íntima y acogedora. Delante de ella hay una placeta menuda donde los niños juegan y en la carretera asfaltada van con sus bicicletas. A las cinco de la tarde se les ve montados en este vehículo sencillo y tradicional, pues es cuando salen del colegio y naturalmente ponen en ascuas a los vehículos que por allí pasan. Las mujeres están en sus faenas. Ahora ha pasado ya la ancestral labor del desperfollo, en que las mujerucas se ponen en torno a los pajares y manteles de cañizos llenos de panochas amarillas, y van quitando sus hojas, como forjando una faena que ya viene de atrás. El desperfollo es como un rito. Una liturgia de la huerta que tiene su cita siempre a la misma hora, en el mismo lugar. Las panochas se van estirando en su singular rasgo de fruta, con sus puntas doradas, desnudas de sus hojas y portando una silueta que bien semeja a la torre de nuestra catedral como diría algún escritor murciano. Y entre tanto, las mujeres en círculo, de citas y conversaciones hablan, rompen vientos con la palabra, critican, parlamentan de crónicas del lugar, en tanto que la tierra se va llenando de hojas ocres y las *llandas* de cañizos se hinchan de panochas amarillas que luego serán vendidas en la señal de ese tráfico que se impone en tales menesteres.

Otoño huertano para la tarea del desperfollo, para la cita de agradables encuentros entre las mujeres de la huerta. En este o aquel lugarejo, rincón o heredamiento, se puede observar en el mes de septiembre, esta faena que borda imágenes costumbristas.

Llegué tarde, pues la mujer todavía joven, me increpa de alguna manera, en tanto que miro un montón de panochas acurrucadas y organizadas en sucintos paneles de cañas:

¡Ah si hubiera venido días pasados!

-Daba gusto ver cómo se desperfollaban las panochas.

La burrica

Allí quedan los carros con el hombre, recogiendo la hojarasca, quieto y soberbio con sus poses pintorescas. Y entre tanto, la mujer me hablaba mientras le recogí la horqueta que alguien, había abandonado en su lugar y que sin embargo, podía ser un peligro para los críos que se acercasen a la misma.

La tarde iba cayendo y las montañas registraban los últimos rayos del sol, un sol cálido todavía, pero penetrante y suaves y anacaradas eran las manchas de acuarela de las montañas de La Alberca que viese desde allí: la Senda de Casillas. Es un goce mirar este paisaje, creo que no existe tan rústico ni tan menudo, tan rico en contrastes y colores, como el paisaje de nuestra huerta, que sin embargo, va destrozando las máquinas y las nuevas edificaciones.

Al fondo de un bancal, amarrada a la casucha, quedaba la mula blanca, envuelta con moscas. Me acerqué a ella y tomé unas notas, mientras entre los barrotes de un balcón, me miraban de soslayo, unas figuras, como mostrando sorpresa ante mi talante y atrevimiento.

-Es que estoy haciéndole un apunte a la burrica, insinué.

Siguieron con su misma sorpresa ante mi conducta.

Los verdes de los bancales van conformándose con una sustancia más aterciopelada, porque el verde de la huerta no es esmeralda puro, que es un verde que se hermana con los ocres y los amarillos, sin denunciar a su rostro de vegetal, pero más nutrido de envolturas selectas, no como lo suelen pintar.

El sol redondo iba comentando secuencias de horizontes y las nubes componían escorzos solemnes. ¡Qué cielos se ponen en la huerta! Parece algo que sobrepasa la normalidad para conectarse a lo sublime.

Hay que mirar bien estos atardeceres, por entre los recodos de senderos, a través de las cañas y hojas de las moreras y de las chimeneas de las industrias.

Sí, hay que mirar el horizonte desde la plena naturaleza.

El Tio Juan y su nieta

La tarde cae en Senda de Casillas. Es el invierno que llega, se mete en los bancales, y hace que se escapen los últimos rayos de sol casi caducos.

-¡Ah, don Juan, las tardes ya no son nada!

-Y que lo diga amigo...

En el rincón de un sendero se alumbra nítidamente, fugazmente, un tronco viejo de morera. Un rayo último de sol da de cuajo en su corteza venerable. ¡Cuánta belleza! Pienso en una tabla de Carlos de Haes, de aquellas que pintaba en sus momentos más fecundos.

Junto al tronco hay un pozo con un pozal que una muchacha de tierna edad, Loli, coge y vuelve a introducir en su hondura. Un pozo tan viejo como el tío Juan, que apenas si puede con sus piernas, con más de ochenta años y unas negras gafas sobre sus ojos. Da pena verlo, y con su bastón camina cansinamente. Es la cansera de la huerta, del hambre, del labriego que está encorvado, que está medio muerto de tantos años a sus espaldas.

Cerca del pozo, hay un carro y el ubio de las antiguas yeguadas con el hombre que aún está trabajando, porque hay que seguir ganándose el pan con el sudor de la frente.

-Ya viene el abuelo, dice Loli, su nieta, que por cierto es una niña de unos diez años y ya tiene un cabello largo, guapa de por sí. ¡Vaya zagala que será el día de mañana! Se la rifarán los muchachos que andan como en una abulia constante. Los tiempos han cambiado de veras.

Loli está llena de salud y de gracia, como el verde de la hierba que aún se domina en los bancales cercanos. Su padre, un hombretón de unos treinta años, sigue trabajando junto al carro, recogiendo la hierba que echará a las vacas del establo. Allí están sometidas a su espera, mugen y miran al extraño con insistencia, mientras penetra por el establo rústico unos sutiles y bellísimos rayos de sol crepuscular. El tío Juan, con su bastón, acaba de llegar cojeando, se sienta en la silla y llama a su nieta.

-Loliiiii....

-¿Qué quieres, abuelo?

-Nena, tráeme el botijo, que tengo sed...

-Vengo de ca el tío Antonio, de tomarme unos vasos de vino y de jugar a la baraja.

La nieta se acerca al pozo y coge el botijo que cuelga. Se lo entrega al viejo que espera junto a la morera repleta de verde, con sus manazas temblorosas y sus gafas negras.

La madre de la niña se aproxima a un tenducho al costado de su casa, donde el marido coge la hierba y la mete en el carro o la traslada en sacos al establo. Le dice algo al oído. De inmediato se dirige al abuelo y susurra una conversación.

Entre tanto, Loli se acurruca junto al viejecito. Hace nueve años que murió la abuela... La pobre abuela que tanto le ayudaba a su madre, cuando ella apenas tenía dos años.

El viejo está siempre triste. No sabe qué hacer por las tardes. Cuando termina de comer se va con su bastón en la siesta y vuelve tarde, con los últimos rayos del sol, cuando la huerta se viste de tristes entonaciones, y se cubren los bancales de sombras, cuando el viejo se encuentra cansado, tan cansado como su palabra que ya no puede ni siquiera evocar el pasado.

-Cuando estaba con ella era otra cosa.

-Sí, era otra cosa.

-Le contaba mis problemas, paseábamos juntos por el sendero que se dirige a la acequia y mirábamos el agua los dos.

-¡Qué bonita es la acequia!

-Nuestra acequia trayendo el agua cristalina, dejando mirar las cañas en su espejo soberbio...

-Pero ahora, me encuentro tan solo como el tronco viejo de morera que hay junto a la casa. Está roto, como si un rayo le hubiera destrozado. ¡Qué lástima!

-En otros tiempos, la morera daba las hojas más bellas para el sustento del gusano de la seda, las cogía mi esposa y ella se encargaba de cuidarlos, de mimarlos, de darle lo preciso. ¡Qué tiempos aquellos!

Loli, la niña del lugar, aparece de pronto y todo cambia, es como un rayo de luz en las tinieblas de Juan que, con su bastón, apenas si puede caminar, pero sin embargo, desde su soledad, se nutre de sentido, mira a Loli y la sigue con sus ojos cansados, y la nieta va de aquí para allá, se mete en la tienda de su padre, en los establos donde están las vacas y sale de pronto y se dirige hacia el abuelo al que le da un beso en la frente.

-Eres el mejor abuelo del mundo...

La tarde cae y el viejecito sigue en el lugar. Juan, el buen hombre de la huerta sigue en pie, con sus recuerdos, con su bastón que le mantiene y continua mirando la huerta como antes, a los bancales y los senderos y se va muriendo poco a poco, sentado en el porche de su vieja casa y viendo cómo su nieta Loli crece y da perfume como un alhelí.

5

El rostro auténtico

[El tío Paco, de la Senda de Casillas con su atuendo de trabajador]

Es primavera. Cuajerones de color. Todos los rincones se muestran poblados de flores, alhelíes, buganvillas, y las malvalocas que comienzan su turno. Una preciosidad. Cuando el hombre se debate en la tortura urbana, venir a la huerta en esta época es como un deleitarse. Sólo que como no se viene a esta zona no se puede intuir la gracia, el olor, la vida propia, y nosotros creemos que peor para ellos, porque nuestra vivencia nos alumbra desde la raíz, donde se nutre el color, se aisla la danza insólita de las espigas meneadas por el vientecico y la segadora con su falda encarnada, de pronto la tenemos ante nuestra mirada "¡Mírala!, ¡pobre campesina!", como diría Wordsworth.

La Senda de Casillas resplandece. Está en su éxtasis de barroquismo, se siente en su color de encarnados, rosáceos, azules, amoratados, y allí en el bancal del camino de los Aragones, se otea la alfombra asombrosa de las manzanillas, con sus amarillos, para que la senda componga su delicia. Precisamente, a

esa hora de la tarde, cuando el sol se inyecta ardorosamente aún sobre las paredes ocres de las casucas, cuando en el interior de los establos se escucha el mugido de los animales. Y por entre las ventanucas siniestras y que semejan un cuadro de pintor holandés la vida casi comienza de nuevo, en esa espera de terminar el trabajo, en esa forma de estar serena, como ensimismada en su existencia geográfica. El hombre y la huerta siempre esperan sencillamente, surgen en el entorno y asisten a la ceremonia del ritmo natural. Todo el rostro de la huerta cansina, taumatúrgica y ancestral queda engarzado en sus cosas, en la luz de los senderos con las sombras alargadas y azuladas, en las redondas moreras con sus hojas características, en las piedras de los muros de sus casas ancianas, en los interiores que, de pronto, nos asombran y admiran, porque siempre está el viejecito, el anciano que, con sus gafas negras, con su chaleco abierto, junto al otro viejecito amigo, con cara de auroro, de labriego, de ausente... siempre espera algo, siempre se nos queda enredado en sus pensamientos, cuando tenemos la suerte de acercarnos y simplemente dialogar con él. Hablar con este hombre de la huerta, con este viejecito, es como sentir el rumor del agua de nuevo, como encontrar de pronto el canto de algo que se nos escapa, pero que se adhiere a los instantes en esa hora tranquila, cuando la moza recoge sus labores y la mujer entra a echarle de comer a las bestias. Al fondo de cualquiera de estos senderos se domina la nueva ermita de Casillas, espigada, y hasta escuchamos sus campanas, ahora tristes por la muerte de una persona muy querida y en la tarde se juntan en torno a la ermita casi todos sus vecinos. Sí, es que se ha electrocutado una señora y a uno se le pone la carne de gallina, mientras se escucha el latido de la campana que se nos clava en el alma.

Evocación de la Hacienda de Buendía

-Venga, buen hombre, me dice el labrador del camino, el hermano del tío Paco, el tartajoso...

-Es que mi hermano, ese hombre que usted ha dibujado, nació así, ¡ya me entiende!

-Si usted desea saber cosas del tiempo antiguo, tiene que hablar con el que más sabe de esta zona, que es un viejecito de más de noventa años, pero todavía se acuerda de muchas cosas y hasta se baila un zapateao.

¡Qué cosas tienen estos hombres de la huerta! Así como suena, y hasta se baila un zapateao, que si no, que vengan a verlo...

Cercano a la vieja ermita, que ya es un montón de ruinas, hay una vivienda nueva y un gran patio cubierto, con olor a establo y heno recién cogido. Precisamente junto a la entrada de la puerta, donde unos rayos del sol de tarde, aún toman asiento en ese lugar, se encuentra el hombre en cuestión. Nada más ni nada menos, que Diego Barberán Alarcón. Sentado, con su sombrero negro, con su bastón manoseado, con unas enormes gafas que dejan entrever unos ojillos pequeños. No aparenta este hombre su edad.

-¿Es usted don Diego Barberán?

-Sí señor, para servirle.

Hace ademán de levantarse, pero le increpo a que se mantenga sentado, pues sólo soy una persona que se interesa por el hombre de nuestra huerta, por la huerta sencilla, por la voz del ser humano, por lo que tengo ante mí, que es como un libro inédito con soberbias páginas, que comienzo a abrir con timidez y gran estimación.

-Buen hombre, hábleme lo que sepa de este lugar...

Con garbo y simpatía me va hablando mientras coge un pitillo y se lo enciende. Me da uno y le acompaño. El humo del cigarro irrumpe en el ambiente. Por mi parte tomo el bloc de notas y empiezo un dibujo rápido, mientras cuenta cosas y por supuesto, no paran los mosquitos de arrimarse a mis manos y se nota el silencio del viento besando los árboles, y el ruido del paso de algún coche por la carretera.

Diego Barberán Alarcón nace el 10 de enero de 1891, y se encuentra frente a mí, en una tarde primaveral y ama la vida. Sus manos nerviosas siguen con el cigarro y con el bastón. Insiste en que está bautizado en Espinardo y criado desde 1904 en Cabezo de Torres y en La Cueva, que por cierto se domina desde una pequeña y raquítica ventanuca: unos cabezos cortados de cuajo y con un color ocre y bermellón.

Lo que le aconteció en una ocasión

Antaño, cuando rondaba el año de 1930, la vida en la huerta era distinta, aunque siempre la agricultura ha sido cosa difícil, pues no en balde ya "el mismo Júpiter quiso que fuese difícil la agricultura". Claro que cuando las cosas van bien, entonces todo es distinto. Y en la fecha indicada, Diego Barberán, que entonces era un mozo, estaba trabajando en un bancal cercano a la ermita. Era una tarde tranquila, cuando la primavera cobra nueva flora a la naturaleza, cuando las muchachas se atavían con sus mejores galas. Como las rosas están las chicas en tales ocasiones y sus caras son como brillos de luz, como el ángel de la tarde que se posará en ellas.

Diego sigue en sus trece de darle a la azada, de penetrar la tierra con la diestra versión de un rito inacabable. Mira a su entorno. Toda la huerta está verde. ¡Qué bonita está!, se dice a sí mismo, y de pronto alguien, un hombre de unos sesenta y tantos años se acerca a él y le pide lumbre para el cigarro que se coloca en sus labios menudos y descoloridos.

Diego deja de trabajar, pone la azada sobre la tierra blanda del bancal, se introduce la mano en el bolsillo del pantalón y le da una caja de cerillas. Se enciende y el humo resbala por el ambiente. Se huele a tabaco y en ese momento el mozo le pregunta al viejo...

-¿Cómo se llama usted, buen hombre?

-¿Qué le hace venir por aquí?

Impasible, casi sin dirigirle una mirada, el viejo se limita a señalar la ermita, a temblar, componiendo sobre su mente un ignoto mundo de voces extrañas, de palabras que antaño pudieran resonar allí mismo, pero que en ese instante estaban ausentes.

Simplemente el hombrecico respira hondamente y pone en su boca la palabra relacionada con el hogar.

-Aquello sí que era hogar...

-Precisamente en ese sitio, donde está el escudo, indica el anciano, nací...

-Y por cierto, que ya estaba el mismo escudo, con la culebra grabada.

-Entonces este lugar era, una colonia que llegaba hasta Orihuela, y por el camino de Basilio a Puente Tocinos...

-¡Qué distinta era la huerta entonces!

-A la dueña de la casona le decían, la señora Culebra...

-¡Ah qué bella era mi casa y la huerta entera... qué bella...!

Se fue el mozo con su cigarro en la boca y dejó a Diego boquiabierto, cosido a su bancal, con sus pantalones bombachos, su azada, que era la de sus padres. Miró el escudo de la ermita de Buendía. Estaba perplejo. Por el horizonte se perdía la figura del personaje que acababa de conocer.

6

Huellas de horribles escenas

[Paisaje de Casillas]

Diego Barberán, el viejecito de Senda de Casillas, está cada tarde en su rincón, como reclamando el tiempo pasado. Permanece con su bastón, su blusón negro, sus gafas negras. Al lado, está su amigo, como tantas tardes, como cada hora de sus largas esperas sin desear nada.

Habla de muchas cosas, evoca siempre con sus ojos hinchados de recuerdos, de nostalgias. La vejez es esperar simplemente, sin inquietarse por nada, es volver al pasado, releer las viejas páginas que han atravesado una vida.

De vez en cuando se levanta de la silla tan vieja como él, sale a la senda, que por cierto da gloria verla, enfrente se arremolinan las rosas en grupos apretados, encarnadas, bellísimas. Hasta están naciendo unas malvalocas con sus anchas hojas, su gracia de vegetal que hay que mirarlo de cerca, ver

la liturgia del renacer y de la transformación, de estas pequeñas y grandes cosas que son auténticos milagros.

Hay una rosa que Diego mira sobre todo y unas ramas del chopo que tiene ante sí, y también la acequia con el agua sucia que hace que torne su mente a los años de su niñez. Porque antes, cuando era mozo, la huerta era otra cosa, había un agua cristalina, que iba y venía por las acequias, verdaderas arterias, en la que se podía contemplar la cara guapa de la moza y hasta lavarse. Y es que no había contaminación fomentada por la industria; y la tierra desplegaba a los cuatro vientos la razón de sus frutos.

-Fíjese usted ahora en las acequias. El agua va turbia y portando los residuos; apenas el huertano puede trabajar así, y todo es distinto.

-Claro, ¡que han pasado tantas cosas!

-Porque si le contara los pormenores de nuestra guerra aquí, en esta zona huertana, precisamente en la ermita, podría contar y escribir un libro sobre los horrores, sobre las muertes de hermanos contra hermanos, sobre la destrucción de la tierra y de las obras de arte.

-¡Ah, aquella noche fue tremenda, como para no haber nacido y así no contarlo ahora!

En este momento se transforma la cara de Diego, el anciano que sigue manoseando el bastón, como su fiel amigo de tantas calamidades.

-La mañana de aquel día despabiló con la furia de algo insólito, cuando la barbarie roja se encamina hacia la ermita y sacó las imágenes que habían en su interior. Los huertanos estábamos estupefactos, mientras se veía aquella masa de turba corrompida sacando a la Purísima de su sitio, derrochando la maldad de sus corazones, arrojando la blasfemia por sus bocas despiadadas.

-¡Qué horror!

Mire, ¿ve usted donde está ese espacio entre el bancal y la ermita rota? Pues ahí mismo tuvo lugar la incineración de la imagen amada por los moradores vecinos.

-A la virgencica le rezábamos todos los días, tenía una mirada especial, como si nos indicara que sería pasto de la vil iniquidad, como sucedió con tantas otras imágenes salidas del cincel de nuestros mejores artistas.

-Aquella noche, los huertanos estábamos deshechos, temiendo lo peor, escondidos en nuestros hogares, rezando. Por la mañana había desaparecido la turba y allí quedaba la virgencica en su lugar convertida en cenizas, pero aún se la podía mirar, como si nos indicara algo, como si suplicara muchas cosas.

-Todo lo rompieron, se llevaron los objetos sagrados. Que aún lo veo como si estuviera allí, como aquella mañana que me gustaría no haber conocido...

Bueno, a mí me han contado estas escenas en muchas ocasiones, amigo Diego, no las entiendo, pero así han sido, porque un servidor cree que lo más importante en la vida es pasar haciendo el amor, desarrollando los mejores valores, pero por lo visto hay quien piensa que esto es cosa de falacia, de utopía. La verdad es que inquieta meditar en las cosas que me dice, pero bueno es que dejemos la conversación de este contenido para tornar sobre rasgos más idílicos, de más enjundia.

-La huerta es dura...

-Sí, la huerta es dura, muy dura.

-Es que usted la ve simplemente, la contempla, pero la huerta es dura y los que hablan de ella sin trabajarla es como hablar de muchas cosas sin conocimiento de causa.

-Fíjese en mis manos...

-Y mi cuerpo está roto, como el de todos los agricultores...

Diego el hombrecico del lugar, me habla con los ojos entumecidos de lágrimas; recuerda a sus hijos, a sus amigos. De pronto se levanta con su bastón, casi no puede andar y se encuentra encorvado, se dirige a la senda, mira hacia los bancales y señala a unas figuras que hay escardando en la tierra.

-Son mis nietas, allí están muy de mañana, escardan las lechugas y también recogen las patatas. Todo el santo día, de sol a sol están con sus cuerpos curvados, con los rayos del sol pegándole y así hasta el atardecer. Pero es que después viene la faena de dar de comer a las bestias, de entrar en el establo y arreglar a los animales, preparar la faena del día siguiente. Casi no se tiene tiempo de nada. Y después esperar.

Remanso de voz

Al fondo se domina un camino pequeño, escondido, lo miro mientras el viejecito habla constantemente. La tarde va cayendo y escucho una canción lejana. ¡Qué bien me encuentro en este sitio! En plena naturaleza escuchando al anciano, y su voz es como un remanso, como una letanía que me hace estremecer, porque huele a tierra, a bancal, a acequia y casi noto el crujir de las pisadas de la muchacha que llega con su característica vestimenta; una falda larga, hasta los pies y sobre su cabeza un pañuelo blanco, recogido con suma gracia. Porta un botijo entre sus manos. Va caminando, guapa la moza, y al verme se extraña de cómo la miro, pero es que la huerta es eso mismo, las rosas y las figuras de sus zagalas que están brillando en su silencio y humildad, como los lirios y las amapolas que surgen en los recodos de las orillas.

-Es mi nieta, señala Diego. Mírela bien, porque es la respuesta y el ejemplo de lo que le digo.

Comienzan a tornar de la faena mientras el atardecer toma contacto con el horizonte. Es la hora soñadora y necesito mirar de cerca, asomarme al quicio del portal, meterme por el sendero y dejar pasar a las figuras que vuelven de sus trabajos con el sol registrado en sus cuerpos, con la luz del día asomándose en sus retinas. De pronto presiento el paso de un carro con el jamelgo lleno de hierbas, y encima, encaramado, el labrador y el perro que le acompaña fielmente.

-Ese es Paco, me indican, "el Pajero"; vuelve todas las tardes con el carro de sus amores, y le sigue el perro, que por cierto lo encontró medio muerto en una ocasión a la vuelta del trabajo. Ahora es su mejor amigo.

La tarde va tomando notas amoratadas y la huerta se arrima a los silencios de sombras largas y retorno del trabajo. Veo una huerta dura, con trabajo duro, pero hermosa, bellísima. Y ya Diego, el amigo anciano, se dirige a su hogar, donde habita su nieta, la que he visto volver por el surco, con su falda encarnada y el botijo ocre.

Camino de la Aceña - (Casillas
Jaime Muñ

7

El camino de la Aceña

Casillas es una pedanía huertana, típica, entrañable, apenas unos kilómetros para penetrar en su ámbito, apenas unos minutos yendo en coche para dar de bruces con esta sucinta zona huertana, cuajada ahora de color: un verdadero jardín donde la flora toma parte importante, donde el labrador que vive en su esencia de tierra, sin embargo, se encuentra cercano a la ciudad, aunque metido en su afán de sacar de la dura huerta el pan nuestro de cada día. Pero esto es cada vez más difícil. Me lo confirman sus hombres, que son sencillos, llanos como esa luz de cada día, como el sol, como los caminos que se juntan en un haz de armonía en torno a la iglesia nueva, con su placeta donde radica el escudo de Casillas, que es el alma, aliento y fortaleza...

Para el pintor, penetrar por este espacio es topar, dar de bruces con el viejo rostro del campesino, como el de Diego Barberán, o como el de Cuti "el Pencho", que por cierto allí lo vemos siempre agazapado entre los bancales de sus amores, con la corvilla y en otras ocasiones la guadaña, escardando las lechugas que se esparcen y revientan con su barroquismo ancestral, y cuando les da el sol sobre sus hojas grandes, parecen nácares que vibran en una fiesta de azul y verde.

-Venga, me dice este personaje cuando penetro por el sendero de la acequia...

-Mire qué hermosas están las coles, cómo se aprecian las gotas de agua sobre ellas, y al fondo Monteagudo, con la imagen divina.

Sencillamente maravilloso. Creo que es un espectáculo soberbio venir a este lugar y mirar el bancal de coles que graciosamente expenden sus hojas, mientras el sol brilla sobre ellas y le entrega la suavidad de unos azules exquisitos, en tanto que, como fondo, se otea el montículo, que es el guía de esta zona de huerta, figura precisa, como testigo fecundo de las liturgias de sus atardeceres.

-Sí, amigo mío, le increpo, hay aquí un cuadro espléndido, de un recio naturalismo, donde la gama de color azul conjuga con el verde de alrededor, porque este vegetal sostiene en sí un color de auténtica paleta de pintor. Lo que sucede, amigo mío, es que los pintores no vienen por estos lugares, ni siquiera se preocupan por la belleza, por la vida, por el natural ¡Qué le vamos a hacer!...

Mientras le hablo, Cuti, "el Pencho" como le llaman, coge del bancal unas coles y me las entrega. Es el mejor regalo que me puede hacer, y las recojo y me dan ganas de besarlas y olerlas, como si fuera la primera vez que estuviera junto al fruto de nuestra tierra, porque en esto existe un rito todavía, o al menos a mí me lo parece. Entre tanto, un perro pastor, guardián de la casa, se me acerca y me huele como es lógico, lo acaricio y corresponde.

-A ese, por la noche, no se le puede acariciar como lo hace ahora, anota un chaval que viene por el sendero, donde crecen unas rosas y apuntan con boato unas malvalocas, que por cierto son de una gama bermellón suavísimo, que me hace pensar en un apunte de Fortuny.

El sendero queda junto a la acequia de Casillas. Viene rebosante de agua, y está clara. Con la tarde así me gustaría bañarme, al menos la toco pero a "el Pencho" me dice que le acompañe a otro lugar, al que por cierto se llega atravesando una minúscula senda, como un surco inédito, que sólo el huertano, el labrador, conoce y sabe hundirse por él. Corresponde al patrimonio huertano, y al final, en un remanso de amplia sombra acojo el sonido del agua que se regolfa en una especie de poceta o fuentecica, que es como regalo de la tarde, por donde se asoma un agua cristalina y fría. La suavidad y rumor del agua me reconforta el ánimo y este sitio más se semeja estancia para poetas y escritores que cita de labor, pues tal es su enjundia y desde allí miro al paisaje y se abre de par en par, como el amor de la huerta, y el sol de la tarde se arrima a las casuchas venerables. Oteo otras más modernas, y la sombra virgiliana de las moreras me dan pie a cavilar en este lugar de privilegio. Antaño fue extensa laguna, donde crecía la flor de lis y donde la morera diera las mejores galas de su brote, en la función de su etiología. Y hasta pienso en aquellas sutilezas de los huertanos en dar que hablar en voces de imaginación, al tratar de poner en boca de los más la esfinge de la culebra, cuando en realidad es la anguila la que queda representada en su célebre blasón, que por recoger los elementos terráqueos, pertenece a la comunidad, es de la pedanía, con letras grandes. Y allí queda enclavado el escudo con sus expresiones, en medio de la plaza de la iglesia. Lo miro quedamente, me arrimo a él; piedra preñada de historia, de alma del pueblo, como lo es la flor, la belleza de sus mujeres, la gracia de los surcos, el sudor de sus hombres. Sol que quema la piedra, que quema el rostro del trabajador, luz de mañana y de atardecer, vida y muerte. Allí está el escudo. Lo miro y lo saludo con respeto.

La pedanía y el alcalde pedáneo

En el interior del camino de la Aceña, junto a la acequia, cerca de la casita de Cuti, "el Pencho", se domina una panorámica de Casillas, con el fondo de la iglesia. Por el camino recóndito, casi ancestral, trabajan los labradores, siempre con el afán de tomar el agua, elevar el tablacho, recoger las patatas, que quiera Dios no se amontonen como todos los años, cogiendo el repollo e introduciéndolo en un carromato, como lo hace Pepe "el Cristiano". Cabe otear el cúmulo de anécdotas, de aspectos insólitos y sencillos que son los que vibran cada tarde en esa pedanía, que tiembla al calor de la campana de su iglesia, se recoge, se aisla, e inyecta de sufrimiento con sus pequeñas cuitas, que canta como lo hace Francisco González, mientras realiza la faena de echar el estiércol al carromato, en tanto que los últimos rayos del sol acarician los objetos rústicos de trabajo: las trillas, la rola, los rastros, la corvilla..., que son la base de una manera de ser del huertano.

La pedanía es eso, unos vecinos que sienten las mismas cosas, que llevan los mismos sentimientos, que están de acuerdo y felices con su trabajo, aunque el hijo de Cuti se tenga que ir a trabajar a la ciudad, en un bar, durante toda la noche o la chica desee citarse con el novio en la Trapería, o en los bares en torno a la Universidad, aunque se las tenga que ver el hombrecico con el trajín de cada día, con el tema del intermediario para poder sacarle algo a la tierra, al trabajo de todo un año. Pero ahí está, con su gente agradecida a su alcalde pedáneo, a sus desvelos, a sus inquietudes, como las que ha tenido Ángel Martínez, pedáneo de Casillas, al que adoran sus vecinos y le respetan.

Porque en verdad que la pedanía está como una rosa de bella, con el camino asfaltado y ensanchado, con los servicios mínimos para que la población pueda desarrollar su vida propia y peculiar. Que uno lo ve al pasar por allí, al tomar conciencia de ese jardín paradisíaco, al hablar con sus gentes, como ese hombrecito, pequeñajo y encorvado de tanto trabajar la tierra, Antonio Sánchez García, dueño del bar La Gloria, cuyo local, es como encrucijada: sucinta y necesaria para quedarse y degustar el regalo gastro-

[Camino de la Aceña]

nómico de la huerta pura. A Antonio, "el Borrega", le siguen en sus cuitas sus hijos, que están al quite en los asuntos del bar, mientras el padre trabaja, como siempre en la tierra, en los bancales vecinales. Precisamente desde este punto hasta la calle de la Cruz, se sitúa la zona comentada, a la que hemos ido entrando tímidamente, tomando contacto con sus hombres sencillos, hablando con los viejos que son como críos que necesitan que alguien los mime, los tenga en cuenta, en esta sociedad estandarizada que no atiende a sentimientos.

La pedanía es una zona untada de humanidad con su alcalde que la patea, que la lleva dentro, que asimila sus rasgos y se desvela por ella. Porque ser alcalde, es pegarse al pueblo y no tener compensaciones, pero particularmente me parece que Ángel Martínez sí las tiene en su zona huertana, y es grato reconocerlo aquí pues he sido testigo fiel de ese amor, del cariño de sus gentes. Lo local se encuadra en esta pedanía huertana de tanto arraigo y característica, con tal embrujo, que se agarra a nuestra garganta, y nos hace pensar en la nobleza de su estirpe.

Por ello, sencillamente, les digo a los labriegos, a los hombres y mujeres de la pedanía de Casillas, a los que trabajan la tierra, a todo lo que en su ámbito se encuentra ¡gracias! Sencillamente, gracias por vuestro acogimiento.

8

La Vereda de la Cueva

Acaso uno de los placeres más sabrosos con los que se encuentra el ser humano sea el que proporciona hablar con la gente sencilla, la conversación entrañable tomada desde el lugar preciso, recogiendo esa verdad sincera que la voz del hombre provoca, sin los tapujos de la civilización, sin el boato y la pseudo-intelectualidad que el hombre urbano, en término peyorativo, tiene a bien secundar, quizá porque en lo sencillo cabalga la luz más humilde y a la vez más rica, capaz de ilustrar las más dignas e interesantes anécdotas en este viaje por la huerta, sin el stress del reloj y sin el síndrome de lo urbano. Sin embargo, se conjuga la gracia de lo inédito, cuando cogemos el hilo de este laberinto riquísimo de nuestra huerta.

La tarde primaveral va tiñendo de suavidad la tierra y desde los quijeros de las acequias cercanos a Puente Tocinos se asoman unas sombras alargadas, en metamorfosis constante. Me da pena mirar la

última torre huertana, de Ayllón, con su escudo linajudo, con sus ventanas y sus vientres pariendo esa lepra de la piedra, cuando la apatía se encara con ella. ¡Lástima de esta torre!

Desde lejos se atisba el remate de la torre de la iglesia de esta pedanía plena de urbanización, pero que es base para penetrar en otras zonas de mejor envergadura donde se aisla un tanto el carisma de lo idílico, donde la vetusta Arcadia se nos intenta retamar con su fisonomía típica. Y así, de pronto, uno topa con el camino de La Cueva, que es sitio para andar, para entablar la cita con el labriego, con el cicerone huertano que nos vaya contando cosas de esta zona, a la que intento llenar de nostalgias, de sutilezas, de anotaciones de estilo galdosiano, cuando sin saber cómo, hasta nos hablan los árboles y los surcos nos incitan a deambular por ellos, como si una mano extraña y amable nos diera el aliento supremo.

Vieja Vereda de paso

Camino asfaltado, ancho. Los vehículos pasan con asiduidad desde La Cueva hasta El Llano y atravesando a su paso, inevitablemente, la Cruz de Casillas, a la que más tarde dedicaré por su arraigo y majestuosidad un capítulo completo.

-Esto ya no es lo que era, me dice un hombre que descansa quédamente sobre la puerta de una casa chalé, que está recién construida.

-¡Cómo pasa el tiempo! Si usted lo hubiera visto hace cincuenta años, bueno, o algo menos, entonces sí que daba gusto, pues era una vereda de carácter agrícola, camino de ganados...

-Venían hasta de la misma Fortuna y sus pueblos comarcanos, traían el ganado a abrevar al río, que se encontraba cerca.

-La vereda contaba con catorce brazas desde el centro de la calzada, a derecha e izquierda...

-Ya sabe usted, por lo de los litigios del paso de las ovejas...

Estas cosas me las dice el labriego que a la sazón se encuentra, en esa tarde, junto a la encrucijada del camino o vereda vieja de La Cueva. Se llama Luis Mazón Garrigós y los del lugar le denominan cariñosamente "el Chériff", por aquello de conocer como nadie cada surco, cada quijero, cada fontanilla de agua que va esparciendo los regolfos de aguas estancadas. Se encuentra orgulloso por lo del apellido Mazón, que por cierto le viene nada menos que del siglo XVIII, y en su haber histórico cuenta con una crónica relacionada con el pirata Barbarroja y la verdad es que nos asombramos de la entraña y largueza de estos apellidos huertanos, que quedan enraizados por tantos embrujos y relieves que son dignos de estudiar y relatar, lo que sin duda haremos en mejor ocasión, o acaso con motivo de estos viajes con sabor a barro y merancho. La Cueva es el pueblecito que hace renacer en Luis Mazón, el huertano afincado en Llano de Brujas, una serie de secuencias y nada más que evocarlo le sugieren rostros entrañables, pues su familia posee propiedades, en esa cantera noble, de la que se sacan las mejores piedras para la construcción, hasta un derecho a la fuente que radica en su interior.

-La cantera de La Cueva es la mejor, y con sus piedras se han construido casi todas las viviendas nuevas de esta zona de huerta.

-Que se lo digo yo, que lo he visto y he ayudado a trabajar...

No lo dudo buen hombre, que casi lo estoy viendo en sus ojos vivarachos, en su manera de hablar y de mirar, de hundirse por las orillas de acequias. Lo intuyo y muchas cosas más. ¡Qué no tendrá la huerta de mis amores!

La finca de los Aceros

Me maravilla penetrar por esta vieja finca. Apenas sí se conoce, tan sólo por el auténtico huertano, por el labriego que trabaja de sol a sol. Da pena verlo ahora, con estos soles estivales, encorvado, recogiendo patatas de los bancales. No sé cómo he llegado a este delicioso paraje, me enamoró desde el primer momento, metiéndome por un surco escondido, lidiando matujas y cañaverales. Pero llego y oteo una casa vieja, con enorme patio y un establo entrañable.

Una mujeruca, de cerca de noventa años, con una escoba, sale al paso, -Buena mujer, le digo, ¿cómo se llama este paraje?

Apenas si me habla, pero me entero que pertenece a la familia de los Aceros. Son personajes oriundos de esta zona de huerta, que habitan y trabajan esta tierra, la conocen como a la niña de sus ojos.

-¡Qué maravilla!

Entro en el establo y observo unas vacas de gran envergadura y auténtica majestad.

-Son de la raza murciana, de aquella que, desgraciadamente, se va perdiendo.

-Se llaman "Hermosa" y "Clavellina".

-Fíjese en ellas, me dice un mozalbete, el menor de los Aceros, que penetra en el establo, mientras intento hacer un esbozo dibujando un esquema casi en la oscuridad del recinto.

Por cierto, que la techumbre toda está envuelta en telarañas, pero al parecer debe ser así, y una ventanuco de costado conforma un cuadro de notable sugerencia.

Las vacas portaban antaño una carreta, y eran como algo fecundo y bello en aquella huerta de hace cincuenta años. Pero ya sólo quedan para decorar, para quedar ahí, sumidas en el silencio y el anonimato.

De pronto, el mozo las saca a un bancal cercano, donde se aisla la naturaleza y una acequia menuda pasa amorosamente. Las vacas se paran junto a una morera que empieza a verdear, y el sol de la tarde da sobre sus lomos bermellones. ¡Vaya lienzo! Pienso en los pintores de Barbizón, en el impresionismo, en Mir, en la mejor pintura española, y no doy tiempo a la mano, que, nerviosamente, va dibujando sobre el bloc la escena que tengo ante mí.

-¿Estarán mañana allí las vacas?, pregunto al muchacho.

-Sí, todas las tardes, a la misma hora, las sacamos...

-Pues vendré a hacer una pintura.

¡Vaya cuadro! Y con la luz del atardecer...

Al fondo, en el bancal, me miran unas figuras, que con el típico atuendo se sorprenden de mis gestos y se sonríen. Sí, se haga el milagro de la belleza; un pequeño milagro que, como se ha dicho por un escritor germano, es la excepción a este mundo nuestro de degradación, de muerte y absurdo...

9

Las viejas ermitas de Casillas

[Vieja ermita de Buendía. (Casillas)]

La huerta tiene su razón, esta huerta nuestra de laborar sin descanso, con el cuerpo roto del cavador, con la mirada hacia la tierra. El huertano conoce su misión ancestral, su imagen es la del verdadero rostro que evoca la singladura evangélica y la verdad que me gusta verlo de cerca, vivir con él los afanes de la tierra, que es base y causa del porvenir. Loor por este huertano, por el hombre típico de la pedanía de Casillas que lo conozco en su misma texitura, con las herramientas de trabajo, que son dignas de un panegírico virgiliano. Ahí está siempre, en su sitio, sin descanso, ni en invierno ni en las canículas del estío que se agarra a la tierruca de esta zona. Un lugar digno de consideración, de evocación de sus gentes y de sus cosas, porque acudir a su remanso en este tiempo, es rozar la razón de una manera de ser y de permanecer, que nos deleita por su sencillez, por su entrega que mucho dice a su favor. Todo ello en contra de críticas de viejos cronistas que sólo han estudiado en los pergaminos, sin salir a la luz, a nuestra luz mediterránea, que en esta zona se hace barroquismo puro, néctar,

ductilidad, pureza pura, aroma de azahar, sonido de agua que es origen, densidad, sutilidad, recreación y fluir del tiempo.

Creo en una estética de la huerta con sus roces y sensaciones, con su tinglado de verde que llena esta zona paradisíaca, en que la primavera compone la raíz de su estallido, para que el mismo Polo de Medina cobre bríos en sus metáforas barrocas. (Me parece que no se ha escrito el libro de la imagen de la huerta por nuestros poetas barrocos, como tampoco el libro del verde huertano en su razón plástica, para lo que habría que cotejar los lienzos de nuestros pintores murcianos de la escuela realista e impresionista, en la menudencia de la gama verde, que para el pintor ha sido siempre la más vidriosa). Pero en la huerta, el verde surge por el poder de la luz que se inserta en su ancestral verticalidad, componiendo brotes de zonas donde el color esmeralda apenas queda enraizado, puesto que aquel color es penoso para la paleta del artista, ya que ha de utilizarlo con mezcla de ocres y bermellones. Cabe ver cabalgar al Segura por su entorno, llevado por céfiros, penetrando en los meandros de sus amores y fecundando la tierra, que le dará fertilidad.

En este paisaje vive el huertano, gente sencilla y plena de naturaleza, por lo que apenas cabe en ellas el resentimiento ni la envidia y el diálogo surge con la capacidad absoluta de entrega y nobleza. Aspectos que no se dan en el habitante de ciudad, en lo que ya Spengler escarbó en su magna obra. Y en verdad que la huerta imprime en su habitante la garra de su aliento y su trabajo le impone una huella característica, en la que convendría profundizar. Todo su contenido responde a esa forma de ser y sentir, hasta sus costumbres quedan como engarzadas a su razón. Pero cabe advertirse, o al menos me lo parece, que el huertano de Casillas recalca su sentido singular, de acercamiento a sus cosas, vive en torno a su faena pero metido en sus tradiciones, apela a lo que es suyo y lucha por sus fueros. Este hombre es atento, amable, servicial, se entrega al forastero con su alma entera, pero es guardián de lo suyo, laborioso y disfruta en las cosas menudas. Se apiña en aquellos tiempos de ocio, porque la fiesta compone una trama básica de aproximación, entre la gente y donde el alcalde pedáneo sabe buscar el acicate de ocio suficiente, como para atraer a sus vecinos. Aspecto que en Casillas queda perfectamente corroborado y sirve de ejemplo a otras pedanías. (Para el clásico, el pedáneo es el alcalde que va a pie, que conoce cada rincón de su lugar, que se afana por mejorar su entorno, que vive en completo desasosiego con la única satisfacción de ver a sus vecinos dichosos).

10

La Ermita de Espín. Su desaparición

[Casa de Pedro Soler Párraga]

Para este escritor, hablar con la gente, con los más viejos del lugar, supone un deleite soberbio y que sólo el goce íntimo es capaz de compensar, pues no olvido lo que señala Kant, en su obra "Crítica de Juicio", en torno a la satisfacción estética, que por supuesto no ha sido modificada por ningún escritor posterior, cuando afirma magistralmente: *«Puede decirse que, entre todos estos modos de la satisfacción, la del gusto en lo bello es la única satisfacción desinteresada y libre, pues no hay interés alguno, ni el de los sentidos ni el de la razón, que arranque el aplauso».*

Me entusiasma sobremanera este acercamiento al viejecito de Casillas, que con su perfil humano y cansino, me habla con su gesto típico y corazón abierto, de aquellos ángulos inéditos de la pedanía, cuando comenzara a surgir e independizarse de Puente Tocinos, y se fue integrando su núcleo primigenio que, con el nombre, de La Gloria, ha ido secundando y dando forma anímica, a su conjunto.

Interesado por la ermita desaparecida me hundo por el carril de los Zamora. El sol de la tarde estival penetra y llena de luz un carromato cargado de hierba ¡Qué maravilla! ¡Ya se ha construido un nuevo cuadro, con una zona de verde! Tengo ante mí algo sorprendente e inédito, por lo que paro y pregunto a un crío que a punto está de encaramarse a una bicicleta.

-Muchacho, ¿está tu abuelo por ahí...?

Al momento baja del asiento y se introduce en un establo cercano. Hay olor a heno, a hierba y al fondo queda encuadrado todo Monteagudo con el Corazón de Jesús en lo alto, que vigila quedamente, en silencio. De pronto se acerca un hombre de unos sesenta y tantos años, se llama D. Manuel Zamora, cuyo apellido da realce y raigambre al lugar, cuyas retinas lo conocen como nadie.

-¡Llevo ya tanto tiempo aquí!

-Entonces sabrá algo de la desaparecida ermita de Espín, le indico.

El muchacho presta atención a mis preguntas y se queda pensativo. Es como algo que le provocara ilusión, lo que es lógico al parecer.

Se van uniendo otros personajes que comienzan a ilustrarme sobre el particular y me entero de la historia menuda pero sabrosa de la ermita, que al inicio formó parte de este núcleo vecinal primigenio, y por tanto básico para el desenvolvimiento de la vida de la pedanía.

Antaño, rondando los primeros años del presente siglo, se instaló en este punto un hombre intrépido y comerciante que se llamó D. Ramón Herades, frente a lo que en la actualidad es el bar La Gloria de tanta envergadura, y creó un centro de atracción y vida propia, con la presencia de un horno y surtidor de gasolina. Hasta tal punto, que fue apiñándose una masa vecinal en su entorno, capaz de darle vida y crear unas pautas sensibles en la convivencia. Este asentamiento va adquiriendo dimensión vital y da lugar a que se construya una pequeña ermita en el lugarejo que se conoce como carril de Basilio.

La gente vivía feliz y el cura D. José, de Aledo, hacía en sus homilías las delicias de sus feligreses, hombres y mujeres sencillas que sabían mirar al cielo y pedir a la Virgen, al Corazón de Jesús, por la tierra de sus sacrificios. Las mujeres comprendían que la tierra trae dolor, como al parir, pero en su trabajo entregaban todo su amor. En el interior de la ermita de Espín, se intuía el goce religioso de cada día festivo, de cada domingo, cuando el tañer de su menuda campana convocaba a los fieles a la meditación.

-¡Qué bien lo pasaba aquel hombre de Dios en la ermita! Lo observaban recluido en su interior mucho tiempo, dejándose llevar en sus fervores y soliloquios, que posteriormente traspasaba a sus feligreses.

-¡Qué tiempos aquellos, de auténtica felicidad y comprensión!

Su desaparición

Pero llegó la muerte y destrucción, el odio entre hermanos. Llegó la fatídica incomprensión y estupidez que los que no hemos vivido la guerra civil patria no llegaremos a comprender. Lo cierto es que el feliz tiempo de Arcadia en la huerta se quebró y naturalmente la horda anárquica dio contra la pequeña ermita de Espín. Alguien, vecino atento a tal desmadre, se aprestó en su momento a

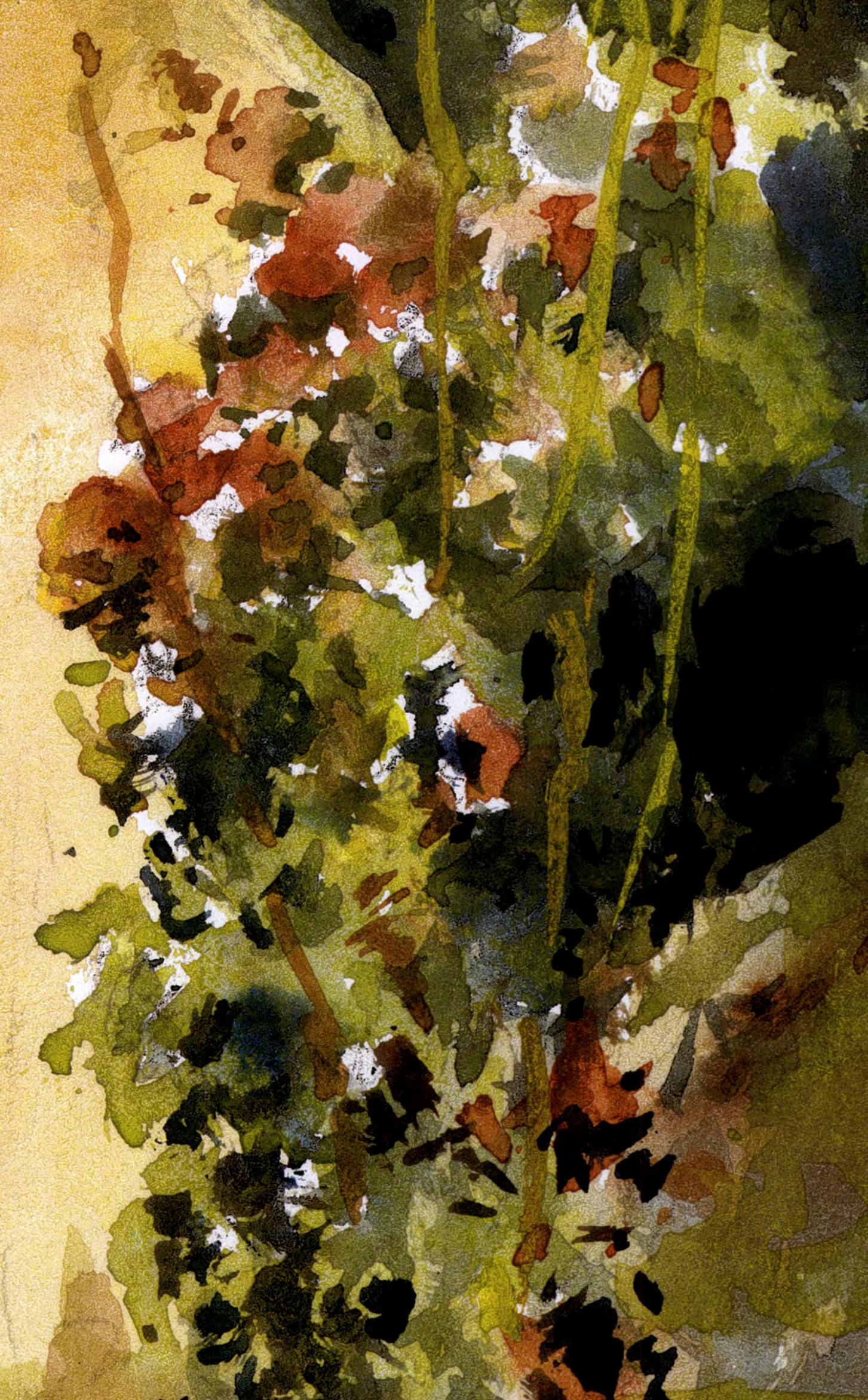
recoger las imágenes que en ella había: una Purísima, un San Antonio y un Corazón de Jesús, para llevarlos a la Catedral murciana y de esta forma salvarlos de la insensatez. Cuando todo pasó, pero ya la ermita estaba destruida, por lo que se trasladaron las imágenes a la nueva del Corazón de Jesús, que es Patrono de Casillas.

Todavía en este lugar se retiene la tradición, cuando al llegar la Purísima, los vecinos se reúnen en torno a unos festejos que colman sus ocios y ponen descanso en sus cuerpos, que buena falta le hace, para olvidarse un tanto de los sinsabores de sus trabajos arcaicos.

Se acuña el tiempo entre el pasado y el presente, con las ausencias precisas, cuando los más ancianos recuerdan la tienda de Diego Sánchez Romero, al quicio mismo del carril de Basilio, con la bodega y su horno de pan cocer, que aún queda alguno por esta huerta.

El mismo Manuel Zamora, en sus años mozos, iba a la tienda de Diego a por vino, con el clásico porrón, que luego se empinaba picarescamente, y por cierto, que nunca cobraba nada, como suelen decir y hasta se hartaban de tomar con una "perra", un montón de torraos y avellanas. Cosas de aquel momento, pues que ahora utilizan otros menesteres y también acuden los viejos y jóvenes al bar Cascales o Vidal, o bien se enredan sus ratos de ocios en jugar a los bolos, de tanta prosapia arabesca. Pero a lo más se estila trabajar, porque como dice el bondadoso de Manuel Zamora, -apenas si se puede, ya que vamos aguantando el tirón.

Y lo dice por la cuestión de la agricultura que no es como para cruzarse de brazos, pues que esta mal, muy mal la situación del huertano, con su menoscabada economía. Y quiera Dios que se arregle lo antes posible.



11

Torre Carmela

Casillas compone una serie de lugares de indudable e inédito regocijo, de carriles y caminos, como el camino viejo que nos deleita en su trayecto recoleto, con huerta en transformación, con la vieja acequia a cuyos laterales podemos ver, en ocasiones espacios de huerta y de huertos con gracia y alegorías sensuales, donde el chopo se refleja narcisísticamente en el agua. También nos damos cuenta de un punto negro, que conforman unas viles piedras que, cercanas a una fábrica, cercan un camino, que bien pudiera servir a los vecinos para salir más holgadamente a la carretera, pero en la cuestión de quitar estos extraños mojones cavila el bueno del alcalde pedáneo y, ojalá que llegue a buen fin.

Siguiendo por el interior damos de bruces con otro núcleo importante en su historia, cual es el de Torre Carmela, que antaño pertenecía a Puente Tocinos, aunque si bien es cierto, eclesiásticamente su jurisdicción entraba en esta pedanía, y desde hace tres años compone una parte de Casillas dentro de su entidad local precisa.

Torre Carmela señalaba un aporte de típica torre huertana de índole moruna como tantas otras que habían en la huerta y que han ido a menos, secuela de aquella forma de vida medieval, como sitio de ocio y culto a modo de aquellas sugestivas alquerías moras que todavía se yerguen en diversos lugares de Al-Ándalus. Los más viejos me confirman que la torre marcaba su fisonomía con galanura y desde ella se avistaba la catedral murciana. Se integraba entre un huerto soberbio donde la palmera formaba parte de su terruño, y es que Mahoma, el profeta de Alá, amaba la palmera y la cuidaba, cosa que no hacen ahora las máquinas ni las urbanizaciones. Dicha torre pertenencía a doña Carmen Medina, que a su vez la adquirió a D. José Palazón Sánchez, y en la escritura de D. José Palazón se puede leer, que la propiedad afecta a: *«un trozo de tierra sita en Murcia, partido de Puente Tocinos, con riego de la acequia de la Aljada, la adquirió por herencia de su abuelo D. José Sánchez Pedreño...»* (15 de marzo de 1975).

Me acerco quedamente al sitio donde antaño estaba la torre. Apenas queda nada, ni siquiera restos de su huertecico, pero tomo el apunte de la casa que pertenece a D. José Palazón, en cuyo punto se domina amplio y selecto paisaje, con bancales organizados y cuajerones de rosales que vibran como en una fiesta de color.

12

Ermita del Corazón de Jesús. Anécdotas de la ermita desaparecida

Se está bien en el Rincón de los Sánchez. Es media tarde y un aire estival agradable hace que la estancia sea espléndida. Sobre todo con el balcón de verdes, de bancales y sintiendo el rumor del agua. Fueron los árabes quienes la transportaron a través de esas arterias magnas de sus acequias, aunque bien es cierto que utilizaron la técnica de los romanos, lo que nos prueba la existencia de sus célebres baños para lo que se sirvieron de la arquitectura vitruviana de las termas. El agua es la base, el arjé, la voluptuosidad, por eso la huerta es poesía, aliento de Zoraida que se lava y mira su cara hermosa en el cristal del agua. Noto el sonido del viento chocando con las hojas de unos chopos cercanos.

Al final del carril en el que me encuentro, estaba la ermita del Corazón de Jesús, que custodiaba al Santo Patrono, en imagen colosal. Precisamente, en la encrucijada de senderos y surcos con la denominación del Pino, de Solís y de Sánchez, quedaba la ermita, que fue fundada por el conocido murciano Sr. Pascual de Riquelme, en el año de 1932, con una dimensión de cuatro metros cuadrados, con una talla del Corazón de Jesús, que por desgracia y como es natural, siguiendo la línea de las efemérides de nuestra guerra civil, lo quemaron en una noche fatídica.

Eran las dos de la madrugada cuando llegaron a la ermita la chusma analfabeta.

En una casita de enfrente estaba el niño Francisco Sánchez Fuentes, contemplándolo todo con sus ojos de asombro. Con sus siete años el chaval observa cada gesto, cada paso de aquellos personajes extraños y no sabe imaginarse las causas ni los fines. Sólo que, de pronto, escucha, siente gritos con el tremendo ruido del interior de la emita y ve cómo sacan la sagrada imagen, la ponen en medio de la tierra y comienzan a provocar fuego en ella. ¡Qué barbaridad!

-Todo fue tremendo, me dice Francisco Sánchez, que ya cuenta con más de sesenta años.

-Me hubiera gustado no haber visto tamaña acción.

-En aquel momento no conocía la causa de este acto tan horrible, luego mis padres me dijeron algo, pero aún sigo sin entenderlo.

Eso fue todo, después se deshizo la ermita y se construyeron nuevas casas huertanas. Pero la fe sigue, la fe de estas gentes sencillas continúa enardecida, porque se puede destruir una imagen, pero no la fe, se puede prender fuego a la imagen de la Virgen, como se hizo en la ermita de Buendía, o a la efigie del Corazón de Jesús, pero lo que nunca puede provocar la maldad ni el fuego ni la estulticia, es detener el fervor religioso, segar el alma de estos corazones amables y sinceros que aman y vibran con sus cosas entrañables, sobre todo cuando se acercan las fechas en honor del Sagrado

Corazón de Jesús que adoran en la nueva parroquia, que como vigía hace renacer los afanes anteriores y sintetiza el amor de su pueblo.

Queda la iglesia en la placeta donde se muestra el escudo de Casillas, pedanía que engloba los tres núcleos estudiados. Que ese tríptico de la vieja ermita de Espín, de Buendía, y del Corazón de Jesús, sabe aglutinar para su porvenir, todo el haz de sentimientos de unos vecinos que sienten, sufren, aman, lloran, se santiguan y resignan a los avatares de la naturaleza.

13

Escenas entrañables

[En el tajo]

Casillas compone una trama urbana que desde hace años consigue unidad, amalgamiento, que es al fin y al cabo la esencia de toda población. Con tan sólo unas mansiones, con sabor y eco de huertecica pura, donde rima el agua con el sendero, donde se aprieta el huerto y el establo; se engalana la hembra ya desde sus años de niñez para empavonarse y mostrar su luz corporal al mundo urbano. Se ha de venir de la ciudad para ver, para mirar, incorporarse al rito de una magia que es belleza. Después vendrán las otras encrucijadas, el entorno y la lejanía.

Desde Casillas se domina el mejor paisaje murciano, donde la ciudad revienta de azules que enamoraron a Azorín, que enamoran a cualquiera con sensibilidad, porque allí, en un ángulo queda la Cresta del Gallo, que (hasta el mismo Salzillo entusiasmara), toda la sierra es como un acoplo de siglas y pliegues azules, El azul es el color del espíritu, en que el aire se mece y recrea en éxtasis indefinidos. Más acá

queda el verde soportando la corporeidad, y en otro ángulo surge Monteagudo, el añejo Montacud, para la crónica del árabe con el cristiano, para la leyenda de la mora y el enamorado. ¡Qué de cosas se pueden decir, y escuchar! Porque las escucho en el calor de las tardes, cuando ya el sol busca la acrobacia de lontananza y nos hace estremecer. La belleza es como un estremecimiento, como algo que surge de pronto y de momento se hace fugaz, como una estrella, o el resplandor del fuego artificial que diría Ernest Schoen. (Por este lugarejo afable y espléndido, solía acudir tarde con tarde, acompañado de mi padre, el pintor Saura Pacheco, para escrutar su paisaje. Solíamos entre los dos amantes del arte y la huerta, entablar diálogos, poniendo de manifiesto el sentido estético de la zona y hasta la tenemos pintada en acuarelas y cuadros a óleo de pequeño formato. Son interesantes los encuadres del carril de los Aragones, o el carril de Basilio, al que aludo en mis escritos, o el de los Funes, con el gracejo del carril de los Pigines, que tiene su solera y tradición).

A veces me asombran los esquemas lingüísticos de esta zona murcianísima, y sus cosas. El perfil de la vida que quedamente se va desenvolviendo en ella. En uno de sus carriles antañones me encuentro a doña María, mujer de edad, rondando los casi noventa años, se encuentra cada tarde en su sitio acostumbrado y ya no trajina como lo solía hacer no hace mucho. A la sombra de la morera está siempre y parece que te mira con hondura, pero es que casi no ve -¡Qué lástima! ¡Con lo hermosa que está la huerta en esta época!

¿Cómo se encuentra, buena mujer?, le digo.

-Como Dios quiere, buen hombre, porque ya no tengo nada que hacer en este mundo.

-Y, ¿para qué? Porque ya no hay más que mucha maldad y nada de temor de Dios.

-¡Ah, como está la juventud!

Fíjese, mi nieta no piensa más que en el novio, y tan sólo cuenta con quince años.

-Es que no sé a dónde vamos a llegar

-Porque cuando yo era moza, entonces lo de tener novio eran cosas aparte, lo que valía era el trabajo, pero ahora, ya ve usted...

A la vieja se le encarama sobre sus negras faldas una pequeña gallina, que va como temerosa. Me encanta mirar esta escena y ver cómo acaricia la mujer al animal entre sus dedos.

-Sí, se ha hecho mi amiga y todas las tardes se acerca a mí.

-Es que la tienen atemorizada unos gallos de pelea que hay en el gallinero, cerca del horno, que tiene usted delante.

En efecto, ante mí se delata un horno bastante cuidado, de los pocos que se conservan en esta zona huertana y que desearía ver con mayor asiduidad, porque refleja la costumbre de nuestros antepasados de hacer el pan y demás confituras en el interior de su panza, con ecos de un pasado que ya no volverá...

La mujer sigue acariciando a la gallina de sus cuitas y siente la llegada de una nieta que ya está hecha una mujer. Le ayuda a su madre en las faenas del laboreo, pero la verdad es que lo pasa mejor pensando en el amigo que tiene y que al caer de la tarde va a recogerla.

-Son ya otros tiempos, la verdad, un tiempo acaso mejor que el pasado, o quizá peor, quien lo sabe.

Lo cierto es que el carril de los Muñoces sienta sus coturnos de hermosura en estas tardes de Dios. Se extiende con sus cosas y escenas que van entre viejecitos que se sientan todas las tardes estivales a la sombra de los árboles y me ven pasar quedamente y me hablan con suma delicadeza. Es el paisaje de Casillas y sus lejanías, y sus figuras humanas conforman su ambiente y le dan vida. Pero hay que ver de cerca, sentir y contemplar: esas pequeñas cosas que sin embargo, son importantes o a mí me lo parece.

la Cruz de Capillas -
Mirza - 2004

La calle de la Cruz

En Casillas hay calles de reconocido prestigio que se lo otorgan sus vecinos, su pasado. Es el nombre de algo o de alguien que la señala para el transeúnte. Pienso que en lo de poner el nombre a las calles es una forma de hacer municipio, pero es preciso conservar su origen primitivo, para que ya quede consagrada su estancia, sin posibilidades de modificación, pues en materia de denominación de calles sigo la opinión de Díaz Cassou frente a otros aditamentos que suelen servir de crítica y pesadilla a las nuevas corporaciones municipales, y a las pruebas me remito. Pero valen estas que existen con gracia y garbo en la pedanía, que poseen nuevos rótulos y que persisten con los nombres de Carril de la Vieja Ermita, Carril de los Lucas, de los Lizán, de los Zamora, o evocan el prestigioso nombre de D. Salvador Martínez Moya, de singular memoria, o el Carril de la Industria, calle del Rosario... los Pigines, etc...

Sin embargo, la calle de la Cruz, sienta su voz de vieja crónica que subyace en todo el espíritu de la pedanía. A la calle de la Cruz se llega por diversos lugares, puede ser como punto final o como cita para proseguir en el camino. Sitio de antañas encrucijadas que se derivan a otros lugares de la huerta donde la mirada se ocupa en gestiones diversas, cuando se viene desde la "Vereda de La Cueva", que ya existía en el siglo XVIII. Surco de la huerta que está por escudriñar en su historia de la trashumancia, camino, sendero de herradura, envoltura de rusticidad para consabidas citas y pasos de ganados, utilizando este cruce desde otros reinos, que los pactos históricos medievales fueron marcando en lindes regionales. Merece la pena evocar, porque la memoria de los más ancianos facilitan datos curiosos, íntimos, sabrosos para ser utilizados por cualquier escritor avieso.

Peregrinaje y venta

Cuentan los más ancianos y no puedo olvidarme de ese labrador oriundo y solemne, que se encuentra abatido por enfermedad cruenta, Diego Barberán, al que las gentes del lugar apellidan cariñosamente, Diego "el Mono", al que tuve la honra de conocer en mis cuitas y solaces por esta huertecica; que la cruz que en la actualidad remata la estancia, el lugar, da solera y prestigio, la trajeron ha ya muchos años, a fines del pasado siglo, unos monjes peregrinos, procedentes de un convento de Orihuela, la vieja Oleza de Miguel Hernández. A doña Manuela se lo contó ya en tiempos D. Ángel Martínez Pérez. Venían por este sitio en busca de alimento en las temporadas de recolecciones y recogida de trigo. Cansinamente iban en mulas y buscaban alojamiento en las casas y posadas y en alguna ocasión hasta forjaban cuitas de cierta picaresca, a la usanza de su manera de ser, pues en el intríngulis de aquellas peregrinaciones, los frailes se las habían de ver con la gente, con el fin de poder ganar el pan y las patatas que les entregaban gustosamente, a veces, con el sudor de su frente y el polvo de los caminos, por lo que no siempre quedaban conformes con recibir la misma materia alimenticia. Que en cosas de gustos nada hay escrito, y de ahí los altercados con vecinos, como el que le acaeció al bueno de Juan "el Uñas", que prestó a darles a los bondadosos frailes, un saco de sus mejores patatas recién cogidas del bancal, que no les vinieron bien a aquéllos, que, en vez de agradecerle su regalo tan rico en vitaminas, por el contrario prorrumpieron en:

-Ah, ¡patatas no queremos... porque queremos huevos...!

Lo que dejó sobresaltado al tío Juan, que no salía de su sorpresa, y dando y girando vueltas sobre su cuerpo, teniendo por medio su sombra solitaria, iba pronunciando con mala geta:

-Me cago en el demonio, ¡lo que le faltaba a uno por saber!

Y los frailes se fueron montados en sus mulas sin los huevos y sin las gustosas patatas.

El tío Juan "el Uñas" era así, como Diego "el de Vicente", hombres sencillos que no entendían las cosas extrañas, y que dan lo que poseen y sólo saben del trabajo y hasta se ponen tiernos cuando se les evoca cosas de antaño, de cuando eran mozos.

En este mismo sitio había una venta, que por la Cruz se apellidaba, donde ahora está la tienda de doña Manuela, mujer amable, acogedora y a la que quieren los vecinos, siempre al pie del cañón, dispuesta a prestar sus servicios en pro de la comunidad. Y su hijo es el alcalde pedáneo, que de tal palo tal astilla. Hombre inquieto que no duerme pensando por el bien de su pueblo, de su población, que sabe, vibra y sufre por los grandes y pequeños sucesos.

El suceso de la Cruz es algo que relatan diversos personajes con los que hablamos, porque la Cruz ya conforma el alma de Casillas, es su mejor testamento, su más sustancial fibra y anotación. Hay que venir al lugar en la festividad de la Santa Cruz, cada tres de mayo, para ver de cerca a los vecinos volcados en torno a Ella, que primitivamente era de madera, que la horda brutal del iconoclasta vandalismo quemó en la guerra civil patria, y se sustituyó por otra de hierro, renovada hace unos siete años y puesta de nuevo por José, "el Acero" y Rolo, "el Vega", designados mayordomos por el colectivo para su colocación, aunque sufragada por la totalidad de la pedanía. Por eso la Cruz y el escudo son los centros del pueblo, los rasgos singulares que atavían y dan honor y espiritualidad a Casillas.

El tres de mayo es un gozo venir aquí, para otear la romería de la Virgen de la Purísima, que desde la iglesia traen hasta la Cruz cuajada de flores, rosas y claveles, para la belleza de la mirada y hasta en una ocasión D. Julián Sáez Fernández, la aderezó con luces de bombillas, que estallaban como un relámpago milagroso. Y en las fechas anteriores los vecinos tenían la costumbre, perdida ya, de quemar en la calzada rastrojos y maderas, para dar mayor realce, como si fuera una llamada, a modo de convocatoria, a los fieles, para que al día siguiente, afluyeran en un haz, a rezar a la Virgen y humildemente pedir a Ella, en su mes de las flores, por ¡tantas cosas! Apretados en la misa de campaña, junto a la sombra de la Cruz de término, que ampara a todos los vecinos aún con sus flores disecadas, pero esperando de nuevo su resurgir en el estallido de los corazones que aman y sufren.

Evocación nostálgica

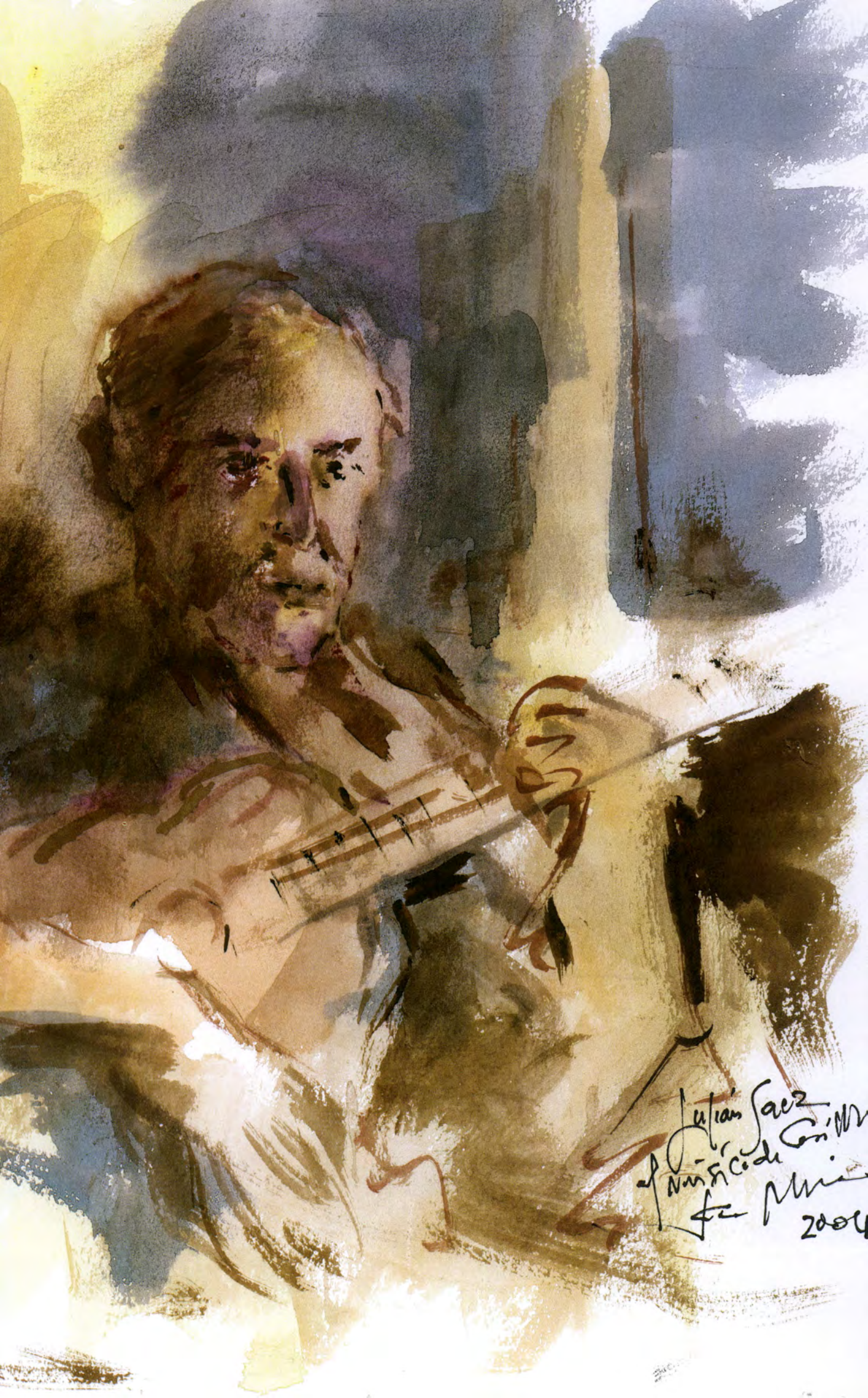
No ha mucho pasé por la vieja ermita de Buendía. Queda la tapia rota, escombros en el suelo, el carril que conduce a los benditos ámbitos de huerta. La luz del verano rompía con gesto agrio, exultante. Miré por entre la puerta de la casa, donde hace unos meses escasos estuve hablando con el viejecito de más de noventa años. Diego Barberán, no estaba junto a su amigo, con su bastón vetusto y grasiento, con su sombrero negro y sus manos anchas y nerviosas, con sus ojos menudos y su semblante típico.

Me entero que está muy enfermo en el hospital.

-Tiene una enfermedad mala, muy mala, me dice un familiar...

Mi mejor recuerdo para él. Forma parte de este lugar y sus palabras temblorosas todavía se aprietan en mi garganta...

Sigue la vieja ermita y la tapia rota y unas flores surgen de sus harapos como una resurrección...


Julián Sáez
al músico Grillo
fa
2004

El músico de Casillas

Casillas es una caja de sorpresas menudas y encantadoras que me sugieren tratamientos más largos, para enhebrar biografías que de pronto se anotan en mi mente, surgen con la garra de algo insólito y que se hace merecedor de preocupaciones más hondas. Conocer el pueblo es conocer su historia, su garra, sus emblemas, pero también a sus hombres que son los que le otorgan personalidad. A las ciudades y a los pueblos los hacen las generaciones que por ella pasan, porque al fin y al cabo la vida se marcha y sólo queda la memoria que hace ciudad y pedanía, cual observa el gran poeta Jorge Manrique:

"Y aunque la vida murió,
nos dexo harto consuelo
su memoria"

Haciendo esquina con la Vereda de La Cueva, cerca de la Cruz comentada, se encuentra la casita de un personaje inédito, aunque conocido entre sus vecinos y hasta en la misma Murcia, ronda ya los setenta y tantos años, cojea, va con su bastón de cada día. Su rostro resplandece como los silencios de notas musicales que lleva dentro y también la fidelidad a su mujer y a su hogar, en el que se halla inserto con todos los recuerdos y sabores de antaño. D. Julián Sáez Fernández, es uno de los personajes que sientan el arte. Autodidacta, sabe tocar el piano, el violín, la bandurria, la guitarra, el laúd, y lo hace con sentimiento, con pasión y sus manos tiemblan cuando coge el laúd, o el violín, que lo custodia como algo entrañable.

-Cójalo, me dice, y entre mis manos recibo el instrumento delicado, al que admiro y sostengo como si se tratase de una obra de arte maravillosa. Leo en el interior de la caja: "Ahtonius Stradivarius Cremeonenfis Faubat Anno 1721".

Algo sublime. Se lo devuelvo, pero antes lo miro quedamente, quisiera hacer una historia del violín, escribir sobre este instrumento, cuyas notas agarran sensibles emociones y que. D. Julián ha sabido descubrir, porque lo he escuchado antes en una cinta de magnetofón. ¡Cómo suenan las cuerdas del violín! Sobre la estancia pasaban sonidos de melodías venecianas, de rondas nocturnas, de suaves melodías que me erizaban la carne.

-Amigo Julián, el violín es el instrumento que me hace llorar, cuando suena como usted lo hace. La música de violín es corazón hecho sentimiento ante la vida, ante la alegría y ante el dolor.

-Después el piano y la guitarra. ¡Cómo la toca el maestro! Y además hace composiciones.

-Fíjese las que tengo, venga por aquí.

Se levanta y me introduce en unos aposentos, con unos desvanes que se encuentran llenos, repletos de más de trescientas partituras. Es asombroso, muchas sobre temas de valses y: referencia de tauro-

maquias, en recuerdo de Mazantini. Pasodobles que titula entre otros: "Claveles y toros", "El Hortelano", "Gaviota núm. 1", "Un gran ejercicio para bandurria, laúd y guitarra": fechado en 1971 y hasta observo una marcha militar sobre el almirante Mendizábal, de 1973. Más de trescientas composiciones envueltas en el silencio que el maestro Julián deja a sus hijos, que necesitan salir del polvo para gloria de Casillas.

No todo acaba ahí, pues el maestro Julián además tiene facultades para la mecánica, y el hombre hace sus trabajos característicos en una singular buhardilla donde tiene sus instrumentos y en la que pasa sus horas. El cuarto da al patio donde hay una conejera con reformas suyas, en las cazoletas adecuadas que lleva el agua a los animalejos. Nos sorprende por su dificultad y gracia una rueda hidráulica, amañada a su manera, en cuyo interior, a modo de magia, hay una placeta de toros, amén de una jaula con mirlos. Es interesante este trabajo y muestra gran astucia y originalidad en su realización. No queda la cuestión ahí, pues aún tiene una máquina de cortar hierba, que es una delicia, un tramado mecánico que nos asombra por la pericia con la que el maestro lo ha hecho. El hombre se encuentra feliz de esta manera y cuando no, pone el magnetófono y escucha su música, composiciones de violín, en la que busca, como suele decir, la "unidad de sonido", y vaya si la encuentra.

El maestro Julián es un forofo de los discursos y del trovo, que los suele decir a su mujer, que, como siempre le sabe escuchar como Penélope, con el entusiasmo y el amor de dos seres que se aman y aún más en la etapa de su vejez. Leo con interés unas estrofas de aguilando murciano, que siempre guarda a mano:

"Quiero que suenen mis notas para siempre y hasta el fin, con guitarras y bandurrias y laúdes y violín."... "Este aguilando murciano nació en Puente Tocinos hecho con mi pluma y mano y suena de los más finos"..."Con mi violín tan pequeño cuanto os vais a acordar del aguilando que ha muerto, que tocaba el tío Julián".

Y el trovo surge a su vez de su boca, como una voz irresistible, con presencia de hogar buscado y entrañable:

Ya se cumple mi promesa, de poder vivir apartado, de mi pequeña empresa, que tanto he trabajado. Mi esposa, mi compañera trasnochando y madrugando, consiguiendo un hogar fuera para poder ir descansando, hasta que el Señor quiera".

El maestro Julián me cuenta cosas de sus avatares y de Casillas, el sitio en el que vive ahora, donde están sus hijos, donde halla la paz y lo que busca en sus cuitas y recuerdos, como cuando me evoca las cosas que le pasaba a su amigo Perico "el Pitos", gustador del vino de las tabernas del lugar, labrador y de los que no van a jugar al dominó, que eso es un vicio, pero sano, porque lo que quiere es beber y seguir trabajando y montar en bicicleta, de esas de las de antes. Y empinaba tanto la bota o el porrón, o se echaba sobre su garganta tantos vasos de vino, que en una ocasión y a esa hora del atardecer, que es cuando se buscan más las tabernas, D. Julián vio a Perico con tal juerga metida en su cuerpo, por haber bebido más que un cosaco, le dijo:

-Perico, lleva *cuidao*... que te vas a caer de la bicicleta...

Y Perico le contestó con astucia de sabio:

-No,... me marcho a mi casa, que tengo un trabajo *empezao* con mi Carmen y lo quiero terminar...

Y todo acabó allí. Cosas que me cuenta el maestro de música de Casillas, que se hizo, como no,

amigo del trovero de Santomera, David Castejón, querido por los amantes del arte de "trovería", que es una forma peculiar y rítmica de hacer poesía al estilo cazurro. (Naturalmente me refiero al estilo que ya está presente en el mismo Marqués de Santillana, en el siglo XIV, con sus decires de serranías y canciones rústicas, que en Murcia poseen un singular encanto y merecen nuestros elogios más sinceros).

David Castejón alude en sus trovos a D. Julián, con sus resquicios de músicas indefinidas, y también al recodo de Casillas. Por la alusión al maestro Julián merece que evoquemos sus estrofas:

"Para mi amigo Julián
el mejor de media España
que al ser músico su afán
como, ustedes lo sabrán
construyó un violín de caña.
Después la carpintería
fue su sueño, su grandeza
herramientas construía
pero con tanta limpieza
que llegó a la artesanía.
La Cueva y Senda Casillas
cruzan y en ese chaflán
está el horno de Julián
cociendo a mil maravillas
con sus formas tan sencillas
que merece que se ampare,
y al mismo tiempo se aclare
que nació sembrado el arte.
No habiendo en ninguna parte
quien a Julián se compare".

Me despido de Julián, el maestro en todos los aspectos, al que los periodistas han tenido que conocer para escribir algo sobre su figura y personalidad.

En el exterior de su casa se domina un paisaje espléndido, con el fondo del monte y el Corazón de Jesús en lo alto.

Salgo con el corazón henchido de emoción, por todo: por la Cruz, por D. Julián y su esposa, por el violín stradivarius, por su sonido que aún se agarra a mis oídos.

¡¡Dejadme las puertas abiertas de Casillas para volver otra vez!!

El encanto de la Senda de Casillas

FULGENCIO SAURA MIRA

Treinta años después

La Lecrue y
la Lora.
Jaime Mira..

De nuevo vuelvo a Casillas

Hace ya muchos años que me introduje, por razones de inusitadas querencias, en los carriles y sendas de Casillas. Iba con la mente aviesa y el corazón palpitante. Acudía a saborear mi tierra, la huerta que formaba parte de mí, como el sol y la luz en la que habito.

Necesitaba urgentemente dar testimonio de la belleza del paisaje que conforma a la ciudad, le sirve de orientación y reclamo, sin el que jamás podrá ser comprendida la urbe.

Hace treinta años, todavía se podía caminar con la calma del que busca el remanso de los recodos huertanos, sobre todo, por los aledaños de la ciudad, por donde se confundía el paisaje con el bancal y la morera.

Buscaba con fruición la letanía de las sendas de Casillas, con su encanto imponderable, el sol de la tarde que moraba en sus viejas ermitas, casones recogidos y cubiertos por algún que otro blasón. Anhelaba el contacto directo con el agricultor sesudo y atareado siempre, dispuesto a dejarse la vida por su familia.

Me acerqué a esta zona de encanto por la que se escuchaba el silencio del agua y trepidar de la noria, la bonanza del lugar y la calidad de sus gentes.

Pensé como el pintor inglés Constable, que sin duda, éste era un paisaje para un pintor. Por lo que me enamoraron sus encuadres y personajes, viejos labradores que estaban empecinados en dar razón a sus vidas dejando su alma en el trabajo.

Eran otros tiempos, como razones diversas alimentaban mi necesidad de envolverme con su latido, sustanciando un cúmulo de emociones que dejaron huella en mí.

Aprecié en Casillas algo singular. No sólo era una zona de huerta que acuñaba una rica gama de encuadres y rincones encomiables, pues retenía, a mi modo de ver, aspectos de carácter humano tan atractivos como elocuentes, amén de conectar con una población entregada a su buen hacer diario, dejando latir viejos efluvios del paisaje conectado a sacar los oficios de la huerta.

Todavía, la ciudad retenía su arrebato de conquistar espacios rurales y estos mantenían su pose casi milagrosamente. Se agarraba el chopo en la orilla de la acequia con mil cuidados y las moreras fecundaban, con sus hojas anchas, la paz del lugar, en tanto que las mujeres sacrificaban sus vidas en el hogar, cerca del viejo labrador y del establo en el que dormitaba el ganado.

Aún el bancal vibraba cada mañana, con la alegoría del hombre encargado de sembrar el grano que le diera ciento por uno, y en la era, se apiñaba la mies recogida, mientras en la barraca nostálgica se acurrucaban los abuelos que cada noche rezaban a sus santos patronos.

He vivido aquella huerta menuda y magnífica por los carriles de Casillas, mostrándose en su cabal desenvoltura, antes de que el buldózer irrumpiera en los surcos sagrados de su tierra y desangrara su visceral lozanía, cuando las casas rozaban vientos de viejos auroros en sus momentos precisos y los fieles se unieran en cofradías de pasión.

Porque todo, forjaba una armonía que iba imponiendo el sesgo de su cadencia. Cada rinconada sentía la frescura de la vida que estallaba a sus anchas.

Se iba, entre tanto, forjando, desde el silencio de siglos, la altivez de su prestancia y lo que ya insinuaba forma, por fin, devino autenticidad, que es la mejor gesta que la gente de esta pedanía requería desde su ayer no lejano.

Le vino bien a Casillas la plegaria de sus ediles, a sus penates para configurar a la entidad como tal ser de huerta latente; lo que se fue ahormando en el año de su creación.

El año 1977 señala esta acústica rediviva, congelada en la traza de su epifanía ante el clamor de un pueblo que se inauguraba, asumiendo la miel y la hiel de su vocación, afincándose sus ancestros en el lugar de su prístina topología.

El lugar, de enclave que retozaba entre los quijeros de sus vecinales parajes, reclamaba la propia identidad: ese derecho a porfiar por sí misma, a sentir el perfume de su figura, sin diatribas ni alusivos remordimientos. Simplemente se hizo en su corporeidad la luz de su sustancia y comenzó a latir su corazón con el aliento de sus moradores.

Casillas tiene una crónica reciente como pedanía, pero intensa como lugar encuadrado en un espacio que contuvo, en los pasados siglos, la enjundia de su vocación huertana, robusta y fundida en el mismo origen de los viejos repartimientos alfonsinos, deletreados en las siglas de sus antañonas ordenanzas rescatadoras de los usos arábigos, sin descartar razones de estirpe romana que secunda la huella de nuestra mejor historia, enlazada con la estancia de Monteagudo y El Esparragal, ello desde su vetusta configuración, una vez que se recuperaron los humedales y se lanzó el huertano cavador a su faena de labranza.

En todo caso la pedanía asume su elocuencia en el esfuerzo de unos pioneros que trabajaron como nadie para imprimir su casta, proponiendo actividades relacionadas con la menta, pero ajustando sus propios límites a las faenas de los hogares huertanos, creando sus propios atractivos, en la presencia del clásico Belén movible que debe recrearse de nuevo en todo su vigor.

Se aunó el pueblo entre sí, con la convicción de que juntos podían recabar sus logros más elementales. Lo hicieron cerca del blasón que aportaba la lealtad y fe en el trabajo. Se alzó el común al amparo de su iglesia para sentirse protegidos por el Corazón de Jesús y fundieron sus corazones, como se construye el templo: piedra a piedra.

Sabían que ayudándose unos a otros se haría el milagro de la vecindad compartida, a tenor de lo que dice las Partidas: *"... porque se han de ayudar unos a otros, porque puedan bien vivir..."*.

Y de esta forma asimilaron los primeros compromisos de vida ladeando el temor a ser ignorados, porque los casilleros cumplieron su meta en la realidad que se les impuso desde el inicio de su gestación como tal entidad. De tal guisa hasta el presente, con la dimensión que la pedanía va tomando.

Entonces me abrieron las puertas estos hombres y mujeres sencillos, como el quijero de sus acequias, prietos como los muros de la ermita de Buendía que soleaba su silueta en medio del sendero, por donde el carro dejaba su eco de silencio, una vez que tornaba el labriego de recoger la alfalfa.

Se asomaban las torres huertanas en su signo de majestad, atrapando al forastero con sus semblanzas arabescas.

Se respiraba a agua de maceta recién regada, a siesta tumbada al quicio de la solana y el huertano de pro respiraba hondo, vigilando su propiedad, la que le legaron sus padres y trabajaban para sus hijos, ya que en la huerta lo importante es mantener la tradición, dejar el suspiro de sus viejos ancestros.

Volvía a aspirar a menta y hierbabuena en sus bancales de verde suave, suspirando por el don de la vida, la soltura de las ramas morerales que alimentan la tierra y la fecundan, mientras los labradores de más edad rondaban los soles de mañanas invernales.

Conocí a muchos de ellos, con sus blusones negros y manos rugosas, como las que se ven en las tallas de Salzillo. Eran hombres justos y bondadosos, conocedores del bien y del mal. Por lo que me gustaba acercarme a su regazo para cumplir la liturgia de aprender de su experiencia.

Dejaron su alma en esta tierra, de olor y sabor, de limón y naranja, acurrucada en los bodegones de las casas, con las jarras y platos recién lavados, con el aljibe vecinal y el pozo que guardaba el agua hacendosamente.

Cada calle de Casillas eleva una plegaria a estos hombres, labriegos de raza que se consumieron con sus otoños e inviernos dejando finalmente el hogar. Los retengo en la memoria y son el alfa y omega de mí mismo, los conocí en ocasiones lustrosas, tomando un vaso de vino en sus mansiones, donde cursaron el amor auténtico que los envolvieron hasta su hora final, la *horica* menuda de su trayecto que deja herida el alma de los compañeros.

Fueron ejemplo y alegría, razón de una estirpe imperecedera, gloria de las familias y eco de una realidad palpitante.

He vuelto a seguir con el trabajo iniciado. Me he encontrado con una pedanía dinámica, dispuesta a ser aquella realidad soñada, embutida en su vetusta tarea de antaño aunque solícita al nuevo tiempo.

Casillas ya no es Casillas, que es un pueblo que vibra y paladea lo nuevo, retiene su pasado y requiere la compostura de la nueva democracia, con sus aspiraciones, dando contenido a la razón de ser del pueblo, como queda endilgado en la enseñanza alfonsina.

Me ha enamorado su talante y la nueva generación que se acomoda sin manipulación alguna, siendo como Dios manda, cumplimentando la eficacia de saberse oriunda de Casillas, que es como brotar con savia nueva y rigurosa.

Esta vez me encuentro en la plaza de la Iglesia renovada, con sus dos torres imponiendo carácter. Con el blasón, que es la piedra mágica de su pasado. Me embosco en sus siglas y pienso en el roce de los cañares cuando hace años sucumbí al goce de su estancia y paisaje. Pero ahora se han abierto caminos y ensanchado sus carriles. En el interior de la placeta rige el nuevo orden de la vida en todo su esplendor, con las acacias y la gente que se convoca en ella para respirar el sol de la mañana que es de invierno sedo-

so y acogedor. Vislumbro todo un tiempo de progreso y es cuando tocan las campanas de la iglesia, lo que hace que mi corazón sienta rumores viejos y pienso en el amigo Santiago, de La Gloria, que se me fue, como un invierno de mi vida.

Nos importa la huerta. Toda la huerta con su pasado, con sus muecas que aún quedan como documentos añosos que nos ubican en el ayer, donde todo era ritmo y bullicio huertano. Nos interesa de nuevo la huerta, sus pedanías agitadas por el viento del progreso, con sus espacios intensos de vida local al ajuste de su población. Este es otro tratamiento que se reclama, se hace su razón de ser a la hora presente, en que cada Asociación Vecinal, cada Alcalde pedáneo sabe merodear por su entorno y ajustar las demandas de su población. De ahí la evolución administrativa, a escala de solución de servicios mínimos, elementales que se vienen manteniendo en estas poblaciones que ajustan sus límites, se forjan con el espíritu de su personalidad latente. A veces la pedanía queda enlazada con sus compañeras, apenas sin límite alguno, pero que el paso del tiempo la enfatiza y vigoriza con la ilusión de sus propios habitantes, viejos labradores que en su ámbito vivieron momentos de gloria, luchando codo con codo con sus vecinos y cumplieron con su proyecto de recrearla, darle su identidad.

Creo que este es un paradigma de lucha vecinal por mantener los viejos ancestros, de marcar ritmo a la historia, de evolucionar desde la añeja Casiellas, Casillas, mayorazgo de Buendía, a su presencia actual con el empaque de la Senda de Casillas, con sus barrios y carriles, sus enjundiosos senderos y viejos molinos harineros, sus ermitas y su alegría por vivir la vida de la auténtica huerta, como he podido comprobar de nuevo en un periplo por sus calles nuevas, carriles, sendas escondidas, edificios modernos, polígonos y plazas, su calle Mayor que es ruta serena para tomar nuevo rumbo hacia otras pedanías que la envuelven como Puente Tocinos, Monteagudo, Zarandona y Llano de Brujas.

Viniendo de la capital nos podemos dirigir a Casillas por el barrio de La Gloria y salir por el de la Cruz, todo un proyecto de necesaria conjunción y preciso para asimilar su contenido. Después quedan las casas apartadas en los carriles, esquemáticas ruinas que fueron trazos de su mejor patrimonio, como el Viejo Molino Harinero, la Ermita de Buendía, la de Espín, sus ya desaparecidas torres huertanas de tanta valía como espacios tan buscados en la huerta pasada. En fin, un cúmulo de aspectos que nos hacen meditar sobre su pasado y mirar a su presente que está vivo, como se puede otear en la serie de secuencias que nos acercan a su ámbito.

James Miller
04

2

Añoranzas de la vieja huerta

Se me pide por la Asociación Municipal de la Senda de Casillas, inolvidable pedanía tan amada como buscada en mis itinerarios obligados y sentidos por la huerta, tornar de nuevo a esta senda de encanto, pintándola y narrándola desde su nueva perspectiva, dando los otros signos y rebuscando entre sus más viejas piedras para enroscarnos en sus tradiciones y de esta forma desentrañar sus ancestrales letanías que se conservan en la memoria de sus mayores.

Mucho ha llovido desde el año 1977 en que publicamos el librito "El encanto de la Senda de Casillas", concebido desde la ilusión del escritor que procura su periplo por los carriles huertanos en afán de consolidar su identidad, en un momento aún cabal y donde el progreso no había quebrado por completo sus estancias más nítidas.

Treinta años nos marcan el paso del tiempo por esta deliciosa pedanía, sumisa Casiellas, vieja ermita de Buendía asumida en su mayorazgo, Senda de Casillas como gusta a sus vecinos, delimitada entre sus límites buscados y encajados por el afán de sus pobladores, labriegos dispuestos a la creación de esta pedanía con su "virtud y esfuerzo", como reza su inscripción, ajustada al blasón que le da rango y prestigio a la misma.

Volvemos a este trozo de huerta para gozar de lo viejo y de lo nuevo asumiendo el empaste de su urbanización, pero destacando su mensaje añoso, donde quedan sus rincones como deliciosas imágenes y carriles que conservan sus viejos nombres. Aluden a personajes que formaban parte sustancial de su paisaje, o se integran en diversas versiones relacionadas con juegos o determinadas actividades, pero en todo supuesto, tal denominación encierra, en sí misma, todo un compendio de vida que fue, que ya se ha perdido, pero donde queda su recuerdo minimizado en las letras del mismo.

Es nuestro interés ir recogiendo tales expresiones que inscriben sus denominaciones en la huerta, algo que, al menos, supone una custodia de la ingente manera de vivir de nuestros huertanos, labriegos que moraban en sus barracas y se dedicaban a sus trabajos, de sol a sol. Labradores contaminados por la tierra, sudando sangre por poder recoger su anhelada cosecha, que la sequía devastadora o la riada tremenda, muchas veces anulaba, y tenía, el pobre hombre, que comenzar de nuevo, solicitando una subvención de las autoridades locales. De ese labrador, cavador empedernido, hombre de la huerta murciana, vamos a tratar en esta investigación, al ras de nuestro deambular por la huerta, que aún queda, dejando los mojones desde sus propios límites, para enredarnos en los bordes de sus *meranchos* donde se ajusta la prístina elocuencia de su verde vegetal muy encomiable, o se aprecian los temblores de la hojarasca, en los elegantes y añosos álamos que quedan a orillas del camino, fieles, creo que por poco tiempo, a su clásica estampa barroca.

Hay un trayecto muy apropiado por la ruta de estas pedanías que conservan, pese a todo, su embrujo singular y son protagonistas de ciertas actividades folklóricas, cuando el festejo se hace vida y ocasión para el regocijo. Creo que por este trayecto se da cita la mejor gama plástica de nuestra huerta

que hay que buscar, pues ya sabemos que los bordes urbanos avanzan considerablemente, y cada vez se aleja más el anhelado azul y el suave verde moreral.

Conviene, sin embargo, distinguir entre la vereda y el carril, que integran dos modos de paso: un transcurrir pausado y sencillo, con olor a bancal y a acequia. Recintos sucintos que escancian suaves entonaciones al mismo tiempo que recreaban la vista. En el pasar del labriego o el transcurrir del carro, queda enfocada la sustancia misma de tales espacios, que confirmaban la apostura del paisaje entretejido con el arbolado feraz y el cañaveral agobiante, cuando se dejaba un tanto y había que proceder, en consecuencia, a cortar las cañas que servían para numerosas faenas.

Si la vereda es menudencia, a modo de vericueto transido de elementales aportes de la naturaleza, el carril suscita más empaque, ajustado por supuesto a su mayor anchura, limitada entre palmos al uso y costumbre del buen labrador. La tierra misma ha pergeñado su tramado y dado giros al camino, vía antigua, por donde atravesaban ganados, en régimen de vieja Mesta, desgarrando, en cierto modo, el paisaje natural, pero otorgándole suculencia activa.

Cabe atisbar por el sendero, robusto y cansino, la silueta del hombre, habitante de la tierra, dispuesto al descanso preciso tras sus horas de trabajo. A veces se oteaba la tranquila silueta de un carro pleno de alfalfa, que el huertano llevaba a su establo, cuando terminaba el día. Era otro día más, reventando sueños para el *hombrecico* cargado de problemas, precisando la anhelada cuita en el interior de su morada, cerca del tinajero, acompañado del fuego del hogar en los días fríos del invierno.

Este labrador huertano conoce los avatares desde la más tierna edad, en él se condensan los influjos de la naturaleza, lo climático, lo esencialmente dramático que pesa en su actuar, como es la sequía y la riada, porque esta tierra queda bajo la retaguardia de las montañas, bajo los efectos del Mediterráneo, que deja un eco de singularidades, en relación con el clima. A veces el huertano memoriza sobre las antiguas riadas, como las que hubo en los años de 1946, 48 y 49, verdaderamente furiosas, que trajeron por el entorno huertano de esta zona todo un comentario de terror, pues el agua subió hasta cerca de dos metros, que atravesó el barranco por encima y se salio de madre, para entrar en los bancales y hasta en las casas. José González, el Cartero, conoce estos momentos dramáticos, los vivió en su propia carne. Era un muchacho cuando esto sucedió, pero aún se evoca entre sus paisanos con total desgarro.

3

Sendas y carriles

[Paisaje de Casillas]

La senda y el carril son los surcos de la mejor elocuencia de la huerta. Trayectos para el paso del hombre de la tierra en sincronía con su labor apegada a su esfuerzo más entrañable.

Buscando sendas, veredas y carriles pasamos de un lado a otro de la huerta, Camino de Enmedio es su centro; un camino viejo que sitúa esta zona en enjundioso lugar; científicamente atractivo aunque ya no lo es, ni mucho menos el paisaje de hace unos años. Recuerdo que entonces me acercaba a esta orilla huertana, que aún no estaba canalizada y por tanto se auscultaban sus acequias de aguas muertas, procedentes de los avenamientos o herrumbres, que son aguas subterráneas; con el fin de tomar apuntes en el bloc de notas, entretenerme con sus árboles, como era la razón de los escritores barrocos, que son sin duda, los que mejor han saboreado esta huerta; la más bella de mundo, en tesis de Díaz Cassou. Pues este autor, comentarista adusto de sus cosas y detalles, de sus usos y costumbres de riegos y de toda

clase de aspectos, bien añadió a sus comentarios frases de elogio a la ciudad y su entorno, al significar que: *"se habla con entusiasmo del cielo de Italia, y no es tan despejado y de un azul tan radiante como el de Murcia: la naturaleza a cuyas obras preside la armonía, mientras no la altere el hombre, dio al valle murciano el cielo que corresponde su suelo, y formó de suelo y cielo un hermosísimo paisaje"*. Como se observa, el escritor murcianista era, además de un enamorado de la ciudad y la huerta, de sus usos y costumbres más preclaros y densos, que nos engarza con las raíces más auténticas, también era, un apasionado de su luz, de su cielo serenísimo, de su hermosísimo paisaje, y en ello coincide con otros escritores barrocos e incluso anteriores.

Interesantes sendas y veredas integraban esta zona de la huerta cuajada de vegetal, sobre todo moreras, de cuya madera se pergeñaba la barraca, como sus basamentos o pilares, además del cañizo y los mantos, mediante mezcla de paja y cañizo. En su interior quedaban lo aportes característicos de tal morada, como el tinajero y el hogar, con el habitáculo para la cría del gusano de la seda: faena importante, existiendo dos cosechas de la misma, en abril y en septiembre, utilizándose en general para hacer paracaídas, entre otras cosas.

Buscaba los sones de una huerta que iba penetrando en mí, cuando leía a Cassou y llevaba conmigo las páginas de Goethe. Entonces el agua de la acequia fluía lánguida y se reflejaban los chopos líricos sobre sus cristalinos encajes. Habían senderos por donde se asomaban, de vez en cuando, los labriegos, y se les veía trabajar en los bancales y cantar. En el atardecer se oteaba la vieja y ancestral estampa de un carromato repleto de hierba que el labriego guiaba a su cobijo, retornando del trabajo: eje de su faena, base de su sustento, de aquel ganarás el pan con el sudor de tu frente. Era hermoso otear este pasar de la mula por los caminos alejados, situar el tema costumbrista en el escorzo de un sendero polvoriento, cercano a un casucón entre un bancal, a esa hora lánguida del atardecer, cuando habla la huerta entera y se huele a azahar. La huerta es sabor y enjundia que, en sus ausencias, conserva la riqueza de su esencia, pues aún se vislumbran casucones a modo de barracones, donde encaja el establo y el lavadero; donde la viejecita, con su atuendo decimonónico, se la veía lavando, acurrucada y erguida, cerca del rosal, mientras sus nietas, tan bellas y lozanas como las rosas encarnadas, iban alardeando de tanta juventud. Era la vida mansa en la huerta, desde Casillas a la encrucijada de los caminos que bordean zonas oriolanas. En la primavera se huele a clavel y a ninfa de acequia, aunque ahora, las acequias no vienen cristalinas ni se miran los chopos en sus aguas virginales. Pero al fin y al cabo, esta zona de huerta, refleja el esquema de aquella huerta o paisaje que exploraron Jacinto o Silvio, aquella lozana huerta del paisaje murciano: hermosa población de cortesanos árboles, habitación del alba. Y cierto es cuando se la admira en cada zona y lugar, pues éste engarza tales cuidados y dulzura en su floresta; que bien puede convenir a nuestro barroco Polo de Medina, que, emulando al renacentista Luis Vives, éste en su huerta valenciana, consolida la ternura y el coloquio en el *lugarico*, en el huerto colosal donde crece la más delicada orquestación de una flora estallante. Pienso, al hablar de la huerta y de esta zona enjundiosa, en la que oteo sabrosos encuadres de paisajes para óleos y acuarelas costumbristas (sintiendo el costumbrismo como algo vivo que hay que revivirse), que en todo tiempo se da la majestad de la luz abrasadora, que tanto gustaba de evocar nuestro Polo de Medina, aquel:

"Con soles se abrasa el día,
con luces arde la tierra..."

Esta huerta de mis amores que en primavera estalla con su diosa Flora, ninfa somática y olorosa, pero siempre frágil, como una égloga, como un latir de agua, como el resplandor de la rosa que va decantándose en su otoñal donaire; se va alejando de la ciudad, o la urbe va posesionándose de ella. Caben

detalles amorosos en sus orillas con anchura de paisaje, aunque el destrozo sea suculento y desde la ausencia de unos árboles robustos en los quijeros de la acequia, que se han sustituido por zonas habitables, edificios, que pueden entonar, aunque otros muestren sus perfiles de efigies mastodónticas o de pastiches imprecisos. Es la presencia de una forma de construcción que va invadiendo la huerta, elevando el desarraigo y afianzan el sentido de lo feo en el paisaje. Por que ya no hay acequias con agua clara, ni el río parece aquel amable y deleitoso Segura de nuestro Jacinto Polo, ni los senderos están empolvados, porque la máquina se apresta a su reconstrucción, echando, a su vez, al labriego, al que se le indemniza injustamente. Es el otro paisaje, el que no buscamos, el que nos desagrada, pues el ademán de belleza que procuraba aquella huerta, ya ha pasado a mejor vida. Esto es ya otra cosa, pero aún intuyo momentos felices en la huerta, por esta Senda de encanto. Y es aquí donde surge el escorzo de morera redonda, magnífica, con la luz de la tarde, en esa hora de la pintura naturalista, que me evoca un lienzo de Almela, al que de muchacho veía pintar por los aledaños de San Andrés, donde hoy todo es edificación: ¡Válgame! La rugosidad del tronco de morera me suscita el colorido del impresionismo que utilizaba Almela y antes Medina Vera, o con más suavidad, Marín Baldo (autor de cientos de apuntes soberbios sobre la huerta). Un bancal de coles, hermosísimas, aparece siguiendo el camino, me recuerda un cuadro de mi padre Saura Pacheco, espléndido, lleno de vitalidad, de azules y verdes en tonalidad de anchura de hojas. La col es de un color suave, como de verde cristal, con el mogollón blanco de su centro. Ver un bancal de coles es un espectáculo. Sigue, por estos lares, irrumpiendo el buldózer y segando viejos caserones, que ostentaban su gracia en la mezcla del barro y el cañizo, recogido en la orilla de la acequia, donde sus piedras brotan como esqueletos limpios que resuenan con el sol que les provoca la tarde. He de ir a dibujarlos, pues dentro de poco habrán desaparecido, pero ¡qué enjundia de belleza poseen! Hay como una singular serenidad en su rostro apaleado y aún se atisba a un huertano con el azadón sobre el bancal. Es domingo y todo gira en gran soledad y quietud, pero me entusiasma ver al hombre trabajando la tierra que le queda, junto al camino, sobre los tapiales o en los porches de las casitas que se acuestan a la orilla del camino. En la longitud del camino, lucen las flores de mil colores, como ninfas que echan al aire sus perfumes, como si sacaran, de sus arcas vetustas, la miel y la gracia de su hermosura, como las mozas que oteo con sus falditas cortas, con sus ojos moriscos, y sus labios sensuales. La mujer es como la rosa encarnada. Junto a la mujer, a veces van las gallinas y la abuelita se queda mirando la carretera. Pienso en el refrán de nuestro Juan de Valdés: *la mujer y la gallina, con el caminar pierden aína.*

Es la vieja Arcadia, con la pureza de los salmos nupciales y de los episodios de sus días fervorosos, conjugados al socaire de la menudencia del agua que corre por sus arterias añejas, desde el Azud de la Contraparada a los rancios apéndices de la Vega Baja, más equidistante a la pasividad de sus hitos, adláteres con otras tierras alicantinas. De todas formas, aquella huerta se amontona en la melancolía de sus recuerdos, desde los barrios olvidados en los bordes urbanos, en los huertos cercanos al Malecón con voz de río templando cañaverales en sus recodos mansos que no volverán, cerca de la Sartén donde dos cipreses conjugaban las voces de auroros en las cuatro piedras, camino de La Ñora, por los senderos que juntaban melancolías y amores perdidos. He visto, en algunos viejecitos, la semblanza de añorantes amores sumidos en el letargo cansino del trepidar de La Rueda, con sus cangilones elevando el agua, siempre conjugando el son de la vida, porque en la huerta, el agua ha sido y es la causa de su envoltura, el origen, la asimilación, la enjundia, el anagrama, el todo, el uno. Como si en ese latir, en ese elevarse y caer desde sus cangilones, se intuyera la urdimbre del silencio divino en el más entrañable y mágico elemento de lo sufí, como si se recordara a Ibn Arabí. Todo ser, toda cosa, es una simple circunferencia que torna a aquél de quien tomó su principio. El agua dispone del terruño. Es lo elemental y a su socaire se enreda la cuita y el misterio del hogar, de la morada del cavador, en su más sabrosa dignidad. Es sonido de riego, en la conjunción de la tanda por el huertano, es signo de soledad en el regolfo del molino, olor de

tierra en la siesta, requiebro en el tiesto, que recoge el manojo de geranios o el duendecillo de la acequia, a las doce de la noche, de la víspera de San Juan, de junio, cuando las damas juegan a amores. El agua es, don del riego en el quehacer del personaje que trabaja la tierra y paga el rento, y que ahora hace sus cábalas para el abono a Hacienda; el Fisco que le condena a mal vivir, por aquello de las sequías y las riadas (cada vez más aparatosas por el desorden ecológico). La vieja barraca del huertano quedaba integrada por sus dos elementos: el agua y el fuego, desde el sonido de la tinaja y el humo que se esparcía hacia afuera, con la puerta entreabierta. En el interior se asentaba la tinaja como cuenco de sedimento del agua, que se bebía en el botijo colgado, sobre una rama de morera. En ese tiempo de menudencia del botijo, mientras el agua se iba vertiendo sobre la garganta del labriego, crecía una estética de mística completa, acaso no usada por el contemplador. Pero a mí me sugiere un eco del pasado, en ese momento de la estancia, en el encanto de los vasos de cristal apoyados sobre la mesa, agua de la vida, agua o vino que se limita a conjugar el aleluya del momento existencial: ese comamos y bebamos bíblico, sin alusión goliardesca, pero sí propia del terruño.

4

Del pasado y presente de la huerta

[La iglesia de Casillas con sus dos torres]

El pasado es la vieja "estampa bella" huertana, de nuestra poesía barroca, aderezada por la gracia y sutilidad etnológica, que tan sólo le imprime carácter su temporalidad y defensa de sus peñas huertanas.

El tiempo otoñal es la etapa más señera y bella de todo este espacioso color vegetal, que nutre su estancia de solemnes encuadres, donde el color ocre, impone su tonalidad dando calidad a su entorno. La verdad es que el otoño, en la ciudad y su huerta es el más adecuado y encantador. En cuanto la huerta se viste de ramajes melancólicos, cuando los troncos de sus árboles se dejan caer libremente y las hojas van cayendo lentamente a la tierra. Hay una sugerente calidad de encanto en ella, donde las lejanías asumen su propia dimensión de ternura inaccesible.

Estos encuadres de huerta los he notado a lo largo de mi caminar por sus surcos, carriles y sendas, desde Churra a Beniel, porque antes la huerta se encontraba en la cercanía urbana, donde ahora transida su desgarro. Es decir, en los bordes urbanos, que se destacan ahora por el impacto inconsecuente de su huella. Las columnas de hierro, los bloques de asfalto, son los sucesores de la casuca de adobe, descendiente de la barraca solemne. Más si está en la ley de la vida y de la evolución urbanística, pues nos encontramos en lo que ya Toymbee hablaba de las ciudades en marcha, con sus efectos consecutivos. Y es que, se rompió la huerta por sus cuatro ángulos; por Zaraiche, San Benito, la Puerta de Orihuela y La Albatalía. Se abrieron las compuertas de sus espacios, sin poder encauzarlos para el mayor disparate de estos tiempos. Sucede que ya Murcia es un tinglado de amorfo paisaje que se desmitifica. Estamos ante una enfermedad que se infunde desde el corazón de su esencia.

Pero nosotros que caminamos por su entorno, que nos arrimamos al hombre con su rostro lamido por el sol, que se consume cada día ante sus viejos y nuevos temores, por aquel no poder llevar la comida a sus hogares, muy a pesar de su cansera y de la enfermedad de sus miembros, nos damos cuenta de este enorme cúmulo de tormenta que se le avecina, y ante la que no puede más que seguir conservando su enorme paciencia, porque, como señala el poema árabe: *"Las calamidades no siguen siempre la misma ruta; tan pronto vienen como se alejan".*

La huerta es un compendio de rasgos y costumbres que se encuentran ahora en un estado de latencia, pero que, no ha mucho tiempo, persistieron como algo vivo y sugerente. Los meses de noviembre a Navidad se comportaba el huertano de una forma henchida de sensible humanidad, alumbrando resplandores de sucintas cualidades dignas de la nítida persuasión romántica. Era la huerta que dominaba los quijeros del río Segura, cerca de las Cuatro Piedras, cuando había barca que cursaba la anécdota arcádica de pasar a los huertanos, de uno a otro lado del río, heredamientos del Norte y del Mediodía, que son los que han ido escribiendo la mejor sintonía orquestal de la huerta entera.

Aquella versión y aquellos encuadres huertanos: sus paisajes y sus escorzos, han desaparecido y tan sólo quedan en la memoria. Encuadres de paisajes con sus huertos, las casitas morunas y los remansos del río entre cañaverales y álamos pintados por mi padre Saura Pacheco.

Del río, con sus anécdotas, encuentros líricos, presencias esfumadas; tan sólo la memoria queda, como en la frase quijotesca ante la presencia de sus prendas halladas:

"¡Oh, prendas por mí mal halladas
dulces y alegres
cuando Dios quería...!"

Y el caso es que, mientras se devana uno los sesos buscando el rito de los viejos tiempos, sentimos la apatía de la vida, la presencia de los apáticos de la cultura, que apenas se adiestran en no continuar por el único camino de la verdad que se enreda en el pasado, se acicala en el presente y comienza a perderse en el ahora, que es el que buscamos con ahínco, para escudriñar las cosas preclaras que nos quedan, del amado paisaje de esta tierra barroca. Tierra de Cascales, de Beltrán Hidalgo, de Polo de Medina, de Selgas, de Jara Carrillo, de Saavedra Fajardo y de José Ballester. De tantos vates del orden y la poesía que, sin embargo, no se les reconoce con el garbo y la justicia que se han hecho merecedores por sus obras, brillantes, como las de nuestros barrocos, pero es ley de vida que se olvide al indígena y se de curso al forastero, con el mejor indicio en la imagen de la Matrona murciana, que está situada en el Almudí y en rincón catedralicio: piedras deliciosas que impactan y nos hacen filosofar en muchos sentidos.

Voy caminando conmigo mismo por estas rutas encomiables y deseo no comulgar con ruedas de molino, sino con los rastrojos del pasado que son gloria y galanura de nuestra mejor estirpe..., ahora en que la huerta se va sugestionando por su propia melancolía otoñal. No se nos encoge el alma al situarnos en las calles encajadas en su nueva retícula por las pedanías huertanas, ni se enturbian las ilusiones al desconectarnos con el arcaico paisaje que conocimos, como verdes y alamillos juguetones, por los surcos de estas sendas adorables. Lo que sucede es que la pedanía ha ido creciendo y el huertano cavador se ha ausentado de su signo, para dar cabida a los nuevos oficios. Se desgarraron los efluvios otoñales de sus cuitas en el ritual de la faena del *desperfollo* para dar paso a todo un tinglado de nueva versión, con la petulancia de la nueva sociedad, que exige los moldes de la civilización, algo que es tan justo como necesario y de ahí la presencia de calles y plazas como de los servicios mínimos que dejan un halo de seguridad encomiable. El progreso no ha de enturbiar la raíz de su envoltura patrimonial, la de la Senda de

Casillas, de tanta raigambre medieval, con su impronta dieciochesca y sus valores costumbristas. Creemos que desde la misma Asociación de Vecinos se han de defender estos valores culturales, promover inquietud por el mantenimiento de sus casas y barracones cercanos a caminos que antaño fueron carriles. En su momento, Casillas dio el do de pecho al unirse, como en Fuenteovejuna, para recuperar su Blasón, que es signo y prestigio de ella. Quedan otros repertorios de sendas, carriles, espacios verdes. Signos y lugares que habría que respetarse para bien de los vecinos. De ello iremos tratando pausadamente como vigilante y amoroso amante de esta deliciosa huerta que comparte afanes con su vecina Puente Tocinos, Santa Cruz y El Raal. Pedanía encajada en la santidad de su empaque, con sus fueros propios que se imprimen en la sangre y el sudor de sus labriegos, de sus viejecitos acurrucados en sus asientos de vejez, capaces todavía de narrarnos la mejor crónica de Casillas, anquilosados en sus casas de barriadas tan entrañables como La Gloria, Las Huertas, Rincón de los Sánchez o La Cruz, en cuyo límite se gesta la liturgia de la ofrenda a la Cruz en la plenitud de la primavera huertana.

Presiento todo un tiempo acuñado en labores del buen pedáneo, trazando desde su peregrinación diaria por sus sendas, rigores de mejores acopios en bien de los vecinos y tal vez asumo el propósito de aunar criterios entre el ayer y el hoy que sigue su paso irreversible. Pero no me doy por vencido en la necesidad de despertar al indígena su papel en la crónica, evitando que el poder embadurne sus huellas de identidad.

Ello no es posible gracias a la utilización de los derechos que se afincan en el corazón de sus habitantes, que laten en la memoria de sus ancianitos que conservan sus nombres en las rotulaciones y que nos inducen a conocer, como los relativos al carril del "tío Pituso", de Basilio, del "tío Marcos" y otros muchos que despliegan por el espacio huertano; toda una tela de araña defensiva de su más nítida crónica huertana que se amasa sus con viejos sudores y trabajos de sol a sol, de faenas, como la de arar, desembojar, cavar, o la arraigada en Casillas de la destilación de la menta, de tanta pujanza como necesaria para la economía de sus labradores, como la que se roza por su entorno en el periplo que nos hemos trazado para acuñar su mejor aporte, algo que merece la pena atisbar y recoger en la defensa misma de la pedanía.

5

Estar en Casillas

[Casas de la Vereda de la Cueva]

Se fueron orilla abajo aquellos crepúsculos de la Senda de Casillas con su color verde amarillo, su latido ingenuo y la tonalidad romántica de sus rincones por donde apuraba, en mis cuitas anónimas y gozosas, sus perfiles más entrañables, como se esfumaron las voces de sus viejecitos cansados de tanto bregar y consumirse.

Pasaron años y se cortaron las faenas del labriego. Se encogieron los ecos de su vida antañona con la pericia de su buen hacer y la entonación de su liturgia cerca del brazal, reteniéndose el agua insatisfecha, en el leve ruido del motor.

Aquellos escorzos pintados cerca del camino, en torno a la ermita de Buendía, con el muestrario paupérrimo de sus piedras rotas, dejaron de encalarse de olvidos y miradas. Se perdieron imágenes robustas de su paisaje en torno a La Gloria, donde hubo ermita famosa, y se afincaron rostros amigos en su espacio.

Estar en la Senda de Casillas es entablar un nuevo diálogo con el paisaje, dejar a la mirada su ocasión para la nueva experiencia del entorno. Ya quedan escuetos resortes del pasado porque el devenir del tiempo ha ido dislocando su atuendo prístino. No en balde pasa el tiempo que todo lo transforma.

Este tornar a mis viejos encuentros, las pasadas citas por su ámbito, el de Casillas, celosa de su estirpe, encajada en su propia identidad, supeditada al aliento de sus vecinos; me duele un tanto, a la vez que conmueve mis entrañas y hace sonar en mí algo de su latido intemporal, que me lleva a vislumbrar sensaciones inéditas.

Presiento de nuevo aquel silencio altivo y su duende, el perfil sagrado de sus habitantes capaces de aunar criterios y defenderse de sus adversarios, de retener el aliento de su pasado que es su crónica vetusta almidonada con sus fases inéditas de su huertanía medieval, traqueteada por los riesgos ante indefensiones de sus derechos sobre tandas de agua y menudencias que se dejan en pleitos de archivos. Pero sobre todo, atiendo el nuevo orden de su vida sometida a la planificación urbanística que señala la huella del progreso, con sus calles asfaltadas y sus *placicas*, barrios matizados con sus servicios precisos y la presencia del Centro Vecinal que enmarca su fisonomía renovada.

Esto es bueno y señala el acomodo de una sociedad que demanda derechos y estabilidad vital, que emerge de la apatía y atonía de un pasado rutinario. Pero también lo es que se tome carta de naturaleza en la defensa de su patrimonio y no se olviden sus perfiles de huerta y bancal, de gesta y épica que insuflaron sus propios vecinos a lo largo de su historia desde el latir de su pasado repoblador alfonsino.

Por esto mismo, me acerco a la *placica* de su iglesia parroquial remozada con sus dos torres gemelas, para escrutar su denso tiempo congelado, encuadrado en el nuevo perfil de la modernidad. En una esquina oteo el blasón de Casillas que es su identidad, con los signos del Mayorazgo de Buendía. Blasón querido y retenido en el corazón, custodiado en mi mente y el recuerdo, dádiva y enlace con la pedanía desde aquel pregón que hice en compañía de mi buen amigo, entonces alcalde pedáneo, Ángel Martínez Martínez.

Sobre la piedra noble y angulada apuro unas frases dirigidas a quienes fueron sus originales pobladores de la pedanía, aquellas que consolidaron sus entusiasmos y dieron lustre a sus hogares, lucharon y dedicaron sus esfuerzos a la misma:

"A CUANTAS PERSONAS HAN CONTRIBUIDO CON SU VIRTUD Y ESFUERZO A LA CREACIÓN DE CASSIELLAS" (1996).

Nuestro ínclito escritor político, Saavedra Fajardo, me inculcó desde sus lecturas, la necesidad de indagar en las blasones de los pueblos, hundirse en el significado de sus inscripciones que nos informan de su alma y espíritu. Ello con la convicción de auscultar el significado de su latido más entrañable. Y ya mismo, desde este entronque de pétrea catadura, se insinúa el esquema de su crónica: la de la Senda de Casillas fluyendo cálidamente por cada uno de sus rincones, atrapada en cada lugar y paraje que envuelve su figura.

Presiento en este caminar viejas siluetas que consumaron su misión, como otros requerimientos dispuestos a sacudirme el alma de su abatimiento, porque quedan sus labriegos dispuestos a pregonar el encanto sagrado de su estirpe, poniendo orden en el carácter del personaje que habita esta tierra, que huele a hierbabuena, que estimuló, durante décadas, la epopeya de todo un esfuerzo por su desarrollo económico mediante las típicas faenas huertanas del cuido de la morera y el cultivo de la menta, planta herbácea de singular factura, que este huertano supo utilizar aportando efectos considerables en el ámbito de la farmacopea y herboristería. Todo esto nos refleja espacios de tiempos magníficos en la economía

de Casillas, con familias dispuestas a poner los cinco sentidos en estas actividades que se fueron depauperando con el paso del tiempo.

Por eso acudo desde la lealtad a los carriles, viejas sendas que pusieron notas acústicas a Casillas, siempre atenta a nuestros afectos, teñida de renovados esfuerzos por adquirir su completo destino. Cabe cualquier camino para intuir su gesta, la soberbia delectación de su pasado. Desde el carril de los Paulas, calle ahora, se esgrimen conceptos de nostalgia entre sus labriegos, que sólo se conforman con evocar sus tiempos mientras viven ahora espléndidamente en sus nuevas casas, con los suyos. Pero al viejecito le agrada que se le envuelva en sus horas pasadas junto al bancal de sus amores.

Precisamente el que se asoma al camino, en dirección a Monteagudo, por donde se agita el azarbe en la solera de su vientre, cercanos los brazales que utilizaba el huertano con la necesidad de sus anhelos por tener el agua precisa para la cosecha.

Estamos oliendo y oteando el color desde la horizontalidad del bancal de hierbabuena, oloroso y mañanero que según me indica Gabriel Sánchez, su propietario, es el único que hay en toda la huerta, ello desde hace unos años, porque antaño lo importante era la plantación de pimientos, tomates, sobre todo el de "pera" de "matas corridas", aunque en esta zona se ajustaba la plantación de algodón y sobre todo de la menta. Y ello es cierto. Casillas se ha significado por la importancia de la menta y de su tratamiento. No había en los primeros años del pasado siglo nadie que no se dedicara a esta faena que le procuró importantes beneficios económicos a la población. De esta planta herbácea de las familias labiadas, hierbas de flores blancas agrupadas en espiga, de buena pigmentación olorosa, nos hablarán casi todos los vecinos de la pedanía, con el agradable empaque que significa todo su trajín, integrado por todo un proceso mágico que va, desde la plantación de la planta a su recolección y extracto de su esencia con destino a fines farmacéuticos y de variada índole, cuyos aportes se relatan por viejos y jóvenes como algo que va ínsito en la manera de ser de su habitante.

De ello sabe mucho la familia de los Paulas que dan nombre al camino, donde se destacan añosas casas de buen temple huertano, con senderos y bancales que tiñen el verdor de las espigas trigales y dos hermosas moreras redondas con sombra apetecible, que nos evocan tiempos del gusano de la seda, de tanto arraigo, con la típica faena del desembojo. De este árbol fecundo y místico entre los huertanos se infiere todo un cúmulo de goces literarios dignos de tomar nota y aún más, en los detalles de cañaverales tupidos de rosas que se abren al quicio del verano, como labios de diosas paganas. Desde la calle se dominan otros bancales verdes, quietos y unas casitas casi en ruina, pues una de ellas pertenecía al tío Antonio "el Rojo", típico agricultor, cercana a la del "tío Arenas" del que tantas cosas buenas nos narran los vecinos, como la gracia y técnica que en la plantación tenían los Aceros, Aragonés y los Pijines. Toda una raza de labradores que tan sólo pertenecen a la población. Son dignos ejemplos para generaciones futuras, hombres que, como reza la inscripción a la que hemos hecho referencia, forjaron la manera de ser de este huertano entregado a su familia, que cavaba y *majincaba*, se dedicaba a la menta, transitaba con su rebaño por los límites de las pedanías comarcanas; se dedicaba, en sus ratos de ocio, al juego de los bolos, que uno todavía se conserva, siendo artistas en el manejo de tirar el bolo con su maestría, tanto al derecho como al revés, a los nueve palos de madera de limonero y se hacían competiciones en las que siempre salían triunfantes los que venían de fuera, como el Nene "Ratones" y "el Albercoque", quienes dejaron en la huerta todo un aroma de buen hacer en este deporte huertano, donde se mide la fuerza y el gracejo en el tirar, como reciedumbre encontrada en la técnica del atleta griego desde su armonía de discóbolo.

Gabriel Sánchez ya en su edad avanzada conoce todas estas vivencias de agricultor avezado, que conjugaba su trabajo con el amor a su familia. Ha vivido en Casillas y retiene su ayer, su estilo y su orgullo de mantenerse hijo del lugar. Vive cerca del templo parroquial, desde cuya calle se dominan las dos torres renovadas, precisas y que adornan el espacio huertano dedicado al Santo Patrono El Sagrado Corazón de Jesús, al que se le tiene gran fervor por estos lares, presidiendo en lo alto de Monteagudo su silueta, como una llamada, una plegaria hacia el Redentor que sufrió su pasión tremenda y muerte de cruz por salvar a la humanidad.

Viene de antaño esta veneración al Corazón de Jesús custodiado en el interior del templo, cuya talla muestra el desparpajo estético de su autor, en tanto que en el interior de las casas mantiene su hornacina con el dadivoso Corazón entregado al hombre, unión de las familias y esencia de la mayor generosidad hacia el ser humano.

Se escancia en la pedanía y en esta zona huertana su fervor a través del siglo XVII, como se deja ver en referencias documentales, desde que Santa Margarita María de Alacoque la entroncó como elemento sustancial en el alma de sus seguidores, reteniéndolo como semblanza segura de salvación siempre que se cumplan sus deseos y se ajuste el actuar del hombre a la llamada de Jesús. De tan grave razón y fervor es su semblanza, que observamos numerosa literatura cristiana referida a la imitación del Sagrado Corazón de Jesús, como se referencia en la dignísima obra del Padre Arnaldo de 1888, clave para introducirnos en esta antiquísima entre todas... *"devoción al Dulcísimo Corazón de Jesús,"*, de cuya lectura nos hacemos partícipes de las palabras de Jesús: *"aprended de mí, que soy manso y humilde, y hallaréis el descanso para vuestras almas..."*.

Ha sido importante esta versión religiosa destacada en el amor de los feligreses a su Sagrado Corazón requerido, como atenta la aportación de santos y beatos a hacer positivo este ámbito, muy singularmente en la figura de Manuel Domingo Sol, fundador de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús, Apóstol de las Vocaciones y de la Juventud, declarado en calidad de Venerable por Pablo VI en 1970.

Hay una realidad palpable en este fervor de Casillas hacia el Corazón de Jesús al que la población dedica su patronazgo en el mes de junio, aunque lo celebra con festejos populares el último domingo de agosto, procesionando su figura augusta junto con la de la Virgen de la Purísima.

La silueta de estas dos torres del templo parroquial alumbran añejos temblores religiosos recreándolos en la figura del Sagrado Corazón, que nos dirige su mirada siempre, nos delata los dardos que constantemente hieren su hermoso Corazón, pero que siempre nos espera para el consuelo y como dice la creadora de esta devoción Margarita María de Alacoque:

"Esta devoción tiene por fin libertar las almas de la muerte, y establecer en ellas el reinado de su amor, que no permitirá que perezca ninguna de cuantas se le hayan consagrado".

Cuando en este momento de cierto paganismo, en el que se va instalando en el ámbito de la sociedad una tibieza por lo religioso, convendría que vagásemos por estas zonas de huerta y escudriñásemos en los fervores de sus buenas gentes que conservan los tesoros de su fe. Es cuando estaríamos lamiendo, de nuevo, la bondad y generosidad de los hombres y mujeres que se unen al Corazón de Jesús, se le entregan y miran con cariño, tratando de compensarle de las incomprensiones y crueldades que se le hacen a Él, cuyo corazón esta abierto a la Humanidad entera, que abre sus brazos en la silueta adorable de la cima del sagrado montículo de la huerta amada, como queriendo acoger a todos sus hijos.

6

Vieja casona de Pacorro Soler

[Casona de Pacorro Soler]

Hemos andado por los carriles de Casillas, antaño había sendas que se arqueaban por la de la Aceña, donde acusaba mi silencio en cuitas pasadas, conversando con su gente familiar y entregada. Llovió después lo suficiente y fuimos madurando, en tanto que la senda se remozaba con la anuencia de sus vecinos. Todo el laminar de sus casas, piedras marchitadas de sus ermitas, la de Espín desaparecida, la de Buendía, con su estampa dieciochesca meditando su pasado y casi en su olvido, renacida de nuevo con el aporte de su blasón místico, ajustan sus diestros espacios desde su dimensión auténtica. Incluso se rasgaron las vestiduras con las desaparecidas torres huertanas, de tanto abolengo en el pasado variopinto de la huerta, con la evocación de aquellas que, como la de Carmela o de lo Gallego instaban a satisfacer momentos de gloria, en una vida pegada a ocios ejemplares y resonancias líricas de festejos.

Se puede rondar la huerta viniendo desde Puente Tocinos, que los caminos llegan al mismo sitio. A veces me acurruco por este espacio casi inédito para transitar y revelar el episodio noble de una gallarda semblanza que hace límite en el caserón de la Abadía, que alguien me referencia como casa del "tío Salas", remozado ahora y con nuevo empaque de cita y altanería visual.

Y entre caminos laterales, se asume la delicia de la casona quieta y arrumbada en su soledad, a la que me arrimo para auscultar su silencio entre su laminar descuidado y la ventanuca de tres palos, a su alcance. Todo un muestrario para la investigación, para acercase a sus grietas y entonar la vieja canción del huertano con sus viejos tesoros trabajados día a día, sin otra panoplia que aferrarse a su hogar, junto a la orilla del brazal, desde donde se cogía el agua de sus amores. Cuando la miraba daba un vuelco su corazón y esgrimía una plegaría al santo de su devoción. Se alegraba de ver el agua transparente donde se miraba y latía su sangre en el gracejo de su curso. Aquel huertano de pro que no se contaminaba con nada; tan sólo defendía sus tandas y derechos ante el Consejo de Hombres Buenos, como lo hacían sus antepasados, según el trámite de sus Ordenanzas que Alfonso X y sucesivos monarcas le fueron aplicando en su beneficio. Solo que ahora, en la mañana calurosa de estío, me encuentro con una casona solitaria, sin vida, con un portón cerrado a cal y canto y con ventanas cerradas. Siento un gran vacío en mi interior, le hago un dibujo y deja un latido ronco en el alma. A su lado se yerguen unos edificios en aquellos *bancalones* donde el huertano tenía su pan y su sudor.

Se sujeta el alma al candor de los huertos feraces que aparecen en los caminos. Apuro el sol de la mañana y solicito el misterio de sus "últimos rincones", como atractivas piezas que aún oteo por el horizonte de la huerta, desde La Arboleja a Zeneta, aunque cifrando la huella en esta Senda espléndida.

Me acerco a los bancales y apuro carriles con nombres de sus labradores, recalando el mensaje de su generación. Paso a veces por la calle Mayor, asfaltada, a la hechura de la pedanía y oteo el casurón vetusto con el barracón o cuarto trastero que se arrima a su vacío. Me agrada su encuadre y presiento que en su regolfo tendré luengas satisfacciones estético-literarias.

Quedo encuadrado en la calle Fuensanta. Me encuentro con un vecino, es Pedro Soler Navarro, hombrecito que ya cursa más de los noventa años. Se encuentra sosegado y lúcido en casa vecina, arropado por sus familiares que lo miman cariñosamente. En el interior de la casa, amplia y con un patio abierto interesante, se nos brinda la oportunidad de conversar con este anciano vate de la huerta de Casillas, acaso el más venerable y a la vez magnífico ser con el que nos agrada dialogar. En afecto, don Pedro Soler es un personaje típico y erudito en cosas de su tierra. Me acoge con la sencillez y generosidad que ya es usual en estos hombres todavía lúcidos y amante de lo suyo, que retienen en su memoria todo un pasado importante y fecundo.

Precisamente, en la conversación larga mantenida con él, no se resiste a significar que el auténtico nombre de la pedanía es el de la Senda de Casillas, orillando los de Casiellas, Casillas y demás que encajan perfectamente a lo largo de su historia. Pues lo de la senda se aplicaba a los cinco palmos, en tanto que el carril atendía a doce palmos. Todo aludía al sendero, incluso en los documentos se disponía las entradas al mismo sendero, por lo que en ello iba su enjundia, cosa a la que me sumo con el viejo del lugar, un hombre delgado con unos ojos aviesos que nos miran descaradamente, con unas manos cosidas a cicatrices, desgajadas por no muy lejanos trabajos.

Pedro Soler Navarro asume en este momento mañanero, en esta cuita meditada de conversación, todo el ritmo de una huertanía a la vieja usanza, plegada en los vientos más entrañables de esta zona de huerta y senda, de bancal y siembra, de moreral y versión de auto navideño.

[Pedro Soler Navarro. Viejo labrador de Casillas]

Acurrucado en el sillón de sus largos momentos se entrega a la reflexión, agudizando sus recuerdos al preguntarle por aquella huerta que se nos fue, por sus momentos fecundos y ocios tranquilos en la casita donde habitaba y que hemos ajustado a la soledad de su melancolía y olvido.

No ceja de lamentarse y porfiar por aquel tiempo. Un ayer de dicha, cuando él mismo se llevó a la novia, según la usanza y acurrucó su trabajo en levantar su hogar, que lo fue con la presencia y orgullo del hombre, capaz aún de canturrear la cancioncilla en evocación del acarreo de la mies de sus estíos y la recogida de las hojas de la morera, por aquello de

"Cuando se cogen hojas,
no vengan frailes,
cuando se desembojan
vienen a pares..."

Y aún cavila el hombre sobre sus más arduas actividades en la tierra de su sudor. En la casa fraguada con su laborar constante y la cercanía del barracón, donde se aposentaban las bestias, aquellas mulas y bueyes dispuestos para llevárselos al célebre Bando de la Huerta en la ciudad murciana, en sus momentos festeros.

Sobre todo era agricultor entregado a la faena de la menta, como una inmensa mayoría. La traían de Carrizos, pueblo leonés, cultivándola en estos bancales. Las raíces de ella se plantaban en febrero y marzo, procediéndose a la siega en agosto. Después había que transportarla a las calderas, en carros y tractores, con el fin de proceder a su destilación. Lo más importante era la extracción de su esencia mediante su proceso de alambicado en su recipiente, lo que daba una producción de seis kilos de esencia por mil kilos de matas, dándole posteriormente el tratamiento adecuado, entre otros el terapéutico.

Soler Navarro tenía tres calderas de dos metros de altura por uno noventa de anchura que trabajaban día y noche, produciendo 35.000 kilos diarios. Para el trabajo se utilizaban sólo personal masculino, unos treinta y cinco hombres.

La vieja casona apagada ahora y fundida en unos harapos de misterio, donde se deja ver un número, el 12, difuminado, pertenecía al tío Pacorro Soler, padre de nuestro agricultor, persona tan querida por familiares como por los vecinos que lo recuerdan con agrado. Eran seis hermanos y tan sólo queda él con sus recuerdos y la cabeza bien alta por haber cumplimentado con creces, su misión en la vida. Pero no puede el hombre dejar caer unas lágrimas al evocar instantes de vida sabrosa en el interior de sus aposentos ahora apagados. Sobre todo en época de la matanza, que en la huerta posee un ademán de complacencia y solidaridad de gran factura humana. O cuando requiere trazos de sus amigos que cantaban a la Aurora, cuadrillas de Auroros, atentos a sus repertorios de canciones en cada momento y más aún, se delata su tristeza en la versión de aquellas "Salves de difuntos", cuando él mismo acompañaba a sus personajes en despedidas de fieles amigos.

Se le inquietan los ojos entornados al recordar al "tío Campillo", a Pepete o Antonio y el "tío Galla", amigos de cuita y peculiares hombres de su tiempo. Como lo fue el "tío Pituso" que da nombre a un carril, del que dice que era un gran trabajador, de los de antes, de los que se enganchaban constantemente en su faena y a veces se quedaba agarrado a medio camino. Sí, le gustaba las copas y era un tanto picarón. Era "pequeñajo", pero entero en sus ademanes y galán en sus mejores momentos de amoríos seguros y fieles, pues era de todo punto muy *"enriscao"*, se lanzaba como nadie y sin venir a cuento, en sus afanes de conquistas de las más hermosas féminas de la huerta.

[Desde el Carril del Pino]

Le parecía en este caso al "tío Basilio", otro huertano que se ofrecía a los mayores empeños de mirar al cielo y buscar el agua sagrada para sus cosechas. Sabía que el agua en esta tierra es lo más importante, que la lluvia era don divino y que a la hora de la verdad todo se podía perder en un respiro. Pero ante todo se dedicaba al recorte de las vacas, una profesión como otra cualquiera, pero que había de mantener destreza y atino en lo de asumir, con cuidados, el recorte de las pezuñas y los cuernos. A la vez tenía toros sementales con el juego de vacas rojas, de labor y de terreno.

También el "tío Marcos" le andaba a la zaga en este menester y Pedro Soler se anima a proferir expresiones de encomio a estos hombres que pusieron alegrías infinitas en su vida, lucharon y se engancharon al carro del trabajo de la vida, zumbando y pergeñando ademanes, sufriendo y dejando solaces de recuelos festivos en el alma.

Se conjuga por esta huerta el arte del trabajo con la ocasión para el disfrute en relación con los ciclos agrícolas, preparándose para entonar el himno en sus fechas de mayo, con la alegría de las mozas dando la bienvenida al mes de la hermosura:

"Ha venido Mayo
bienvenido sea
para las hermosas
y para las feas".

Y entre tanto el huertano se disponía a pergeñar la Cruz, a cuya decoración destinaba la familia entera su mejor ocasión de asistir a instantes de liturgia, sobre todo en la barriada de la Cruz que conserva Casillas su cumbre y boato del mejor estilo. El huertano suele "vestir" la cruz con claveles y rosas blancas en el centro y rojas a los costados. Conoce la huerta entera este ritual, que tiene sus raíces en antiguos festejos paganos recreados con el signo cristiano, que encaja y predispone a una nueva visión de consagración de la humanidad al vencedor del mal. Signo esencial para el cristiano que la proclama como

suya en los momentos más íntimos de su vida. El huertano, desde su empaque asume cada faceta de este ritual al llegar la primavera, recreando en su macetario toda la gracia que anidaba en las viejas faenas de nuestros antepasados, en sus cuitas de adoración a Adonis, enamorado de Afrodita, quien en su afán de ir tras él bajando al mundo de las sombras, con el fin de quitarlo de los brazos de Proserpina, se hirió con las espinas de las rosas blancas, derramando sangre roja, símbolos de los pétalos rojos, que eran con los que vestían los antiguos a sus diosas, llevándolas por las calles. A Cibeles, sus adoradores le arrojaban pétalos de rosas encarnadas. Un ceremonial que anida en el corazón del humano desde los más viejos tiempos y que en la huerta, como zona sagrada, se anota en sus más ancestrales costumbres, como la ofrenda a la Cruz, que se dispone en las fachadas de sus casas que dan al Levante.

Los más viejos de Casillas anotan en su memoria todo este talante y la enjundia que agitaba este tiempo sagrado, como la serie de instantes asumidos en tiempos del Carnaval y la presencia, en su ámbito, del celebérrimo Auto de Reyes y disposición del Belén, manteniendo en este sentido toda una importante tradición que en los últimos años ha injertado un evento de indudable interés, a través de la recreación del Belén movible desde la creación de Vicente Piñero y Pepe Albaladejo, belenistas que se han impuesto con su innovación y traído a muchas personas a su contemplación, pese a que últimamente se va disipando este ritual, pero que ha de renovarse sin duda y para bien de la pedanía.

La Senda de Casillas ofrece al visitante un atractivo que sus peñas, la de "La Morera" y de "La Menta", vienen conjugando con su bien hacer y esfuerzo por retomar el pasado, aglutinando actividades de todo tipo, siempre fructíferas y encajadas en su filosofía más renovadora.

Sus barracas se insertan en el tiempo adecuado y se significan por sus argumentos de arropar a su población en un ademán de identidad, realzando sus propios reclamos y hurgando entre los rincones de sus viejos perfiles, aunando criterios y destacando el énfasis de su personalidad.

7

Viejos recuerdos con Maruja Cámaras

[Vereda de la Cueva]

En la barriada de la Cruz, la más señera y enjundiosa, doy de bruces con la casa de Maruja Cámaras hija del músico de Casillas Julián Sáez Fernández, fallecido el año 1992, homenajeado posteriormente. Músico al que tuve honor de conocer en los años sesenta del pasado siglo, con su voz tenue y su guitarra, con sus manos de artista sensibles que desgarraban sentimientos y nos hacía llorar. Era un hombre querido, admirado por los suyos, cantado por troveros de altura, al que admiraban por su talante y fuerza expresiva.

Maruja Cámaras, su hija, lo recuerda con frenesí, lo adora diría. Cuando en esta mañana calurosa de julio me acerco a su hogar, la mujer me abre su casa con la gentileza de una gran dama y da rienda suelta a su memoria con elogios a su padre. Ella misma se siente trovera, lo que es lógico y me enseña un sinfín de estrofas dirigidas hacia su padre. Guarda en el interior de su casa infinidad de cuadernos con poemas de su padre, incluso algún auto teatral que compusiera, fruto de su inspiración; ya que, como nos indica Maruja, nunca estaba ocioso, todo lo recogía en su cuaderno, series que iba dejando, abriéndolo por zonas releídas por ella y donde se observan frases trazadas con inquietud y casi ilegibles, de tanto que las ha leído.

A su muerte, Maruja le dedica a su padre estas estrofas:

"Mirando estoy para el cielo
creo que allí estarás
yo, desde aquí te contemplo
y a veces me haces llorar..."

Unas lágrimas se le caen por sus ojitos mientras, por la ventana, nos llega un rayo de sol inconfundible.

A veces se le llamaba el Cámaras y como tal se le ha hecho un homenaje reciente en el Llano de Brujas, pero el músico gustaba de encararse a ello, ya que solía pronunciar:

"El Cámaras no me llamo
por que mi nombre es Julián
me encuentro feliz y aclamo
¡Viva la felicidad!"

Eran alusivas sus peroratas troveras con su íntimo y también espléndido David Castejón, santomerano de pro y émulo de los grandes vates de Cartagena, siendo normal que le indicara:

"Buenas tardes tío David
¿de salud cómo te encuentras?
necesitamos permiso
para ir a su vivienda..."

Si bien estaba pensando en el concierto que se daba por aquel entonces en la huerta:

"Se acuerda de sus amigos
y ha elegido un día de fiesta
para darle el concierto
los amigos de la huerta..."

Y después era lógico que asistiera:

"Quiero que suenen mis notas
para siempre y hasta el fin
con guitarras y bandurrias
y laúdes y violín..."

Sonaban en muchas ocasiones las notas magníficas de Julián, el músico de Senda de Casillas, sencillo y altanero, conocedor de los más sabrosos ritmos de salves y aguilandos, aglutinador de empeños para enseñarlos a sus elegidos, acompañándolos en sus conciertos y ensayos que, desde joven, tenía en los márgenes de su huerta amada.

[D. Julián Sáez "El Cámaras"]

Con el violín apuraba gamas de atractivas vibraciones, se dejaba llevar por el ritmo y hurgaba en el misterio de su sonido, fundiéndose con la nostalgia y la poesía más pura. Le echaba al cante, como al querer, aquello que él decía: sentimiento, pasión, dulzura y como no, un poco de talento. Lo tenía y en gran formato. Era un hombre de bien y tenía un alma grande como su corazón y su humanidad. Era un heraldo de las cosas de su tierra, como los hay y nunca se les valora; acaso se les olvida y se les entierra luego en el viejo cementerio, en su *rodalico* de tierra.

Tenía a bien propagar, por los puntos cardinales, el aguilando murciano, nacido en Puente Tocinos. Lo decía con su garbo y gestual significado, como poniendo orden en la categoría de su aserto fidedigno, sin más talante que manifestar su conocimiento. Un aguilando "hecho con mi pluma y mano"...

Paladín de enfoques y pausas, de villancicos y pasodobles, el músico y maestro Julián Sáez, iba procurando su particular empaque, fluyendo por giros y compartiendo trovos con sus mejores amigos, fusionando la verdad con la pasión y soltando sentimientos de huertanía alusiva a su patria chica. Quería que sonaran sus notas por los ángulos de Murcia, por la huerta entera, quien de anciano hablaba con el Cristo que tenía en su habitación:

"En la habitación tengo un Cristo,
pobre, feo y abandonado...
con miembros descoyuntados,
por los golpes de la vida,
y sangrando las heridas
a causa de mis pecados".

Y sonaron sus notas por los rincones de la huerta, se acoplaron sus versiones en los ángulos de las almas, de aquellos mansos y buenos agricultores enganchados a su labor, siguiendo las buenas costumbres de la huerta. Se cumplió su deseo de que sonaran sus notas hasta el fin:

"Quiero que suenen mis notas
para siempre y hasta el fin
con guitarras y bandurrias
y laúdes y el violín.

Tengo que poner letreros
del aguilando precioso
en España y forasteros
canten otro más hermoso.

Al cante como al querer
hay que echarle sentimiento,
pasión, dulzura y también
un poco de talento.

Este aguilando murciano
nacido en Puente Tocinos
hecho con mi pluma y mano
y suena de los más finos.

El Cámaras no me llamo
porque mi nombre es Julián
me encuentro feliz y aclamo
¡viva la felicidad!

Con mi violín tan pequeño
cuando os vais a acordar
del aguilando que ha muerto
que tocaba el tío Julián..."

Vive el tío Julián, en el recuerdo de Casillas, que hizo con su mano y pluma "este aguilando murciano". Nacido en Puente Tocinos. Su hija Maruja Cámaras lo evoca con nostalgia, como un relámpago que agita la huerta pasada.

Al músico lo enterraron en el viejo cementerio y sobre su lápida se puede leer la siguiente inscripción de García Lorca:

"La armonía del cielo es armonía
más acariciadora que la fama.
Es una dulce escala, un pentagrama,
con lo que Dios me halaga cada día
y a su concierto universal me llama".

El viejo barrio de la Cruz

Me han dejado las puertas abiertas de la pedanía. He vuelto con el corazón cargado de energías y la mirada enfocada a sus cuitas y escorzos, paisajes renovados y senderos caducos, a sus bancales aturdidos por el fleco de su ausencia. Torno a mis paisajes, aquellos que viví y los que fueron desapareciendo en el tiempo.

Con Maruja Cámaras se van dibujando los contornos difusos de un pasado no tan lejano. Se recortan situaciones y amanecen días espabilados en el barrio de la Cruz, donde había senda acariciada por los añosos árboles y cansinas pisadas de la *burrica.* Se juntaron los vecinos en su momento para darle al barrio altanería e impregnarlo de sustancias, en la efervescencia de la Cruz que toma su gesto cada mayo, en su festividad compartida, ceremoniosa y típica, con ademán de plegaria y devoción. Se fueron sumando fervores al madero redentor, y se dispusieron oraciones y rosas, claveles y flores en su regazo, para recrear, en el sitio, la razón de la dicha, apartando el mal de su estancia.

La barriada era atractiva hace bastantes años, en torno a los treinta del pasado siglo, donde había célebre ventorrillo que a la sazón regentaba el "tío Rojo", que lo hacía a la escala de su talante y forjaba un entorno de asiduos colaboradores que, en las fiestas traían su encanto. Acudía a su vez gente de fuera, como la viejecita Beatriz, con su mantón, portando cascarujas, a la vez que recorría las casas para procurarse una mejor venta. Al igual el célebre hilero que entregaba a sus vecinos aquellos típico "*niñicos*" de barro, que hacían las delicias de los críos.

Se vestía el sucinto barrio de su atuendo colorista con la llegada, desde Puente Tocinos, de circos que ponían algarabía y eran foco de cita para pequeños y mayores.

Guarda en el almacén de los olvidos series de secuencias este barrio primitivo, esencial y que dio pujanza a la pedanía. Todavía lo asumen sus primitivos pobladores, quienes en su ámbito son capaces de dar argumento al recuerdo, como Maruja Cámaras uno de sus personajes que paladearon su tiempo, dejando huella en el lugar, que nos evoca la presencia del bar de Pepe Cámaras, en los años cincuenta del pasado siglo, o el de Pepe Herrero.

Tuvo panadería el barrio a partir de 1940, propiedad de nuestro admirado músico Julián Sáez, tienda que guarda en su haber fogosos momentos de alegría y de tristeza, pero en su obrador se pulsaron espacios rituales de afanes confiteros, recreando el mejor aroma del amasijo del pan, como observamos en una vieja fotografía de la panadería más antigua de la pedanía, en la que se aprecia al personal con el utillaje y las tablas, donde se confeccionaba la masa. Sin duda todo un ámbito de buen hacer, y bien cocido que estaba el pan, pues con pan y vino se anda el camino. Y aún el huertano esperaba el agua de mayo por lo del refrán: "*Agua de mayo, pan para todo el año*".

Los labriegos de Casillas cercanos a La Cueva conocen el trajín de este barrio, sobre todo en su momento de cuita festera, pues como nos señala Nicolás Muñoz, el "tío Pencho", que habita en el cami-

no de la Aceña, singular y típico; aquellos años de su niñez eran magníficos y en el barrio de la Cruz se hacían verbenas y fogatas. Era una zona "importante" para todos los vecinos. Y aún se evocan otros festejos como el relacionado con los carnavales, en cuyo tiempo previo a la Cuaresma, se vestían los mozas de hombres y éstos de zagalas, como dice Maruja Cámaras y advera el "tío Pencho", resaltando el sentido colorista de los atuendos que se ponían, como lo hacía Adela, del "tío Rivas", vistiéndose de novia, a veces de gitanilla, con el garbo de figura. Eran otros momentos donde la huerta asistía a su propia manifestación sin otros espasmos que los suyos propios, con la grandeza de su vieja estirpe que desplegaban sus hombres y mujeres, cuya única misión era trabajar, dejarse llevar por la hondura de su destino.

Maruja Cámaras recuerda con agrado aquel tiempo que conjugaba en horas sencillas, desde la lealtad a sus valores, que lo era su familia, pues admiraba a su padre, el músico al que había visto componer, tocar la bandurria y la guitarra, dando clases a sus discípulos. A veces se reunían con ellos en la *porchada*, cerca del bancal. Era un lujo verlo siempre en una actividad sin fin. Siempre estaba, como dice, tratando de componer trovo, y cuando no, entonces escribía, pues alguna novelilla tiene por ahí escrita de su puño y letra. También solía acudir a Murcia en época del Bando de la Huerta, un festejo que realmente adoraba y formaba parte de sus mayores entusiasmos. Lo hacía con su guitarra y formaba parte de los huertanos que con la carroza, asistían desde Casillas, pues era algo que concitaba en él auténticos goces.

Era amiga a su vez de otro personaje típico en esta zona de huerta, por donde no es difícil captar una belleza que cada vez se aparca más a lo lejos. Conocía a Antonio, el "tío Borrega", que se confabuló con su barrio más apartado. En realidad estaba a la otra esquina de la Senda de Casillas. Personaje que intervenía en todo lo necesario de la pedanía, incluso la consolidó con su esfuerzo y el de su esposa, procreando toda un amplia familia de cinco hijos que se dedicaron a la huerta, y más tarde fueron dueños de un bar que por La Gloria se le conoce.

La verdad es que quien escribe conoce muy bien la calidad de este personaje, de Antonio, hombrecito dedicado, cien por cien a la huerta, a los suyos, un huertano de pura cepa, como me gusta llamar a estos personajes de raza auténtica, dignos de un tratamiento novelesco. Eran los años sesenta cuando tuve el honor de conocer este bar, entonces apartado de la ciudad, con un grupo de amigos y familiares cuyos nombres quedan latentes en mí, como Arturo Saura, Eladio, José Patricio Saura y Antonio Aroca, pues desde entonces, ha llovido ya un tanto. Solíamos reunirnos después de hacer algo de deporte, en este lugar, donde cenábamos a las mil maravillas. Entonces Antonio, su dueño, hombre sencillo y sus hijos Pepe y Santiago, nos atendían como es costumbre en el huertano, con eficacia y ansiedad por agradar al forastero. Pero en esas tradicionales noches de "La Gloria", como ya las denominábamos, se conjugaba la conversación con la sabrosa comida que se nos preparaba con tanto agrado, que se compartía además horas familiares ricas en anécdotas y en afectos intensos.

Ocupó bastante tiempo este bar un espacio tan entrañable en nosotros, que hasta hace poco era cita asidua de las noches de los sábados en que, como dice Benavente, se ha de salir de la ciudad para sentirse distinto y disfrutar de su mágica noche.

Por esto mismo el bar La Gloria, de la Senda de Casillas, no es sólo un simple restaurante de lujo, como lo es en este momento; es algo mucho más que anida en la añoranza y en el pensamiento, como los personajes que tuvieron vida en aquellos años.

Ahora aquel sencillo bar se ha convertido en un restaurante amplio que da rigor y prestancia a esa zona huertana a la que se refiere Maruja Cámaras, que tanto sabe de la pedanía. Cuando paso por el camino que, desde La Gloria conduce al interior de Casillas, observo el progreso de lo que fuera aquel

bar, tan querido y me envuelven infinitas sensaciones. A veces me interesa mirar simplemente y darme cuenta de lo que ha cambiado la huerta, pues antes se podía ver una serie de bancales donde hoy tan sólo quedan casas de nueva construcción. Y aún se me aparece entre sueños la figurita pequeña pero soberbia de Antonio, el huertano, con su rostro embadurnado de sol, con sus manazas y blusón negro. Entonces él era quien nos atendía mientras sus hijos, unos mozos de dieciocho años, aparecían para ayudar a su padre. El mayor, Santiago, siguió el oficio y lo hizo a su vez Jesús y Pepe que más tarde se casaron y formaron una amplia familia que va dejando huella en este barrio de la pedanía.

A veces me quedo mirando el bar, ahora gran restaurante. Me viene a la mente el embrujo de aquel tiempo en el que era un muchacho, estudiante en la Universidad, cuya única atención iba dirigida a pintar y escribir sobre mi ciudad y huerta, sobre todo me apasionaba conversar con el huertano cavador, saber de su trabajo, de su problemática y sus costumbres.

En ese tiempo de vigor y encanto lucía la huerta toda su hermosura. Las casas quedaban instaladas con su atuendo y formaban el patrimonio del visitante. Incluso quedaban en pie las acequias y se revestían los árboles con sus hojas lánguidas del otoño... Eran viejos momentos de la huerta, aquella huerta cargada de matices, de requiebros, de trabajos diarios que agobiaban al agricultor que siempre estaba pendiente de la nueva faena. ¡Qué decir de aquellas arduas labores del labriego! Desde la mañana a la noche componía su trama organizativa para dejar la huella de sus manos, para vibrar con la tierra de sus amores, cargándose con su destino a cuestas, en tanto que su familia se dedicaba a otros quehaceres de la casa. Su casa, que estaba pergeñada con el material más elemental, de adobe, como la construyeron sus antepasados, desde la facundia de la barraca en su cabal significado. Se fueron las barracas y se compuso la nueva morada que delata su silueta a lo largo del siglo XIX, pintada de colores rojos y azules, en ocasiones pintada de negro, según las condiciones del lugar. Apretaba y con sus establos adosados, como se encuentran aún por esta Senda de escorzos sabrosos y pintorescos.

El labriego seguía sus usos en distintas materias, se aferraba a la tradición arabesca y de privilegios reales sobre tandas, mondas, acicalamiento de sus acequias y demás componendas, siguiendo la normativa de los Juntamentos y el sabio Consejo de los Hombres Buenos. Todo esto ya lo llevaba el huertano en su corazón, como sus antepasados habían escuchado el sonido ancestral de las caracolas; lo que se hacía en tiempo de vendimia o de temporal. El huertano vivía desde la tierra y gustaba de ella, se enganchaba a sus bueyes unidos por el ubio y labraba la tierra ocre de sus amores. Estaban juntos la bestia y el hombre como una unión conyugal y se jactaba de cuidar a las mismas como la niña de sus ojos, incluso las embellecía para trasladarlas a la ciudad en época del Bando de la Huerta, algo en lo que los huertanos de Casillas ponían énfasis y trataban de individualizarse de los demás, porque también lo hacía el músico Julián Sáez "el Cámaras", que componía en su soledad los mejores aguilandos junto con el trovero de Puente Tocinos, "el Repuntín", de singular memoria.

Eran hombres de pro y miraban por sus bancales, las tahúllas que eran suyas. Había que mimar y trabajar la tierra para el plantío, como lo hicieron sus antepasados, los huertanos que les precedieron. Por eso sabían componer a la bestia de labor, adosarles sus aparejos con la delicadeza del buen labrador y pergeñar su trabajo de machacar la tierra, ablandarla, mediante la ceremonia del *"atablar"* la tierra como gusta decir al huertano, lo que hacía subido en una tabla llevada por el borrico, ataviado con todos sus aparejos.

Era el momento cumbre de la huerta, cuando el huertano cantaba en esas horas del mediodía, aunque aprieta el sol. Su voz se esfumaba, topaba con la de los otros compañeros, que en distintos bancales, marginales a los carriles, también se devanaban los sesos en el cumplimiento de su trabajo.

Se cumplimentaba el trabajo y se dibujaban los surcos del camino hasta dejar la tierra en orden para la plantación, y entonces las bestias quedaban empachadas de su misión. El hombre las llevaba al establo para su descanso, las llamaba por sus nombres y quedaban como reinas en su trono de alfalfa y choza.

Francisco Buendía Cano, ya está jubilado, se mantiene en sus cabales y es un viejo labriego que guarda en su memoria trances de atractivos momentos. Guarda ahora sus dos bueyes rubios en apartamento especial, para que sigan teniendo prestancia y los pueda enseñar como algo importante al forastero. Se los domina atravesando un escueto sendero que se dirige al camino de la Aceña, por donde se cita la vieja calidad de esta huerta.

Paco Buendía vive en la añoranza de su tierra, ahora convertida en una pedanía en progreso, con servicios públicos a tope, pues para ello se encarga la Asociación de Vecinos, junto a su alcalde pedáneo, que es quien vela, como en viejas épocas, de llevar a los suyos, a sus vecinos las demandas esenciales, poner en orden y al día ese espacio que compone la llamada "vida local". Esta es la principal misión del alcalde y sus administrativos, aunque los vecinos saben que sin su colaboración se hace imposible este "agiornamento" de la población, su puesta al día, pero sin descuidar todo aquello que le dio lustre, toda su crónica, su pequeña historia que ha sido arrancada de cuajo por el olvido, la apatía o la inquina de quienes, en momentos duros, hicieron como se dice, de su capa un sayo, como fue en el evento de guerra civil, tan inútil como despiadada, como hemos podido observar y donde la acción particular de algunos vecinos pudieron retener algunas preciosas imágenes del patrimonio cultural, de la que fuera inédita Senda de Casillas, considerada más tarde como Mayorazgo de Buendía por nuestro compañero Serafín Alonso, al referirse a dicha ermita, de cuyo nombre tan sólo unos restos pétreos se encuentran en su espacio derruido, dispuesto a la construcción de nuevos edificios.

El padre de Paco Buendía era tratante de ganado, lo que de otro lado es lógico en los avatares del huertano y la verdad es que José Buendía Martínez se defendía bien en esta misión, poniendo lances en sus muchos viajes y tratando de chalanear lo menos posible en las singulares ferias de los alrededores, en las que tenía puesta su mejor batalla, y sus mejores armas.

9

Lo mejor del mundo

[Huertano con dos bueyes]

La mañana es soleada aunque unas nubes blancas vagan por el horizonte, lo que hace más acogedor el paisaje, siempre bello por este tramo de la huerta de Casillas, donde su gente es amable y siempre nos acoge con delectación, desde doña Maruja Cámaras a los labriegos que me abren sus puertas y están atentos a cuanto les pregunto.

Me viene a bien deambular por estos lares para llenar mi espíritu de su impronta huertana, para llenarme con su singladura y recibir el aliento de sus bancales, cuando de vez en vez se asoma la hierbabuena y presiento el perfume grato de mis antepasados. Antes, no ha mucho, estos bancales, estaban poblados de menta, como en la mayor parte de esta huerta, desde El Raal al Llano. Pero en Casillas se cumplían sus mejores empaques y el agricultor le sacaba lo justo para ir evolucionando, ello hasta que se vino abajo esta cosecha por la falta de obra y dificultad en los jornales.

De todo ésto nos habla el agricultor Francisco Nicolás, el "tío Pencho", que con sus setenta y seis años se mantiene con bríos suficientes como para seguir trabajando su tierra, cercana al camino de la Aceña. Emplea horas en la plantación a su tiempo, de calabazas, tomateras, hierbabuena y otros elementos que conforman su pequeño o gran huerto, donde el hombre se siente feliz. No conozco otro agricultor por el entorno que le asista más paz, ni hable con tanta discreción, sobre sus vecinos labriegos, sus familiares y sobre los mejores trazos de la huerta que conoció en su niñez.

Es un sábado de julio caluroso y el hombre se dirige a la silla que mantiene bajo la sombra de un platanero. Me invita a estar allí y lo primero que sale de su boca es lo de que "esto es lo mejor del mundo". La verdad es que corre un aire muy agradable y desde su pequeño paraíso se domina el camino de la Aceña que se pierde en un escorzo y nos sitúa en enfoques de verdes y ocres muy acogedores. La huerta es el paisaje auténtico muestrario de colores que se expanden y dejan líricas flores en sus rincones, flores de todas clases junto a las rosas que crecen y expanden su color de sensualidad.

Se está bien allí, bajo la buena sombra del frondoso árbol. Se domina una zona importante de la pedanía relacionada con el barrio de la Cruz, la calle Mayor, las casitas que se mecen en viejos caminos por el horizonte de Puente Tocinos, o emergen las siluetas del camino de La Cueva con su característico montículo arañado, y no podía faltar, entrando por su huerto, la imagen del Sagrado Corazón de Jesús de Monteagudo, que siempre surge por algún lado de la misma. Se puede decir que es el icono factible que da peculiaridad a esta Senda de historia y de hombres que trabajaron y se ciñeron a sus costumbres, dejando su huella: el sudor ganado a través de sus años. Ahora los hijos de estos labradores se ocupan de otras faenas, algunos se han marchado a otros lugares para acomodarse a su vida nueva, pero el "tío Pencho", se encuentra bien en esta zona suya, que lo fue de sus abuelos y padres, que la ha trabajado y la conoce, como la Aceña que hubo y que llama de "cajones", hecha de madera, con trece cangilones que elevaban el agua para trasladarla a los secos bancales. Los dueños de la misma eran los Paquitos y el "tío Barrigueras", aunque después lo fue Pepe Francisco, personajes que conoció perfectamente.

La Aceña, era como un regalo del cielo, estaba erguida y se la veía como una pieza elemental en la vida del huertano. Se la mimaba como había de ser. Estuvo cumpliendo su misión durante años, pero desapareció un día por extrañas circunstancias, como tantas cosas que sin embargo, el hombre valora desde su propia filosofía. Pues aquella huerta cree que era mejor, con su típico sentido, sus rituales y peripecias que habían de cursarse para llevarse bien entre todos, más aún para colaborar en materia de agua, ya que al no existir la tanda, se tenía que regar con los pozos, de los que indica que hay muchos, regándose los bancales por horas que se adquieren convenientemente.

Surge del "tío Pencho" la evocación con la mesura y complacencia precisa para comprender que la huerta, el paisaje huertano era lo más hermoso para enrolarse en él, para vivir y dejarse llevar por el viento de cada mañana, trabajar de sol a sol en aquellas típicas faenas de la siega, de la "*sea*" que daba mucho trabajo, aunque se defendía la familia, como en la plantación del pimiento y su secado, pero los jornales caros terminaros con la faena. No le viene mal, en tales momentos dar referencias de sus compañeros, también agricultores, luchadores y emprendedores como los Aceros, los Pacorros, los Manresa, los Aragonés, sin duda personajes que trabajaron para hacer crecer la población, sobre todo en sus esfuerzos en la actividad de la menta y su desarrollo, pues sabido es que se traían, sus raíces de León, plantándose en estos ricos bancales en enero y se recogía la cosecha en julio, procediéndose, tras la siega de la misma con la guadaña y después con las máquinas precisas, a introducirlas en las calderas de vapor, a los efectos de destilar la menta y sacar su esencia que se vendía posteriormente. El resto de hoja que no se utilizaba se vendía para distintos menesteres. No hay vecino agricultor que no haya participado en este

proceso, pues de tanto arraigo era. Además el agricultor siente pasión por su trabajo, no deja de salir a la huerta, dar vueltas por sus bancales repletos del verdor del estío, incluso de tocar con sus manos regordetas los frutos de sus árboles. No ceja de conversar aludiendo a su pasado cuando asistía a otros labradores de Puente Tocinos o de La Cueva, incluso me lleva a un espacioso sitio pleno de feracidad, donde se amontonan las cañas con el arbolado y se rastrea una cabida de agua, precisamente a la salida de su propiedad, en unas tahúllas abandonadas, abundantes en hojarasca, donde una *burrica*, acaso descendiente de Platero, queda amodorrada en el suelo, tumbada en la hierba, más ociosa que las moreras apartadas.

El hombre la llama por su nombre y se yergue, aunque se recuesta al segundo, mostrando su estampa de la vieja huerta, aunque sus arreos, como me indica el "tío Pencho", los tiene el "tío Martínez" que habita en la otra zona, por donde se otea la menuda sierra de La Cueva.

Por este sitio me dice hubo antaño un pozo de treinta metros de profundidad. El pozo, pertenecía a la finca Mazón de Orihuela. Salía agua del mismo y hasta mujeres venían a lavar sus ropas, formándose un lavadero y hasta un sendero apropiado.

Ahora el pozo no existe y el sitio se ha perdido por completo. La verdad es que desde su estancia, a la que llegamos abriéndonos paso como podemos, se atisba un punto crucial que antaño fuera interesante, incluso para indagar sobre el origen de esta fuente natural. En este momento todo este paraje se encuentra desolado y pendiente de edificación, con lo que se exterminarán las posibles huellas de acopios hidráulicos de envergadura, se perderán datos de todo un pasado hídrico inédito, cuyos puntos claves conformaron la delicia de nuestra más ínclita huerta.

Desde esta zona de Casillas se arrebujan escorzos y se asoman lejanías inéditas que no descarto recoger en mis lienzos y acuarelas, porque lo más importante es captar esa belleza que se ayunta en el sendero, que se esconde en la sombra de la morera redonda, que tan sólo sirve ahora para recostarse en su sombra apacible, aquí se mira y se huele, se nota el paisaje entre miradas y olores a hierbabuena, que te penetra como algo misterioso.

Se me llenaron los ojos de lejanías azules y verdes, de alamillos centenarios, como los que se yerguen en el camino de la Aceña por donde se atisba una figurilla, acaso la abuela de la casa grande y de recuerdos recogidos. Un tanto a la izquierda se abre la casa de Paco Buendía Cano, con el aljibe enhiesto y aún vigente que asombra por la humildad de su construcción. Pero aún retengo la pureza de una huerta que queda prendida en estos senderos, por los que merodean las dos vacas rubias del agricultor, acaso las únicas que hay en toda la huerta, las que todavía participan en el celebérrimo Bando de la Huerta murciano, las vacas sagradas que son hijas de aquellas que mamaron la sangre y leche de la auténtica huerta.

Por eso el "tío Pencho", nuestro amigo, que me deja las puertas abiertas del paisaje, se siente dichoso en su silla, bajo la sombra de su árbol frondoso.

-Aquí, me dice, está lo mejor del mundo.

Rincon de Casillas

La huerta que vivió Paco Buendía Martínez

Francisco Buendía Martínez, a sus setenta y tantos años tan sólo aspira a recordar la huerta que ha vivido, porque, como dice, aquellos tiempos sí que eran hermosos, se vivía bien, dedicado por completo a la tierra, a sus faenas, sin nada más en que pensar.

Ahora su mujer, sus hijos, toda la familia se arropa junto a la casa un tanto renovada de la huerta, el espacio en el que el huertano supo entregarse a su labor, como lo hizo su padre y el abuelo. Eran labriegos de oro que dieron lustre y calidad a esta Senda marcada por lo entrañable y la fidelidad al terruño.

La casa donde habita en pleno barrio de la Cruz, cercana al carril de la Aceña, aún mantiene su aspecto de antaño, conserva el aljibe pero le falta el horno donde se cocía el pan y se pergeñaban viandas en Navidad. Pero sigue el bancal donde el hombre labraba tanto en seco como en húmedo o mediante riego conveniente, en cuyo espacio experimentó los mejores gozos de su vida, porque se siente agricultor, labrador, entregado por completo a su trabajo.

Conserva dos vacas cuyos nombres Jardinera y Dorá, mantiene toda una vieja estirpe vacuna, pues las sigue llamando como a sus madres y ellas asumen su destino en su placentera pose diaria, sin nada más que seguir vivas y dar descendencia. La verdad es que Jardinera y Dorá se dan un buen hartazgo de ocio amparadas por el mimo de sus dueños, aunque eso sí, cada año tienen que dejar su prestancia en la ciudad, cuando aparecen tirando la carreta que tradicionalmente acude al Bando Huertano. Entonces estas vacas rubias harán las delicias de la huerta y José Buendía, vestido con su blusón negro, las dirigirá por los otros espacios urbanos, dejando constancia de su bella estampa.

La verdad es que el padre de Paco, José Buendía, era tratante de ganado y por los años treinta se las manejaba bien en este oficio y hasta incluso llegó a vender vacas a la misma tropa, lo que hacía a la vera de un intérprete en idiomas, que el tal era de Puente Tocinos, hermano de Perete. La verdad es que los rusos se llevaban las vacas para alimento de sus soldados. Eran otros tiempos y se tenía que apurar todo para poder vivir.

Estas cosas las recuerda Paco Buendía con agrado y siempre relata sus pasadas actividades en la faena de la era, de cómo se ponía sobre un aro de carreta dirigiendo a las vacas para pergeñar el ruedo, de unos treinta metros, con el fin de adosar el terreno seco para la era. Se extendía la mies, procediéndose a su trillado, con el empleo de las horquetas y palas para aventar, delimitándose el grano de la paja, con lo que se llegaba a la recogida del mismo, aunque también valía la paja y el tamo para otros menesteres. Estos eran el alimento de los cerdos que, con la "granza" estaban perfectamente curtidos, pues la familia huertana trataba de cuidar a sus animales con todas sus consecuencias, preparándolos para el sacrificio ritual de la "matanza", en su día señalado, previo a la Navidad.

Una vez recogido el trigo se introducía en sacos, encaramándolo a la zona alta de la casa, al *"sostre"*, que era su habitáculo donde se dejaba secar adecuadamente y entre tanto se utilizaba por la

mujer. Acto importante era la molienda del trigo para convertirlo en harina; para lo cual se llevaba al molino de Caravaca que estaba situado en la Orilla del Azarbe. Un viejo y recio molino que era utilizado por los huertanos del lugar, tanto de El Esparragal como los de la Senda de Casillas. Molino que aún conserva su enjundia, con el vetusto empaste de maquinaria que utilizaba la fuerza de la acequia. Se solían llevar unos cien kilos de trigo para moler. Quedaba la harina blanca y pulida que la madre de Paco utilizaba para amasar el pan en la artesa sagrada. Con tanto mimo lo confeccionaba, que era una maravilla degustarlo, pues solía durar toda una semana. Todavía el hombre evoca con nostalgia aquella actividad materna en la que ponía la mujer su mejor empeño por amasar en el interior del receptáculo, en la artesa, como si fuera un rito de hogar.

Pero lo que más le gustaba, y sentía pasión Paco Buendía, era labrar la tierra, considerarse cavador absoluto, unido a sus bancales que le daban la comida. Labrar la tierra le ocupaba sus mejores horas y en su trabajo alababa al sumo Hacedor, como los viejos labriegos, aquellos que habitaban en la aldea, donde como dice Covarrubias: *"... las aldeas se hicieron para que en ellas se recogiesen con sus bueyes, mulas y hato los que labraban las tierras vecinas..."*.

Este trabajo ocupó siempre la auténtica casta del aldeano, huertano de pan cocer y aguantar su tanda de agua, tan necesaria, tan fecunda, tan suya, hasta el punto que podía utilizar sus fueros cuando alguien actuara torticeramente. Por eso, la labranza proporcionaba a nuestro huertano sus mejores momentos de vida.

Labraba con los bueyes y lo hacía en seco, para lo que se abría un surco en una punta y se remataba en otra. Se continuaba con el rulo, con el fin de desmenuzar la tierra, ponerla *"menúa"*, apta para la plantación de las patatas, habichuelas, lechugas, entre otras cosas que han hecho las delicias de la gastronomía huertana.

Era más fácil la labranza en húmedo, una vez regada la tierra, con lo que se evitaba menor esfuerzo. Se empleaban vacas para arrancar la hierba que, a modo de forraje salpicaba la tierra, se utilizaba la vertedera y una vez recogida se hacía un montón con ella y se la disponía en la cuadra. Las raíces de la alfalfa, cuyo verdor embellece estos prados, formaba el auténtico pienso de las bestias de labor. Hay momentos en los que hay que cortar la alfalfa con la guadaña, a mano y una vez recogida se deja a secar para el invierno.

El labrador, huertano auténtico de esta tierra, tenía que alimentar no sólo a su familia, a través de sus labores, también a las bestias, animales que cuidaban primorosamente. Para ello habían de coger ramas de olivo, lo que se hacía trayéndose ramas de Fortuna y de El Palmar. El huertano era consciente de ello y utilizaba el carromato para viajar a Fortuna, lo que le ocupaba dos días. En esta villa pasaba la noche en una posada, cosa que hacían los huertanos en la cuadra, durmiendo en el poyete, tornando a la mañana siguiente.

A *legonadas* trabajaba el huertano, lo que hacía entre otras cosas en la forma de plantar patatas, cosa elemental, peculiar manera de utilizar la tierra, regarla, *majincarla*, hasta que se procedía a su recogida para venderlas a peseta el kilo. Que a las *crillas* les sacaba el hombre su dinero, como también en la menta, algo que el huertano de la zona asimila como básico en su economía. De ello nos hemos enterado en distintas conversaciones con los más viejos del lugar.

De todas estas cosas sabía mucho su padre José Buendía y su abuelo Francisco, que según indica era muy beato, mayordomo de la ermita de Buendía, cuando en su época la ermita se integraba en el

paisaje y era el fundamento religioso de la población, afecta al Sagrado Corazón de Jesús, cuyo fervor le viene del siglo XVIII. Todavía en su juventud, Paco conoció verbenas que se hacía en las fiestas patronales, como representación de Autos de Reyes Magos entre otros muchos actos que le embargan y añora.

Conoció a Antonio "el Borrega", aunque en realidad era de El Esparragal, sólo que le endilgaron un apodo que no le pertenecía, pero de tal guisa se ha quedado. Era un pequeño gran hombre, personaje que se hizo a sí mismo con su trabajo, pues empezó de la nada como se suele decir y sacó su familia adelante, en aquella época, ¡que ya es decir!

El hombre llevaba un carro con el burro e iba recogiendo cerdos que transportaba al mercado, además de realizar las otras faenas del buen labrador, que lo fue como nadie y se le recuerda en la Senda de Casillas, sobre todo en el barrio de La Gloria.

Para Paco Buendía la vida que recuerda formaba parte integrante de sus mejores momentos, los que vivió y trabajó hasta que le llegó la jubilación, hace años y ya el hombre tan sólo busca el alivio de sus compañeros, utilizando la evocación como método para poder mantenerse. Porque bajo la sombra de la higuera, que por cierto, no es la centenaria, el huertano mira a su entorno y vislumbra viejos espacios que ya no están, aunque permanezca el monte con el Corazón de Jesús en su cima. Pero la huerta ha avanzado mucho, se han ido por el olvido aquellos instantes tan bellos como el desperfollo, donde, como dice, nos reuníamos en familia a desperfollar el maíz y hasta se sacaba la panocha "colorá" y el mozo besaba a la que estaba a su lado... ¡Qué momentos! No había otra cosa en la huerta más hermosa ni de mas compañerismo, como la faena del desembojo, hasta que se perdió y las moreras tan sólo sirven para dar sombra.

Le indico que el tronco y la hoja de la morera es espléndido, con el color y la rugosidad del mismo tronco, algo que me suscita todo un tratando de encomio a la vieja huerta, que por sí sólo mirar el paisaje es un goce exquisito, como el que se esparce junto a su higuera.

Aún reconoce el hombre, que antes era una delicia asomarse a la huerta con sus casitas y bancales, acequias repletas de agua, la de Casillas y del Azarbe, los brazales y todo estaba pleno de fertilidad y el hombre conjugaba su labor con la bestia en los sencillos trabajos del arar y entre tanto se iba cantando porque se rozaba el latido más entrañable del corazón unido a la tierra.

La única satisfacción era el trabajo bien hecho con el sudor de la frente. Después al atardecer se llegaba al hogar y se descansaba un rato, acaso uno podía ir al cine, el único que había en el lugar, el Cine de la Manuela y allí se veían películas que ahora no dicen nada a la nueva juventud, esto era por los años setenta. Otra cosa interesante y que daba gracia al asunto era la tradición de la cencerrada, lo que sucedía cuando se casaba la viuda. La noche de bodas se reunían unos doscientos vecinos de la huerta llevando cencerros y latas que movían constantemente, provocando ruido. Ello hacía que los novios tuvieran que invitar a aquéllos, aunque no siempre era factible, dado que en ocasiones y para dar más anécdota al tema, los del lugar se llevaban vacas que las zumbaban a los otros y algunos se las tenían que jugar escondiéndose en algún sitio y se recuerda a aquel muchacho, que para resguardase de las vacas, se tuvo que meter en un bancal donde había plantadas habichuelas con cañas, con tan mal agüero que una de estas cañas se le hundió en un ojo, y hasta tuvo que intervenir la Guardia Civil.

Es un mundo de auténtica huertanía que se asentaba en las fieles tradiciones, sencillas y gratas que ponían lances cabales en los habitantes de Casillas, donde, de vez en vez, solían acudir personajes de la raza gitana, calés que hacían las delicias de sus vecinos. Eran gustadores de la bohemia y de alegre pasa-

tiempo. Se dedicaban a hacer cestos de mimbre y a restañar los lebrillos, mediante el oficio de lañaor, pues pasaban por las casas y lo hacían por poco dinero, por un trozo de pan. Se recuerda aquí al gitano Frasquito, vendedor ambulante, que lo hizo y trabajó con tanto ahínco, que finalmente tuvo su fruto. Se arraigó en esta zona de la huerta y adquirió un solar en La Cueva, donde en la actualidad viven y trabajan sus hijos y son dignos de admiración. La verdad es que los vecinos dan buenas razones de la actuación del gitano Frasquito y de su familia, que por cierto apoyan en momentos difíciles.

La mañana es vertical en la huerta, lame el sol en los bancales y se estruja por las esquinas un paisaje de luz, donde el verde, el cañaveral, la alfalfa, los árboles morerales asumen pinceladas de verde claro y se asoman sucintos senderos a sus quijeros. Desde la sombra de la famosa higuera que Paco conoce perfectamente, uno se encuentra bien y se dominan rostros de huertanos, casucas vetustas y nuevos chalés. La mujer de Paco me entrega una serie de fotografías de sus hijos que ya están casados, aunque en las mismas son niños aún, aparecen dando de comer a unas ovejas y en otra una de las niñas va de la mano de su abuelo. Por su entorno se dominan piezas, enseres del ayer que nos ilustra de una actividad limpia y sencilla. Todo ha pasado y Paco se estremece mientras repasa sus viejas horas, o recuerda aquellas riadas de los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado.

Ahora la huerta se va a los campos, dice con un lenguaje lleno de melancolía.

La verdad es que me gusta este lugar, mirar desde la amigable sombra la montaña mágica de la huerta, pequeño macizo que encumbra el Sagrado Corazón de Jesús que, con sus brazos abiertos nos acoge brindándonos su amor. Un tanto más al lado se otea La Cueva, donde habitaba el tío Frasquito, el gitano de pro que se dedicó a los suyos y formó hogar. Son los límites de esta Senda apretada, que se ha ido forjando con el trabajo y la recia paciencia de sus huertanos, cuyos nombres me interesa anotar en este libro para bien de la colectividad, para que se sepa de una vez por todas, que la huerta es de todos: nos pertenece y sigue luciéndose en sus embrujos apartados, donde aún se respira el aire de la mañana; el de la tarde y que los bancales son espacios sagrados del huertano cavador, capaz de entenderse tiernamente con la tierra de sus amores.

11

Cuitas por la senda al atardecer

[Vieja Casona de Casillas]

La verdad es que la tierra, la huerta que nos ocupa mantiene su énfasis y su latido entrañable. Lo notamos en el paisaje, en sus rincones más adorables, en las casas abandonadas que quedan como barcazas tumbadas, que antaño tuvieron vida auténtica. Nos referimos a la de Pepe "el Párraga", donde una enorme higuera arropa la soledad de la morada. Hay otras muchas que se encierran en sus silencios y que son las que nos gusta ilustrar y mencionar, en este trayecto, por la pedanía, aunque también nos congratula la voz de sus más viejos labriegos que fueron sus auténticos creadores, como los que venimos trayendo a colación, como el "tío Magaña" que falleció a los ciento cinco años, que ya es decir, personaje tan curioso como elemental para esta crónica de personajes y faenas, de tierra y trabajo.

Y es que se asoman a estos encuadres, se notan por este paisaje de vieja palmera y membrillo, la sombra de sus vetustos moradores. Resbala por los senderos y brazales inéditos de Casillas una serie de

nombres de personajes que, por sí solos, darían para componer el más enjundioso libro de la pedanía, sobre todo su crónica más adusta y penetrante, como los ojos de los viejecitos y viejecitas que oteo en mi caminar por su paisaje.

Ahí está el "tío Campusino" en su casita adorada, conviviendo con su compañera a la que cuida... Antaño eran otras manos que le apoyaban y seguían latiendo en la tierra cercana, junto al aljibe, en torno al establo. Ahora está la mujer sumida en una enfermedad desde hace tiempo y "el Campusino" le acaricia sus manos arrugadas y viejas, huesudas y encallecidas. Pero hubo un tiempo en que se acariciaban mutuamente y él cantaba a la siega y ella acunaba a sus hijos con nanas y canciones, le cantaba aquello de:

"El cocherito, lerén:
Y yo le dije, lerén
no quiero coche, lerén,
que me mareo, lerén,
quiero tartana, lerén,..."

"El Campusino" con sus ochenta y tantos años sigue el rumbo de su vida y recuerda, evoca: ve a su esposa bella y con la fragancia de la huerta en mayo. Y ella, acurrucada en su lecho, apenas mira y presiente el fin. Sus hijos van de vez en cuando a verlos, piensan en la vida nueva y dejan después sólo a los viejos. Sale la luna de agosto y los acoge bajo su luz de nácar.

La luna llena embauca a los agricultores, a los viejos y jóvenes. Queda redonda y blanca buscando las ventanas limpias de la Senda de Casillas. La miro en mis noches, cuando bordeo algún carril en pos de la voz del ancianito. A veces me paro en la senda olvidada y la miro. Estas son las bellezas de la huerta, el latido de la tierra, el dolor de la huerta, la sabiduría de la tierra, la calma del paisaje y el sentimiento que nos estremece, como cuando converso con otro huertano de pro, entusiasta de su labor, Antonio Molina Sánchez, de la familia Molina, cuyo bisabuelo, otro de los pioneros de la tierra, tuvo a bien recrearse en este paisaje original. Don Francisco Molina recogió las 30 tahúllas que le donaron, a treinta duros y las supo llevar a rento, siendo su propietario un señor de Valencia.

Pasó este huertano por múltiples avatares pero sobre todo nos importa su origen, el calor que los pioneros colonos de ella aportaron al lugar, dándole un valor indiscutible, porque la Senda de Casillas tuvo su empaque mucho antes de 1977, ya que la poblaron huertanos que pese a estar supeditados a Puente Tocinos, como entidad comarcana, sin embargo, supieron como Francisco Molina, el "tío Perete", Rodríguez Magaña, incluso el "tío Malandras" y otros más, prestarle su enjundia. Trabajaron para su terruño y el tío Francisco Molina mantuvo su integración en esta huerta, entre su núcleo principal en torno a la Ermita de Buendía con sabor a Mayorazgo y su casa, donde tenía los útiles de su trabajo. Entonces esta zona huertana era un auténtico paraíso, pues estaba llena de palmeras y membrilleros que dejaban un argumento barroco y arabesco en su entorno.

Sobre todo las tierras que compró el bisabuelo de Antonio Molina, que a su edad, jubilado ya y aún fuerte para el trabajo, mantiene sus recuerdos y los muebles que aportó al matrimonio, pues las sillas y su mujer son lo que más quiere en esta vida, según nos indica.

¡Pero bueno! le digo, ¿cómo que quiere antes a las sillas que a la mujer?

-Pues sí, me contesta el huertano; eso tiene una explicación, ya que me las da la abuela y era cosa sagrada y por supuesto que mi esposa no se va a enfadar... -Bueno, don Antonio, si es verdad lo que me dice, le indico, saque una de sus sillas favoritas para ver si es así lo que me comenta.

Sin dar más chácharas el hombre entra en su morada y saca dos sillas menudas, viejas, pergeñadas a la antigua artesanía del esparto y la verdad es que se estaba cómodo en ellas. Por lo que apuramos la tarde cerca del bancal de tierra y nos pusimos a conversar sobre estas y otras cosas, de la vieja y nueva huerta. Don Antonio es un hombre cordial y desea agradar al visitante, sobre todo contándole sus cuitas pasadas, de cuando tenía que trabajar con la mula, o iba con el carro a Murcia, a llevar leche de vaca a la Central. A veces iba en bicicleta, que era el vehículo más elemental del huertano. Transportaba el líquido en los célebres cántaros de los que conserva varios en el establo, los guarda como algo sustancial para él y su familia.

No disimula su lucha, en aquel tiempo, por sacar a su familia adelante, pero se siente de Casillas y nunca de otras tierras, porque andaba por sus sendas apretadas, que le llevaban a la iglesia, sobre todo en los días de fiesta, donde se encontraba con sus mejores amigos del lugar, con los huertanos cavadores que dieron su sudor a la población para engrandecerla. A veces tenía que trabajar horas extras para pagar el rento al dueño de la finca que vivía en Valencia. Lo hacía cada 24 de junio, entonces le abonaba la cantidad de 25.000 pesetas, aunque ya hace diez años que le compró la finca y es propietario, lo que le da libertad en sus proyectos y trabajos.

La verdad es que el huertano se siente complacido y feliz en su casona, donde anida una paz completa, y más aún cuando el atardecer comienza a tomar colores suaves en el horizonte. Rima la huerta, el paisaje con el color grana de la tarde aunque el sol cansino no quiere irse aún, dejando pinceladas ebrias de luz en algunos laterales de las viejas moreras, que dejan notarse por alguna senda que se aleja hacia otros espacios. De vez en vez sale la abuela, mujer de unos noventa y tantos años que se encuentra lúcida y con ganas de acercarse a nosotros. La mujer lleva dentro de ella la alegría y los sin sabores de la huerta, de su paisaje querido. Se siente de esta pedanía y conoce los más pequeños detalles de su pasado, cuando había aceñas que se manejaban por los huertanos, eran transportables y sacaban agua para el riego, aunque otras estaban empotradas y sacaban agua con el trabajo de la bestia de labor. También en esta zona se ponían los pimientos a secar, aunque se los llevaban a Monteagudo para que cumplieran su rito del secado y después hacer el pimentón, pues la zona era rica en pimientos, tomates, patatas y menta, sin dejar aparte la faena casera del gusano de la seda junto al proceso del embojo y desembojo. Que de todo esto conoce perfectamente la mujer.

Es un goce mirar el paisaje. Desde la casa de Antonio Molina Sánchez se domina la iglesia de Casillas, las dos torres embadurnadas de bermellón que mantienen una pose típica. Fueron reformadas hace años y quedan como el icono fundamental de la población. Suenan sus campanas y todo bulle perfectamente, como si nos anunciaran alguna noticia agradable. La campana siempre ha sido un sonido apacible, necesario para la tanda del huertano que se dejaba regir por el reloj eclesial. A veces sonaban a rebato y eran momentos de tragedia; que todo esto lo conoce el huertano de edad. De todas formas el sonido de la campana en la tarde que se va, me sugiere ecos de un pasado vivido y sentido, como el sonido de la esquila o el canto de algún labrador lejano que, de pronto, asombra por la ternura y emoción de su voz.

Le digo a Antonio, el huertano, que estos son los sonidos de la huerta que me agradan, como el que surge de una conversación cercana y que no es otra que la de unos críos que buscan unos gatos por entre las ruedas de unos vehículos aparcados.

[Mujeres recogiendo pimientos en Casillas]

A lo lejos atisbo la figura de otro huertano que no es ni más ni menos que el "tío Balandras", apodo que Juan Escudero Sáez, no me sabe indicar su causa, pues ya le viene de sus antecesores, aunque nos enteramos que este apodo es muy usual en esta zona de huerta, desde Puente Tocinos a El Raal. Se encuentra el hombre trabajando con su legón en el bancal que posee en el carril de su nombre, cuyo rótulo queda en zona de Casillas, aunque él dice que pertenece a Puente Tocinos y recibe el agua de riego de la acequia de la Aljada, en cuyo ámbito mantiene una sucinta tomatera, sobre cuyas cañas enhiestas brota un tanto de sol que hermosea el paisaje. Pero es que la verdad, por aquí todo es bello, luce el diorama verdoso del estío y se notan los pájaros revolotear y las vacas descansan en sus establos. Todo parece que recobra una intensa actividad, pese a ser ya la hora del descanso.

Tengo que despedirme del buen labrador seguidor de las costumbres de sus antepasados. Lo hago con el ánimo de volver en otra ocasión, pues he de dibujar en el bloc de notas los cántaros de la leche que me había enseñado. Los tiene el hombre custodiados en su morada, como oro en paño, pues eran su instrumento de trabajo. Los que Antonio Molina manejaba en su época de mocedad siguiendo las sendas menudas que le abrían camino hacia la ciudad del Segura, cuando el río llevaba agua en la que uno

se podía bañar, como se hacía en las acequias. Es tarde de un agosto que hace zumbar los grillos por derredor, pero atiendo a las últimas luces del paisaje. Presiento, mientras me despido, el calor humano de esta gente que nos espera siempre junto a la silla de anea, cerca del establo y el bancal.

A la vuelta recorro los rincones de la población y me anima y reconforta el estallido de las lámparas que se van encendiendo y otorgando un sesgo diverso al lugar. Quedan los carriles sueltos y más allá se encogen las casitas de viejos labradores que, como "el Campusino" cuida a su esposa. Oteo las lejanías y se me ensancha el alma pues noto la sustancia del paisaje, de este que se nutre de múltiples conversaciones entregadas y declaradas por sus personajes. Noto la cadencia de su hechura como templando gaitas a la vera de frases antañonas que suenan desde la voz de sus mayores, y pienso que la crónica de una ciudad, de un pueblo, de una pedanía, es la que nos narran sus mismos habitantes.

Evoco las palabras del viejecito cuya voz temblaba al describirme la trilla mientras entonaba la siguiente copla:

"Que guapa estás, que guapa estás,
bebiendo vino me gustas más..."

Aunque a veces se lanzaba con otra:

"Cuando vayas pa la siega...
¡Llévate niña!...

Un sinfin de canciones que se asoman a los escorzos de la huerta, se pierden entre los montones de eras arrumbadas en el olvido pero que alguien, por la gracia de Dios, nos la canta en un tiempo de privilegio.

La noche avanza mientras alguien pasa por la placeta de la iglesia y me saluda. Pasear a estas horas en una delicia. Se ve la vida con otro criterio y se amansa la tensión de los problemas que vamos acumulando a lo largo del día. No sé cómo pero me apresuro a hundirme por entre los cañares que se otean por sitios solitarios que están preñados de mazorcas. Se huele a vieja huerta y me animo a proseguir el camino, dejándome llevar al azud, sin ruta ni compromiso alguno. Noto el sonido de las ranas y huelo a abono cercano a un establo. Presiento que estos olores se rasgan en la beatitud compartida del paisaje y me conmuevo, al pensar en mis conversaciones con la "tía Adoración" que es la que más sabe sobre la faena del gusano de seda, o con la cadencia de la voz de José Manzanera López, que ocupó su tiempo en hilvanar fastos, vertiendo su labor en poner en órbita la peña de "La Morera", en los años ochenta del pasado siglo.

Pero aún intuyo la dulce tonalidad del abuelo de Casillas, huertano profundo y lúcido, Juan José Nicolás, que a sus noventa y cinco años se entiende muy bien con sus vecinos y familiares, se encariña con quienes se asoman a su regazo para aprender de su pasado, que es un trozo de la crónica de Casillas. No deja de contar, en admirable charla entrañable, lo de su infancia en la siembra del trigo y de la labranza de la tierra, cosa sabida, pero más aún se deja llevar por la afición que tenía a la bicicleta, cuando ya a los trece años se instalaba en ella para ver a las mozas del lugar. Según parece le gustaban mucho las mujeres, pero eso sí, de buena lid, sin atentar a extrañas elucubraciones y siempre con el propósito de acudir a ver a su novia, a rondarla, que eso era lo que se hacía antaño, rondar a la novia y después casarse con ella, con su compañera Carmen que habitaba en el Llano de Brujas. No ceja en dar las chanzas

precisas sobre ello y la situación en la que se hallaba la huerta, donde lo normal era llevarse a la novia, cosa que hizo con la que es su actual esposa, que junto a él afirma con su cabeza, lo que él relata. Nos dice que se la tuvo que llevar, porque su suegra era "rara", y estuvo en casa de su hermana Aurelia, procediéndose al matrimonio una vez terminada la guerra civil patria. Naturalmente eran tiempos de criterios diversos, donde el agricultor se dejaba llevar por el sentimiento más puro en el tema del amor. Domina su situación en este momento y nos da larga narración sobre la época de esta conflagración y lucha entre hermanos, que conocemos por los nuevos ensayos de historia, aunque en verdad que nos repele por su talante y acciones insólitas y terribles, que son más bien para el olvido, pues no seré yo quien escarbe en tales asuntos, aunque guardo múltiples notas sobre este revoltijo de sucesos de guerra fratricida sobre lo que no es preciso incidir. Pues Juan Sánchez, aunque estuvo en zona roja y pasó lo suyo, que referirlo valdría un ensayo; sin embargo, tornó a su amada Casillas sin un rasguño, como aduce. Mientras conversa, sus familiares le han preparado una horchata que se toma con sus temblorosas manitas. Siento anécdotas de guerra y me asombran sucesos pasados en su larga vida. Los enconos entre hermanos y compañeros, capaces de matar, como aquellos indeseables que sacaban imágenes de santos y las quemaban, oscuros hijos de Satán que mezclaban odio con sangre. Pero mejor es hablar de otras cosas como las que nos informa de aquella vida de Juan Sánchez en este rincón huertano, donde se apuraba la seda, se criaba el gusano y plantaba la simiente, pergeñándose el embojo y desembojo con la gracia de las manos femeninas, pues se nos dice, que venían al lugar unas veinticinco mujeres, para la faena, que bien realizada se compensaba con una gran pitanza a base de arroz y conejo.

Que de no menos interés era el cuido del pimiento y su secado para el condimento del pimentón, tan usado en la huerta y entre los murcianos, tan apetitoso que se sigue degustando en *frituras*. Se hacía de forma placentera y gustosa, como se cargaba mientes en lo de la "panocha colorá", con el beso a la moza, algo que sigue su curso y asombro en estos lares. Y al igual nos relata el huertano de luengo saber lo referente a festejos, como el relativo a los carnavales, pues él mismo se disfrazó de mujer con zapatos de tacones, con tal gracia, que a su misma esposa pudo engañar, aunque se restableció el orden en los siguientes días de cuaresma, donde la huerta comienza su época de meditación sacrosanta.

12

El camino viejo de Casillas

[Viejo Caserón]

Cada vez creo más en este paraje de huerta donde se nota el sabor del estío como algo que se extrema en la carne. Pero las mañanas de este tiempo son luminosas y se va acariciando el remanso de las horas, cuando declina julio y la gente declama estrofas de efectos marinos, con sabor a caracola añorada y baño en el Mar Menor, ante la cercanía de la festividad de la Ascensión.

Uno reconoce que hay que sentir este paisaje para acercarse a su ámbito y pisar los senderos, cuando la mañana deja caer un sol de justicia y se busca la sombra de la morera. Uno que siente la necesidad de indagar en esta zona de bancal y casucha, de mazorca y buena gente que te sabe escuchar; intuye el silencio de la huerta y más aún la desazón de su espacio, donde se cortan los senderos para arrimarse a recortes de urbanización que, indudablemente recobraran valor con el tiempo, pero también destroza un tanto de paisaje identificador.

Me arrebujo en unas sombras cercanas al carril del Pino y engancho con la mirada un escorzo de paisaje que trazo en el papel. Creo que sin el bloc de apuntes no sabría componer mi vida, ni tan siquiera arro-

parme en la sensibilidad que me animan estos encuentros. Después me sugieren esbozos otros temas por este periplo iniciado muy de mañana, en evitación del calor sacrosanto y oteo laterales preñados de corrales, de vaquerías que dan vigor al paisaje. Sigo en otras razones para aprehender la mirada del viejecito y alguien me dice que está en la playa, lo que da un giro a mis ideas y reemplazo su voz para otro día.

Me gusta esta huerta y sus palmeras, busco los casucones apartados en mitad de los rectángulos de solares dispuestos a la construcción. Sobre todo los troncos ebrios de cicatrices de los árboles desgajados y hasta los muros caídos de antañonas casas que sustituyeron a las barracas. Voy bordeando la pedanía y atisbo enfoques nuevos, colores de flores diversas que arropan el verde fértil de la época. Creo que se me va presentando por azar divino, cada detalle, cada olor y el recio espectáculo de Casillas vista desde sus laterales, intuyendo la ocasión de su encuentro. Al fondo, en la lejanía, quedan sus dos torres gemelas del templo y me sirven de amuleto para comprender mejor este bello espectáculo de verde y caserío, que dormita aún.

Paso por la casa de Antonio Molina, el huertano que conocí no hace mucho y su mujer me dice que se ha ido al "Hogar" de la pedanía. Es lo mismo porque me apetece la soledad en este instante y mirar, mirar a cada momento cada rincón, recodo de este vergel con sus encuadres y caminos que me conducen a no se qué lugar. Me encanta la soledad en esta mañana estival, vísperas de la Asunción, con todo su empaque de tiempo festivo que recrea imágenes angélicas y tiernas desde el enfoque del Misteri, tan medieval y profundo. Me parece que hasta la huerta se encanta con este espacio lúdico mariano, evocativo y sereno, de paz y emoción.

Vuelvo sobre los senderos y atiendo los nombres de los rótulos que marcan su sentido. Me acerco al Camino Viejo de Casillas, por donde pasaron generaciones y se aposentaron tratos, recomenzaron asuntos de pastoreo y se lució el emblema de la transformación del gusano en crisálida. Por eso mismo, este camino de Casillas apura su néctar de lances espectaculares en época de estío y de invierno.

Lo cierto es que al unirme a este empaste de tierra y casa, de árbol y solar, de recovecos y casonas achacosas que tuvieron lustre en su origen; se me viene a mientes figuras cercanas a soledades y silencios, que tan sólo los hombres y mujeres que lo habitaron participaron de su estirpe. Hablo con doña Adoración, una señora oriunda del lugar. En una de sus casas nació y sigue atenta a cuanto sucede, aunque los años no la dejan escarbar bien en su memoria. Ella conoce el elenco y la apostura del Camino Viejo con sus habitáculos. Lo que sucede es que se queda con su menudencia en su interior. Me relata que no recuerda casi nada de su juventud, aunque precisa que por este entorno estaban las casucas del "tío Patricio", de los García o del Córdoba, que dejaron ecos de un tiempo de goce perpetuo, cuando cualquier tiempo pasado fue mejor. Aunque la verdad es que desde el presente intuye la cadencia de la melancolía, como un lejano acontecer que se traduce en crónica; la de esta pedanía, en cuyo ámbito y en este receptáculo cargado de aromas y huertos adosados; de tierras apagadas y casurrones cerrados a cal y canto, se decanta un rumor de belleza y estancia apacible. Me dejo llevar por el silencio de una sombra que me acoge y el espectáculo de unos árboles del Camino Viejo de Casillas, por los que destacan unos troncos de álamo. Se recorta el arbolado en su sitio y da tonalidades varias a la acuarela, encajando el rebusco de su encuadre y la presencia de una figura que viene de lejos.

Me encantan estas figuras de la Senda, porque mantienen su estampa clásica y se mecen en un estremecimiento de presencia pausada y querida. Cada figura, bien sea una mujer o un labriego nos proponen una argucia y preparan a comprender su vida, su estancia en el lugar como pago tan agradable como deleitoso.

Hablo con algunos de estos personajes inéditos y asumo el pacto de darlos a conocer por su sencillez y matices de humanidad. Me refieren datos que tan sólo forman parte de una vida interior y asu-

mida: solitaria y rica en valores espirituales. En todo caso presiento un sabroso contagio con estas figuras que son su misterio y su presencia vital, el alma misma del camino, en el que me abruma su categoría de añoso pasadizo por donde las viejas generaciones acudían a Puente Tocinos; se daban cita en la esquina del solar o se dejaban fundir por el encanto de su flora.

Claro que todo varía y este camino vetusto y desangelado ahora, donde antaño moraba la higuera forera, por el sabor de sus higos, se va convirtiendo en pasto de la máquina y un tanto más allá se llega a la urbanización Los Huertos, donde un cúmulo de viviendas de cómoda prosapia ha sustituido a sabrosos árboles y *bancalones* de la pedanía, aunque ha hecho brotar, eso sin duda, un elenco de viviendas acogiendo a forasteros de alcurnia, murcianos de pro que han procurado llevar a Casillas la enjundia y el nombre del escritor cartagenero, dando nombre a una de sus calles. Nos referimos a la calle Arturo Pérez Reverte que por sí misma da calidad y proyección literaria a todo su ámbito, rememorando cuitas y saberes del gran novelista, joven escritor que ocupa los grandes ámbitos de España y el mundo y cuyas novelas se han publicado en varios idiomas. Es por lo tanto un lujo fundirse por esta zona huertana y leer el nombre de nuestro paisano, saber que siempre será recordado como paradigma de la inquietud literaria, alma de gran escritor que ha mantenido el vigor de relatar los fantasmas de la historia patria desde sus aventuras guerreras y caballerescas.

Es por un gran amigo, José Belmonte Serrano, autor del precioso libro "Arturo Pérez Reverte. (La sonrisa del cazador)" (1), cuando tuve la ocasión de conocer al escritor personalmente, a la sazón interesado por un cuadrito mío de pequeño formato, al acudir a la inauguración de la calle del preclaro escritor aquella noche mágica de Casillas. Pero como me gustan las cosas sencillas, tan sólo escuché la palabra del autor de la Tabla de Flandes, me detuve ante su humildad, propia de los grandes hombres, y sin más me alejé del evento al que estaba invitado. A la mañana siguiente me recriminó mi amigo por no estar en tal acto. Le indiqué que ya había bastante gente alrededor del escritor y me conformaba con haberle saludado, con la sonrisa que me dedicó y el apretón de manos.

Atleta de la palabra llana, Pérez Reverte nos asombra cada vez más con su talento de novelista, capaz de ensimismar y hacer brotar ilusiones, con su buen hacer y su humor, "*esa pizca de humor que provoca una leve sonrisa..., con ese algo de erotismo y una buena ración de agnosticismo descastado que siempre se proyecta a través de la sombra de estos héroes cansados*", como dice Belmonte Serrano. Así lo cree, quien mejor conoce a este cartagenero de nombre y prosapia, legionario de la palabra y la vida.

El camino Viejo de Casillas nos ha traído a este epicentro de cultura, grata urbanización desde donde se otean viejas casitas de huerta. Algunas pintadas de rojo y azul, colores básicos de la huerta que irradia enfoques y acostumbra a despabilar miradas.

Sobre este paisaje; sus casas embadurnadas de bermellón con sus higueras viejas y palmeras abandonadas, hemos hablado, en muchas ocasiones, sugiriéndome Belmonte Serrano que hiciera un inventario de sus aposentos que van a desaparecer.

A mi amigo lo conocí en Los Dolores, pedanía cercana a la capital, otra zona huertana que tuve el honor de pintar en su momento y dejar escorzos costumbristas que ya han desaparecido. Amante de la huerta y de sus costumbres, en cada instante tenemos posibilidad de conversar y traer a colación la gracia de la vieja huerta que se nos fue.

En este periplo por el Camino Viejo de Casillas abundo por la necesidad de que se conserven sus atuendos, pues ya no queda la casita pintada de rojo y su higuera que dibujara hace años, como tantas cosas que desaparecen con el paso del tiempo.

Imágenes y figuras de la vieja Casillas

Se instala en la mente de los mayores del lugar, sabrosas imágenes vividas, retenidas, que gustan evocar, como reliquias de algo que mantiene su valor. Y la verdad es que nada es más confortable como conversar con estos viejecitos, que en horas diversas, uno se encuentra en alguna que otra taberna y son capaces de evocar su pasada vida.

Estas ocasiones son tan densas como ricas en contenido por su anecdotario y el relieve que marcan las figuras que tuvieron vida propia en Casillas, en los años cuarenta y siguientes del pasado siglo. Todo un tiempo preciso y bullente, digno de tener en cuenta, como estos coloquios que surgen, de vez en vez, en nuestro itinerario por esta Senda, que constantemente nos sorprende con alguna rinconada y el relato de sucesos inéditos.

Casillas se sostiene con la personalidad de quienes, en el pasado, fueron otorgándole prosapia, trabajaron en su tierra dándole su razón espiritual, muy a pesar de estar integrada en la pedanía de Puente Tocinos, enclavada entre el Llano de Brujas y Monteagudo; todo un entorno mágico que se fue recortando y formando hasta su vigente contenido de entidad pedánea. De ahí su sentido orgánico y de servicio público al que nos referimos más adelante, también su épica y su gesta a lo largo de los años. Cuenta en todo ello el calor y la calidad humana que se matiza en cada recuerdo de sus mayores, sobre viejos establecimientos, tabernas y figuras humanas que dejaron huella, formaron parte de su crónica menuda y envolvente.

La crónica de los pueblos, de las aldeas, se va formando en base de sus aspectos pequeños y más enjundiosos; los que conforman la gama de vidas humanas que habitan en la subterraneidad y las que insuflan distintos perfiles y de cuyos nombres queda constancia en el nomenclátor de su callejero. Es decir, para mí, tanto vale una anécdota de la curandera que en su momento prestó su servicio en el tratamiento del mal de ojo, como el personaje ilustre que deja su impronta en la denominación de la calle o carril. Lo que significa que el color de la pedanía se apura en sus matices y deja franca razón de ser en las personas que antaño vivieron y le dieron su carácter a la misma. Todo un enlace con la serie de luces y sombras que conviven en este lugar de huerta, población heterogénea que declama su oración por la vida y alegría, como deja el eco de un signo de dolor que se aposenta en su secuencia traumática. Lo que significa que los contrastes que pululan en las pedanías como ejes de una población moderna, se injertan a modo de urdimbre, en un espacio completo de crónica localista que se incrementa con el paso del tiempo.

Las viejas imágenes de Casillas se quedan adosadas al escenario mental de nuestros mayores que fueron pioneros de este núcleo, se refugian en los costados de esa fábula vivida y sufrida, pero aún vigente en ellos, que son testigos de aquella fluencia existencial.

En los años de la posguerra española, de la que habría mucho que decir, los Pijines que conforman un carril de la pedanía, nos asombran con sus semblanzas de una época todavía incardinada a los efectos de la guerra civil patria, mirada desde el lado de su situación política. Es un momento de desarraigo y donde las familias iban componiendo su destino. El paisaje con el que nos encontramos se

[Carro con heno en Casillas]

desplaza un tanto y muestra su desolación, aunque en la mirada de los entrevistados de ese momento se aprecia un ademán de ilusión perceptible.

Apenas en la vecindad se otea su calle Mayor y ermitas venerables, con sendas y carriles. Se advierte la tonalidad huertana en su contenido amplio y se va desperezando la gente: unos vecinos con un templo y una forma de ser. La buena vecindad se ayunta en sus vivencias y se van ajustando a sus anhelos de vida placentera, de tolerancia y de apuestas comunes, como signo indudable de un progreso que cada vez se sentía con más vigor. Y en ese sentimiento se va decantando su puesta en marcha; la de una entidad con personal potencia de agarrarse a sus propios ancestros y gozar del vigor y entusiasmo de cada día.

Sin duda que el tío Juan "el Pérez" no se cruzaba de brazos ante el acontecer pasado, buscando pretensiones y un sitio para su familia, pues a este lugar llega en los años treinta para trabajar y fue el primero que instala una taberna, ubicada en la calle Mayor, con éxito fundado en el buen hacer de su familia. De su vida y lances se cuentan muchas cosas. Es justo ladear en este caso los perfiles oscuros para dibujar su figura como la de un hombre cabal, huertano agricultor que sintió ganas de darse a los demás, justificando su hacer sin ser recusado por ciertas antiguas versiones.

Su mujer, Lola, entendía de guisos más que nadie y aplicaba sus recetas en el excelente tratamiento de sus condimentos y, a este tenor, hemos indagado cerca de los más ancianos, que solía pergeñar un cocido a la murciana, que estaba para chuparse los dedos. Claro, se trataba de una comida típica y que hacía las delicias de los labradores que dejaban sus armas de trabajo para ampararse en la taberna en las horas litúrgicas de la comida. No faltaban en la pitanza los elementos esenciales de la tierra como garbanzos y morcillas, con un tanto de arroz, los *"granicos"* precisos. Eran igualmente apetitosas las migas que Lola recreaba con sus manos expertas, en un revuelto de trigo y panizo, acompañado de la longaniza y el tocino, y aún se entusiasmaba en artesanías culinarias aportando a sus guisos el pringue, tan utilizado en aquella época y del que hacen gratas alabanzas los hombres de esta tierra dura y generosa. Pero satisfacía con ardor sus gachasmigas, a las que caldeaba con cáscaras de pimiento redondo, a la vez que mezclaba gustos con la clásica sardina *salá*, y es lo cierto que a su mesa acudían gentes de toda clase social, y mejor los labradores de la huerta cercana, aquellos que vivían bien con tan sólo un par de vacas y un cerdo, que esta frase la he oído de boca de Daniel Hernández, que fuera agricultor de esta Senda, fecundo trabajador al que no le dolían prendas indagar en cualquier oficio, pues lo mismo se dedicaba al pastoreo que a labrar la tierra, plantar granadas y tratar de que no se acercara la mosca asesina, para lo que colgaba de una de sus ramas, una botella con bacalao y agua, pues de tal guisa apartaba el mal de aquéllas.

Daniel que todavía asume el goce de haber degustado los guisos de Lola, secunda la tesis de que en los años cuarenta indicados, siendo alcalde Juan Alarcón, la vida era muy atractiva y no como ahora donde no se vive ni con cincuenta vacas. Habían dos molinos en esta zona, el de Antoñico Acero y el de Pepe Cuenca, aunque su fuerza motriz era a través de la energía eléctrica.

En todo caso se regodea con anécdotas y sucesos que tuvieron enlace en tales momentos y aún, desde su vivencia, pone sobre el tapete alusiones a personajes conocidos, sobre todo mujeres que habitaron en la Senda, en aquel tiempo henchido de pacientes esperas y efímeros disfrutes, aunque eso sí, delatando su eficacia y sonoridad.

Y es que el hombre, que ronda más de ochenta años, suele poner buen tino en el pasado, apurando con nostalgia, los ecos de un tiempo en el que era muchacho y la vida se veía de otra forma, incluso conoce aquellas acequias en las que se bañaba en los días estivales, y cuando acudía a la única escuela, que entonces había en la casa de la "tía Bizarra", quien habilitó un cuarto en ella para vivir.

Y es que la "tía Bizarra", como se la llamaba, era una mujer de armas tomar en su juventud y una viejecita viuda y asumida en sus negros problemas, en su vejez. Hasta tal punto que trataba de vivir como Dios le daba a entender, pero siempre se la oteaba por lugares y sitios apartados, recogiendo basura, hacinando sacos de miseria y ella misma era la pobreza andante, de tal modo que daba miedo mirarla a la cara. La "tía Bizarra" era una viuda negra, se las componía en su más tétrica soledad oliendo a espantos y dejándose llevar por eso zona inédita del ser humano donde anida su peor sentido. Se la tildaba de bruja o curandera de malos oficios, componedora de trajines y decires que se dejaban escuchar por las esquinas, pues de tal carácter se le iban amontonando leyendas y falsos adjetivos sobre su persona, que más parecía esqueleto de ánima que mujer de carne y hueso. Pero es que la mujer, cuando enviudó, se dejó llevar por la inercia del sin sentido vital, se dedicaba a limpiar la escuela en un principio y después se echó a la calle y a las tinieblas, para enroscarse con las sombras de la noche, amontonando lágrimas y ahuyentando a los críos que de vez en cuando se le acercaban para propinarle algún improperio.

Émula de ella, era a su vez, la "tía Beatriz" que acudía con su *capacica* por las calles y carriles vendiendo, a lo que salía, torraos y avellanas. Se llevaba la mujer bien con "la Santina", vieja curandera que

aplicaba su sabiduría en quitar el mal de ojo y limpiar de melancolía a los enfermos. Que de estas cosas conocía la mujer, se estrujaba la mente en revolver las hierbas buscadas con ahínco por los sombríos rincones y apartados bancales, y en su hogar revelaba su duende enigmático en recrear ungüentos en las vasijas que le dejaron sus antepasados. En el fondo era una buena persona, mujer apagada y segundona que fue adquiriendo hábitos de esta estirpe mediante convivencia con compañeras de El Llano de Brujas y El Esparragal, dando cuenta de su erudición en materia de hierbas menudas y mágicas, que bien pudiera admirar al mismo Paracelso.

Entre tales personajes se lucía en aquella época todo un argumento de relaciones que disparaban rituales y se encajaban criterios muy en relación con la superstición, como forma de entender los aconteceres naturales y darles su interpretación, algo que el ser humano ha condimentado en su fuero interno y que el huertano acoge en su forma de ser desde tiempo inmemorial.

De este fenómeno que nos ocupa en relación con el curanderismo y lo relacionado con la brujería en su sentido que aflora en la cultura levantina, nos hemos referido en numerosos trabajos y la verdad es que nos sugiere cierta fascinación, algo que ocupa esa zona opaca de la crónica de los pueblos a la que nos referimos al principio. Todo el espacio de luces y sombras que anidan en las villas, que depositan su carga de magia y formulan preguntas a los investigadores. En cada lugar siempre hay una curandera que alivia las enfermedades corporales y espirituales como "la Santina", también una partera, acaso una bruja recopiladora de hierbas portadoras de magia homeopática. Para su conocimiento vale conversar con los viejos del lugar y escrutar el misterio de sus conversaciones, más aún en relación con la cura de enfermedades de las bestias de labor, para lo que la curandera utilizaba elementos del establo, como tela de araña y cosas semejantes para aliviar la enfermedad determinada, y para eso se extraían variadas clases de plantas cuyo cocimiento proyectan curación a animales y personas, como en el caso usado en la actualidad de "cocer romanzas", unas plantas naturales que se otean en la huerta.

Naturalmente todo este enjuague de ungüentos y cocimientos por manos brujeriles daría lugar a un tratamiento especial, algo que nosotros venimos investigando desde hace tiempo y un librito tenemos inédito al respecto, ello en base a conversaciones con sus interesados. Todo esto responde a lo que nosotros consideramos lo brumoso, que se relaciona con el misterio del ser humano, su relación con lo inédito y que le aporta cierto temor, más aún ante situaciones maléficas en relación con la cosecha y con su espíritu.

Conviene en este sentido que las Peñas dediquen atención a estos aspectos muy ligados a la hechicería, pero que a efectos de lo etnográfico adquiere interés, al menos así lo sentimos. De ahí nuestra inquietud por recoger fotografías relacionadas con la muerte, dar relación de oraciones sobre Ánimas Benditas y en general con todo lo que el ser humano advierte cierto pavor. Son informaciones que buscamos y resultan vidriosas de hallar, como lo que estaba vigente en los años predichos sobre la figura, un tanto de leyenda, del tío del saco, del que hemos encontrado diversas interpretaciones como las que Daniel Hernández y otros viejecitos oriundos de Casillas, me han advertido en un instante de pulsión reveladora, que es digno de un comentario aparte.

14

De la pasada vida en Casillas

[Carril el Campesino]

Vamos dejando silencios y palabras, imágenes enlazadas con algo vivido, detraído de la mente de los viejos de Casillas que se reúnen en sus citas diarias; se dejan sentir en el Centro de Mayores y en bares puntuales; con la sola misión de acercamiento entre ellos. Se acercan en bicicleta o en sucintas motos desde sus carriles y acuerdan pactos de evocación, porque esta es la mejor forma de asistir a su tiempo que se fuga con las mismas alas de la perseverancia.

Nos alientan estos hombres del ayer con sus rasgos y rostros marcados por una experiencia recia y singular que nos admira. Se les advierte alardeando de su vida, proponiendo esperanzas y vertiendo dichos que al mismo Séneca le hubiera sofocado. Son los rostros de la experiencia de amables ancianos que se entregan a la conversación y a la vez se enroscan en su silencio de entrañable secuencia inédita que hay que saber buscar y recobrar, otorgándoles un tanto de ilusión, que es lo que falta en la vejez. El hombre entrado en años, el mayor y anciano a partir de una edad, tan sólo espera, retiene, mira y paladea sometido al destino de la sociedad, pero hay más en este hombre mayor que posee la esencia de la vida y presume de su experiencia. Para Stendhal lo importante en su vejez era pasar horas de viaje, al indicar: "*Quisiera después de haber visto Italia, encontrar en Nápoles el agua del Leteo, olvidarlo todo, y después empezar a viajar otra vez y pasar así mis días...*".

Jouhandeau, dice: *"todo toma, a medida que uno envejece, el aire de un recuerdo, incluso el presente. Uno se considera a sí mismo como ya pasado...".*

La vejez es una cualidad que la sociedad ha de tomar en cuenta y disponer de su presencia, la de nuestros mayores que han dejado su piel y entregado su trabajo en pos de un vida mejor. Casillas recobra en este caso su lealtad a los que le dieron su mayor sacrificio, los que ya pasaron y los que, desde su fecunda madurez, están aún dejando su mensaje a los jóvenes, a las generaciones que lo tienen todo, no han vivido instantes de tragedia, tan sólo utilizan los resortes de la comodidad y el epicureismo. Nuestros antepasados mantenían unos principios éticos de envergadura. Eran otros tiempos, otro modelo de sociedad huertana, donde se notaba cada actuación, cada proyecto vital. Todo se traducía en un ademán de anuencia, desde el noviazgo a la boda, en el enterramiento y el luto. La presencia del llamado "buen tono de vida" se insertaba en las relaciones de nuestra más lejanas generaciones que, sin embargo, fueron dichosas y algunos viejecitos preguntados por ello asienten en este sentido, no estando conformes con el momento actual, donde el sentido de lo ético deja mucho que desear.

Es la justa delimitación y desenvoltura de los personajes de Casillas que se reúnen y dan cita en estos centros del buen conversar, como diríamos en su mejor catadura. Pues nos embriagan los consejos de estos hombres avezados, que no son oradores pero sí filósofos, que nos hablan con la ilusión del que ha aprendido a ser dichoso aún en su situación más deteriorada, sobre todo cuando nos evocan sus años de niñez pasados en este encanto de huerta, labrando sus viejos bancales, empeñados en solucionar las plagas a sus plantaciones, sujetos a sus tandas y porfiando a sus antepasados en esa dimensión fecunda de mantener el orden y la ética que se les enseñó.

Las dispares preguntas que el etnólogo puede destacar en estos personajes sencillos y apretados de vivencias, crean un ambiente de singular atracción que hemos podido disfrutar con su asistencia, dado el alto grado de razonamientos y numerosas anécdotas que, desde su intimismo, resuelven los conflictos que se puedan aducir en diversas materias.

Naturalmente las preguntas iban dirigidas a la forma de vida de las familias y matrimonios, a sus costumbres mas preclaras con los matices de la pedanía, la forma de llevar a cabo los festejos como los relacionados con el Patrón de Casillas, con etapas de anuencias lúdicas en época de Navidad y Pasión, o los efectos del viejo Carnaval, entre otras muchas, sin orillar lo referente al consabido "tío Saín"; todo ello naturalmente cotejado con la versión de la nueva vida del siglo que vivimos y sus posibles consecuencias.

Reconocemos la humildad y agrado recibido por estos viejecitos de Casillas, aportes y fundamento de su mejor legado, paradigmas de la juventud que ha de estar atenta a su consejos; lo que nos hace demostrar que la vejez debe ser un capítulo social de requerimiento, tratando de incentivar su presencia y como en la época clásica, ser considerados estos vates como la razón y la experiencia.

Mi agradecimiento ante todo a Francisco Marín Montoya, Manuel González Soler, José Oliva, etc., quienes en una tarde otoñal y sugerente, me han ido desgranando respuestas vidriosas y desentrañando el laberinto de aspectos que redundarán en el conocimiento a fondo, de la Senda de Casillas, que se me antoja es un cúmulo de sabores y sentires que ocupan más la admiración que otra cosa.

Pienso que esta entidad pedánea es un paisaje, una población que asume su historia y sus peculiaridades, pero sobre todo son sus viejos que la han arropado con su trabajo y sensatez; los que en su mayoría de edad se dan cita en estos templos del ocio y la ilusión compartida.

15

Aquellas imágenes vividas

[Vacas de Casillas]

Hemos escrito sobre personas de calidad y aupado su enjundia desde el recuerdo. Creo que es algo que en justicia se ha de hacer. Y lo efectuamos con el derecho a esbozar la gracia y hondura de estas figuras como las ya conocidas de la "tía Bizarra", Beatriz o la "tía Encarna" , "la Tabardilla", recias y perfectas efigies para un parodia clásica, acaso desde la hechura de un Marcial suscitando risas y amarguras en sus lecciones, pero sobre todo tratadas con la finura y elegancia de unos seres humanos que fueron acaso los primeros rostros que nos postulan cierta tristeza y piedad, en el origen de la población, en sus anales, que deseamos escribir con el amor hacia lo que sentimos y vamos conociendo.

La "tía Encarna", "la Tabardilla", residía cerca del barrio de La Gloria, punto de partida para auscultar el organismo pedáneo. La conocían los mayores y más jóvenes, pero atraía por su facha y manera de andar y compartir, a veces, diálogos desgarrados, pues como indica Marín Montoya, que la conoció

en su niñez, por los años treinta; la mujer actuaba... "igual que un hombre", se las tenía que buscar ella *solica* para vivir. Solterona y con pocos amigos, lucía su parafernalia de silencios acotados por el misterio y el ademán de curanderismo, expresándose como una auténtica bruja en el sentido que le damos en nuestra huerta y zona mediterránea, sin los abalorios de la bruja del Norte español y europeo. Pues esta no corrompía ni hacía pactos diabólicos, que para nada le servían, ni aún conocía libros horrendos que hablaban de los signos del mal, ni de otras muchas cosas, ya que la pobre casi no sabía leer, aunque en sus ratos libres, que eran muchos y desasistidos, se empleaba en buscar hierbas para curar el mal de ojo y otras cosas.

Desde el hecho de la testificación y el reconocimiento, conviene decir, que esta mujer hacía bien su oficio curativo desde estas artes mágicas, como sienta Francisco, que fue testigo principal en una de esas curaciones a base de oraciones conjuntadas con argumentos, donde el aceite echado en el tazón cursaba su cuita de envergadura, hasta el punto de que el crío que le llevaron, a la sazón nieto de nuestro testigo, llegó enfermo total y salió sonriente de su *zahur*. Con lo que no podemos decir nada al respecto, que lo de la creencia o no en estas mujeres es cosa que dejo a la conciencia de mis lectores, aunque sí he de informar, que siempre han existido y se dan estas mujeres, curanderas y sanadoras que aportan datos interesantes en el folclore sanitario. También lo hacían tratando de sanar a las bestias, como el caso que me describe el citado testigo, de una vaca enferma de su establo, que fue curada por este mismo arte de magia, pues como José dice "...la vaca era un elemento esencial en la casa, todas contenían como mínimo un par de ellas, o bueyes para el trabajo de la labranza y cuando no había veterinario se acudía a los curanderos".

Por el testimonio de José Oliva, que nos relata momentos de los citados años en los que muchos no habíamos nacido, se increpaba a fantasmas como el "tío Saín", del que hemos hecho referencias con anterioridad, cosa que lo había oído de sus abuelos, lo que ya es decir, y nos indica que proviene del siglo XVIII y XIX, con el fin de provocar el miedo a los críos e incitarles a comer, aspecto este que siempre que lo he escuchado, me ha dejado muchas dudas en la piel, pero a las que nadie me ha dado respuesta, a no ser un honorable viejecito del Llano de Brujas, que ya hace años, tuvo la amabilidad de deslizar argumentos que los tengo escritos en otro libro que, con sus dudas y todo, me da que pensar que existe algo más que una leyenda o cuento, aunque la misión de aquél fuera recuperar las ganas de comer de los niños, en una época en la que se pasaba hambre y miedos consecutivos.

En todo caso conocemos hechos relacionados con este personaje siniestro, entre real e imaginario que persiste en pueblos como Fortuna, con versiones diversas, cual otros que untan los efectos opacos de las aldeas y pueblos.

Tanto Marín Montoya como José Oliva conocieron a la "tía Bizarra" de la que nos hemos interesado a lo largo de este trabajo, quizás por su significado y lealtad al paisaje con el que se enraizó. Ello y la alusión de los mayores hacia esta figura débil y como salida de un entremés barroco, nos hace contagiarnos con su figura y escuchar versiones populares que podrían tipificarse en algún relato de interés.

Al parecer se notaba en una soledad patente y la mujer buscaba consuelo en otras intimidades, como el cuarto o barracón de aperos de labranza que Antonio Oliva López poseía en un lugarejo de Casillas, que le prestó en su momento, tan sólo para pasar la noche, quedándose en él, nada más ni menos que un montón de años, hasta que falleció y entre los vecinos pagaron su entierro. Pero es que la "tía Bizarra" era de tal forma que no daba apenas problemas, nunca estaba enferma y desaparecía de su hogar hasta altas horas de la noche. La evocación de José Oliva hacia esta mujer es sumamente lúcida y

[Casa de Casillas]

como anhelando repasar cada detalle de su vestimenta, de su rostro, con aquellos ojos que observaban lunas infinitas, sus manazas largas y llevando, en todo momento, un cachivache lleno de cosas que trataba de vender a críos y mujeres.

No daba ningún quehacer y era como una sombra que se escondía en las mañanas y surgía durante las noches. Se cuenta, que a veces dormía en el prado a la tutela de la luna llena y se engolfaba con las hierbas para no se qué ungüentos que ella misma recomponía, pero también se advierte la pureza de su forma de ser, pues en ello le llevaba ventaja a la misma "Tabardilla". Se juntaba con otras mujeres que tenían por compañía su sombra y los vuelcos del corazón, dejándose engatusar por palabras lisonjeras de la juventud que intentaba reírse de su figura, que era más de carnaval que de vida diaria, aunque podía aguantar los tejos de sus pretendientes irredentos.

Lo cierto es que la "tía Bizarra" no encajaba con la "Tabardilla", ni siquiera con la "tía Beatriz" que mezclaba sopas con hondas y escarbaba los límites del infierno. ¡Pobres mujeres! Y la verdad que lo eran, cuando no daban sentido a la vida ni se dejaban caer en rincones de vagabundos aficionados. Ellas requerían auténticas humildades y comían el pan que se les daba o ganaban con el sudor o la magia de su talento.

Eran heraldos de la miseria aunque iban formalmente limpias y desesperaban a los estultos sumidos en la modorra, siempre atentos a despotricar de los demás sin fijarse en ellos mismos.

Vivían las mujeres en la época del candil, pues con él se levantaban y con él se acostaban, aunque fijaran metas a sus largas noches sin goces prematuros ni falsas tentaciones, pues era la época en que los huertanos se levantaban al alba y se acostaban muy temprano, aunque a veces hacían vigilias y procuraban asistir a tertulias de fuego y chanza, reventando leyendas y proyectando encajes en sus vidas. Pero es que todo aquel mundo estaba en su propio dominio y se forjaban ceremonias de vida y muerte. Es el caso, que de boca en boca se han ido extendiendo narraciones sobre el particular que bien podrían dar para comprender un tanto aquellos instantes amparados en unas costumbres que ya han pasado, aunque de todas formas dejan mucho que desear y sin embargo, responden a un criterio cierto, y que queda envuelto en recuerdos de quienes vivieron aquellos trances.

Aunque en estos tiempos, bien se puede decir aquello de que:

"Casillas ya no es Casillas,
porque es una gran ciudad,
¿Cuándo se ha visto Casillas
con luz y electricidad...?"

Pero en el momento al que nos referimos todo se consumía en alegatos localistas y en formas atrapadas por la miseria, hasta el punto que ello se inserta en el sentido de los entierros y su forma de hacer frente a los mismos.

La muerte tenía su propia dimensión social y para el huertano implicaba un coste que había que afrontar, desde el pago del ataúd a la misa respectiva, cosa que ponía en dificultad a muchos, apretados en su economía. Pero había que hacer frente a esta situación de darle sepultura al fallecido y elevarle plegarias, como su traslado al cementerio. Es el caso que, en determinadas ocasiones, el pobre huertano carecía de lo más indispensable, para adquirir el ataúd y entonces se procedía a la recogida del dinero por sus familiares que abrían el pañuelo pasándolo a los amigos que acudían a dar el último adiós al finado, para

recibir los reales necesarios y ello se hacía con todo el dolor del corazón y la conturbación de la mente. Se podría recibir o no la cantidad suficiente para proceder a su enterramiento, pero se llegaba de inmediato al otro tema del pago al cura, de las nuevas cantidades para la celebración de la misa.

Hubo instantes, según nos refieren los mayores, que no había posibilidad, por medios normales, de recoger la suma precisa y entonces alguien profería con cierta chanza:

-¡Vamos a dejar el muerto aquí!, lo que ponía en polvorosa al mismo cura del lugar, quien reconociendo los hechos y sin más dilación suplicaba:

-Volver todos y llevárselo, que ya me pagaréis lo debido.

Lo más radical era que por el cura, no se le dijera al finado la oportuna y necesaria misa, como en el caso que le sucedió a Francisca cuyo marido falleció a una edad muy avanzada. La mujer que apenas tenía donde caerse muerta convino con el cura de Casillas que le dijera la misa acostumbrada y que le abonaría con el dinero sacado de la venta de un cerdo, pendiente de esta operación con un vecino, pero que aún necesitaba engordarlo con suficiencia, para lo que le estaba dando cerrajones, algo que no le supo mal al sacerdote en cuestión.

Pero como las cosas no son a veces lógicas, resulta que por circunstancias le vino una enfermedad al cerdo y murió antes de los meses convenidos para el pago, lo que le ocasionó gran congoja a la pobre Francisca que apelaba al buen corazón del regidor de la iglesia, acudiendo al mismo en son de consuelo y paciencia en el pago consabido.

La mujer le comunicó al cura su lamentable situación, pues no tenía ni para comer y además estaba sin su esposo, pero ni por esas le ablandó el corazón al seco y aturdido sacerdote, quien con frases deslavazadas y crueles le indicó a la mujer:

-Mira, Francisca, mientras no me entregues los tres duros, tu marido seguirá estando a la puerta de la Gloria, sin entrar en ella, por lo que lo tienes a él en el aire.

Anonadada dejó a Francisca, huertana que había cumplido con su misión y dado hijos para seguir trabajando, aunque en ese momento no supiera de ellos, ni de nadie que le ayudara, y reconfortara ante tamaña estupidez del cura del lugar.

Pero esto sucedió como se cuenta y responde a instantes verídicos que sitúan espacios de hambruna en la pedanía, a la vez que nos da argumentos para vislumbrar el sentimiento de su gente; el de sus mayores que vivieron estas secuencias dignas de tener en cuenta.

Cuestión distinta era la forma de vida de estos huertanos en momentos del noviazgo. El viejecito José Oliva, evoca con cierta aspereza, lo que tuvo que pasar cuando le tiraba los tejos a la que es su mujer en la actualidad, y vaya que tenía su carácter, pero es que su suegra se aferraba a sus costumbres y no cejaba en dejar solos a la pareja. Para visitar a su novia tenía que estar la madre al lado y el novio apartarse de aquella, la "medida de una silla", como indica. De esta manera el noviazgo duraba unos años, tuvo que aguantar siete para liberarse por fin de aquél, digamos, no se si bueno o mal uso, pero era lo que se llevaba y siempre había que actuar correctamente, que la suegra conocía en todo momento su actuación y extraños gestos que desde luego no le valían de nada, pues a la novia se la tenía que llevar virgen al casamiento, salvo en los casos de huir de casa.

Entonces el acto de la boda lucía en la huerta con el arrojo del arroz sobre los novios, ceremonial que nos evoca formalismos de Roma, y se procedía a su celebración, entre los familiares y amigos, frente a los lujosos banquetes y bodas de Camacho que se suelen proliferar en estos tiempos, pues con poco gasto se lucía y se gozaba mucho más en aquella época.

Se va acomodando la conversación a la hora precisa de la despedida, en una tarde lluviosa que se encara a septiembre, donde se anuncia el sabor de otoño con sus ocres en el paisaje, las mazorcas enhiestas de los típicos bancales que nos traen a ciegas la recia catadura de los sabrosos tostones o "moros", de tanta desenvoltura en la huerta. Sobre todo y para los mayores este encaje va unido a pasadas hambres en que se buscaba el panizo como algo demostrativo de una gastronomía envidiable y por los astutos y pícaros, recogedores de la panocha, pero eran otros espacios que hemos referido un tanto en la suculenta versión de unos hombres, labradores que han puesto sobre la mesa una serie de recuerdos, rostros e imágenes de aquella zona de Casillas, de la que se dice ahora que no es Casillas por el resultado del progreso, aunque alguno de ellos, el más viejecito no puede dejar de entonar aquello:

"Estando en el campo arando,
se me torció la besana,
y se me fue enderezando
acordándome de Juana..."

Pero no se inquietan nuestros interlocutores ante las preguntas sobre aspectos ocultos de la pedanía, de aquella población de la que se ocupaban labriegos con sus fuerzas plenas de actividad. Ellos son capaces de evocar un tiempo ceñido a su calendario humano, sin las diatribas de rencores o abatimientos ante problemas diarios, como recibir el agua mansa de acequias o escarbar en la tierra, porque estos hombres poseen una fibra especial de noble hidalguía huertana y comprenden otros ensamblajes de figuras, como las relatadas o cuando esbozan rasgos de la "tía Vidala" emparentada con las antañonas damas del lugar, y hay quien con cierta cadencia de sentimiento da alusiones al "tonto Zamora", que era personaje de lástima y de gracia, en el buen sentido, pues a nadie estorbaba y por contra daba tono y calidad al ambiente y recreaba un tanto la amargura del humano, quien, pese a su discapacidad mental, sin embargo, era listo y le daba altura a las circunstancias, aunque en ocasiones fueran de trise resultado, como cuando sin saber cómo ni por qué se encontró en Murcia, en plena Trapería con un saco a la espalda, cosa que dio extrañeza a la policía, al verlo allí de tal valimiento, pues era como histrión de comedia inédita y atento a su desapacible realidad. Y al ser preguntado por el funcionario en cuestión, la causa de su presencia en esta vía publica, el muchacho con su ingenuidad acostumbrada le dijo que venía a segar la "*fená*". No paso a más, ni a menos el tema, pero ello nos da una visión de este hombrecito inocente pero fiel y leal consigo mismo, que nunca había dado que hacer a los suyos y que tuvo la desgracia de ser atropellado por un vehículo cuando volvía a su tierra, a la salida del cine Moreno, de Monteagudo, en un trance de fatalidad que hizo que el pueblo se volcara en su entierro, en su Casillas amada.

16

Viejas casas y personajes. (Un paseo septembrino)

[Vieja Casa del Capitán]

Me viene a mientes la conversación sostenida con Manolo González, o con "el Josepe", por lo de que intervino, en varias ocasiones en Autos de Reyes Magos, tanto en Puente Tocinos como Churra y Casillas. Conoce el intríngulis de esta huerta, pero sus peroratas a modo de bandos, suscitan otras intenciones, proponen tomas de contacto de temas pasados y actuales. Este agricultor maduro, conoció momentos de un pasado cercano y supo resolver la problemática en diversos sentidos, porque recibió de sus mayores esa sabiduría de saber aplicar la palabra al lugar idóneo, pues tanto se sitúa en lances y vericuetos de una época difícil y susceptible de crítica, como emplea sus recursos en enaltecer eventos festivos usando de la facilidad de su lenguaje. Y es que antaño la huerta se sostenía a base del esfuerzo de compañeros duchos en el arte de la siembra y el laboreo de la tierra, aunque no se pudiera atravesar ni un sendero, por lo que el hombre se quejaba de esa apatía antañona, que no es ni mucho menos la actual y que significa en sus estrofas acurrucadas en el silencio de sus muchas carpetas, pues:

"que estábamos mas islaos
que una birlocha sin hilo
que si anguna se ponía mala
porque quería tener un hijo
había que sacarla en zarzo
y alambre con un misto
y eso no estaba bien
si lo mandara el menestro".

Y era en efecto, que los hombres que había, estaban más: "flojuchos que pellejos de breva" por ir: "...fegollando a menta". Lo que sucedía es que los huertanos iban a la sazón a Murcia a una... "peliculera ande lártista sale/fresca como una pimienta/con menos ropa que el Corte Inglés/y enseñando las ferguenzas...." Y claro luego lo "...vié a pagar/la probe de la Mari Pepa./Qu´está en la casa encerrá /asperando qu´el marío venga /si este pue pasar/la cuesta de la Madalena...".

Recorrer los bandos de nuestro panocho de Casillas es apurar el nudo gordiano de la serie de costumbres huertanas que habían, como de advertir críticas a situaciones y formas de actuar, aunque en todo caso nos alumbra sobre viejas casonas huertanas y sus personajes, aquellos que fueron el alma de este espacio huertano consolidado al paso del tiempo, como cuando nos da la evocación de Miguel Libero: "Diplomao en la Guerta, por los caballones de crillas y el tapuje de la menta". O retoma escenas de felices ocasiones en el merendero del Vidal, sin demorarse en evocar al Vives, con su industria de la conserva, donde acudían a trabajar hasta la noche "...pa tener la gente sujeta". Y es que no podía González quedarse ahí, ya que había de ajustar el quite a los mas jóvenes, pues "...en cuanti estiren la pata/los cuatro viejos que quedan/comerán los churuvitos/ramas de morea,/fenal de los costones/u grumo corretera/...".

Nos parece que en el lenguaje huertano, sin ir más lejos, tal cual se apostilla, se marca una realidad social de un tiempo pasado agarrado a sus esencias, que estaban en los "...cuatro viejos..." que quedaban, porque después las cosas fueron a menos y la huerta se quedó como un recuerdo, sin matujas correteras, sin moreras ni "sabucos" sin aquel "fenal de los costones".

Mucho trabajo costó a los viejos recomponer la arquitectura del lugar, forjar su templo en los años cincuenta del siglo pasado, trazar los caminos para llegar a la iglesia desde los carriles de su entorno, colindante con Puente Tocinos, teniendo que soportar a los camiones que descargaban paja en la puerta de la iglesia, ante los enormes trajines por encumbrar el templo por la voluntad e ilusión de sus habitantes, sobre todo por aquel "tío Juan", de noble memoria.

Que aún queda en el recuerdo de los más ancianos, la figura del inigualable labriego, José Martínez Muñoz, adorador nocturno que insufló de fervor y amor a los más jóvenes hacia lo religioso, algo que merece ser considerado en los tiempos que atravesamos, quien acudiría con su bandera blanca de paz y de amor en la última vigilia, aún enfermito y todo, hasta su muerte en una mañana estival,

" y al correr la noticia
dejó una gran impresión
pero nos queda un consuelo
que nos llena de ilusión
que pide por nosotros
desde otro sitio mejor..."

Lo conocía Manolo González y deja caer en su rostro, al evocarlo, unas leves lágrimas, como si se le hubiera marchado un hombre ejemplar, que lo fue de Casillas y traemos para dar testimonio de su grandeza como persona de fe cristiana.

Siguen otros personajes como los de Pedro Soler Párraga que, junto a los Cascales fundamentaron días de gloria en el ayer de la pedanía, desde sus trabajos que ponían riqueza en sus familias y dieron orden, a las tierras fecundadas por el sudor de sus horas hundidas en el silencio de sus días.

Lo que sucede es que, en este instante, la casa de Soler Párraga se ahoga en su silencio y se notan sus piedras nobles arropadas por los huérfanos rayos del sol que, en su vigilia temporal, busca las otras horas que fueron precisas y entonadas a la vida que fluía en su alrededor. Se ayuntaban en este lugar, que era el más alejado de Casillas, por donde se perdían las sendas hacia cercanos parajes. Ocasiones de enlace y de porfía a la vida y al paso del tiempo, para equilibrar acciones de épica ajustada a la permanencia del labriego a su trabajo, sin dudar nunca de su estirpe, ni en la de sus antepasados, pues por contra, nunca cejaban de enmendar la plana al del otro Heredamiento o de degustar el calmoso trance de la cosecha, cuando no entraba en la melancolía de la tragedia ante la sequía o la riada. Aquel huertano de pro que hacía tratos, ajustándose al apretón de manos, o que se enrolaba en los silencios del pensativo morisco recreador de su esencia pura, buscador de la buena palabra, para atender al oficio de sacar a su familia adelante, mirando al cielo en pos de la anhelada lluvia.

Por este carril que me conduce a inciertos parajes, la mujer que está en el quicio de una puerta, me indica que conoció a la familia Soler Párraga en los años cincuenta del siglo periclitado, ella que se llama Rosario, mira y remira la casona vecina con sus paredes heridas y ventanas cerradas que estuvieron abiertas años atrás, cuando el buen labrador y su familia andaban entre las sendas, cerca de sus bancales y lucían sus bondadosas cosechas, salían de vez en vez a la ermita de Buendía a rezarle al Sagrado Corazón de Jesús y porfiaban por el buen acomodo de sus hijos. Había momentos en que se reunían con los Soler para escribir páginas de maravilla ante el triunfo de alguien de su familia, acaso para rezarle las últimas oraciones al fallecido, pero en todo tiempo se buscaba el repertorio de datos de su genealogía familiar y se enmarcaba sus aposentos, en tanto que la morera describía su sombra y se asomaba a las ventanas de sus cuartos.

En la mañana en que me acerco por este andurrial, tan sólo observo viejos rostros que conviven con la bella morera y el sabuco que se arrebuja entre las hojas del centenario árbol, con su recio y hermoso tronco que se enreda en alturas indisciplinadas y circulares. La morera es también un árbol circular y pleno, como su sombra y el latido de su cultura lejana. Creo que me encuentro ante algo espléndido verdaderamente. La luz otoñal estalla en su regazo y el color de las piedras de la casona me anima a la pintura. Entiendo a los clásicos en este instante y me curto con las enseñanzas de los artistas dieciochescos. Hablo con doña Rosario, la huertana que vino del Llano de Brujas y se quedó en este lugar, pues su voz recrea aquel embrujo de vida que latía en el sendero, que desde luego era el más alejado, por donde pasaban los carros de heno de los Soler, acaso de los Cuenca y todo rastreaba el signo de la dicha y la modestia. Era aquella huerta sencilla de moldes éticos y grafismos menudos, con su voz recogida y lúcida, sin arrebatados epílogos o brillantes oratorias, pero sí acuñada por la paz y el reposo del labriego.

Esto lo noto en todo el encanto que se registra en los últimos rincones a los que acudo para aunar criterios y reponer tandas espirituales, engolfándome por los caminos nuevos que la modernidad va imponiendo en este paisaje, dejándome llevar por el hábito de la admiración ante el árbol viejo y solitario, ante el aljibe robusto y perdido, o por el remanso de orillas cargadas de horizontes. Pero de vez en vez se dibuja el casón con sus aposentos desparramados que huelen a soles viejos, a eras cansinas y abuelas añorantes en sus sillas de anea. Reconozco que me entusiasma el paisaje en estas mañanas y doy la palabra al huertano que hallé una tarde en el carril de Malandras, que se inicia en Casillas y sigue hacia Puente Tocinos, aunque es bueno que continúe anotando rasgos de su recuerdo para añadir a estos anales la silueta del tan necesario veterinario, que tenía su destino en la zona, pues nos referimos a Pepe "el Zarazal", al que no se le dejaba dormir ni en días o noches festivas, al ser requerido una y mil veces por el huertano, para la curación de sus vacas sangradas.

En todo caso me gusta enredarme entre el silencio y el paso de la buena gente de esta huerta centrada en sí misma, la que apura su vocación desde su aposento entrañable. La mañana acusa la calidad del tiempo otoñal que va a reavivar el sesgo de cada sendero, de los que persisten ante el pacto del progreso con una sociedad que exige nueva forma de vida y esto lo entiendo, aunque con ello se nos pierdan los moldes antañones y se tenga que escarbar en la mente de nuestros mayores para comprender la que se nos fue.

Pienso en la gama de color que se inyecta en el paisaje y oteo el horizonte con sus palmeras tímidas y femeninas. Recuerdo aromas de un arca plena de sabores; olor a membrillo y mazorca recién cogida, cargada con el cariño y el amor de nuestros abuelos. Medito tiernamente en tanto que la mujer cuida de la casa y busca el aliento de su hogar. Rosario se vino a vivir a Casillas. Era de un lugar cercano, por eso no le importó dejar su hogar para seguir la faena de su marido y vivir junto a él cerca del sendero, el que se apartaba de la pedanía y huía por orillas de acequias.

17

Un tiempo entrañable para la huerta

[Vieja estampa huertana]

Hay un tiempo digno para contar y cantar, para dedicarse al esquema de las cosas que merecen la pena, como asistir a funciones sobre temática de la Natividad, o enrolarse en una cuadrilla de auroros, que hacen notarse en la huerta, desde sus maravillosos cantos morunos sobre versiones de villancicos y aguilandos. Es el momento para ponerse a tono con el ambiente que desgarra aquellos sucesos antañones; los días felices en que el huertano con su familia, con sus amigos, iba a celebrar la matanza en el lugar adecuado, comprobándose la hermandad de una comunidad fundida en los avatares de la vida, con sus sufrimientos y sus alegrías.

"¡Hemos tenido matanza!" reza la *coplica* de los auroros cuando van a brindar con sus compañeros en la pedanía, que puede ser la de La Albatalía, la de La Arboleja, en el ámbito huertano, como en la de Casillas.

¡Allá va la despedida...! Vecinos todos, los del lugar, tener en cuenta la grandeza del instante, del grave momento litúrgico en el que el Niño Dios se humaniza. Él es el Dios humanizado de la copla de

Auroros; esos personajes típicos de nuestra huerta que conectan con la hechura de una entrañable expresión, donde el canto se funde con la sintonía arabesca y sefardí, pues a mí me parece que de todo eso se da en su reminiscencia, como un lenguaje auténtico, del hombre labriego cavador huertano, que consume sus días lúdicos en dar cuenta de su grandeza de alma, y de sus más nítidos sentimientos.

El auroro es el más encomiable vocero de la huerta desde su categoría de hombre fervoroso que se enrola en una campana, para dar cuenta de sus propios sentimientos religiosos, y esa religiosidad la contagia con sus salves de Pasión, sus aguilandos, sus rondas, sus más nítidas y arcaicas versiones que responden a una dimensión honda completamente fecunda y con el sabor de la añeja huerta; la que queda en sus remansos y en sus siglas más señeras. Es la huerta de los poetas y de los pintores, de los músicos y de ilustres hijos que la buscan en sus atardeceres, cuando salen esos viejos y oscuros personajes, los auroros, con su farol o con sus guitarras, para dar la bienvenida al Niño Dios, cerca del Belén. Es una pasión y una magia en la que queda embrujando el ambiente, que se descuelga de sus notas, de sus voces auténticas, como la tierra y su sudor, del huertano empeñado en sacar a su familia adelante. Es el contenido de la anotación musical que envuelve todo el aroma de esto que es nuestra tierra; los bancales y las acequias, el río y los heredamientos.

18

Un paisaje con Monteagudo al fondo

[Vista de Monteagudo]

No se puede eludir en el entorno del paisaje de Casillas la diestra y señora, sustancial presencia del monte más contemplado por el huertano, en cuya altura se yergue la magna figura del Corazón de Jesús abriendo sus brazos a la Humanidad doliente. Monteagudo suena a fecunda aportación medieval, riguroso orden de la historia que coincide con el virginal perfume de la vieja huerta, desde el acomodo de las primeras tribus venidas de Siria. La huerta es seña de orientalismo tejido por la nueva fe que se impone en la Reconquista, pero teñido de su carga original. Toda la huerta feraz y limpia, barroca y sensual se extiende con sus olores, entre el verde matiz de sus bancales y su reliquia robusta en cada esquina, como dádiva y remanso, perfil y gesta. Se anudaron las bases de una convivencia jovial y sugestiva mientras se organizaban sus almarjales y se tomaba nota de la alegría de la vida.

La huerta sonaba a caracola y se estrujaba en el anhelo del agua limpia y regulada entre acequias y azarbes, sedimentando el recio carácter del huertano con sus atavíos moros.

Fue el cartagenero Abúl Hassan Hazín, el Anzarín, (tan evocado por nuestros escritores e investigadores), quien en su *casida* alalifiya, relató todo el contenido de esta huerta ubérrima, dando cuenta de diversidad de lugares, tan bellos como los que auscultaban en Oriente. Bellos parajes de verdes frutales y donde la palmera rociaba con su desenvoltura y fragilidad aparente, el entusiasmo de las miradas de estos pobladores asentados en el valle y junto a las montañas, para defenderse de las inclemencias que les provocaba el río con sus constantes avenidas. Aunque viene investigándose la posibilidad de que algunas alquerías o casas se dispusieran a la orilla del río, donde hay restos de poblamiento romano en la zona de Alquerías.

No está de más reflexionar sobre este aspecto, cuando, por otro lado, numerosos estudiosos de la huerta abordan esquemas de poblamientos romanos en diversidad de zonas que avalan sus orígenes, todo ello sin descuidar el empaste arábigo de sus casares y sus repoblamientos alfonsinos en el año 1272, a través de sus cuadrilleros, como donaciones al Obispado, de alcarrias, a cambio de ciertos maravedíes y alfabas.

Sin duda que Casillas, su famosa Senda, era lugar de tránsito de peregrinos de otros lugares con dirección al monte sagrado, Montagut (mons aculus) en la referencia de nuestro poeta cartagenero al que se le suele olvidar de vez en cuando.

Si hablamos de lugares estratégicos, el célebre Monteagudo lo era en el siglo XI, pues se integraba en el camino que iba desde Satigí (Chinchilla) a Cartagonova. Castillo que ayunta en su haber serie de leyendas y relatos que se presentan a coloquios sugestivos contados al caer de la tarde, de esos crepúsculos que nos inspira a arroparnos en fantasías con aproximación de realidad si nos atenemos a los relatos de arabistas seguidores de R. Dozy, o los más vigorosos y documentados especialistas como Pockliton y otros, que formulan importantes tesis de asentamientos por esta zona. Como los del castillo de Larache, que junto con los restos arqueológicos del Campillo, muestran un modo de poblamiento de raíz íbera que se reemplazó con el tiempo, pero en todo caso es digno de rastrear y defender su entorno como algo rico en estudio.

Felipe II en su célebre relación de 1483, lo describe primorosamente, significando que está enclavado *"...en un cabezo muy alto, agudo y peinado por todas partes, sin ningún padrastro que lo señoree y sobrepuje..."*.

Monteagudo mantiene su bella estampa que le significa como el monte típico de la huerta: señal y base de su crónica arabesca enmarcada en una zona frontera en la que concurría diversidad de caminos. Su envoltura y dimensión nos provoca altos sentimientos y en su encuadre se amontonan recuerdos, incluso se pierden lances de viejos caballeros, remansos de subterráneos por donde entraban desde Murcia árabes perseguidos. Se enrosca en su figura la miel de todo un encanto pintoresco donde el color recio y jugoso de ocres y amarillos se funde con gamas verdosas y siempre queda la estampa clásica de su cabezo alto, agudo y peinado por todas partes, como se dice en la descripción felipista. No ha muchos años, en su entorno, se celebraban las celebérrimas fiestas de San Cayetano, donde los huertanos, incluso los de Casillas, acudían a los faldones de su castillo para recrear costumbres robustas y sencillas con cánticos y bailes y donde la moza huertana se prendaba del novio, huertano de pro, con futuros compromisos.

Creo necesario traer esta semblanza del monte más enjundioso de la huerta, icono de fábula y deleite para artistas y poetas, troveros acantonados en su alrededor. Porque se domina desde el interior de Casillas, en cualquier esquina de la pedanía. Es como la primera zona de luz a la que se dirige el casillero que se amansa con su figura y le imprime carácter, algo que le resulta preciso y le envuelve en una necesidad de identidad misma.

Pero es que en la Edad Media, esta Senda de perfumes y sucintas odiseas, era el mejor camino para llegar al mismo, viniendo de Alquerías pasando el puerto de Tabala. Vemos la Senda, apretada y limpia, surcada por estos peregrinos viajeros en ruta, o por pastores de trashumancia aligerados de ropa y con su rebaño, atareado en el pasto, aunque con posterioridad, durante la época de Alfonso X se prohibiera este tipo de pastoreo salvo en ciertos puntos de Murcia. De todas maneras se nos eleva el alma al evocar estos lances del *medievo* y rebasar los límites precisos de la Senda de Casillas con su ajetreo de vida antañona y actual.

Jaime M
Rincon de la

Por el entorno de Casillas. (Secuencias entrañables)

La vieja Cassiellas, ermita de Buendía, Senda de Casillas en la actualidad, comprende un encantador espacio de nuestra huerta, con una capacidad cada vez más potente de desenvolverse, integrarse en el desarrollo del progreso que va unido al del urbanismo. Ello se plasma en una constante respuesta de la población que comprende su contorno, integrada especialmente por huertanos y personas de Murcia que acuden a ella para vivir. Desde luego cuando notamos su entramado, la potencia de su aporte edilicio, nos damos cuenta que Casillas ya no es Casillas, como reza una copla, que esta Senda va descubriendo sus perfiles con un ademán de categoría. Y es que si nos adentramos en la crónica huertana vemos que es a partir del siglo XIII, cuando se repuebla la zona y sedimenta su carácter, y antes encontramos poblaciones de índole romano, focos desgastados en donde con posterioridad se asimila una cultura sarracena que va a ser respetada por los monarcas, recreando todo un argumento de signo islámico que es el que brota en las estancias y en los nombres de nuestra huerta, cuyas hordas más antiguas se circunscriben a la vecindad del río. Naturalmente el paisaje que emerge de Casillas, cuya Senda delimita contornos y se hace hábitat, complementa un estilo propio que hay que ponderar una vez que se ha profundizado en su interior. Es decir, cuando se avista su corporeidad desde diversidad de ángulos.

Su historia va unida a la de Monteagudo, icono importante en el diorama paisajístico, como cita y encrucijada hacia otras zonas, eje de una forma de mirar y datar encuentros y presiones, como se hace fundamental, como nos dice Frutos Baeza, recomenzar la crónica de la huerta en el instante de la puesta en marcha de su azarbe mayor, cuyo encauzamiento y desecación de los armajales que imposibilitan los doblamientos, va a incrementar la presencia de una vecindad en busca de parcelas para su trabajo.

Y es desde este encuadre donde se puede fundamentar el desarrollo de la Senda de Casillas, como engranaje de una actividad de pastoreo y de sedentarismo muy fértil. Ello a su vez se suma a la seguridad que va a mantenerse en la huerta, una vez que los enconos de bandos entre *manueles* y *fajardos* se diluye, como ante la presencia, en época de los monarcas Católicos, de la Santa Hermandad que se encarga de poner orden en las algaradas de bandidos y almogávares que, desde Granada se filtraban por estas tierras causando pavor, por lo que no es extraño que los encargados de la Hermandad, utilizaran sus armas más trágicas para repeler este mal que ha dado lugar a numerosas leyendas, como la de los descabezados. Inmiscuirse por este espacio de la historia murciana es saborear lo real con la fantasía, pues se nos abren grietas que nos llevan a tesis en torno a la contemplación de los orígenes de nuestra pedanía, de un recodo apartado pero que por fin, en el siglo XX cobra su auténtica identidad. Sin embargo, sus rasgos primitivos se enlazan con los de las otras pedanías huertanas que no dejan de mantener sus hitos más importantes.

Se respira en ella la fluidez de su clima, como se embosca en sus acequias la alegoría de una crónica que viene de Al-Ándalus, como todo el rigor que se estruja en las instituciones que forman parte del ordenamiento huertano que proclama Díaz Cassou, como el de más envergadura y calidad en materia de riego, y donde la Comisión de Hombres Buenos se eleva a un rango de gran interés, sobre todo cuando en este momento se busca con intensidad su reconocimiento en el organismo internacional de Obra Maestra del Patrimonio Oral e Inmaterial, junto con el Tribunal de las Aguas de Valencia.

20

Ruta de la Vereda de la Cueva

Se nos antoja que la crónica de la pedanía se conjuga con sus veredas y carriles, con sus aspectos entrañables que dejan sabor a huerta antañona donde se advierte su auténtico lenguaje, aquel dormido matiz de gracia y soltura que otorgaba la huerta desde sus rinconadas más envidiables, por donde nacía el geranio y se notaba el perfume del azahar. Aquella estampa de nuestros barrocos hacía eco en estos límites de Casillas por donde se camina hacia otras pedanías sugerentes. Encrucijadas en las que se abren los bancales y se estrechan las sendas junto a los motores que el huertano cuidó de poner para paliar la sequía que aquí se enfoca como algo necesario, pues la ausencia del agua es el sino que ha de soportar el hombre de la tierra, algo implacable que lo hace paciente y sufrido. Por estos pagos se estampa en la mirada una singular forma de ser del labriego, se intuye de pronto que sus habitantes forman parte de algo singular, son generosos y entregados, como fieles a sus tradiciones que miman con galanura. Nos damos cuenta que en cada aposento, casona de "a*tobe*", como dice el hombre de la tierra, queda una huella antañona que es una lectura de alguna vida, de algún labrador pionero que supo quedarse y aguantar en su propiedad.

A veces nos asombran los detalles que encontramos en la capacidad completa de la vereda que puede llevarnos al caserío de La Cueva o hacia Puente Tocinos. Esta ruta elegimos para dar con la finca de Cayetano Zuilo, frente al restaurante de Lucas. La vista se adueña de una panorámica engarzada en sendas y bancales, tejida como una alfombra por un verde suave casi otoñal, donde la morera se deja acariciar por la mirada y el alamillo esbelto deja su candor, como un nuevo aliento para quien puede saborear la dulce sensación de una tierra que ama. Lo cierto es que este pago pertenece a Casillas, forma parte de su límite y crece en su dimensión apropiada, dejando un aroma de autenticidad. Podemos dar fiel descripción de las fincas que conforman el paraje, todo ello sin afán de inmiscuirnos en apreciaciones diversas, pues sólo nos lleva a ello la necesidad de saborear el paisaje de la Senda: su perfil, buscando su identidad. En este sentido se advierten las fincas de Francisco "el Pele", la de Antonio Muñoz y la de Francisco Magaña, nombres todos que forman parte del patrimonio cultural de la pedanía, como sus vidas aportan la secuencia de sus mejores páginas; las que quedan por escribirse y de lo que tomo nota con agrado, una vez que la suave y recóndita sombra de morera me da cobijo para recabar datos de este encuadre paisajístico que, ciertamente disfruto en la mañana septembrina. Cerca de donde me encuentro sigue trabajando el labriego Dionisio Martínez Belmonte. Su figura es como la de sus antepasados, aquellos huertanos que cavaban la tierra, seguían el curso de las horas para escardar, que es lo que hace en ese instante, en tanto que le acompaño y se interesa por todo cuanto le indico, pues se trata de un buen labriego que con una edad madura, ya que no pasa de los sesenta y cinco años, conoce perfectamente su faena y además se alegra de que alguien, por fin, se interesa por la huerta, por esta zona que aún se mantiene viva. Por eso me da cuenta y seña de cada encuadre, de los dos motores que hay en la finca para regar la tierra, más de doscientas tahúllas. Gusta de trazar su esquema de vida y trabajo e incluso recordar de cuando era joven y tuvo que aprender diversidad de oficios, desde albañil a llevar un camión que transportaba piedras de la cantera de La Cueva, para la construcción de las casas de Casillas, pues el monte,

como lo llama, de La Cueva, es muy importante y de una riqueza inigualable, que él lo ha experimentado. Después se tuvo que dedicar a las faenas de la huerta acomodándose a su heredad, pues en ella se encuentra perfectamente y se sirve del agua que los motores le otorgan, ya que la acequia de Casillas con sus más de mil regaderas, son insuficientes para el riego. El hombre mantiene en este momento su insatisfacción por la carencia de agua que es algo que nutre de incomodidad la mente de todo el huertano que se precie de tal, y es que el agua es básica. Por ella lucharon, por llegar el primero a su tanda y en los años cuarenta hasta incluso tuvieron que llevar sus problemas ante la Comisión de Hombres Buenos de tanta raigambre, aunque ahora, me señala, ya casi no la utiliza ningún huertano, sobre todo los de Casillas que son muy delicados y honestos en sus actividades y además ya no existen las tandas. Particularmente esta conversación me infunde una cierta tristeza como un aliciente para continuar en mis meditaciones sobre la huerta en general, dado que siempre hay que poner énfasis en la necesidad del agua y en el medio que ha se seguir para que el huertano la tenga en abundancia, algo que no sé si se llegará a resolver algún día, pues ahora ni con los motores se tiene para cubrir necesidades, en las plantaciones de la patata, en las otras que conforman el hacer del labrador. Dionisio es un excelente conversador y dejo que se expansione, pues el hombre apenas puede expresarse como Dios manda, como me señala, sobre todo ante quienes tienen el poder y pueden resolver sus muchas demandas, que las tiene y me insiste en que exponga sus deseos donde pueda, que tiene que seguir manteniendo a su familia, que es un labriego de ley, pues de raza le viene al galgo, ya que su padre y abuelos se dedicaron a estas faenas, se dejaron la piel en la tierra, de la que extrae un puñado con sus manos regordetas. Esta tierra, es el pan de la familia.

Desde el lugar en el que me encuentro se domina un paisaje luminoso con cierto silencio, pues es domingo y la gente se encierra en sus moradas, nuevas viviendas que son más bien propias de la ciudad o a veces se disponen en chalés de un marcado sentido arquitectónico muy agradable y que, en algunos incluso se marca una renovación por acercarse a la vida rural, sin ofuscar para nada el diorama huertano, cosa que puede servir para planificar el paisaje, conservando su entorno. Surgen los dos motores como piezas de artesanía que sustituyen a la vieja estampa de la aceña y noria que la hubo, como a su vez se distinguen una serie de casas de calidad pétrea y que forman parte de la heredad antañona. Son las casas de Antonio Muñoz y Juan Muñoz, la de Paco "el Caliente", de Paco Serrano "el Periquete", de Francisco Muñoz "el Baillo", que tiene noventa y tantos años y es un personaje de la vieja huerta, junto con la casa de Paco Magaña, otro casi centenario huertano que merecen nuestra loa desde estas páginas, pues pusieron su trabajo a disposición de la población, se jugaron la vida por dar constancia de su presencia. Por sí mismos estos personajes aludidos dan razón de la crónica casillera, de su legado y testimonio, como hombres que fecundaron la savia de lo que se ha forjado en los últimos años en esta pedanía que es joven y a la vez antañona. Conserva la ilusión y la capacidad de evocación que es su nota primordial; de unos personajes que trajeron la savia, el rumor y la vida, dejaron su semilla y ahora, en su vejez son, siguen siendo parte esencial, fortalecen con su presencia lo mejor y más personal de este paisaje desde cuyo escorzo se domina un fecundo arsenal de valores. Son los que legaron su voz que se conjuga en sus trovos y ademanes, dignos de recogerse e inventariarse por quien tenga capacidad de ello.

21

El aljibe de los Martínez

[Casa del campusino]

Cuando se camina por este andurrial de asombros, huerta de facundia y hermosura, a veces se da con algo que nos impresiona sobremanera; se nos enreda en el alma como una insondable pervivencia de valores inconfundibles. Se dejan ver, desde su humildad algunos de sus aposentos más primitivos por cuyos círculos internos resbala el agua de la lluvia, cuando ésta se hace visible, quedando en la zona oculta de su morada. De pronto se nos presenta a la vista el viejo pozo o aljibe de amoroso encuentro, como brote que nos ilumina un espacio temporal.

Ya he dado, en mis cuitas huertanas, con efigies de este talante, con algún aljibe señorial típico y a punto de desaparecer. Me refiero al que se puede observar todavía en la zona de Zarandona, en el Carril de los Manolos y que se llama pozo del "tío Paco Carmona", pues a este respecto el huertano utilizaba éstos para recoger agua en época de sequía. En el camino Viejo de Monteagudo, también se encuentran

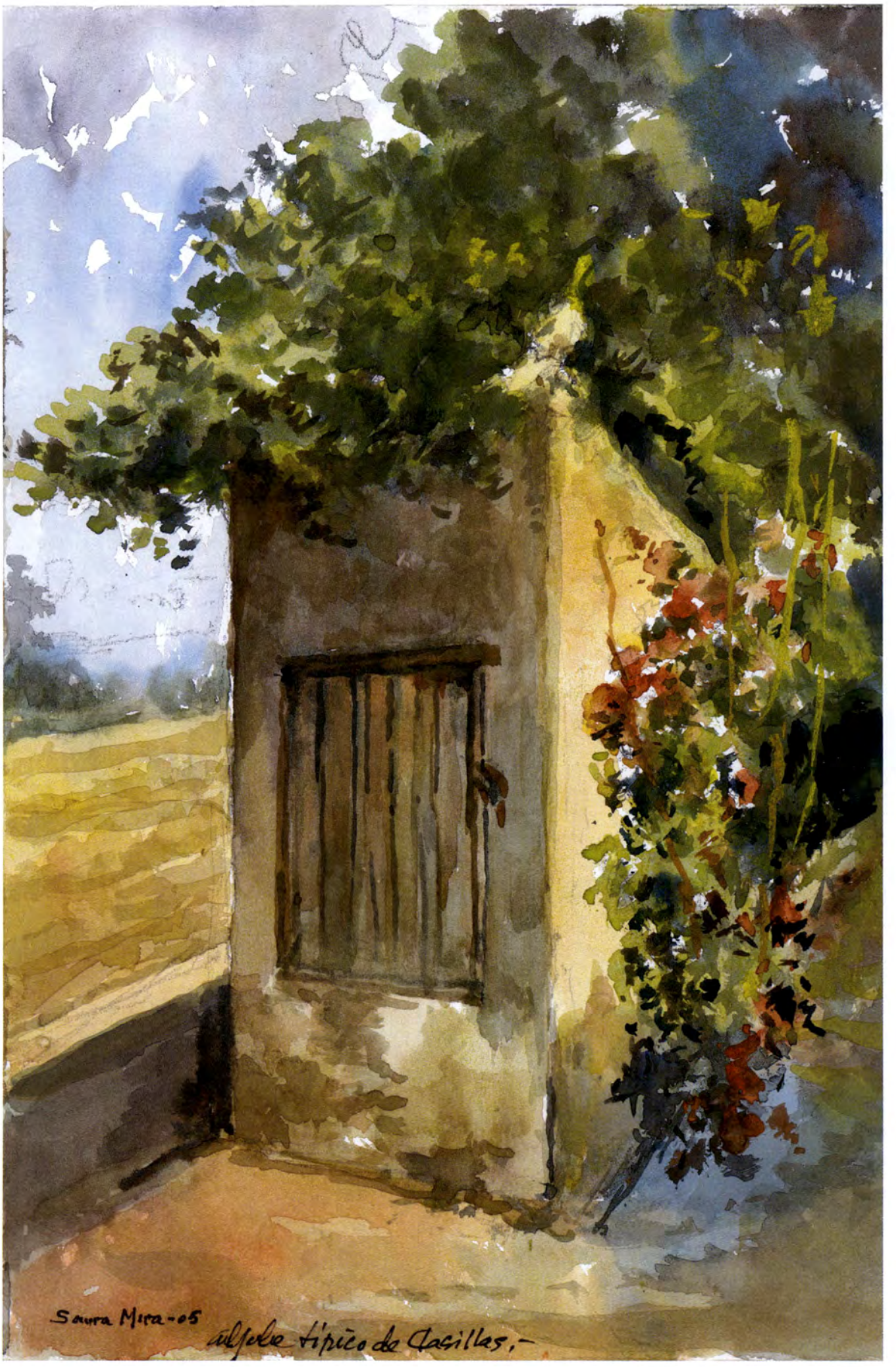
los "Pozos de los Morales", como existen otros en la pedanía citada, conforme nos cuenta Carmona Noguera en su obrita "Las raíces de Zarandona".

De singular interés es el que me sirve de apunte y contemplación, que se encuentra en el camino de Los Martínez, en la finca que estamos reseñando. Apenas si se ve, pues si seguimos por el carril no nos damos cuenta de este pequeño gran monumento, aljibe que hace eco de su seña moruna, construido en los años treinta por Salvador Martínez Belmonte, que a la sazón era obrero albañil, hermano de Dionisio que colaboró con él en adornarlo con las dos palomas que se dominan en su techumbre, esculpiendo a su lado un Quijote, con mucha gracia y que se encuentra en la techumbre del aljibe, aunque oculto por las ramas de una gran morera que deja sus hojas anchas caer deliciosamente sobre ella.

Le tienen amor al aljibe y lo cuidan con mimos las mujeres de la calle, pues me consta que cada día le instalan flores a su entorno y ponen macetas para su decoración. Se puede decir que es tenido en cuenta y solicitado por los que acuden a la finca y hasta puede que beban de su agua que, según me indican, está clara, proviene de los motores de la heredad con más de ochenta años, pues con los mismos se regaban doscientas tahúllas, al no poder hacerlo la acequia de Casillas que es la que se señorea por su contorno, con sus regaderas que son sus hilas de mejor rigor en la faena del riego, aunque con escueta destreza. Sigue en pie el aljibe en rinconada de la calle de Los Martínez, dejando su calidad y efigie, como si fuera monumento de la más encomiable rusticidad que nos enrolla con aquellas vibraciones seculares de la vida huertana de Casillas, dentro de una zona que le sirve de borde y límite, pero que es testigo de una evolución admirable.

Por su entorno se domina un envidiable paisaje que derrama siluetas en una lejanía que acuña encuadres bellísimos, donde la morera y la casa con la palmera ajustan sus cuitas y nos estremecen en su contemplación. Desde luego, en la calle citada y en el interior de la finca se vibra en la mañana dominguera de un septiembre agradable y generoso, pues observamos en uno de sus patios acicalados con el decorado de lo festivo a unos personajes, familia entregada a la faena de despellejar unas liebres cazadas con anterioridad, lo que otorga carácter y ademán de un cuadro costumbrista, pues casi toda la familia, comenzando por el abuelo se dedican a preparar la comida que será de festín sin duda, por lo que observamos y donde no faltan las aves y toda clase de menestra. Un tanto mas allá el labriego, con el que hemos conversado, sigue en su faena junto al bancal de sus amores, en tanto que el paisaje pone notas coloristas en su espacio, y hasta los girasoles secos y empapados en su ocaso dejan unas manchas delicadas en un cercano anchurón con sombra deleitosa, en una panorámica grácil y señera con la silueta de Monteagudo que, en cada remanso se señala como un detalle firme y leal.

Se puede provocar el aliento del recuerdo con tan sólo pronunciar palabras, sugerir voces que el labrador asimila y cubre de santidad, pues lo contrario es atender otras conductas y deslizarse por vericuetos que a nada conducen. Nosotros estamos empeñados en dar respuesta a esta evolución progresiva que deja atrás los moldes de una huerta cargada de signos y gestos que hemos de defender siempre, en todo tiempo, dando respuesta a los mayores que se siguen reuniendo en las tabernas dejando caer sus frases, comentando anécdotas, señalando marcas de otros tiempos donde se usaba la artesa y el horno para hacer el mejor pan: se utilizaba la trilla y se sembraba en los bancales. Eran tiempos de trabajo y cosecha, de buenos sentimientos que se estrujaban en tangibles ilusiones que a veces no se podían cumplir, pero al menos el huertano de pro trataba de superarse y dejar su piel en el tajo. Se encorvaba y seguía en sus trece, a pesar de la enfermedad y de la inclemencia del tiempo, pues tenía que luchar por sus hijos, por llevarles la leche y el pan, aun a pesar de que le dieran zarpazos en sus peticiones, en sus deseos de incrementar la vivienda y poner razones a sus ideales.



[Aljibe típico de Casillas]

El huertano de Casillas es a veces tímido para sus cosas pero generoso, abierto a los demás y colaborador con el murciano. Sabe agradar a quien le consulta y es capaz de entregarle todo, buscar en sus arcas y sacar los recuerdos más entrañables. Y desde luego, la mayoría de los consultados añoran el pasado, aquella huerta de pozo y aljibe, de sendero y pastoreo, de establo y vacas, de horno de pan cocer y de auroros templando instantes de fe cristiana; de misa y homilía a su Corazón de Jesús y de amor a sus cofradías que han alimentado con sus rezos.

Evocan las mujeres aquellas cuitas de antaño gozando en la recogida del pimiento y recuerdan con nostalgia a sus amigas desaparecidas como María "la Pale", la Maruja y la Juana, pues que otras eran, la Angélica, la María de Manolito, Conchita "la Lucas", Carmen "la Uñas", "la Lola del barbero", o Carmen "la Pichota", que me enseñan en una añeja fotografía sacada de un arcón, apenas perceptible pero que mantiene una densa calidad de añeja huerta.

Todos conocían al célebre veterinario el "tío Pepe", que era un hombre tranquilo y seguro de su disciplina. Sabía como componérselas para estar en su trabajo, tranquilizando al labrador que tenía enfermas a sus vacas, dejando su conocimiento en cada rincón y siendo persona amable; lo que se constata en cualquier rinconada de la pedanía y por ello merece nuestro elogio, personaje sin duda que ha dejado un gran recuerdo por la humanidad que plasmaba en sus actuaciones, la generosidad y el mimo que ponía para resolver los problemas que le traían los vecinos. Damos fe de ello en las diversas conversaciones mantenidas con huertanos de esta huerta, muchos de los cuales lo mantienen en su memoria.

Tiene destreza el huertano en sus cosas como no cejan sus mujeres en dar tono y belleza al quehacer diario, bien estando en casa y cuidando de los suyos como atendiendo a pormenores que encajan en su forma de ser, Pero aún puede dedicarse el labriego a sus ocios particulares dejando calidad de su bien hacer en materia de colombicultura, ya que Pepe "el Rojín" siempre está en su faena, en sus menudencias de preparar a sus palomas deportivas, cuidándolas con agrado en el habitáculo que mantiene en una calle del Rincón de los González que pertenece al Llano de Brujas. El lugar no deja de interesarme por el gracejo de sus viviendas que mantienen su aporte y se insertan en rinconada huertana con sus bancales y moreras. Una de ellas conserva el tronco más enjundioso y grueso de las que he podido contemplar, además una de sus casonas mantiene el color bermellón tan típico, con sus ventanas y portalón cerrado, como si estuvieran esperando la llegada del sepulturero.

El lugar es agradable y suscita un argumento de encanto con nuevas mansiones donde se vive felizmente, en convivencia con otras venerables casas de la auténtica huerta, en cuyo interior se asoma el letargo del pasado. En una de ellas la figura de la anciana todavía sienta sus coturnos como señalando que forma parte de un pasado lleno de cadencias entrañables. Se trata de una figura de anciana que cursa ya los noventa años y cuida de no se qué cosas, pero se une a su fachada blanca como si fuera algo suyo. Veo en su entorno una serie de gatos que se enredan y conviven con ella como si fueran de familia, y todo me señala un pedazo de pasado que emerge como un sueño vivido. Pero lo cierto es que cuando, paso por este lugar aparece la silueta de la mujer de luto, con más cicatrices que el tronco de la morera que le sirve de apoyo a la fachada de su vivienda.

"El Rojín" se las compone para ubicar sus palomas en tal encaje, como si buscara resguardarlas de la vida urbana y lo desempeña a las mil maravillas. Se deleita simplemente con hacerlas competir en concursos comarcales, que desde luego sí que tienen éxito y en competiciones hasta ha llegado a ganar algún trofeo. Ahora están pelechando y hay que tener paciencia en ello, pues dura hasta octubre que es cuando comienza la competición. De ello, hace ya muchos años, pues existe una sociedad de este tipo en

Casillas que data de los años setenta y cuyo presidente es Daniel Oliva "el Dani", que se preocupa por este deporte en el que se suelta la hembra en su tiempo de competición, para que el macho que la siga con más asiduidad anote más puntos, y se haga ganador. El juego dura unas dos horas y hasta se pueden contar unos doscientos treinta puntos. En una de sus competiciones, a nivel comarcal, Casillas se quedó finalista de la Copa del Rey, lo que significa un excelente puesto y una gran labor por parte de "el Rojín", de cuyo trabajo está orgulloso.

La mañana dominguera ha dado para mucho en tanto que el sol aprieta y pone tonalidades en las fachadas de las casas de adobe que se insertan en su alrededor, como luciendo su pose y dando calidad. Son las casas del tío Jesús "el Aceros" y la de su hermano. Se eleva sobre su costado una palmera, erguida y graciosa; de tanta elegancia que consigue dar un valor estético incalculable a este rincón huertano, que eleva plegarias de luengas satisfacciones al *lugarico*, por donde atraviesa la acequia de Casillas, en dirección a los Cabezos.

22

De la Orilla del Azarbe a la Vereda del Capitán

Se abre la Senda desde el Camino Viejo de Casillas hurtándole a la huerta sus más exquisitos espacios, pues hay que saber emplazar su jurisdicción, la de una pedanía que se mantiene enhiesta desde 1978, a partir de la firma, aquel 23 de junio, entre Enrique Luján Pujante y Juan José Larrotcha Martínez, junto con Ángel Martínez Martínez, momento en el que se hace la entrega del escudo heráldico de la pedanía, que nunca debió salir de la localidad por pertenecer a su patrimonio más entrañable. Que uno no justifica estas apropiaciones indebidas a no ser por malos propósitos que al fin y a la postre dejan mucho que desear y la historia torna las cosas a su buen camino. Desde entonces el blasón se arrima a quienes amamos a la pedanía, nos asomamos a su tierra de huerta y bancal, de acequia como la de Casillas, que desde la capital murciana se hunde y enreda en la tierra sagrada de nuestros ancestros, por el entorno de la Senda, delimitando sus brazales y dejando la nervadura de sus regaderas, a la vez que señala los puntos de sus brazales cuyos nombres quedan para su crónica.

Sus puntos cruciales se acuñan en diversidad de nombres como el brazal de Peñas, de los Arocas, de Melero, de los González, de los Zamoras, de Juan Antonio, del carril del Campusino, de la Avenida de Monteagudo, de la Peña de La Morera, de la puerta de la Iglesia, de los Pedetes, de la Curva del Transformador, del Angelito "el Cano" y de Pepe "el Buendía", Son catorce los brazales que contiene dicha acequia que penetra por el Rincón de los González para seguir hacia los Cabecicos, donde se encuentra la cola que se dirige hacia el río. También hay una serie de ventanas en la acequia que apenas si dan para riegos importantes, pues en el presente se utilizan los motores que es la base de los mismos.

Se destaca una eficaz huerta en la zona por la que nos emboscamos en la mañana para respirar la lluvia recién caída, y cursar una ruta de delicia que nos advierte la mirada del viejo labriego. Es el momento de dar nuestro pésame a José Miralles Lozano "el Campusino" por el fallecimiento de su esposa. De ello nos enteramos no hace muchos días cuando volví a retomar el trabajo para pergeñar o hilvanar un libro sobre la pedanía, en unos momentos en los que afrontaba nuevas vivencias y aportaba datos para la crónica. Veo al hombre un tanto amargado y solitario, pero con buenos propósitos de amarrarse a la vida muy a pesar de sus ochenta y nueve años, que eran los que tenía su esposa Juana María Ros Castejón al fallecer, siendo enterrada en el cementerio de Monteagudo. Buena vida ha tenido el hombre y ha luchado, trabajado en oficios diversos, pues lo mismo estaba en la siega de Castilla, donde se forjó su carácter, como en la vendimia francesa, retornando a su Casillas para continuar con su trabajo de agricultor, amén de integrarse en cuadrillas de aguilanderos en los días de festejos navideños. Sobre todo en los momentos en que había que cantarle a la Purísima, que entonces lo hacía perfecto con su guitarra lanzando a los cuatro vientos aquello: "En vísperas de Navidad, a la iglesia vamos a cantar. El aguilando de la Purísima, Y dejando al Sacristán". Conoció a su vez a sus compañeros que tenían sus barracas colindantes y a los auroros, de los que ya hemos comentado sus cuitas y salidas por los carriles como el "tío Pepe Oliva" y otros que quedan en su memoria, capaz de evocar a la "tía Persona" y a José "el gitano", del que tantas cosas se advierte en la huerta, pues se dice que era un buen hombre y que se metió en líos por ser de tal guisa. No ceja el hombre, en esta mañana lumi-

nosa y a la vez triste, como afirma, de recordar al llamado "tío Saín", del que hemos escrito en este trabajo, pues aduce su criterio de que en realidad sí que existió, esto lo dice con la convicción de que él mismo confirma de que en los años treinta la gente lo retenía en la memoria, incluso las madres le decían a sus hijos que comieran porque en caso contrario el hombre del saco se los llevaría. De hecho me dice, que en esta zona desaparecieron algunos críos de cinco y seis años y se argumentaba que era por razones de utilizar su sangre, en unos años muy difíciles y envueltos en una bruma un tanto extraña. Pero aún me indica que recuerda a los niños desaparecidos, uno era hijo de un pocero, el otro de un tal Vidal y el tercero era familia de un tal Maíquez.

En fin son cosas que cuesta creer a no ser porque muchos huertanos de edad nos confirma estos gestos y conocen a estos personajes como también dan referencia de la bruja que vestida con su mantón negro y nariz alargada y fea, se acercaban a las niñas que se portaban mal, esto lo corrobora José Miralles al señalar que todavía se suele decir en la huerta y que él mismo lo ha presenciado. La realidad es que cuando en la huerta y en zonas alejadas de la ciudad se cuentan estas cosas, es por algo que mantienen su razón de ser, como existen en otros pueblos. Se trata de alusiones que se han ido transmitiendo de padres a hijos y dejan un eco de algo que puede tener su origen en ciertas etapas de la historia; aspectos que pueden dar lugar a una investigación cargada de desazón ante el misterio y sin razón en el que nacen estas leyendas, pero que quedan para su interpretación y que desde luego las hay entre los mismos huertanos más aferrados a sus tradiciones. La presencia de duendes en la huerta, de voces que se comunican a horas determinadas del atardecer, de fantasmas que pasaban de un lado al otro del río con fines lujuriosos, como la presencia de la bruja con la cara tapada y capaz de volar con su escoba, son otras tantas narraciones que se encuentran en forma de latencia en estas zonas acurrucadas en su rica tradición y que desde luego nos interesan sobremanera.

La verdad es que "el Campusino" nos deja un buen sabor de boca al traer a colación las barracas de su entorno, como darnos cuenta de sus menudencias vitales que asombran a quien las requiera, pero mejor por su aporte de buen hombre capaz de entregarlo todo a sus tres hijos, pues una hija se le murió hace años, siendo muy joven y eso le provoca una herida en el alma, que sus otros hijos están muy bien acuden a verlo de vez en cuando y hasta se llevan un conejo para comer, pues ya se sabe aquello de al viejo y al bancal lo que le puedas sacar. Mantiene en su pecho la crueldad de un momento en el que estaba en Castilla y alguien muy cercano lo trató mal, y desde entonces se aparta de aquella tierra:

" Adiós Alcalá de Henares,
sepultura de hombres vivos,
donde se amansan los bravos
y se pierden los amigos".

Ahora José Miralles se dedica a plantar ajos, poner tomateras y cuidar conejos. Añora los viejos tiempos como es lógico y recuerda constantemente a la que fuera compañera de su dilatada vida, como medita sobre la vida pasada en estos bancales desgajados ahora donde persiste el horno y el pozo, aunque tapiado. Se lamenta de no poder coger el legón a sus anchas y de no arar o recoger el trigo en su debida época, pues en esta zona se ponía a secar el trigo y por una tahúlla se pagaban quince pesetas en el año cuarenta. Se acongoja por casi todo aunque es un hombre curtido y pegado a la verticalidad de su destino, reconociendo que la vida le ha sido excelente con sus trágicas heridas, con las muertes a cuestas de sus familiares, pero ello hay que acatarlo como hombre que se es, con la paciencia del Santo Job y con el alma en pie, esperando que sus hijos le resuelvan lo que le queda de

vida. El hombre ajusta su perfil a lo que posee que es mucho ante lo que exige, porque la riqueza es una entelequia y se tiene cuanto se evita por no ostentar la vanagloria ni precisar más que lo necesario, que con un trozo de pan y queso y un vaso de vino se tiene más que suficiente para seguir viviendo, pero eso sí, hay que cuidar a los conejos y las gallinas, esperar a que empollen para sacar sus crías y eso sin atender a los reclamos de la luna, que en este caso su mujer sí que seguía los viejos usos de la materia. Pero sobre todo "el Campusino" mantiene su honor y lealtad a la vida, a lo que fue, aunque tenga que sacrificarse en su soledad, sin parienta a la que comunicarse en sus horas malas, sin palabras que le aconsejen en sus noches antiguas y modernas pasadas en su casa. Antaño estaba el cuarto de aperos y después, en los cuarenta ya se reconstruyó y aunque pasó por diversas reformas se sigue manteniendo como antes, siendo una de las casas mas viejas junto con la de su compañero Juan Soler, pues en sus años de niñez todavía pudo contemplar la barraca del "tío Paspo", que era de las más grandes que existían en la huerta entera. Era allí, en la casa de sus padres donde llevó de la vendimia una cantidad suficiente, nada menos que dos mil quinientas pesetas, con las que compraron sacas de harina y trigo para segar. Aquellos días eran dichosos a pesar de tener hambre y no haber lo suficiente, aunque después en la guerra se pasó lo suyo, lo que supo llevar con su mujer, cuyo matrimonio en el año 1939 tuvo sus afanes y hasta el fruto de cuatro hijos. Lo pasó mal en sus constantes oficios, desde camionero a vendimiador y finalmente campesino labrador de estas tierras que entonces formaban parte de Puente Tocinos, aunque aquellos instantes eran difíciles y ahora se está mejor. Recuerda cosas, anécdotas y su batallar en beneficio de la Senda, que desde la ribera de la Orilla del Azarbe llega hasta la Vereda del Capitán, en cuyo trayecto se encuadran caminos y senderos, se ajustan rinconadas y crecen las nuevas edificaciones, aunque éstas no descomponen la armonía del conjunto huertano que se ha ido custodiando con eficacia. De esto damos cuenta pues hemos pateado este trayecto tan entrañable, con la fruición del que desea tomar contacto con un lugar.

Se puede aquilatar el camino desde cualquier carril hasta dar con la Vereda del Capitán, por donde limita la pedanía. Cabe un encuentro con la huerta auténtica, sin los remedos que imponen su signo, cuando el buldózer va segando a dentelladas la fértil manta verde o se hunde en el vientre de la casona, pues por este encanto de veredas y carriles se alza la casa vieja y la morera sagrada, surge el matiz suave de la flor que resbala por el muro añoso, cerca de la casa y se enfila el ciprés con su verticalidad atractiva. Cada rinconada es un recortado paraíso donde se conjuga la era con la cuadra que recoge a las bestias, algunas de ellas están en su descanso de día festivo. Puede que la viejecita se esconda en su rinconada para que nadie la mire, ella que es un auténtico documento vivo, una esfinge que huele a humanidad y que nos trae el eco de un pasado buscado, cuando por este pago se refocilaba a sus anchas el caballo que traía el Capitán, viniendo desde Murcia a sus bancales. El hombre poseía en el mismo cuarenta y nueve tahúllas, que de esto me dan cuenta la serie de personas que conviven en el carril de su nombre, que se inicia en Puente Tocinos, donde se otea una añosa mansión, con dos piezas pétreas que conservan unas argollas con la cadena que individualiza su finca, cerca a la de D. Baldomero. Heredades que se fueron adquiriendo por huertanos en la largura de la vereda que llega a la Senda de los Membrilleros. La verdad es que nos impone su densa fisonomía todo este paraje, en tanto que vienen a mientes los nombres de los descendientes de Santiago Pina, que irrumpieron en la zona para trabajar en la huerta y sentar sus coturnos de agricultores. Por aquí es fácil conversar con gente que opinan sobre el tío Pina "el Viejo", quien mucho conocía al Capitán, personaje afincado en esta tierra que sabe a palmera y breva, que huele a vieja arca sedimentada en los más cálidos perfumes de la huerta más ancestral.

Jaime Mira
2004

La tradición belenista en la huerta. (Su impronta en Casillas)

Aspecto importante es el de la vigorosa capacidad para encajar el "belén", como forma tradicional que en nuestra Región va cobrando un sentido completo y brioso del manifestarse huertano en este tiempo del Adviento, donde todo nos habla de amor y unción, de humildad y de grandeza, de sucinta sabiduría y de amable encuentro, emulando formas de nuestros antepasados, quienes sabedores de la tradición belenista salzillesca y napolitana; han venido acaparando estos tipos de actos, pergeñando, a través de sus artesanos los clásicos belenes, con figuritas muy enraizadas en la fe popular, sobre personajes típicos y graciosos, afincados en el lugar, donde se suele hacer dicho encuadre del Nacimiento con el diorama respectivo. Desde San Pedro del Pinatar, donde es típico "encajar" un belén navideño en la plaza de la Constitución, o los Nacimientos de índole familiar; hasta los de Puente Tocinos; toman constancia y conforman una manera de hacer en este sentido, junto con los Autos de Reyes Magos, de tanta afición en la huerta y sus pedanías.

La peña El Desembojo de El Secano, de la pedanía de El Raal, asiste cada año, con fuerza y enjundia a este menester, contribuyendo a dar ambiente al momento litúrgico, mediante el belén móvil, donde cabe observarse todo un excelente atuendo de composición muy entrañable, con las típicas barracas hechas con adobe por la juventud del lugar, dirigida por expertos y el buen cura párroco, junto a acequias y con la típica nota de la presencia de la aceña o bombillo, como había en la zona, integrado por todo su engranaje, hecho de madera de morera, con los cangilones, que se dejan ver en el centro (como solía estar) de la acequia, con la "tijera", donde se sentaba el buen labrador para da vueltas a la noria y el recibidor consecutivo.

Acaso sea esta la nota más ajustada al belén viviente, que en la noche del veinticuatro será un trozo mágico del acontecimiento, envuelto todo en la música de los auroros y de los coros de niños que elevan sus plegarias al Niño recién nacido, como en otros lugares también se hace, siendo la huerta el escenario de esta estampa tan querida y enfocada desde la fe de un pueblo que quiere apiñarse en este espacio temporal donde todo se funde en un ardoroso abrazo hacia la humildad y la grandeza, sonando desde lejos el villancico que cobra viejos ecos de pandereta y castañeta, con las tortas y mazapanes recién hechas, en los hogares del huertano.

Traemos estas notas para dar cuenta de la tradición belenista que existe en nuestra huerta a lo que se une a su vez, la costumbre de celebrar Auto de Reyes Magos, en cuya representación ha participado el panochista casillero Manolo González, erudito en estas artes y lo hizo representando a Josepe. Pero eso es algo general y que el huertano saca partido utilizando un texto del siglo XVIII. Nosotros en nuestras andanzas por la huerta hemos dado con peñas y personajes dedicados a fomentar el Nacimiento con base a la manera de la huerta, en un diorama típico donde la barraca, la noria, el bombillo y los personajes dan cabida al contenido belenista, por lo que cabe mencionar la actividad de peñas como las citadas en El Raal, junto a nombres tan importantes como José Soto Suárez, típico artesano de este medio o el vie-

jecito que tuvimos el honor de conocer en una ocasión, Ginés Nortes Rosa, apasionado por este tema y por las costumbres de su amada huerta, que fuera conocedor de bailes y canciones típicas como las que me canturreó con su leve voz:

"Anoche vine borracho,
le pegué un palo al candíl,
a mi novia puse tonta
le eche mano al colorín...".

A rodea, rodea, si vas por hilo.
Yo también arrodeo por ir contigo...

Incluso aquella:

"Más valía ser vidriero
que llevar vidrios a cuestas
que no mantener mujer,
para que otro se divierta...".

En este aspecto Casillas aborda desde su entraña, la mágica secuencia de ser recreadora del Belén móvil, que mantiene su entrañable visión y galanura. Fue en su momento cita indiscutible en época de su Alcalde, Ángel Martínez Martínez, cuyo autor Vicente Sánchez Romero, le dio un tratamiento especial incrementado por la gracia y el ademán de sus figuras dentro de un diorama apropiado y fecundo, pues quedaba instalado el Belén en plena huerta de Casillas, pasando los cuatro bancales, la "tía Perica" y el plantón..., como aduce el mismo Sánchez Romero, siempre al quite de cualquier evento de su amada tierra.

En época navideña se instalaban por este escultor, dos belenes... "que relumbran más que el sol...," lo que sin duda, en su movilidad daba atractivo a sus figuras sagradas, pintorescas y graciosas, portadoras de una singular versatilidad, tanto en los rostros de María y el Niño, como en los secundarios de pastores y gente menuda por su entorno, con la descripción de un paisaje huertano con acequias, el río, lavanderas y animales de labor, aspectos tan detallistas como de grave presencia la mansión de Herodes y la llegada de los Reyes Magos. Toda una representación cualificada que atendía a las máximas exigencias y que procuraba emociones en el espectador.

Vicente Sánchez Romero, es un típico huertano. Su padre se llamaba Sánchez Piñero y de ahí su apodo de "el Piñero", lo que lleva a mucha honra. Él mismo, nos confirma que su vocación de belenista le viene de niño y ya a la edad de ocho años construyó un belén sobre un tablero de artesa que le dio su abuela. Para ello se inspiró en un taller que había en Puente Tocinos donde de niño acudía a la escuela. Siempre inquieto por este tema, con el paso del tiempo, en 1977 construyó un belén grande que llegó a tener hasta cuatrocientos metros con grupos de figuras en movimiento, algo que vino, a provocar un auténtico evento masivo. Gustó en Casillas y a la gente en general. Venían de distintos lugares de Murcia y se configuró como importante. Para ello se sirve de colaboradores que supieron darle al mismo el máximo provecho. En verdad que la labor, también de Monolo Sánchez fue oportuna e interesante, pertenecía al Orfeón Fernández Caballero y se integró muy bien en este proyecto de darle movilidad al belén,

construyendo el típico molino con la tolva, en cuya altura se dominaba una paloma, con unas figuras de herreros dando golpes de martillo, lo que encantó a la mayoría de los visitantes.

Además colabora, José Vicente Guillén Cascales, oriundo de Espinardo, mecánico tornero quien introduce nuevas figuras al escenario belenista, como niños saltando a la comba, la palmera arqueándose o el palmerero bajando del árbol, todo ello con la imprimación de una gracia y encanto que dio que hablar. Las figuras estaban envueltas en un hálito de frescura y humanidad digno de los mejores artesanos. Con ello, todo se incrustaba en un entorno delicioso con las casitas de atobas, mansiones más amplias y presencias humanas de garbo y colorido, como la mujer que espera el paso del ratón para darle el escobazo oportuno, aunque no podrá ser por la destreza de aquél.

Había dos belenes móviles en esta huerta y ello desde los años 1977 al 2002, en que por determinadas circunstancias se dejó de pergeñar. Pero el Belén de Casillas era importante para "el Piñero", al que le supuso una cadena de gastos necesarios, pero que eso era lo de menos, pues lo entregaba todo, ni siquiera reducía en sus cuentas la parte que le correspondía, ya que el dinero lo donaba a la iglesia. A veces se llegó a gastar más de medio millón de las viejas pesetas, sólo que desde hace un año le ha venido el desaliento y tan sólo lo guarda en una sala en la que se amontonan las figuras, casas y todo un delicioso escenario de ilusión.

El belén se ponía en plena huerta, en el lugar de los Sánchez, luciéndose en un ambiente espléndido.

La mañana septembrina la paso en la casa del belenista, un labriego que se dedica en la actualidad a faenas de la agricultura, aunque en el fondo se nota su tristeza, se advierte una cierta melancolía y es cosa lógica, pues uno no puede entender este abandono del belén que era cita indudable de propios y extraños, en fechas navideñas. Pero es que además y por lo que nos informamos de la serie de crónicas de prensa que nos proporciona, el belén era un paradigma, algo que resaltaba la entidad de la pedanía y le daba su rango principal. Se le conocía en todos los continentes y era cita de pregones y presencia del Orfeón Murciano durante los años 1988 y 1991.

Como decía "el Piñero":

"Hay dos belenes en Casillas,
que relucen más que el sol...".

Se fue perdiendo la ilusión y ahora las figuras se encuentran amontonadas en una sala, deslavazadas, apenas si se notan, a no ser que el hombre, como viejo mago las haga mover, entonces cobran de nuevo vida, todo se complementa y aún desde su desorganización para retomar la función que tuvo, la de ser contemplado con sus figuras que te miraban, de ser un belén móvil, como no lo hubo nunca.

La verdad es que al pasar por cada una de las estancias de aquella sala, creada tan sólo para contener las cientos de figuras y casitas, todo el tinglado que conformaba la escena belenista del Nacimiento. Uno siente el cometido que tuvo este belén de la pedanía con su magnífica pose y su singular factura en su escenario, algo que tuvo sus raíces auténticas, sirvió de medio para atraer a Casillas a mucha gente. A su vera se programaron actos de resonancia de la Navidad en la huerta y se transformó la vida cuando niños y mayores se acercaban a su entorno para mirar de cerca la gracia que se ayuntaba en los pastorcillos, llevando el rebaño, o en la mujer con la escoba tratando de apartar al ratón. El tramado belenista se aunaba en un paisaje con figuras y casitas recostadas en los bancales, encaramadas a las lomas. Casitas menudas y más grandes, como la del rey Herodes, o se animaban las viejecitas a tatarear un villancico,

mientras las gallinas pululaban por el establo, o los herreros se ocupaban de sus oficios, en tanto que la mula iba dando vueltas entorno a la aceña. Ahora aquellas piezas sublimes y que mostraban la soltura que les imprimió su autor, quedan silenciosas y esperando que alguien las llame por sus nombres, que se acomoden a su estirpe y retomen su función. Me consta que esto sería la gran ilusión de Vicente Sánchez Romero, cuya vida ha estado impregnada en este cometido, intentado recuperar esta tradición con su especialidad.

En el interior de esta amplia sala, colindante con la vivienda de Sánchez Romero se agrupan, en desorden, cada una de estas sutiles y deliciosas piezas del belén. Están quietas como esperando que alguien les haga recobrar su vida. Me dejo llevar por las casitas y retumba en mí su espíritu. Se desliza por su espacio algo de magia que es necesario registrar en la retina y en tanto las figuras de viejecitas y herreros, de pastores y del encantador Nacimiento retienen la plegaria de su soledad. Por un ventanal llegan los rayos solares de la mañana y se remansan en las azoteas unas casitas huertanas que apenas tienen unos centímetros, pero se ampara en ellas una calidad de timidez y de grandeza que acongoja. Sobre la estancia deshilvanada se ayuntan enfoques huertanos y costumbristas que habitaron en el belén, y le dieron potencial belleza: rasgos costumbristas que inciden en la auténtica versión huertana, como estampas deliciosas que es necesario que vuelvan a lo suyo, es decir, que se inyecten en su movilidad y le den garbo y unción al ambiente navideño de Casillas, del que fuera, según tengo entendido, "real belén de Casillas" y que se conoce hasta en Cuba, agitando las mentes de los más elevados espíritus cristianos y cuya semblanza ha sido narrada en pregones de ilustres personajes murcianos. Un belén con más de seiscientas figuras.

24

La Hermandad de la Sagrada Familia de Casillas

[Casa de los Malandros]

En mi libro "Subyugado por mi tierra" (2), en el capítulo "Viejos perfiles huertanos", doy una referencia en torno a esta Senda, muy relacionada con añejos perfiles que mantuvo a los vecinos de la pedanía en trances fervorosos. En estas cuitas consagradas a la huerta de mis amores, precisamente en itinerarios fogosos al socaire del carril y de la morera, todo ello en conjunción con la versión que me otorga el huertano, típico labrador de esta tierra de encanto, suelo dar con personajes que me relatan ciertas peculiaridades de su quehacer diario o de su pasado. A veces me arrimo a esquinas y rincones huertanos en los que se aprecia una sintonía rica en viejos rumores que aún permanecen con su garbo, sin que las nuevas formas de vida, sin que la urbanización asole los bancales y deje las casas del viejo labriego en ruina total.

En este libro describo, sensaciones de la pedanía, al significar *"Por la pedanía de Casillas se huele aún a azahar en la primavera, pero una urbanización de mal tono va desollando su rostro, donde antaño bullía una vida arcaica de gran temple...". "Era un paisaje recogido entre el bancal y la voz del hombre; su peculiar habitante, con la acequia, el carril, como el del Pino, que conserva su denominación en trance de desaparecer...".*

Naturalmente que son sensaciones vividas al amparo de mis cuitas por esta parte huertana, muy enlazada con Puente Tocinos, Orilla del Azarbe, Llano de Brujas y otros espacios que nos llevan a sen-

deros y carriles inéditos y aún en su auténtico estado original, pese a las continúas vejaciones urbanísticas. Pero esto es algo para describir en su momento.

Pues es cierto que en este punto huertano tuve, ha tiempo, el honor de conversar con el viejecito Francisco Rodríguez Magaña, oriundo del lugar, ejemplo de los viejos huertanos, como Martínez Muñoz o Sánchez Nicolás, entre otros muchos personajes que me han ido suministrando aportes para investigar sobre esta pedanía en constante progreso. Por ello me enteré de la existencia en Casillas de la presencia de la Hermandad de la Sagrada Familia, con una existencia de casi cien años, lo que me hace pensar en el contenido religioso de unos hombres dedicados a su trabajo, a su familia y dejándose llevar por sus anhelos y fervores sacrosantos, como se observa en la presencia del impacto belenista que viene manteniendo a la población en constante cita navideña, cuando el forastero se acerca a ella para contemplar sus belenes móviles, de gran prestigio.

Es la ilusión y actividad de unos vecinos, movidos por el amor a la Sagrada Familia. Trataron de encontrar este sentimiento en una zona de la pedanía, contribuyendo unos treinta vecinos en ello, mediante la entrega de una simple peseta, por lo que se pudo adquirir una imagen y se organizó la cofradía, que ciertamente posee unos estatutos y en su momento se rezaba el clásico novenario, retornándose la imagen cada uno de los cofrades integrantes de la misma, como manera de respetar esta tradición. Se sigue manteniendo entre estos vecinos del carril que, pese a la trasformación urbanística que todo lo destruye, sesgando los añosos y recios contenidos que dieron vida y ética a una sociedad pegada a sus tradiciones, sin embargo, desean aunarse y dar aliento a los demás para entonar el pasado con los nuevos tiempos.

Consigo que alguno de ellos me anote la letrilla de su sucinto cancionero en honor de la Sagrada Familia, que alude al pecador, indigno miserable, y se implora a la Sagrada Familia que reporta valores cristianos de gran carácter, más aún en este momento de decadencia de lo cristiano que una clase social analfabeta detesta y aspira a suplantar por la otra ética del vacío y la miseria espiritual. Pero por el contrario, hemos de mantener estas fieles expresiones de una huerta que preside los mejores valores éticos y humanitarios, los de la unión de las familias, el matrimonio como Dios manda y se suma a quienes buscan la única verdad posible, capaz de asegurar el orden social en todos los sentidos, frente a la paganía que, de nuevo, como en la época de los primeros mártires cristianos nos quiere arrebatar el testimonio de los hombres de buena voluntad.

Por eso traigo a colación en este capítulo de huertanía, un tanto de letrilla que estos hombres de legón y vertedera me deletrearon hace algún tiempo:

"Este pobre pecador,
indigno, miserable...
Cada día más,
implora a la Sagrada Familia...
y confío me perdonará...
La Sagrada Familia en mi casa,
yo con gusto la recibiré,
huyendo de los fariseos,
huyendo los quieren perder...
Somos tus hijos
y queremos cantarte
y manifestarte nuestro amor fiel...".

Había una explosión de fe hacia la Sagrada Familia como lo es también en torno al Nacimiento y Auto de los Reyes Magos, que tanta impronta recibe en la huerta entera, pues no sólo se ha ido propagando desde la proverbial Churra, más también ocupa lugar en otras pedanías y mantiene su sabor y anecdotario preciso en distintos lugares.

Vuelvo en una mañana estival y calurosa al carril del Pino a fin de saborear, de nuevo, aquel encanto que me produjo la conversación con Rodríguez Magaña. Más aún para averiguar aspectos relacionados con la hermandad de la Sagrada Familia. Todo el carril ha sido transformado y las viejas casitas se han instituido por chalés aunque conservan el formato que mantuvo en su origen. Pregunto por su entorno donde aparecen algunas vaquerías y doy, por fin, con la familia Rosario Rodríguez Martínez, quien dice que Rodríguez Pardo fue uno de los que fundaron la Hermandad, junto con la "tía Muñoz". Me señalan que ello fue antes de la guerra civil patria. Lo hacían para trasladar la imagen a cada una de las familias vecinales. Cada noche la sacaban en procesión llevándola a la casa más cercana con la consiguiente fiesta. Hace, ya algunos años que no se sigue esta costumbre y no se sabe dónde está la imagen, cosa que sería interesante averiguar.

Los familiares habitan una casa huertana reformada, aunque conserva su toponimia, dando esquina a un camino que queda en el término de Puente Tocinos, aunque ellos se consideran de Casillas, algo que sucede en otros vecinos de esta pedanía cuyo límite habría que delimitar a efectos de mayor seguridad.

Esta familia es sumamente amable y me van refiriendo anécdotas y sucesos relacionados con el abuelo Francisco Rodríguez Magaña, fallecido hace unos años, a la edad de cien años, que fue el huertano que tuve el goce de entrevistar hace ya un tiempo, cuando buscaba nuevos itinerarios por la huerta. Una de sus nueras me deja una fotografía del mismo y reconozco su figura, con su sombrero y facciones típicas. Era un huertano adosado a una época donde la huerta vivía sus mejores horas y se mantenían las consignas esenciales de aquella huertanía, donde el agua era su factor más importante y daba resultados en la feracidad de su paisaje.

Uno de sus hijos, el de más edad, incardinado en los temas de huerta y conocedor de viejas faenas, me cuenta, de su padre aspectos diversos, oriundo de este lugar. Era Rodríguez Magaña un hombre cabal y trabajador, se dedicaba a todo tipo de faenas en la tierra, pero de una manera concreta a coger cáscaras de pimentón, que según me indica era el "palo fuerte de la huerta". Unos once kilos y medio costaban en torno a las doscientas pesetas. Es que todo lo relacionado con el pimentón, su secado y demás, era parte importante del trabajo del agricultor, llevando el pimiento molido al mercado murciano de Saavedra Fajardo, donde se expendía. Pero tenían otras ocupaciones, como las que reflejan los huertanos del lugar, entre ellas la típica y ancestral faena de la trilla, cuyo evento ocurría en los meses de verano: todo lo relacionado con segar la mies, hacer la parva y pergeñar la era para proceder a separar el trigo de la paja. En estos momentos era costumbre por esta zona, contratar a un campesino de otras tierras, como Sucina, para proceder a la trilla, lo que hacía el "tío Félix" que se trasladaba de Sucina con sus dos mulas y su hijo, a esta zona. Se quedaba los días precisos y una vez hecho su trabajo tornaba, con sus dineros, en el bolsillo, a su hogar. José Rodríguez Tovar hijo de nuestro huertano aludido, evoca aquellos lances de la siega y trilla, como momentos sagrados entre sus vivencias más prolongadas y queridas, incluso recuerda una *coplica* que el tío Perete aducía en su época de la trilla:

"En el baile bailando
dijo mi tío,
te has llevado la palma
sobrino mío".

A la sazón de estas cuitas, como las llegadas de los campesinos a la huerta, con fines de trilla, se solían compaginar otros tipos de lances que solían terminar en casamiento, lo que sucedió a un hijo del "tío Félix" que contrajo matrimonio con una zagala de El Llano de Brujas.

Evoca el huertano, desde su silla del portal de su vivienda pegada al camino, por donde penetra un sol potente y veraniego, aquellos instantes en los que el campesino de Sucina se dedicaba a la trilla, dejándose llevar por el deleite del tiempo pasado. Aquel transportar el buen trigo a su cubículo y la paja para la comida de las vacas; todo un mundo relacionado con el transporte del trigo al molino respectivo, como en este caso lo era el molino de las 24 piedras de Murcia, ubicado en los laterales del Viejo Puente. Cita indudable de viejos molineros y encajado en trajines de la maquila y discreción, pues se daba el caso que algunos huertanos como Andrés, de Casillas, se quedaba incluso a dormir en el interior del molino para cuidar su molienda, y hasta su mujer le llevaba la comida a dicho lugar.

Y es que la huerta se enfundaba en estos trabajos de signo ancestral donde la molienda del trigo conformaba un eficaz aspecto lleno de románticas secuencias, junto con ademanes de muecas y gestos que aunaban la circulación del magno embrujo de las piezas del molino, movidas por la energía del agua del río, amén de la capacidad del huertano y molinero de fecundar su maestría en tan ardua y sugerente labor. Pues otros molinos habían en el entorno de la zona huertana, cerca de la Orilla del Azarbe.

Se nos antoja que por este punto de huerta, carril del Pino y sus encajes, discretos acusadores de la potencia del árbol y la fogosa redondez de sus higuerales que se otean en cercanías; puede uno asistir a toda una escenografía de la vieja huerta donde el barracón y la barraca asumían su legado, ello junto a la casa torre, de tanta hidalguía. Por eso preguntamos a los viejecitos que nos indiquen los nombres de las barracas que pululaban por sus cercanías. Estas formaban parte de su decoración más virginal, pues estaba la barraca del "tío Vicente", apellidado de las barracas, "como se ayuntaba la desaparecida Torre Carmela, que nos relata Travel Montoya. Se situaba en el paraje de los Sánchez, lo que hemos constatado nosotros que "...era una construcción en una sola planta a dos aguas...". De su linaje ya aportamos datos en el capítulo referenciado de las viejas ermitas de Casillas. Lo que sí es cierto es que sus vecinos evocan con cierta nostalgia aquel encuentro de fe y unción que existía hacia sus ermitas, esta del Sagrado Corazón, o por la Hermandad de la Familia que tanto supuso para unos hombres y mujeres enraizados en sus creencias más puras. Cosa que en sentir de los más ancianos no se da en la nueva generación, en los jóvenes más comprometidos con otras formas de vida distinta. Se puede afirmar que el viejo corazón de la huerta, de nuestra huerta, se va corrompiendo y agitan nuevos flujos en su organismo, algo que, desde luego nos provoca cierta desazón.

25

La Hermandad del Sagrado Corazón de Casillas

[Vista de Monteagudo]

Hemos tenido ocasión de referir en páginas anteriores el gran fervor que Casillas mantiene a su Patrón el Sagrado Corazón de Jesús que, en la misma cúspide del monte cercano, con sus brazos abiertos nos aglutina en una llamada de amor y comprensión. Se entroniza su advocación en la pedanía hace tiempo, gestándose todo un espíritu de fidelidad y amoroso encuentro en sus vecinos, que en junio viven sus festejos religiosos aunque es la última semana de agosto, cuando en realidad celebran sus Fiestas Patronales. Ya en un programa festivo pudo decir el alcalde murciano don José María Aroca Ruiz-Funes: *"Casillas ha nacido como pedanía por su propia entidad y esfuerzo..."*, significando el hecho solidario de su gente. En otra ocasión el cura Ecónomo de Casillas, don José Rodríguez Romero reveló el ansia por el amor de Cristo, hacia el Corazón de Jesús como proceso del sentimiento de las fiestas: "...que por ser de Casillas son nuestras".

Hemos conocido devociones huertanas de Casillas que penetran en su fuero interno, señalan creencias asumidas por sus pasadas generaciones, como la referente a la Sagrada Familia que pervivió durante un espacio de tiempo. Recientemente se ha constituido, fruto del amor de los hijos de Casillas, la Hermandad

del Sagrado Corazón de Jesús, cuya gestión se desarrolla por don José Pérez Muñoz y el cura párroco de la pedanía, el 22 de agosto de 2001, con el deseo de formar una Hermandad dispuesta a la defensa de los valores religiosos a través del Sagrado Corazón de Jesús. Lo que penetra en la entraña misma del vecino de la entidad y va desarrollándose hasta configurarse en un documento fehaciente de este hecho.

Es en 2002, el 19 de enero, cuando se procede a la solicitud por parte del Presidente de la misma don José Pérez Muñoz, ante el Excmo. y Reverendísimo Sr. Obispo de la Diócesis de Cartagena, de crear una Hermandad para dar culto público a los Misterios de nuestra Religión y servir de cauce para una vida más plenamente cristiana, pues estas eran sus palabras con las que se instaba la creación de la Hermandad del Sagrado Corazón de Jesús. Para ello se formalizaron unos Estatutos comprensivos de treinta artículos que comprenden los fines y medios de la Hermandad, como los de honrar, venerar y promover el culto público del mismo, intensificando la vida parroquial y procurando una existencia cristiana en sus asociados. Se confirman los deseos para llevar a efecto la celebración oficial y con todo esplendor de dicha festividad, cultivando con sus miembros el verdadero espíritu de fraternidad cristiana. Se deja clara la organización de la Hermandad y de su reforma, a través de una Junta de Gobierno integrada por el Director Espiritual, el Presidente, Secretario, Tesorero y diez vocales. Junta que se renovará cada cuatro años, iniciándose por el Presidente. Dicha Junta de Gobierno ha de velar por los intereses de la Hermandad tanto espiritual, como material, y apoyando cuantas iniciativas tiendan al engrandecimiento de la misma, fomentando la moralidad y buena conducta de sus miembros. Son interesantes las obligaciones que ostenta el Director Espiritual, como presidir las reuniones religiosas y sesiones de la Asamblea General, pronunciando las oraciones al principio y final de la misma, manteniendo una labor de consejo y de guía, como de sostener y fomentar en todo tiempo la vida espiritual de sus asociados. Pero es que además representa al Obispo de la Diócesis. Siguen siendo importantes las misiones del Presidente, Secretario, Tesorero y Vocales de la Hermandad, especificadas ampliamente, como son interesantes las cualidades que han de adornar a los hermanos, hasta tal punto, que no pueden integrarse en ella los no católicos, los inscritos en algunas de las sectas condenadas por la iglesia y los que no vivan conforme a las normas de la Iglesia. Se atribuyen dos clases de socios, los hermanos mayordomos, fundadores de la Hermandad y los hermanos de número, acompañantes del titular.

Quedan establecidos los requisitos para el ingreso de asociados en la Hermandad, junto a sus derechos y sus obligaciones de abono, asistencia a los actos, etc., dándose normas sobre uniformidad obligatoria entre aquellos.

Los estatutos de dicha Hermandad fueron aprobados el 23 de enero de 2003, por el Sr. Obispo de Murcia, don Manuel Ureña Pastor.

Desde el 2003 se viene incrementando el fervor al Sagrado Corazón de Jesús, manteniendo una ilusión renovadora, que prestará indudablemente una labor encomiable en la labor religiosa de la población. De hecho ya cuenta con unos 470 socios dispuestos a programar y fomentar el culto del Corazón de Jesús, acudiendo a cuantos actos festivos sean necesarios. Parte importante en la actuación de la Hermandad es la intervención en sus fiestas patronales de junio y en agosto, donde se convoca a los fieles a compartir este fervor mediante Triduos al Patrón, repique de campanas y disparo de cohetes, junto a la celebración de la Santa Misa, acicalado todo ello con la colaboración de las Peñas y la imposición de insignias a los nuevos hermanos y con la entrega del Corazón de Oro de la Parroquia.

Es a partir del 7 de junio de 2002, cuando se hace imposición de insignias, algo que se sigue cada año con motivo de sus fiestas.

Se designa anualmente a una persona relevante con la distinción del Corazón de Oro, siendo los galardonados al respecto, a José Latorre, en el año 2003, a José Antonio Cuello, bien conocido por "Nene el Lázaro," en el año 2004 y a Pepita Moreno Martínez, en el año 2005.

Es precioso significar el gran fervor del pueblo de Casillas hacia el Corazón de Jesús al que se le tiene presente en cada hogar y se le canta en el templo:

"Gloria a tí Corazón de mi Salvador,
de los cielos y la tierra creador,
triunfa y reina en Casillas glorioso,
por la fe, por la paz y el amor.

Fuiste siempre de España,
defensa de sus pueblos,
el rey y el Señor,
de Casillas patrón y refugio,
de sus hijos su gozo y su honor.

Gloria a tí Corazón de mi Salvador,
de los cielos y tierra Creador,
triunfa y reina en Casillas glorioso,
por la fe, por la paz y el amor..."

Mira
2006

Las fiestas de Casillas

La fiesta conforma un momento de reflexión, es un paréntesis en el trabajo a la vez que una preparación para despejar el espíritu y dar rienda suelta a la imaginación. La fiesta es un evento necesario y va rociado de efectos mágicos, sustanciados en una trama de sacralidad y paganía; lo que matiza un segmento identitario del pueblo que reivindica su pasado y el latido que marca su personalidad.

He vivido estas últimas fiestas de Casillas en honor del Sagrado Corazón de Jesús, festejos celebrados en la última semana agosteña cuando el calor baja de tono y se va presintiendo el sabor de un otoño que se asienta con sus nuevas vestiduras, dejando en los árboles un recio empaque nostálgico.

Por los carriles a los que me asomo, aparecen bancales cubiertos de panochas que nos van indicando aquella típica labor huertana del desperfollo en plena época otoñal. En el horizonte se otean crepúsculos cansinos y sensibles a la nueva estación que va madurando, como en la presencia de los ecos hogareños; un muestrario que nos hace percibir el paisaje con su nueva entonación, con ripios nuevos y estancias placenteras.

Me anima a inmiscuirme por caminos y carriles de Casillas en estas fechas, dominando en sus ventanas y balcones banderas, con la figura del Santo Patrón, lo que me agrada y asume en un íntimo regocijo, como de querencia. Y es que la vecindad toma nota de este tiempo sagrado, se prepara y se deja llevar por la batahola que conlleva sus fiestas patronales.

Hay un color y una voz en cada una de sus fiestas agosteñas que imprimen carácter y le otorga una nueva dimensión, porque pone de manifiesto la preocupación de sus ediles, de su Comisión de festejos por dar relumbre a la misma, pensando en los más jóvenes y en los mayores, redoblando esfuerzos en la intervención de las Peñas desde su forma de actuación; lo que brota en bien de la pedanía que ahorma en un cóctel lo referente a actuaciones de todo tipo, con el fin de dar satisfacción a la población en general y ello es interesante, como saber aunar el pasado con el presente que se referencia en las anécdotas del Pregón festero, siempre ampuloso y literario, con el colorido de las Carrozas que van sembrándose de raza, belleza y colorido, razón de ser de su presencia, con alusiones a la problemática de esta zona huertana.

Pregonar algo es tomar nota de su enjundia, relatar una noticia que se hace pública para el bien de todos. El pregón es un anuncio de algo nuevo que va a colmar los ánimos de los pobladores. Pero cada pregón festero ha de mantener unas pausas, ser ágil y bello, reposar en el escenario y apurar su sentido de huertanía. No ha de encasillar más citas que el Tostado diera en sus escritos, ni ser tan pobre que lo comprenda hasta el más ingenuo, pues en el medio queda la virtud. El pregón de fiestas es una instantánea que se hace a la gesta que se va a vivir. Es un grito a la gente, a que acuda y tome énfasis en este acontecer durante los días festivos, tratando de dar resonancia, como los viejos heraldos, a las expresiones más típicas y precisas. Señalar que la fiesta es un fenómeno necesario, pleno de gratuidad y de resonancia. La fiesta es la razón de la vida de los pueblos, como su historia representa el diapasón de su futuro.

Casillas en este tiempo anuncia su personal forma de comunicarse con el forastero, lo atrae con sus atavíos sencillos y correctos. La misma huerta, sus perfiles, sus casas y personajes van a envolver al turista que se acerque a ella para ver, sentir, mirar, reconocer, lo que es una pedanía con sangre y energía renovada.

El pregón ha de acurrucar en su ámbito tres aspectos encomiables que exige oratoria fogosa para atraer sin divagar, resaltando el origen de la villa, la prestancia de sus reinas que se enrolan en la fiesta; son la sal del condimento festero, como la razón del patronazgo que es la semilla del fasto que se conmemora. Después queda la fragmentación que cada lienzo de buen pintor aduce en su estilo, elaborando su espacio en preparación de una obra magistral que quede para la historia.

Hay que acudir a Casillas en sus festejos con el ánimo madurado y el corazón henchido de generosidad, todo ello en un haz de gestos plenos de tolerancia y amistad.

Desde la hemeroteca uno encuentra aspectos inéditos de los festejos de Casillas como sus fiestas cumplidas del año 1981, dignas de tenerse en cuenta. Esto me lo parece particularmente, pues refleja el año en que a través de la Comisión de Fiestas presidida por su alcalde Ángel Martínez Martínez, se repartieron mil ejemplares a los vecinos de un librito sobre la etnografía de la pedanía, pergeñado por este autor, como se pone de manifiesto por su entonces presidente de dicha Comisión, Antonio Sánchez Aragón, momento en que los festejos se insertaban con, pasacalles y verbenas, sin faltar el fuego consabido, propio de la zona mediterránea, atendiendo además a los actos relativos al pregón, presentación de reinas y bailes de disfraces; todo un contenido que aletea sobre estas fiestas pero que ya en este año tan importante daba su estilo y razón de ser. Para su alcalde Ángel Martínez Martínez, inquieto y experto en temas municipales, encajaba perfectamente en las fiestas agosteñas todo lo que pudiera ir en beneficio de Casillas y en razón de su progreso, una vez independizada de Puente Tocinos, pues él hablaba de dotar a la pedanía de las mejoras necesarias con la consecución de centros escolares, reformas de la iglesia y muchas más en tono con su nueva imagen. Algo ha llovido desde entonces y con los siguientes alcaldes se han ido sumando fases al progreso de Casillas, cambiado mucho su perfil de vieja huerta asentada en sendas y carriles; lo que beneficia a sus habitantes, aunque no le estorba la presencia de todo su patrimonio, lo relativo a las viejas torres y ermitas que fueron puntos esenciales.

De todas formas me gustaría traer a colación un trovo que en esta época se aducía a la manera de actuar del inquieto alcalde, al que tanto le debe la pedanía:

"Desde La Gloria a la Cruz
hasta la Orilla el Azarbe
en tó mete las narices
nuestro amigo el alcalde;
y gracias a lo cabezón
y al rollo que él sabe
se ha reformado Casillas
como de mañana a la tarde..."

27

Del folklore musical huertano

[Paisaje de Casillas]

Es digno de destacar la labor de las Peñas huertanas de Casillas y de su impronta, en la defensa del folklore musical a través de la presencia de los Coros y Danzas, que actúan en los eventos festivos de la pedanía, como sus fiestas agosteñas en honor del Sagrado Corazón de Jesús, de tanto arraigo y fervor entre sus vecinos. Estos Coros intervienen además en numerosos actos, en las semanas culturales de septiembre, incluso dan el do de pecho en numerosas actuaciones en otros lugares. Por lo que conviene que reflexionemos un tanto sobre nuestra música regional y huertana, sobre sus méritos y atendamos a sus raíces; las que son propias de Casillas y las que se conjugan en su actuar.

Hemos advertido en numerosas ocasiones que la huerta tiene su color y su sabor, su capacidad de dar expresión a unos sentimientos que van ínsitos con su forma de ser y de sentir. Esto es lo que queremos defender: todo ese repertorio de música y baile, de sonidos plenos de alegría y de tristeza que forman

parte de la vida del huertano, de aquella vida pasada que recuerdan sus mayores. Nos atenemos a la capacidad de intuición que mantiene esta colectividad que sigue viva, entregándose a sus canciones recogidas de su acervo popular, que estaban sumidas en sus actividades del trabajo, en sus diversos momentos.

De esta faceta huertana se ha escrito mucho y son espléndidos los cancioneros de todo tipo, incluso la actividad peñera en sacar del olvido las que aún evocan nuestros más ancianos, como "el Campusino" en el material que mantiene sobre canciones de la trilla. Pero existen otras muchas en relación con la recogida de la hoja de la morera, del olivo que quedan latentes aún y en espera de que alguien desentrañe su estilo.

Ya nos dice P. Richter (3) que *"La música es un baile invisible, como el baile es una música muda"*. De tal conjunción nace el ritmo como brote de este lenguaje que ha sido y sigue siendo básico para la huerta. Desde época inmemorial el huertano se consagra a diversidad de tareas que mantienen un ritmo y una forma. Son labores de la tierra desde donde emana este folklore pleno de tiempos y bailes, de ritmos y temas. Es por ello por lo que ya algunos musicólogos sientan la tesis de que la base de esta riqueza reside en la huerta. Se puede decir con Cano Benavente, que el huertano puso fondo musical a todos sus aconteceres como contraste en la tierra: diorama de su mejor enjundia y fruto de su trabajo.

De tal guisa fue naciendo lo musical, la canción, desde la "madrugá" a la malagueña y la jota palpable, base del enfoque y de los pasos, junto a la parranda que hermosea el escenario del huertano; conjunción musical y de plenitud de la tierra, como bailes típicos murcianos.

Ello sin orillar todo el muestreo de cantos y bailes que estaban en relación con determinadas ocasiones de la vida, referibles a los ciclos, que el calendario festivo y litúrgico le iba señalando, como momentos lúdico mágicos incuestionables, a los que aquel personaje sencillo y lleno de fe se entregaba, como los relacionados con las festividades de Navidad y de Pasión, o los relacionados con fervores especiales, como lo referentes a la festividad de la Cruz de Mayo, donde el viejo huertano entonaba su mensaje en aporte de fe y amor a su dama, conjuntando un fondo de sentimientos dignos y que reclamaban enfoque diversos, con el regusto de la rosa adherida al tronco, donde se enlazaba con la Cruz, enredando sus amores en ella:

"Esta cruz que está bendita,
yo te la tejí con flor
y cuando aspires su aroma
enreadico irá su amor".

Cantos diversos, música encajada en el verbo específico de una gente sencilla buscando la paz en su paisaje arcádico, donde era capaz de intuir la sustancia alegre y amarga de la misma tierra, con sus acontecimientos, con sus afanes y deseos que anidan en la profundidad del hombre, como algo cósmico y universal. Porque la música, desde cualquier zona de nuestra tierra, unifica criterios y es cita de espíritus nobles que desean identificarse con el lenguaje más humano que existe, aunque distinguiendo sus timbres y perfiles atávicos de cada país o región, que siempre enriquecen.

Hay que advertir que toda creación musical viene justificada por sus reminiscencias, como señala Ramón de Candé: *"por el repertorio de lo que se llama folklore..."*, que siempre "*...está en motivación...*", advirtiendo que cuenta en este aspecto todo: *"un arte de tradición oral..."*.

Tradición oral que va pasando de generación en generación y que es absolutamente necesario conservar, para seguir manteniendo un encomiable acervo de tradición musical huertana, ceñida a la tierra,

base y fuente de inspiración para la popular y la más pura expresión sinfónica o polifónica, donde los grandes maestros han bebido indiscutiblemente, trayendo y dejando en sus partituras la mejor esencia del paisaje, en sus suites, zarzuelas y óperas, como tendremos ocasión de ver.

En el inmenso corazón de la huerta murciana se encuentra depositado el magno testamento de sus arcanos musicales, de sus tonos y timbres, de sus cantos que muestran su alegría y su tristeza, su petulancia y su barroquismo, la estrategia de sus hijos que son capaces de cantar a su amada en una ronda de madrugá; que acuden a la llamada de la esposa enfermita, o se funden entre los brazales y carriles solitarios en horas nocturnas, para rezarle al auroro que formaba parte de su Cofradía. Pero también quedan matices alegres en los villancicos y canciones de aguilando, en época navideña, integrados en rondallas y cuadrillas, que son las que han instado y siguen empujando todo el clamor de lo musical y popular huertano. Todo esto forma parte de la música y el baile de la huerta murciana; su colorido y su movimiento con el vibrante encaje que los nuevos grupos folklóricos le vienen añadiendo, desde sus muestras importantes a los atavíos del traje que son un acicate más en la densa versión barroca del espíritu murcianista, de su huerta y de su cultura.

Preferentemente el huertano de la Vega del Segura, la "rica vega murciana", esplendorosa y fértil, se ha circunscrito, en general, a tres maneras o estilos de canto, relacionado con el amor, el sesgo religioso y el trabajo. Cantos de amor, de fe y de labor, se insertan en sus convicciones más entrañables de vida íntima, como plegarias que se escancian en su corazón.

Forman los tres aspectos de su existencia y es desde aquí donde se debe seguir investigando, añadiendo formas, segmentando enfoques y argumentando sus raíces más cabales y originales. En resumidas cuentas, es la vida misma desde su esencia, la vida esplendorosa y trágica del huertano; sus vivencias, asuntos cruciales, sus alegrías y sus pesares; lo que le ha movido a enriquecer su cálido muestrario de cantos y de bailes, engendrando todo este acopio importante de música popular y su baile, acompasado a las circunstancias de todo tipo, desde las alegrías de la boda, a la sustanciosa imprimación de la romería a la Fuensantica; conjunción de aspectos que forman parte de su costumbrismo mas acendrado, que ha ido provocando todo un muestrario oportuno, con reminiscencias, desde luego, pero que informa una manera de ser y sentir, desde la jota a la malagueña, en el canto de influencia andaluza, en el bolero y en la parranda; el más sosegado y elegante de nuestra tierra.

Es preciso abrir la mirada y dejar correr el sentimiento cuando se hace necesario y oportuno asistir a la fiesta huertana, retomando el rumor de las viejos tiempos, donde el bolero, maestro dieciochesco, iniciaba, desde su sabiduría, el lenguaje auténtico del canto y el contenido del baile. Hay un baile "antiguo", hay otro de "bolero" que es el que incide en abundancia en la huerta murciana, donde aún se conserva esta figura con amabilidad y mimos. Hay también un "baile agarrao" y un "baile suelto", que es el que predomina en los enfoques de las Cuadrillas y afluencia de gente que se arrima a la fiesta, en las diversas pedanías de la región, encumbrando, con sus matices, la gracia y el donaire participativo, porque siempre la gente se distrae con ver las parejas de baile, escuchando la música y observando su latido plástico.

La Cuadrilla la integran los músicos que enlazan con la sintonía del canto, desde el *lugarico* y se completa con la afluencia de gente que se integra en su hacer, provocando el gracejo y sincronizando con el garbo de sus participantes, quienes bajo la denominación de Animeros, también se incluyen en estas lides, con la misión de dar sentido al festejo, conformando el alma de cada pueblo.

Utilizan aquellos instrumentos musicales ya tradicionales y adecuados a cada momento de la liturgia, pues distinto es que se trate de un tiempo cuaresmal y triste al más integrador y alegre de la

Navidad, en que los músicos están atentos a utilizar la bandurria, la guitarra, la pandereta, el tiemplo y el violín, sin descuidar, en cada época, el laúd con su grave entonación, amén de aquellos otros más severos, como la castañeta, la campana, el triángulo, las postizas y sucintos platillos. Menudencia de sonido y timbres que se adhieren al clamor de toda la música popular huertana. Hay veces que el sólo latir de la campana de los auroros, nos suscita un extraño sentido de unción en profundidad religiosa, cuando los viejos labriegos salen a cantar La Salve o entonan, en el silencio brumoso de los bancales y huertos, sus cánticos de Pasión, helando la sangre de quienes amamos y sentimos todo el brote ancestral de la sagrada tierra que vivimos. O puede ser que en época navideña, cuando el frío suscita dimensiones hogareñas, junto al fuego de chimenea, en el interior de la barraca antañona, se dejen caer alegremente y con el atuendo característico, el grupo de la Aurora, pertrechados de guitarras y bandurrias, con violines, laúdes y la castañeta y almirez, en pregón del aguilando. Es cuando la huerta entera se abre de par en par a la voz más sensible que requiere el Villancico, junto al Niño recién nacido en Nochebuena.

Variedad y engarce con notas adecuadas en tiempos rituales para el clamor de las Cuadrillas y rondallas, para el trajín de la fiesta desde el baile que anota su hechura...

Cabe pues todo un dispar argumento en los estilos musicales y bailes precisos.

Cuando llega el momento del canto y del baile, la huerta entera deja sus obligaciones apartadas y se enlaza con las cuadrillas y rondallas, se engulle en sus trajes más briosos y coloristas, recreándolo todo con el gesto y la voz, con el sonido y el *rumorcico*, hasta el punto de que el ambiente se hace ágil y en completo movimiento. Es ya la voz del huertano, la de nuestros antepasados, la que va a inflar el aire y dar realce a cada situación. Es la voz que se enlaza con el sentimiento amoroso, con la creencia y la plegaria, con el trabajo diario y el sentimiento.

En la expresión del baile cabe todo un engarce con lo musical, donde todo se encaja en el movimiento, entendido éste como *"...exteriorización del ritmo musical a través de formas y poses convenidos por toda la colectividad con finalidades diversas..."*, como se ha señalado por un musicólogo. De aquí la presencia de la malagueña amatoria y todo el repertorio de su empaque que se demuestra en los pasos de los diestros *bailaores*, con su sentido señorial y sus punteos, en relación con la misma letra que conlleva, y además sirve de manera de iniciar el baile, cuando el mozo sugiere a ella, la mujer de sus amores: "Componte Pilar, componte, vamos al baile...". Y es el inicio de romper el hielo y dar consagración a la plenitud del movimiento:

"Ya pueden estar saliendo,
los que vayan a bailar,
que las manos del que toca,
de madera no serán".

A veces se hace referencia al *bailaor* Currillo, fulero en cosas del baile, por aquello de:

"Señor bailaor Currillo,
átate los alpargates,
no vayas a tropezar
y a esta zagala la mates...".

Es la malagueña sentida hasta la profundidad del ser, irremediablemente huertana, desde que se adapta por el "bolero" ancestral, y entonces se da como seña de identidad:

"Malagueña, malagueña,
siempre estás malagueñeando,
yo por una malagueña,
vivo en el mundo penando...".

Antiguamente, el huertano de nuestros amores, cuando llegaba el sábado, salía de "madrugá", con su manta y bandurria, para cantarle a la dueña de sus ojos. Se juntaban algunos más y partían, a través de carriles y veredas, sintiendo el frío y la escarcha, hacia la ventana de su amada, lo que a veces daba lugar a ciertos altercados que terminaban como el rosario de la aurora. Pero ahí quedó este canto y baile de la "madrugá".

Hay una extensa variedad de malagueñas en nuestra región, atendiendo a cada paraje, como la malagueña bolera de Beniel, la de Fuente Álamo, de El Berro (Alhama), de El Raiguero de Aledo, del Campillo de los Jiménez, etc.

La época o ciclo de la Navidad escancia en la huerta su más caluroso acogimiento, al indígena y forastero. Momento de alegría en la liturgia que acoge el Nacimiento del Niño Dios en Belén, y en esta región es antañona y fulgente la tradición señera de pergeñar los clásicos "belenes", de peculiar factura salzillesca, aunque cargados con los nuevos movimientos de artesanos que se ocupan de poner e instalar belenes móviles en diversas pedanías huertanas, ya de indudable tradición, como Puente Tocinos o El Secano y Senda de Casillas. También son abundantes los Autos de Reyes Magos, desde Churra a La Albatalía.

Es el instante en que los Auroros, desde su mágica factura, salen con bandurrias, laúdes, panderetas y castañetas, a los senderos, para cantar sus célebres aguilandos, dando emoción a sus sones morunos y hebreos, que con alegría se suman a otros actos como los de la matanza del cerdo, y villancicos que se dejan sentir en la celebérrima Misa del Gallo.

Los cantos de labor son, indudablemente los más importantes, y como dice Bonifacio Gil, reflejan la auténtica vivencia del huertano, siendo la joya del canto de la huerta. Son muy variados ya que responden a una amplia faena del huertano cavador, desde la recogida de la hoja de morera hasta el canto de la siega, de tanta facundia en pedanías y comarcas: canciones de aceituna y de trilla, que se han vuelto a recoger, tras permanecer en la ignorancia por la abulia de los tiempos más urbanizados y alejados de las viejas costumbres.

Cuando el huertano cogía hojas de morera solía muñirla adecuadamente, pues de lo contrario cabía aquello de:

"Er que está cogiendo hoja,
y no la sabe muñir,
los borrones eja ciegos
y no guerven a salir".

Este segmento de la actividad del huertano tiene su rumorcico cuando se estruja, junto al calor del río, por aquello de:

"A la orilla del río
yo planté y puse
un albercoquerico
de hueso dulce..."

También cuando canta:

"La parva está trillá
venga el dinero..."

O cuando increpa aquello de:

"A mí me gusta la siega,
a la sombra de la higuera
y echarme una buena siesta
en la manta retalera..."

En ocasiones el huertano incide en su gracejo inocente al decir:

"Yo venía de la siega
y vi un escarabajo..."

No es tan sólo la voz cantarina del labriego que ronda a su amor desde la madrugá, cuando aduce:

"Huertanica, huertanica,
la de refajo bordao,
la de la cara bonica,
la de clavel colorao..."

Lo es el gesto del baile que conviene a la fiesta, en su regocijo pleno de contenido, al integrase en la alegría de una jota que conmueve y hace que se repliegue el cuerpo de la moza, con su gracia suma:

"Se mueve con mucha gracia
cuando bailo con mi moza,
si de la guitarra sale
la alegría de una jota..."

Estas coplas entran en el repertorio de cada grupo folklórico que actúa convenientemente, trayendo sus ecos de la jota de Aledo, Lorca y de El Raiguero, siendo oriundas la jota del Verdolay, la Navideña, la de Rincón, de Ulea, de Yecla, de Alcantarilla, cantada por el Lirios, del Chipirrín, de Águilas, etc.

Se caracteriza por su movimiento y el frenesí del tema que alienta y da alas, como de estremecimiento, removiendo el alma de los espectadores. Es un baile muy vibrante y colorista que muestra una alegría densa y llana de la gente popular.

Pero la fiesta huertana exige la malagueña, como hemos indicado, en su amplia variación con el fandango, la seguidilla y el bolero, bailando tranquilamente con parejas mixtas.

La parranda es, sin duda alguna, el baile más típico de la huerta, y como se ha dicho *"... bastaría nombrar la parranda, para atribuir a Murcia un destacado puesto entre el repertorio de los bailes españoles..."*. Quizás su antecedente sea el llamado Zángano, un baile que estuvo bastante olvidado y al que se refiere Alberto Sevilla, como de los más típicos y entrañables de la huerta murciana, recuperado de nuevo para bien del folklore. De él se ha hecho la armonización por el maestro Salas Alcaraz. En dicho baile interviene un mozo y dos mozas, reflejando las ocasiones antañonas de la huerta, donde, a veces, daba lugar a rencillas y situaciones tensas, pero que se solían templar convenientemente.

En todo caso la Parranda es, "el baile cadencioso de la huerta de Murcia", como dice uno de sus mejores músicos, como Emilio Ramírez, autor de *"Cuadros murcianos"*, donde ha puesto alma en los cantos populares titulados: "La romería de la Fuensanta", "Nocturno Huertano" y "La Parranda", con el argumento de las parrandas "pesás", o de la de "el medio", "del uno" y "del tres". En el ajetreo se utilizan las postizas en el baile, con parejas mixtas, en tanto que los hombres cantan la copla y uno de los *bailaores* "toma la vez", cambiando de sitio por detrás de las mujeres que forman pareja.

Interesante y colorista baile cuyo antecedente se dicen también que es el "retal", muy rápido y vertiginoso, seguido de la seguidilla del "Jo y Ja", junto a las Cartageneras, malagueñas de "enmedio" o la "rejeá".

Tal es el muestrario de nuestra música y danza popular, que envuelve y acompaña el folklore de la región murciana. Como se ve hay un variopinto argumento de nuestros cantos y bailes, que las cuadrillas de la huerta tratan de hilvanar y dar muestra de los mismos en los momentos festivos. Delatan el alma más prístina de la tierra abrasada por el sol, y en ocasiones sesgada por la sequía y las riadas, que han sido muchas y recordadas por sus habitantes de la vieja barraca, sensible a cuanto acontece.

Toda esta música con su ritmo y su gestualidad en la danza y baile, puede parangonarse, como se ha puesto de manifiesto, en numerosas ocasiones, con la de las demás regiones patrias, pudiendo mostrar su riqueza y colorido en el atavío de los trajes que portan los huertanos.

Pero es que además el alma de esta música está enlazada en la misma huerta, de donde tiene su fuente esencial, es y sigue siendo centro de atención para su adaptación a otras expresiones musicales de mayor factura, a través de corales, zarzuelas e incluso de óperas. Autores de la misma región han puesto su mejor vocación en engrandecer "nuestra música", desde el mismo espacio popular de donde ha nacido, provocando entre el oriundo y el forastero, emociones insólitas que destacan de una manera especial. A veces utiliza toda un aporte de temas nacidos al amparo de la barraca, de sus acequias y de sus veredas; forman parte del paisaje y de sus costumbres en relación con el embojo y el desperfollo, como el gesto que provoca la *coplica* de la "Gitanilla" que ha tratado de revalorizar la peña de la Aljufia en La Albatalía, muy del siglo XVIII. Pero son otros los sones como nanas, tranquilas abaneras, y sobre todo parrandas rescatadas y amparadas en los aires morunos de "cada guitarra que suena", de cada baile que se escancia en la perdida aldea, o en los recios usos de los huertanos, desde Churra a Zeneta.

No podemos descartar aportes musicales de nuestros artistas, además de dar cuenta de los robustos sones polifónicos y pianísticos de un Enrique Granados o de un maestro como Manuel de Falla, inspirándose en los aspectos más entrañables de nuestro pasado, desde sus consignas del paño huertano a la Seguidilla murciana, porque esta huertecica de Vicente Medina, de Jara Carrillo, de Selgas, de Sobejano y de Almela Costa, entre otros muchos, da brotes de indudable fuente de inspiración, ya que en su haber se ha gestado la razón de una vida plena de amor a la huerta, una vida con una gente labradora capaz de asombrar y de ser querida cuando se la conoce.

Emilio Ramírez es acaso el músico murciano de más envergadura por sus amplios trabajos huertanos al mejor estilo, desde sus *"Cuadros Murcianos"*, o *"Cantos Populares"*, a su temática sobre la Fuensanta, con letra del eminente Martínez Tornel, en su *"Nazareno Colorado"*. Todos, como se puede observar con referencias murcianas y huertanas como era su misma alma barroca y sensible, de poetas, que han sabido impregnar, con su música, los aires de la huerta en su hondura.

Hay que significar por su fuerza y costumbrismo la zarzuela titulada *"Los labradores de Murcia"*, música de don Antonio Rodríguez de Hita y letra de don Ramón de la Cruz, que fuera estrenada en el Colegio del Príncipe de Madrid, en 1769.

De Julián Calvo, eminente músico murcianista, es su obra *"Por correo interior"*, o los *"Huertanos"* de Fernán Caballero, a cuyo nombre se instituye el famoso Orfeón, a partir de 1933, dando muestras, a lo largo de su carrera, de su gran talante, como escuela coral. *"La Virgen del Río"*, muestra de gracioso tramado musical de José Sandoval, con letra de Francisco Fernández, tramado que se desarrolla en la pedanía de La Arboleja, con sones de ronda y trajín huertano, que se significa por el rumor de:

"Dos machos y una mula
tiene mi carro..."

De indudable categoría es la *"Parranda"*, de Alonso y Fernández Ardavín, junto con la única ópera sobre la huerta de Enrique Granados, sobre obra de Felíu y Codina, titulada *"María del Carmen"*, de singular y ampulosa factura.

Las Suites y las corales forjan un amplio repertorio de estilos y expresiones, con música de Bartolomé Pérez Casas, en su *"Suit de mi tierra"* (1904), muy en relación con la suite murcianne de Maurice Sauquet, estrenada en París.

Tanto los excelsos músicos Enrique Granados, como Manuel de Falla, dan cuenta de su impronta e inspiración en sus alegorías huertanas. *"Ecos de la Parranda"*, y *"El paño"*, éste de Falla, con el regusto de un sublime esquema ancestral de la vieja huerta de Murcia.

Se refleja el estilo y modo de una forma de ser y de habitar, de sentir, sobre todo, de expresarse desde la intuición de la que hablábamos al principio, como esencia estética de una colectividad casi absorbente y llena de espíritu tonal, donde cabe siempre hacer referencia a la singular frase de *"Murcia, la patria bella..."*.

Todo este compendio de cantos y bailes a través de las cuadrillas y rondallas, se dan cita mediante la presencia de los grupos folklóricos en festivales que, ponen de manifiesto la calidad de nuestra música y enjundia sacrosanta. Son grupos que llevan el nombre de nuestra región a diversos lugares de la tierra. Grupos folklóricos que con los nombres de "Virgen de la Vega", "Aires de Murcia", "La

Ceña", de Aljucer, "Virgen del Río" de Molina de Segura, "Museo de la Huerta" de Alcantarilla, "Vega del Segura" de Murcia, el de "Santiago" Santiago el Mayor (Murcia), el del Sagrado Corazón de Jesús, de la Peña Huertana "La Morera" y el grupo de Coros y Danzas "Virgen de la Purísima" de Casillas, van propagando, por diversos lugares europeos, el calor y el color de sus atuendos, de la misma ciudad del Segura, desde sus trajes de labor o lana y de lujo, con lentejuelas, zaragüelles, zahones, camisa y chaleco, o los refajos primorosamente bordados con temas florales a un sólo color; todo un envolvente muestrario que colma el anhelo de una ciudad y su huerta arrebujada en viejos cánticos, canciones de trilla y rondas de amor.

Y es que tiene razón el poeta de nuestra tierra al decir:

"Murcia... ¡Qué hermosas eres!
¡Tu huerta no tiene igual...!".

Jaura Mitra - 05

La labor de las peñas de Casillas
La Peña la Morera

Es encomiable la labor que prestan a la cultura, al patrimonio colectivo, las recientes peñas que, a modo de asociación particular aúpan todo el sentido de la tradición de cada pedanía, le otorgan rango y calidad. Creo sinceramente que hoy por hoy es el único medio para dar continuidad a las costumbres que presidieron la vida local, aquella vida recogida, ungida por el goce de cada hora, preñada de sabores que en la actualidad se han ido perdiendo. En verdad que tan sólo estas entidades pueden avivar, a través de muchos resortes, como son las convivencias que tratan de aunar criterios y volcarse en el recuerdo y añoranzas de sus antepasados o la utilización de la fotografía y medios modernos, como forma de conservar una serie de documentos que son su riqueza más entrañable. Pero hay que fomentar el interés desde la misma inquietud cultural por recopilar datos de un pasado que es cercano pero a su vez lejano.

Es preciso no dejarse llevar por la rutina y la comodidad de satisfacerse con lo que se ha logrado, pues por el contrario hay que seguir observando, recapitulando, añadiendo material suficiente y ampliado, renovando aspectos e instruyendo a los más jóvenes en esa cultura de sus padres, de los huertanos que trabajaban todo el día de sol a sol, que trillaban, amasaban el pan, hacían condimentos en fechas navideñas y *majincaban* la tierra; se movían en torno a su barraca, en cada una de sus faenas, sobre todo, en torno a la morera que es el árbol litúrgico por antonomasia en la huerta murciana.

La Senda de Casillas, cuenta en su haber con dos Peñas Huertanas, denominadas "La Morera" y "La Menta".

Y bien se ajustan estos nombres con el hacer de las mismas, siempre empeñadas en llevar el nombre de la pedanía a las cuatro partes de España si fuera posible. Que el de La Morera asienta sus bases elocuentes desde la misma entidad del árbol, que ha dado gloria a la huerta, a Murcia, y conviene que en esta hora, donde la morera es pasto de la máquina, donde el bancal integrado en la vetusta tahúlla se convierte en espacio urbanizable; se agite el alma en desmenuzar su estirpe provocando la ilusión por este árbol mágico que diera tanta riqueza a la ciudad: sedimento del gusano de la seda, con cuya denominación de joyante y redonda mantuvo prestigio en diversas partes de nuestra patria e inundó otros espacios castellanos. Pues a este respecto ya nuestro ínclito Cascales (4) en su Discurso Decimosexto, describe con garra y fecunda destreza de estudioso de lo etnográfico, la recia capacidad de esta tierra regada por el Segura y la belleza de sus moreras, pues ya en el siglo XVIII cuenta la huerta con trescientas cincuenta y cinco mil quinientas morenas, con cuyas hojas se crían, cada año, cuarenta mil onzas de simiente. El mismo escritor cronista, señala la gran demanda de la seda murciana en otras tierras como Toledo, Sevilla o Córdoba, aspecto que viene del siglo XVII, reflejado en Cervantes. Lo que desde luego puede aportarnos, a los amantes de nuestra tierra, aromas de vigorizante sentido. Cabría por lo tanto reflejar a través de la literatura todo un periplo de la seda, desde Murcia a diversas regiones, cuyos habitantes se cubrirían con sus graciosas telas a modo de damasquillos, catalufas, gorgorones, tafetantes y toda una enorme variedad de telas pergeñadas con la seda que surgía de todo un laboral artesanal, desde el inicio de la propia simiente de la hoja, cuidada tiernamente, hasta que ova y comienzan a salir gusanitos, previstos para

el cebo de la hoja que una vez cuajada se pone en paneras extendidas con el fin de que la simiente se vacíe en las sacadas, a efectos del emparejamiento de los gusanos que, por azar de la natura, emprenden su misión en hacer el capullo en el espacio mágico de su destino, donde se encierra para dar al huertano la maravilla de su trabajo, pues cuando el capullo que hila lo es de un sólo gusano, se llama almendra, del que surge la seda joyante. Como dice Cascales, en tanto que en los otros hilados por varios, se denomina ocal y se hila la redonda. Y sigue el proceso donde la mujer experta en la faena mas mística y preciosa de la huerta ajusta su vocación en ese monólogo ancestral de hilar la seda, algo que forma parte de la fertilidad de esta tierra. En todo caso la morera es la estampa, el icono sagrado del paisaje que aún nos anima a auscultar su significado, ayuntando enfoques y relatando hitos lustrosos de su historia, que se desgrana en tiempos y apostilla su fecundo tratamiento con toda la prosapia de los fieles contrastes y su empaque, desde el edificio que diera peculiar agitación, en la misma ciudad, a los compradores, tratantes de esta marca huertana.

Sin duda que el presidente de la peña "La Morera" de Casillas, Miguel Martínez Clemente, joven inquieto por la cultura etnográfica, por todo lo que signifique prestigio de su pedanía, intuye la gracia y el rigor que el nombre de su peña mantiene. Por eso mismo no le duelen prendas al poner sobre el tapete la necesidad de subvenciones y ayudas para potenciar la entidad. No está dispuesto a sestear simplemente y dar salida a unas cuantas fechas de contenido lúdico, como es colaborar con Murcia en el Bando de la Huerta. Cosa admirable y bien representada en la Carroza alusiva al "Busano de la Sea", y acudir cada año a los festejos de Casillas en honor del Sagrado Corazón de Jesús, en el mes de junio a través de actos folklóricos, etc. Para este presidente inquieto, la Peña, significa más, mucho más. Es la cita y lugar para la investigación constante. Comprende que hay que mantener una asidua labor de entusiasmo por vigorizar las tradiciones huertanas en general y las de Casillas en particular, tratando de recoger, por vía oral la crónica de la misma. Es encomiable el trabajo folklórico que se gestiona a través del Grupo de Coros y Danzas. El emplazamiento de "La Morera" queda ubicado en la calle de la Morera precisamente, viejo carril desde donde se denomina el castillo de Monteagudo como signo que alumbra este vergel que aún queda para quienes soñamos con la huerta que conocimos. Aquella de la que escriben nuestros escritores de siglos pretéritos, desde el autor de las Tablas Poéticas, a Jara Carrillo, Selgas, Vicente Medina, o que queda en los elogios de nuestros escritores del barroco, donde Polo de Medina es alimento constante para la recreación de aquel paisaje henchido de líricas secuencias. Todo un encanto que hay que ponderar, incluso otear en estas mañanas y tardes, cuando en el atardecer se intuyen los ecos de labriegos que cantan, acaso entonan cómo se va poniendo el astro rey, en tanto que caminan quedamente por el carril acostumbrado.

Pues bien, la Peña "La Morera" nace en el año 1983 bajo la inquietud de un grupo de huertanos que, con el asesoramiento de José Manzanera López, impone su carácter en el nuevo caminar y se ajustan las intenciones de unos estatutos que se aprueban el 12 de octubre de 1983, quedando bajo la denominación de Peña Huertana "La Morera", "Grupo social y cultural de coros y danzas Sagrado Corazón de Jesús".

Ya en su artículo 3º, se determinan los fines de esta Asociación, como son los de velar por las costumbres y tradiciones de la pedanía, promoviendo toda clase de actos de tipo cultural relacionados con la danza, recitales panochos, juegos, etc. Cuenta con asociados de número, de honor y simpatizantes y unos órganos como la Asamblea General y la Junta Directiva. Desde el año señalado viene funcionando y ello tiene su encuadre en todo un material específico en el que se significan los socios fundadores y la serie de actuaciones de su Coro, amén de otras representaciones que dan realce y son cauce de un buen hacer. Su presidente, hombre jovial y dedicado a su trabajo, intuye que a través de la Peña se puede provocar el entu-

siasmo en la juventud por la vieja cultura; la de los huertanos, la de sus mayores. De ahí el interés que mantiene por buscar los encuadres paisajísticos de Casillas, de los que recuerda espacios muy sugestivos donde ahora se instalan mansiones de otra índole, pues una cosa es el progreso urbanístico bien encauzado y otra la disolución del paisaje, llevando los chalés a los típicos y orgullosos bancales que antaño eran espacios donde los huertanos cavaban la tierra, labraban y hacían la trilla. De esto mismo nos da su visión el tío José "el Campusino", cuyo carril nos introduce en el atardecer a la casa del anciano.

Es casi de noche pero es un goce estar en la huerta, incluso sentir el calor de un agosto que empieza. Se van percibiendo las luces de las casitas que aún quedan deshilachadas por caminos por donde se huele a silencio y se multiplican las dulces sensaciones de la perdida huerta. Seguimos el carril que da nombre a este personaje que, con sus ochenta y ocho años, aún sigue y se refugia en el arcano lugar de su mente para mostrarnos las alabanzas de la huerta que le sirvió de sustento. Vive en una casita decimonónica con el aljibe cercano, aunque se encuentra triste por la enfermedad de su esposa Juana María Ros Castejón a la que cuida amorosamente. Es un lujo estar junto a este huertano de pro, ilustre hijo de Casillas, capaz de evocar el paisaje en el que vivió y los personajes con los que labró una amistad imperecedera, aunque se fueran más allá de las estrellas, y vaya de vez en cuando a acompañarlos al cementerio, en sus días precisos. José "el Campusino" conoce aquellos trajines espléndidos de la huerta antañona, cuando se caminaba y se cantaba, se llevaba a la novia y se recogía la mies en los meses de estío. Sabe que la huerta era la paz y el amor, la templanza y el eje de la vida. Su cultura, su tiempo cavilaba entre el sabor de cada día desde la siembra a la recogida y se regocijaba ante la naturaleza, ante el castillo medieval y en lo alto el Corazón de Jesús presidiendo, abrazando a todos, recibiendo el fervor de esta gente que bajo los faldones del monte mágico, le rezan para que siga la huerta, para que no se destroce más su organismo que es la vida y el todo, la energía máxima. Por la huerta han muerto sus hijos y por ella le sigue siendo fiel al paisaje.

Huertano antañón y singular el tío José, se espabila cuando se le incita a recordar la trilla, su faena, las canciones que ajustaba en cada tiempo. La trilla es el orden de la vida del huertano, la vieja épica de su labor, cuando rondaba los surcos de la era y se trajinaba en el interior de la era. Trillar era el momento fecundo del hombre y la mujer; estallido de tierra y olor a pan removido, presencia de los demiurgos del lugar en esta parafernalia que es como un mensaje, como una *sura* o un versículo de la Biblia.

Además, estaban las palabras de la huerta, el típico lenguaje que se queda en el surco de la voz cuando la mujer o el huertano atendía a la faena, cuando se acudía a la pitanza con el olor a migas y letanía del verbo empastado con el licor que argumentaba la mejor sabiduría de la vida. Era el momento para escuchar la voz oriunda y espléndida:

"Niñas de la huerta
ponerse flores,
que bajan del campo
los trilladores..."

El hombre en ese momento se carga de emoción y pone duende en su garganta para seguir:

"La parva está trillada
vamos a volver,
que las yeguas están cansadas
y no quieren correr..."

Queda la huerta entonando su plegaria de la noche, en medio de Casillas, donde se estruja la hidalguía y se apura el néctar de los bancales que se asoman en nuestro trayecto.

Dejo al hombre en su hogar, nos despedimos hasta nueva ocasión que será sin duda cercana, pues hemos tenido buenos propósitos de conversar sobre su pasado tiempo, hundido en la tierra de sus amores, agitándole el alma ante el paso del tiempo. Cerca de este personaje se intuye el sabor de la huerta que conocí hace ya muchos años, cuando merodeaba por una ruta entrañable de huerta y campo, asomándome a los senderos, buscando acequias y regolfos de molinos, untándome los pies del barro de los quijeros del río junto a sus cañaverales.

En el interior de la casa huertana se saborean sus objetivos que nos procuran la alegoría de una vida espléndida, fundamentada en el trabajo y el goce por la familia. A veces atisbo la zona del tinajero con sus acoples donde se da cita al agua, elemento básico. Era el sitio más ajustado al hogar, espacio para la petulancia femenina, místico, donde se asientan las tinajas pintadas de rojo de sangre, las jarras verdosas donde se "... *trasmana* el agua...", depositada en estos cuencos de gracia y soltura, a la hechura del huertano, agua retenida en los ombligos regordetes de las tinajas sobre las que se ponen los "tapaores", acopios femeninos, como los *"cubretapaores"*. Y cerca se encuentran los pequeños tinajones, el viejo *cocio* de las "coladas". Más aún, en este diorama del agua, rinconada elemental de la casa huertana, surgen las jarras de pie circular, o se da cita el botijo cálido del labriego, con formas zoomórficas que el artesano le otorga. Jarras de pie redondo o con doble asa y tapadera, oriundas de Ricote, o de formas ovoides y amarillentas dignas del obrador de Almería, sin despreciar el barreño, vetusto "labellum" romano, con fines lúdicos. Todo en este panel del agua recoge sonidos y sabores retenidos en el fondo de su vasija pergeñada con la enjundia del alfarero en su hacer de basto en las cercanías de Cartagena, o se informa en figura decorativas a modo del "pajarote" (pardalot Valenciano), que mantiene ecos de Blasco Ibáñez.

Esta es nuestra tierra, la de nuestros mayores que queda encajada entre límites de pedanías como esta senda amable y acogedora capaz de envolverme en una aventura de vieja Arcadia. Pues a todo efecto, se delata siempre el peso de la tierra blanda, agrietada, de tierra de "arrugaos salares de grama" que diría el escritor, que después el huertano es capaz de dejarla con sus "verdores que parecen macetas", aunque le cueste el sudor de su frente; la del cavador ejemplar al que hay que asomarse para evocar y vivir la fiesta y la plegaria de la huerta entera.

El huertano cavador, al que nos referimos, sacaba el arado romano para trajinar la tierra. Conocía cada pieza como el timón, la cameta, dental, reja, venilla, estelo, macerra, tarcón o pescuño y las ovejeras, con cuyos elementos uncía a las vacas, a los "tardos bueyes" del poeta, ayuntados por el ubio: signo de fidelidad. Encontramos al huertano con el legón, la corvilla y la hoz sobre el hombro, en la faena de la trilla, pues a *legonadas* se ganaba el pan y se vestía con el blusón negro para sus encuentros fidedignos.

La mujer se dedicaba a hilar, que ya el mismo Covarrubias (5) se refiere a la hilandera, significando que es la que *"hila, hilador de seda hilado, lo que hila en mazorcas y después se hace madejas, de allí ovillos; y de esta forma se lleva al telar y se reparte en urdimbre y estambres..."*. Y es de tal guisa cómo nuestros mayores hacían tal oficio, que el tejedor ocupa el centro de la armadura entre las dos bancadas. El telar carece de volantes, pasando a mano el mismo, la lanzadera a través de las urdimbres. Se admiran en el telar sus objetos, como rastrillo, peine o la estrella de ijulio delantero, cual el templé, la lanzadera, portacanillas y devanaderas con bastidor, con cuyo material se pergeñaban los cobertores, tan huertanos como elementales para la vivienda. Este cubría la cama y cerca quedaba el arcón, como mueble doméstico de enver-

gadura que formaba parte de aquel "*...rincón de ambrosía, donde se encierra toda la huerta...*".

Y en medio de todo esto el gusano de la seda. ¡He aquí la sustancia, el regocijo! La hermosura de algo que ha sido, que fue antaño y que hogaño deja de ser. Entrañable faena feminista cuyas manos servían de amoroso encuentro en el proceso de la metamorfosis del gusano en crisálida, fecundando una industria de altura y riqueza. Ahora el paisaje moreral deja mucho que desear ante el nuevo empaque huertano y la ausencia de sus viejas moreras, que consumaban el grato aroma del arca, al que se refiere nuestro gran poeta y escritor Jara Carrillo. Un aroma que nos sumergía en el cántico del agua y del fogón, en la alegría de la cosecha y de la trilla. Cuando se acicalaba la huertana con su traje esplendoroso y lucía su gracia con el moño de picaporte. Iba bella la zagala con su atuendo y el temblor de su mirada, ella que era el alma de la huerta, amante y fiel esposa. Se la veía venir con sus senos *alticos* y sus ojos como la endrina. Esperaba al huertano cavador y la plantación de la simiente de la morera, en el mes de febrero, cada 24 del mes, cuando se conmemoraba al Santo Patrón, San Matías y se procedía a la bendición de la semilla como rito esencial. Algo que frotaba el ambiente y sabía a fertilidad, que en este tiempo se rememora por la labor de la huertana que retoma su sagrada faena desde su anonimato y hace lucirse el esplendor de la vieja huerta. Consumo estas horas en el interior de la morada, evocando aquellas sagradas de la barraca, en cuyo ámbito se acuñaban los zarzos sobre cañizos adecuados, templados amorosamente, al amparo del lugar, entre los gusanos y las gloriosas hojas de la morera. Era el auténtico esplendor de aquella huerta que se trata de recrear y que la peña "La Morera" añade signos y categoría, empeñada en dar sentido a su función, en declamar el arte de su enjundioso pasado.

La peña de La Menta

Como hemos constatado Casillas ha sido rica en esta planta herbácea, vellosa y de fuerte olor que es la menta, familia de las labiadas que mantiene una calidad y potente dimensión en el quehacer de la pedanía junto con la aportación de la morera y sus fuentes de producción, ya que fue un cultivo de envergadura en las familias. Se puede decir que en los años setenta y ochenta no hubo familia que no se dedicaran al cultivo de esta olorosa y fecunda hierba que deja en sus rinconadas y bancales destellos de su aportación, incluso se puede observar en lugares determinados toda una maquinaria dedicada a provocar la esencia de esta planta que tanto ha significado para los casillanos, pues sabido es que su plantación se realiza en primavera, sus hojas se recolectan dos veces al año: la primera a inicios del verano y la segunda en otoño.

Imprime carácter esta hermosa planta por su textura y su versatilidad, sus efectos que deja en el ambiente al sentirse su perfume, apreciado en un intenso olor a menta cocida que se mezcla con el de azahar de nuestra primavera, que es cuando la huerta se deja caer en brazos del visitante y exporta su latido de fragancia y sensualidad hasta el punto que esta vieja Senda y ermita, lugar y encuentro, queda arropada por su calidad y vocación de huertanía fecunda y llena de folklore, pues en verdad que todo se aúna para fecundar el momento de sus festejos a finales de agosto, cuando la pedanía se da cita en torno a su Patrón el Sagrado Corazón de Jesús.

El vecino de Casillas ha sabido imprimir en esta sabrosa y olorosa planta todo el candor y magia que precisa, utilizándola como elemento básico en su cocina, como ingrediente de diversidad de platos que le otorgan sabor y prestigio para los que buscan variedad en el placer del gusto, saborear la comida en tiempos festivos, como a su vez la utiliza en la destilación de licores, fabricación de golosinas, infusiones y otros menesteres, que los tiene y en cantidad.

Se ha dicho por estudiosos que la menta ha ofrecido en estos pagos una recia dimensión, aportando excelente economía a las familias que en los años ochenta fueron pioneros en la destreza de su utilización de una planta mágica capaz de secundar todo un proceso para molturar su esencia y darle el uso debido, hasta límites indefinidos, cosa que lograron sus primeros labradores, hombres pegados a la tierra y pendientes de darle el cien por cien, de utilizar los resortes de estas hierbas de flores blancas y rosáceas tan diminutas como sensibles y fieles a su tratamiento. A lo largo del trabajo hemos ido dando, señalando los nombres de estos labradores que se dedicaron a sacar de la tierra sus ricos manjares y que tuvieron en la menta todo un filón de oro, que dejó garra en la crónica de Casillas y que fue decreciendo hasta mantenerse opaco en la actualidad.

No se ha orillado esta fecunda forma de industria y por el contrario se tiene en cuenta por la peña huertana de "La Menta" que nace el 1 de mayo de 1983, quedando asignada al grupo folklórico de "La Purísima". De tal forma cada 8 de diciembre se da cita la peña para sus actos litúrgicos de envergadura, dejando aportes de su buen hacer y fervor de sus componentes a la Virgen, en actos sucesivos como cele-

bración de una Misa y la clásica ofrenda floral que viene a constituir, como una entrega a Ella. Nuestra Madre, de los corazones que se unen en un haz de profunda admiración y amor, junto a la tradicional procesión de la Purísima por las calles de la población. De tal enjundia es la peña, integrada en la Federación de las Peñas Huertanas de Murcia, con sus propios estatutos que, como en la peña anterior, confirma la realidad de una asociación con fines culturales y de devoción a unas tradiciones que conforman el alma de Casillas, delata la necesidad de fomentar todo aquello que forma parte de la historia de la pedanía, evitando que se dejen en el olvido sus rasgos más elementales.

Ya se encargan de ello los ciento cincuenta vecinos que se ocupan de la peña, de su rondalla, y lo relacionado con sus actividades, en la que no falta la inquietud por secundar el teatro y otras formas estéticas dignas de tenerse en cuenta, como se integra en la misma el grupo folklórico "La Purísima", que trata de mantener vivas sus tradiciones de cantes y bailes, tan populares como los típicos boleros de la tierra, toda una aportación musical que va calando en la actividad de los más pequeños que cada vez se adiestran en el baile, a través del grupo infantil de la peña. Pero además la peña tiene a bien tratar de recoger y estudiar el atuendo de sus mayores, recopilar los trajes y piezas procedentes de los pasados siglos y que se han de custodiar, ubicándoles un espacio adecuado con fotografías y detalles dignos de tenerse en cuenta, como reafirmarse en el repertorio cancionero, recoger sus letras y dejar su legado en evitación a que se pierda, como se ha de intensificar el amor por la recogida de letras y canciones olvidadas.

Sabemos de la intensa actividad de la peña "La Menta" en sus actuaciones por España y el extranjero, llevando el nombre de la tierra al mundo, ello a través de diversas actuaciones folklóricas que dejan un buen sabor en los sitios por donde ha pasado, desde España a Francia y Portugal, retomando escenarios viejos y nuevos y dando razón de algo que Casillas lleva en su entraña: la razón de su cultura y de su rico acervo cultural mantenido a través de las rondallas y el coro de su grupo de baile. La ebúrnea sensación de sus canciones a lo largo de los ciclos festivos como la esencia de los Mayos en plenitud de la primavera, que es cuando abril termina y comienza el nuevo santoral de la vida en alegoría de evocación de la naturaleza en su nueva alegría.

Se mantienen los viejos escenarios del teatro en la representación del Auto de Reyes Magos de tanta tradición huertana y que ha de seguir en su camino para dar razón de sus cosas mas señeras, pero dedicándole el sabor de su espacio, dejando en el texto literario los giros que la pedanía acepta y vive cada año.

Hay algo especial que irrumpe como adorno en la peña y es la alegría que se aprecia e invade en sus recodos, en la presencia y estampa de sus actuaciones unidas a la belleza de sus mujeres, huertanicas que dejan con su porte y gracia la mejor de las señas de identidad de Casillas, como si el Olimpo de Zeus dejara caer en sus estaciones vitales, todo el embrujo de la hermosura de sus diosas que se dejan ataviar en el terruño con los atavíos gráciles y se despliega en ese momento todo un festival de reinas de la fiesta, dando colorido y belleza a sus aportes, señalando la egregia sustancia olorosa y sensual de sus figuras, émulas de las Vestales que acompañan siempre los hogares, pues estas bellezas de Casillas siguen emulando a las sugerentes adoradoras de Zeus siempre al tanto de la más bella, pues que las damas de esta tierra bien pueden emular los atributos de las seguidoras de Venus, cuando se hacen reinas de verdad y compiten con celebraciones de la Federación de las Peñas Huertanas. Son diversas las ocasiones en que las mujeres de la pedanía han sido elegidas damas de honor de la Reina de la Huerta. Ya en el año 2000 la Reina fue la Srta. María Teresa Carmona Párraga y la infantil del 2001, lo fue Almudena Rodríguez Calatayud, de la mencionada Peña, como la Srta. Raquel Ruiz Martínez ha sido la Reina de la Huerta del 2005, lo que prueba la calidad y pose de las mujeres de Casillas.

Todo un brote de enjundiosa prestancia que anima a los integrantes de la peña a competir cada vez más en los actos folklóricos que acompañan a aquella, procurando no orillar aquellas viejas representaciones que formaban parte sustancial de la pedanía, patrocinando actos relacionados con la Navidad y las diversas efemérides festivas, hasta tal punto de que los miembros que forman parte de esta Peña mantienen con honor y como seña de ella la Jota de La Menta, cuya letra es la siguiente:

"Somos la peña La Menta (bis)
Y les vamos a contar
Como se planta y se cría
La menta en el bancal. (bis)

Ya está la tierra arreglá (bis)
Y la menta en el bancal
Y mañana si Dios quiere
La tenemos que plantar. (bis)

Bien plantá y bien tapá (bis)
Ahora tengo que regarla
Y cuando le salga hierba
Ya tenemos que rascarla (bis)

En agosto segaremos (bis)
Para cocer y secar
Y las raíces dejaremos
Para volver a plantar (bis)

Allá va la despedía (bis)
Ya nos vamos del bancal
Hasta marzo si Dios quiere
Que volvamos a plantar" (bis)

Las peñas casillanas referidas a la morera y la menta afrontan la necesidad de la recuperación y defensa de las tradiciones de la pedanía, de todo lo que exige una reflexión sentida y extensa de los valores que siempre han estado vigentes en la población desde el siglo XIII, más aún desde que los pioneros de este lugar han ido tomando conciencia de su identidad. La vieja Cassiellas, ermita de Buendía, Senda después, que se relaciona con las vecinas entidades y se enmarca en un episodio de vida localista, conforma un espacio que esgrime su propia realidad encontrada y difundida a través de los pasados siglos.

Rincón de los González

Añoranzas otoñales por los recodos de Casillas

Se deja caer en el ambiente un aroma de viejas citas, encuentros que van suscitando ecos de un pasado lejano, acaso de voces que nutren con su verbo la semblanza más radical de esta pedanía en la que vamos dejando trazos, señalando hitos importantes y solicitando narraciones que compongan su alegoría sustancial.

Notamos en este tiempo otoñal cierta sintonía con la nostalgia, como destello de algo que vamos perdiendo como las hojas de los árboles que aportan una tonalidad tenue, como de insinuación de cosas que se apartan y retraen, sólo que nosotros cuidamos de que todo tenga su encaje y se guarden los recuerdos, aquellos que aún conservan sus mayores a los que acudimos para evocar su pasado.

Es cierto que la vieja Senda tuvo sus pioneros, hombre y mujeres que dedicaron sus vidas en esta tierra barroca, densa de bancales, ajetreada por el labrador que pasó lo indecible en su latido de cada día auscultando la sustancia de su destino. A veces nos convencemos de que merece la pena ir asimilando el tracto sucesivo de los recuerdos de sus personajes que, en su soledad de cobijo, aportan lo suyo en la crónica de su pueblo, porque sin estos hombres y mujeres no hubiéramos podido pergeñar esta historia de la pedanía, sin su viva presencia apenas se hubiera escrito algo de su pasado que se ciñe a sus recuerdos y sentimientos más profundos. En la pedanía se vuelca el latido de cada momento, en el pasar del tiempo que se acurruca a sus estancias. En el interior de cada casa, en el hogar de sus habitantes se acoge la verdad, la ocasión más significativa para recapitular una crónica de seres humanos, de habitantes que dejan el sabor de su legado abierto a quienes tienen la necesidad de saber, a quienes se entregan al escenario de sus vidas. Porque en plena calle Mayor que fuera senda apenas en los años treinta, se escarba la razón de unos personajes pioneros que escanciaron en su espacio el sagrado esfuerzo de unas vidas entregadas, rociadas con la sangre de sus esfuerzos.

La vida de Antonio Soler Serrano queda para constatar este alusivo esfuerzo comunitario por hacer de Casillas lo que hoy es, sin más embrujo que aportar su ilusión y consagrarse a la faena de cada hora. Desde 1923 en que nace, tuvo que adecuarse a las razones y sinrazones de la vida, acudiendo a la edad de siete años al colegio de don Ricardo, único que en ese momento existía en la localidad.

Entonces el maestro era un personaje tan importante como el médico o el curandero, como el sacristán o el párroco y diríamos que elemental para la educación de cuantos acudían a sus cuidos, pues eran exiguos y los más se habían de dedicar a las faenas de la agricultura, pues todo era poco para entregar la soldada a la casa donde la mujer conjugaba, a su vez, con su trabajo. Pero la escuela era otra cosa, morada del aprendizaje para avanzar en la vida, la que sería su caminar pausado y brioso atendiendo a sus principios y dando de sí todo lo que pudo. Recuerda el hombre ya en sus años de jubilación avanzada, aquellos encuentros con el maestro don Ricardo, una institución que habría de retener y alabar, quien tenía el hábito de estirarse las piernas poniéndolas sobre la mesa pero que trataba bien a sus alumnos, les dedicaba la debida atención y procuraba satisfacer sus inquietudes, en aquella clase de críos y mayores con sus largos bancos y la enorme pizarra en la que el maestro enseñaba. Antonio tenía que leer las gran-

des letras de su cuaderno con dibujos, en tanto en la clase cantaba con sus compañeros la tabla de multiplicar. De tal guisa enseñaba don Ricardo, que se le tiene muy en cuenta entre sus discípulos, como Antonio Soler, que en su mesa de trabajo evoca con nostalgia, en tanto mira hacia el paisaje y se dejan caer unas hojas de una recia morera que santifica el portal de su vivienda. Sus padres Antonio y María Serrano dedicaban su faena a llevar la casa adelante en aquellos años tan difíciles y en los que se tenía que multiplicar el trabajo para saborear un trozo de pan y leche de vaca, aunque las suizas todavía no habían llegado a la huerta.

Antonio Soler conoce cada avatar de la huerta, el hálito que se domina en su entorno y sabe, en su madurez, apreciar cada detalle de su pasado irreversible cuando con sus compañeros, labriegos como él, enlazaban cuitas de trabajo y de ocio. Precisamente el carril cercano a su vivienda tiene el nombre del labrador Basilio, al que recuerda gratamente y hasta con cierta melancolía por lo de aquellos años tan ricos en vivencias y el quehacer, diverso al actual, que como dice, con poca cosa se sentía uno feliz, sin los arrebatos que existen hoy. En realidad tiene razón Antonio que enlaza cuitas pasadas con Basilio muy relacionadas en los años treinta, aunando miserias de guerra con otras tribulaciones que la vida le ha otorgado, ello ante su propia realidad que matiza en rasgos de osadías y bonanza conllevadas con su mujer Concha Montoya Martínez, que como buena esposa le sigue fiel y comparte la conversación desde la sensibilidad del recuerdo. Quien desde el año 1950, fecha del matrimonio en Casillas, ha sabido repartir su vida en diversidad de lances, junto a sus hijos y hace enhebrar el pensamiento en escenas habidas con sus padres oriundos del lugar, el labrador José Montoya Serrano y María Martínez Buendía, que tuvieron nada menos que once hijos. Uno de ellos, Carmen, de singular belleza, falleció hace treinta y cinco años de cáncer. Don José como se le llamaba era excelente agricultor que se ocupó toda su vida en trabajar y apenas si dejaba horas para el ocio. Su rostro, pues lo he podido ver en una vieja fotografía, da para un relato por el carácter que refleja en su mirada que da prestancia y leal sabiduría, encajada su figura en la vieja casa de la huerta.

En estos avatares Antonio y su esposa dan cauce a viejas emociones sentidas al contacto con los relatos y forma de ser de Basilio que era de raza gitana, aunque desde muy niño fue adoptado por el tío Diego Sánchez, hasta que con el tiempo rehace su vida y se dedica a la cría de toros, hasta el punto de contar siempre con su presencia en cada festejo. Él era quien se ocupaba de llevar el animal a la plaza determinada y no se limitaba a ello, pues manejaba situaciones arduas en el burladero, como cuando tuvo, en una ocasión, tuvo que salir a la plaza y terminar con un toro que encerró convenientemente, algo que le dio fama de experto y entregado a su oficio, de tal modo que se le buscaba en las fiestas de los alrededores, pues hasta tal punto era el elemento esencial de tales espectáculos, como el que se desarrolló en la pedanía de La Cueva en el año 1920, en cuyo evento participa Basilio con toros de raza y se lidió el tema con gracia y eficacia, tanto que hemos logrado una coplilla de aquel suceso festivo que mantiene su picaresca y sabor:

"La Cueva ya no es La Cueva,
que es una grande ciudad,
¿cuándo se ha visto La Cueva
con plaza de torear?".

Era toda una figura este Basilio, cuyo nombre queda puesto en el carril que nos lleva a la auténtica huerta, por donde se ajustan unas viejas palmeras y se destaca el tronco de morera. Seguro que los hijos de este pintoresco labrador pudieron encumbrar su figura, pues se dedicaron a los toros, como a "cubrir vacas", sin menospreciar otros oficios, hasta que llegaron las vacas suizas de leche, que esto es para discurrir en otro capítulo, debido a la utilidad que proporcionaron en la población.

Son cuitas y relatos de algo que sigue latente entre los agricultores, se deposita en los rincones de la mente para dormitar y dar en su momento los frutos necesarios para quien pueda recoger estas narraciones inéditas pero precisas y oportunas siempre. Y es que Antonio Soler no rechaza cualquier insinuación para delatar espacios de crónicas olvidadas y sentar su sencilla aportación, en tanto que se deja escuchar cancioncillas de críos que han salido de alguna escuela cercana. Porque nada hay viejo ni nuevo, pues el sol sale para todo el mundo y mejor aún, el pasado queda filtrado en el corazón para darse en su momento, algo que no puede dejar como su época dichosa de sus trece años trabajando en la ganadería, pues había de cuidar dos novillas que compró por la cantidad de quinientas pesetas, con la finalidad de domarlas a su edad oportuna para la faena de la labranza. Pasó seis años en esta situación hasta que tuvo que arrimar el hombro en la guerra civil tan denigrante como espantosa. De ello da debida cuenta y se agarra a los detalles más absurdos y delirante cuando tuvo que observar el dislate de la quema de imágenes y afrontar el trance de los famosos "paseillos", deteniéndose sus ojos en viles asesinatos de sacerdotes y hombres de bien que conoció. De lo primero, es decir de la quema de efigies sagradas, tiene referencia de que se evitaron en algunas ocasiones al ser sepultadas por los vecinos en bancales, o depositadas en pozos y tinajas, como las que se pudieron salvar merced a los Meleros, buena gente que se lanzaron a evitar tal monstruosidad y que por ello sufrieron el martirio. Tres hermanos que Casillas evoca con nostalgia y deben inscribirse con letras de oro. En aquel tremendo trance que se hace pesadilla para quien esto escribe, pudieron recogerse imágenes tan bellas como un Corazón de Jesús, un San José, una Purísima Concepción y otra efigie de la Virgen de los Dolores, que fueron acurrucadas en un carromato y depositadas en la Catedral murciana, gracias entre otros a la "tía Basilia" que introdujo la imagen de la Purísima en un horno, ello hasta que terminó la guerra, pues que de estas anécdotas pueden esgrimirse una multitud donde se nota el fervor del huertano por sus santos patronos, que sabe respetar y guardar, defender con su propia sangre como lo hizo en la gran conflagración que nos llevó a la cifra de un millón de muertos.

Hablar de estas cosas nos hunde en recoletos y fricciones desajustadas que ya a nada conducen, pero en todo caso a Antonio le provoca expansión tornar a aquella época y aducir sus posturas en tales incidentes, porque los vivió y conoce detalles que no son para contar como los asesinatos de los hermanos Melero y de otros que fueron vilmente martirizados, sólo que conviene por el momento adentrarnos en la vida de nuestro labrador, siempre atento a cuitas y escenas de aquella época una vez que pasa la guerra y se dedica a una actividad febril para recabar recursos necesarios para su familia. De aquel momento reconoce que apenas existía en la pedanía zonas que hoy se señalan como básicas, pues la calle Mayor era un camino y se mantenía la Vereda de La Cueva como lugar de paso de ganado, lo que era habitual en la zona marcada por una singular cabaña ganadera.

Antonio Soler sabe de sus cuitas y trabajos, de lo que le ha costado seguir adelante y contemporizar, pues se las tenía que ver con situaciones vidriosas hasta que pudo dedicarse, en su madurez, a las faenas típicas de la huerta, en la granja que formó con cerca de cinco mil gallinas que cuidaba, ello sin perjuicio de desarrollar otras actividades relacionadas con la ganadería y cría de cerdos.

Es lo cierto que el labrador dedicó su atención últimamente al cultivo de la menta, pues en este sentido es pionero en los años ochenta, entregándose con mimos a producir la esencia de la misma que servía para diversos menesteres como sabemos y ello hasta que los nuevos métodos industriales dio al traste a esta industria que se realizaba manualmente y dentro del aporte de una integral artesanía. A la vez dedica atención, en sus últimos momentos de actividad profesional a los cítricos, exprimiendo el limón para sacar su esencia, utilizando el método clásico y en el que la principal mano de obra era de las mujeres, pues hasta cuarenta y siete trabajaban en su fábrica que con su método consistente en partir la

fruta, cortar las cáscaras que se encalaban en agua con la suficiente cal y una vez secas eran las manos femeninas las que se encargaban, con cuidado de exprimir la esencia del limón, ello se hacía con los mimos y la paciencia que sólo la mujer puede lograr hasta recoger tres kilos en ocho horas, algo que fue completamente superado por el nuevo tinglado de la máquina, capaz de pergeñar mil kilos en ocho horas.

De todas estas cosas nos habla el labrador que junto con su esposa va alimentando su quehacer en faenas de su jardín, en tanto que su mujer Cecilia Martínez no ceja de coser apartada de su marido. Ahora es otoño y han dejado sus salidas a la playa con sus hijos, quedan en el hogar donde todo permanece en su sitio y pueden otear el álbum de fotografías de sus hijos y nietos, y es en ese instante cuando sus ojitos desgranan unas lágrimas, al enseñarme la fotografía de su hermana Carmen Montoya Martínez, un bello rostro de mujer en su plenitud de edad y que falleció de cáncer hace treinta y cinco años.

La mañana está gris y comienza a caer una débil llovizna. En la huerta de Casillas se escancia un ambiente sutil, agradable en este mes donde el otoño va dejando rasgos de silencios y los crepúsculos se alargan, como indicando que se acerca el tiempo de la nostalgia y del hogar. Pero se siente el trajín de una vida que se nota y deja su sentido en la misma calle, en las cercanías y en las *placicas* que mantienen su estilo propio como en la contigua a la iglesia donde se mantiene el icono fundamental del blasón que una vez alguien lo robara para después tornar a su sitio, donde nunca debió salir. Este blasón es el signo de Casillas y junto a él se escancian los nombres de los pioneros de la pedanía. De vez en cuando me acerco a esta plaza y contemplo el paisaje que se relata en su entorno. Desde allí mismo presiento el calor y la generosidad de los hombres y mujeres de la pedanía, de este lugar de encanto al que nos acercamos en una ocasión para dedicarle unos artículos y unas acuarelas.

Naturalmente mucho ha llovido desde entonces en que en los años setenta tuve que pregonar sus fiestas y queda un recuerdo de esas fechas. Mucho ha progresado la población merced al enfoque de sus alcaldes que desde la democracia constitucional han ido plasmando focos de servicios y dando solución a las demandas de sus vecinos. Esto hace que desde estas páginas se recuerden y dignifiquen desde sus posturas y enfoques diversos que coinciden en la entrega de cada uno de ellos al bien de la pedanía, lo que se cifra en una serie de servicios que el vecino asume y mantiene, disfruta y conoce.

La verdad es que Casillas ya no es Casillas. Es simplemente una pedanía con su personalidad, con su paisaje que atrae y se mantiene en su vigor, aunque el progreso, como es natural, se adueñe de su espacio de huerta para seguir construyendo zonas de expansión, que ha de hacerse con la debida forma y sin deteriorar el entorno, respetando parajes dignos de ser recogidos. Sobre todo actuando de manera racional y planeada, pues en caso contrario se nos irá nuestro auténtico espacio vital paisajístico al que tenemos derecho. Nos consta que sus ediles tratan de enfocar los problemas de sus vecinos con unas líneas de actuación sincera, retomando el pasado, buscando el eco de la identidad de la pedanía, cultivando los valores más significativos con el fin de que la juventud pueda asimilar la tradición, la de nuestros antepasados huertanos, evitando que el progreso arrolle aquello que aún mantiene una huella de humanidad. En este sentido el escritor de estos retazos de Casillas que son ecos de su gente mayor, desea que este lugar de huerta de tanta enjundia recargue tintas sobre su pasado y alimente a sus vecinos con el aliento de la colectividad, con lo que antiguamente se decía formaba parte del común, algo sobre lo que volveremos en cualquier oportunidad que se nos brinde para cantar las glorias y bonanzas de la Senda de Casillas, vieja ermita de Buendía, con sus sendas y rinconadas que se juntan con el verbo de sus habitantes.

31

Crónicas del pasado y presente de Casillas

[Recogiendo la alfalfa]

Casillas se ha formado al compás de un impacto personal, lo que fue se configura en un haz de servicios programados desde las demandas de su población persistente en mantener una identidad. Esto es lo importante de esta zona huertana, de núcleo de huerta *"...acaso perdido en ese otro mayor que se llama Puente Tocinos..."*, como dijo en su momento el Alcalde murciano, Clemente García García.

Nosotros nos asomábamos por el año 1977 por esta Senda de feraz huerta. Nos entusiasmó su paisaje y lo pintamos, también hicimos unos apuntes literarios en base a nuestras vivencias y se nos metió dentro la naciente pedanía, separándose de Puente Tocinos en el año citado. Ello se hizo posible ante la convicción de un Alcalde pedáneo sensible y trabajador, capaz de remover el mundo y lidiar los más bravos toros para conseguir su empeño. Lo hizo perfectamente, se recorrió a pie caminos burocráticos y contó a la ciudad la hermosura de su núcleo huertano con su gente ganadora y laboriosa, llevando a la

urbe el sabor de sus huertos y de la menta, describiendo con su jerga de huertano y panochista la calidad de su tierra, cuando dice:

"Como presona de lletras
y cabezón de familias,
de este rincón güertano
que és la Senda de Casillas".

Hasta tal punto deslumbraron sus acciones que el Consejo murciano accede a esta independencia de Casillas, cuya tesis le entusiasmó al mismo Clemente, que dijo:

"...queremos hacer visible su desarrollo urbanístico, dicho de otro modo, lograr para Casillas un hábitat más agradable y acorde con las exigencias de hoy...". Ello se hizo con toda honestidad y se reforzaron sus servicios que iban desde un buen saneamiento de agua con el cimbrado de su acequia, hasta la pavimentación de sus calles y mejores medios de comunicación que, en cierto modo son las cosas a las que aspiran sus alcaldes pedáneos, buscando en otro instante ser la voz de su gente, pisando por sus tierras y oteando sus necesidades. Y todo ello se centraba en la misma población, sin necesidad de recurrir a la zona vecina. Se puede afirmar que los proyectos del Alcalde Ángel Martínez Martínez, pionero en esta lid, alcalde "andarín..." "¡que no puede estar parao!", como indica un excelente panochista de la pedanía, Manolo González, se pusieron en marcha y se resolvieron con eficacia, todo lo referente a escuelas, señalizaciones, urbanismo, alcantarillado, entre otros muchos que se han ido restableciendo a o largo de los años.

La verdad es que el panochista Manolo González, personaje ilustre de Casillas, agricultor de nacimiento, hombre de bien, lo dibuja en sus muchas chanzas, en las que siempre halla un instante para elogiar su figura, pues en su lenguaje específico le tilda de alcalde brillante que... "no puede estar parao..." que, "...como el gato que tira la olla, va siempre en balao...", que "no se le pegan las sábanas, porque duerme destapao...", y que por eso... "Ba despainao..." y que "pide más que las monjas de Jesús Abandonao...", aunque, por supuesto no deja de tomar nota, lo que es lógico, de ciertas críticas a su figura, por lo de tirarle algún puro... "que tabía no se ha fumao..." y también: "aunque eso sí, la solera se quea en el sitio que a empezao".

La pedanía surge desde el impulso de sus mayores, se va acoplando a la ecuación del progreso, utilizando sus resortes, fortaleciéndose en base a ilusiones compartidas y se van renovando sus puntos esenciales que la enmarcan, como su templo y espacios urbanos, aunque vayan desapareciendo otros de gran hondura, pero su gente la siente y se untan de su hermosura cuando un casillano ausente le canta y la evoca:

"Desde la Cruz hasta La Gloria,
entre Monteagudo y
Puente Tocinos,
es mi Casillas
perpetuo vergel,
trozo de cielo,
lindo nido
bordado de ruiseñores..."

Se cuenta con el desprendimiento de los vecinos, oriundos del lugar para entregar tierras en aras de construcciones comunales y se va gestionando todo un patrimonio de este nivel, donde la juventud

cuenta con un campo de fútbol y otros servicios de gran calidad. Es como va creciendo la pedanía y se renueva su templo parroquial.

El primitivo templo estaba dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, fue por los años cincuenta del pasado siglo, cuando se ponen los cimientos de la iglesia, con un "pegote de cemento" y los nombres de sus iniciadores metidos en una botella, siendo Andújar el maestro constructor, quien se las tuvo que ver para cobrar los sucesivos gastos de la obra, que por cierto se sacaban de suscripciones vecinales que echaban al célebre pañuelo, que se llevaba de casa en casa, pidiendo para esos efectos, lo que se conseguía, con el aliento a su vez de Joaquín Esteban.

Varios años después, en el año 1996, con la llegada del nuevo cura don Antonio López Lax, se tiene la ilusión de construir unos salones parroquiales, y después una nueva iglesia. Forma una nueva junta económica, para trabajar y recaudar fondos de diversas maneras, como la tómbola en las Fiestas de Casillas, con muñecas que las mismas mujeres del pueblo vestían con unos trajes maravillosos, muy bien hechos, rifas, cenas, subastas, etc.

En el año 1999 con la obra de la iglesia levantada y cerrada, fallece el cura don Antonio López Lax. Se vino abajo el cúmulo de anhelos puestos en la renovación del templo parroquial, aunque con la vuelta de don Manuel Hernández Robles se siguen las obras y a su vez dimite parte de la Junta por no querer seguir el cura con la terminación de la iglesia como estaba convenido en el proyecto inicial. Continúan las obras con sus dificultades, y se vuelven a encauzar con la presión del nuevo cura don José Alberto Cánovas Sánchez, que fue sin duda quien termina la obra, que finalmente fue inaugurada el día 7 de diciembre de 2003, con la presencia del Reverendísimo Sr. Obispo de la Diócesis de Cartagena y Murcia don Manuel Ureña Pastor, el Alcalde de Murcia don Miguel Ángel Cámara Botía, junto con el Alcalde pedáneo y la Junta Municipal de Casillas.

Cuentan ya los vecinos con un hermoso templo con sus dos torres gemelas que se observan desde diversos lados de la pedanía. Un templo que ha brotado por el tesón de sus habitantes y de sus regidores eclesiales, pues a la sazón han pasado por la iglesia once curas cuyos nombres forman parte de su esencia, por lo que es de justicia mencionarlos, y que a partir de 1953 se relatan los siguientes: don Ángel Marín Valero, don José Sánchez Ramos, don Ginés Cerón, don Luis Jiménez Casalins, don Cayetano, don Serafín Martínez, don José Sánchez Ramero, don Manuel Hernández Robles, don Antonio López Lax y don José Alberto Cánovas Sánchez. Todos ellos son ejemplo de un actuar digno de recordar y agradecer, hombres entregados a su misión, a su catequesis, como el actual don Ángel Soler Larrosa, que sabe encauzar a su pueblo por el buen camino, sentando bases de convivencia desde la ética cristiana que dirige, señala y describe el camino a seguir por los feligreses.

Se amalgaman nombres y brotan esperanzas nuevas ante todo este resurgir de Casillas en su completa entidad que, desde el año 1977 hasta el 2007 recorre un camino lleno de logros, de venturosos momentos de asunción de facetas nuevas muy relacionadas con su devenir edilicio y de servicios públicos, junto a la impronta que se perfila en su atuendo urbanístico, donde se nota su programación en sus nuevas plazas y edificios que hacen grata la vida, pues como nos indica su panochista Manuel, en este sitio se vive mejor que en ninguna parte. Puede que tenga razón pues no hay más que salir a sus carriles para enrolarse en cuitas de paisajes y donde la vida asume un perfil de cordialidad, dado el sentido acogedor de sus habitantes, su amable compostura con el forastero. Y es que ha nacido a lo largo de estos años todo un fragmento de armonía y sensible adaptación a la vida remodelada, ello por la calidad de sus pedáneos que le ha ido otorgando personalidad y carácter.

Pero Casillas como las demás pedanías ha ido superando momentos difíciles de raigambre política, como el instante de la Transición, como forma de enraizarse en el nuevo giro de la democracia en vía lógica de la vida compartida, frente al sistema anterior, siendo tolerante con las versiones de los partidos políticos que, pese al enfrentamiento de ideas, sin embargo, por lo que afecta a la pedanía, han sabido aunar criterios y entregarse a eso tan bello y necesario que se llama el bien de la comunidad, ladeando intereses de poder y sintiendo la tierra por la que hay que seguir luchando.

En la pedanía predominan los dos partidos políticos más importantes: PSOE y PP en los últimos años, cada uno con sus siglas que se remontan a viejas apetencias que tratan de imponer sus valores éticos, pero nunca enfrentados con el sentimiento del pueblo, con la defensa de sus tradiciones y de su forma de ser, dando potencia a sus fiestas tanto religiosas como cívicas, retomando argumentos pasados que estaban en un estado de latencia, pero que ahora, con los sones de una libertad marcada por nuestra Constitución de 1978, da brotes de identidad en nuestros pueblos. Una normativa superlegal que proclama el estado social democrático con base en la Monarquía, donde los derechos se explicitan, como la pluralidad de nacionalidades en un espíritu total de unidad española, que es lo que tratan de decapitar quienes hundidos en la hiel y el encono buscan fórmulas federalistas para romper la tan valiosa unidad de la patria, algo que hay que evitar a todo trance luchando desde el puesto que a cada uno le corresponde, porque nuestra España comprende diecisiete autonomías que conforma su latido y su crónica histórica unida a los otros pueblos, enraizados en un espíritu común de tolerancia y solidaridad. Nunca se puede equiparar autonomía con soberanía, concepto este último que nos retrotrae a episodios de nuestra historia moderna que fueron resueltos por la actividad de los Monarcas Católicos, cuyas figuras se agigantan en esta hora de efemérides y reflexión objetiva. De todo esto habría para mucho más pero nos interesa dar cuenta del espacio de tiempo que esta pedanía de Casillas ha estado luchando para integrarse en su realidad presente.

Ciertamente que los pueblos, los núcleos y villas surgen por la presencia de pioneros, de un personaje que lucha a favor y la hace crecer. Al personaje lo conocemos. Sabemos de los días de trabajo de Ángel Martínez Martínez y de sus hombres para gestionar la independencia de la pedanía. Se hizo, nació del núcleo huertano una entidad jurídica propia con servicios y autónoma. Pero había que consolidarse, lo que fue provocado por la serie de trabajos y vocación de una población que ha sabido asumir su pasado, pero que sabe comportase ante su futuro. Esto es importante. Casillas, la distinta zona huertana consciente de su vocación, ha sabido desde la tolerancia y el sentido leal a la Constitución española, dar cabida a moldes políticos requeridos por el pueblo, votando libremente en las urnas, para regir su destino.

Sí, es que la nueva forma política ha sido un tanto dura y no se ha sabido digerir por propios y extraños y que como dice su panochista, Manolo González:

"Ha llegao la democracia
y con ella la remataera
ya a hecho tó piazos,
como una longaniza seca,
y cá uno ha partío por donde ha querío
Popular, Pesoe u izquierda,
y cuando se reúnen en palbá
en el salón de la escuela
aquellos que chillan más
son los que tienen más juerza
a llevar el gato al agua
pero amarrao con su caena,
pero no seamos tontos
que Casillas es pequeña
y si no vamos tós uníos
no se descubre América
y nos quearemos en los praos
si no viene alguno y los hecha...".

Buena filosofía la del agricultor Manolo González Martínez, que mucho tiene que decir en los más importantes eventos históricos de la pedanía, pensador sobre el paso del tiempo y de la faena en que se mece la población cuya sola ansia es vivir en paz, estrechando lazos y trabajando para sus familias. Por eso apela a la unión frente a la desunión de quienes gobiernan, muy a pesar de sus ideas y modelos de futuro.

Son seis los alcaldes que han pasado por Casillas cuyos nombres constan en el acervo popular y son ilustres hijos de la pedanía como Ángel Martínez Martínez, (PP); Juan Antonio García Hernández, (PSOE); Consuelo, (PSOE); Ángel Gálvez, (PP); Fuensanta Aranda López, (PP) y Serafín Muñoz García, (PP).

Seis nombres que ocupan una categoría señera y que pueden se considerados hijos predilectos de Casillas. Fue en 1977 cuando sonó la voz sensible de Ángel Martínez Martínez en forma de pregón, a los asistentes que pudieron disfrutar de su palabra henchida de querencia a su amado pueblo, lanzando a los cuatro vientos su *"proclama festiva"*, todo ello en son de agradecimiento a las personas que habían trabajado en beneficio del progreso de Casillas.

Si por sus obras los conocéis, bien se puede acudir a Casillas para ver y comprender el trabajo de sus seis alcaldes pedáneos, observar la huella que han dejado en su espacio y sentir el anhelo de colaboración por esta entidad que cuenta con treinta años de vida propia, con un pasado de huertanía que se pierde en los efluvios de nuestros primitivos repobladores, en los contagios de las viejas Ordenanzas que nos hablan de aguas vivas y muertas, de acequieros y consejo de Hombres Buenos que emulan al Tribunal de Aguas de Valencia, como de acequias y molinos en sus regolfos de aguas quietas. También nos evocan litigios entre viejos huertanos que venimos reseñando; unos personajes que dieron lustre y se sacrificaron por esta encuadre paisajístico, rodeado por la fecunda huerta murciana, entre Monteagudo y Llano de Brujas, pero contenido entre su término envuelto en carriles y casas, sendas y palmeras, chalés nuevos y placetas limpias y que dan curso a la nueva vida que se va filtrando en su cuerpo orgánico.

Bibliografía

Bibliografía

JOSÉ BELMONTE SERRANO. "Arturo Pérez Reverte. (La sonrisa del cazador)".

FULGENCIO SAURA MIRA. "Subyugado por mi tierra".

P. RICHTER. "Historia de la música".

LICENCIADO CASCALES. "Discursos históricos".

COVARRUBIAS. "Tesoro de la Lengua Castellana".

Obra literaria

Sería prolijo hacer una enumeración de los trabajos literarios de este autor, ya que su obra se desarrolla en artículos diversos, pregones, presentaciones y libros.

En su etapa, tanto de colegial en los Hermanos Maristas, como en la universitaria, se refleja su inquietud por la literatura, colaborando en la revista "Devenir", de tanto abolengo, como en "Noria", en unos momentos difíciles y sensibles de nuestra historia patria.

En calidad de articulista, son amplios los trabajos que publica en el Diario Línea durante los años setenta del siglo XX, como los referentes al "Aspecto estético del urbanismo", "El hombre y su dimensión", o "Murcia noticia", publicados en el año 1973, que, junto con otra larga serie referente a aspectos urbanos y encuentros con la ciudad, entre otros, dejan constancia tanto de la inquietud literaria como pictórica del mismo, ya que los trabajos se adornan con personales apuntes trazados con la rapidez de la vivencia tenida.

De esta guisa se suman series de artículos en la prensa; tanto en el Diario mencionado como en la Hoja del Lunes, sobre escorzos murcianos y referencias a los pueblos de nuestra región, quedando tratados todos los municipios en sus páginas.

De esta época es la serie de trabajos de investigación que sobre el Concejo de Totana se publican y que, reunidos, podrían formar un extenso libro sobre el tan interesante concejo murciano. Los referentes a Aledo se consignan en el mismo Diario mencionado y en los años setenta del pasado siglo, como son variadas las portadas publicadas en los extraordinarios de Línea, en fechas de Navidad y Semana Santa. Fruto de ello es la consecución en 1976 del Premio Nacional de Periodismo "Martínez García", sobre la serie publicada en el mencionado periódico sobre "El Monasterio de los Jerónimos: el Escorial murciano". De la misma época es la consecución del premio de la Diputación sobre un trabajo del "Alcalde Pedáneo".

Publica con intensidad trabajos de investigación histórica en la Revista Murgetana de la Academia Alfonso X el Sabio, de Murcia, durante los años ochenta, recreando temas en torno a Alcantarilla y su término local, como diversos aspectos del siglo XVI, lo que le vale ser designado en 1976 Académico Correspondiente.

No sólo desarrolla su actividad literaria en la prensa y revistas de carácter histórico, sino que colabora en publicaciones de su profesión de Secretario de Ayuntamiento, en boletines y revistas especializadas en urbanismo en orden a la competencia municipal y los Planes de Urbanismo que en el momento estaban en actualidad, asistiendo en Madrid a un curso sobre Planeamiento Urbanístico.

Es ardua la actividad cultural desarrollada en el municipio de Alcantarilla a través del Boletín Informativo municipal, en cuyo apartado "Anales de la villa", investiga sobre el municipio a partir de la época moderna, dejando un amplio texto literario sobre el desenvolvimiento de la villa. De esta época data la creación de la Revista Cangilón de la que es director, obteniendo por ello el primer Premio "Cangilón", en 2001.

Es autor de diversos trabajos en revistas especializadas sobre festejos de los pueblos murcianos. En calidad de pregonero, en el año 1996, realiza el Pregón de las Fiestas de Primavera en Murcia, siendo publicado en la misma fecha. Ha sido pregonero, a su vez, de las Fiestas de Fortuna y de Ceutí, respectivamente.

Colaborador asiduo de la Revista murciana del Entierro de la Sardina, cuenta con un amplio repertorio de textos sobre esta materia.

En la Revista de la Asociación Cultural "Musá Ben Nusayr" de Abanilla, colabora asiduamente con artículos etnológicos, a los que acompaña con extraordinarias acuarelas y óleos que han servido para ilustrar portadas y carteles anunciadores de fiestas.

Entre sus libros publicados, y por orden alfabético, hay que señalar los que siguen:

"Alcantarilla, tradición e historia". (1978). (Ayuntamiento de Alcantarilla).

"Aspectos Mágicos de la villa de Fortuna", con preámbulo de José Luis Castillo Puche. (1995).

"Al encuentro de Proust". (2000).

"Apuntes de Ceutí". (2001) (Ayuntamiento de Ceutí).

"De la vida pasada de Fortuna. Paisajes y figuras". (2006) (Ayuntamiento de Fortuna).

"El Encanto de la Senda de Casillas" (1977). Pendiente de nueva edición ampliada.

"El Huertano del año". (1994).

"Evolución histórico-jurídica del municipio de Fortuna desde el siglo XVI al XX". (1996) (Ayuntamiento de Fortuna).

"Fortuna: paisajes y figuras (de la vida pasada)". (2007). Ayuntamiento de Fortuna.

"Murcia: encuentros con la ciudad". (Editada en Málaga, 1975).

"Pasión y primavera murciana". (1976).

"Pedanías del Campo de Molina de Segura". (2002). (Ayuntamiento de Molina de Segura).

"Pedanías murcianas de huerta y campo. Tradición y futuro". (1999) (Edición K. R.).

"Por las tabernas de Alcantarilla". (1980).

"Saura Pacheco". (1982).

"Subyugado por mi tierra". (2004). Pictografía.

"Una mirada sobre el barroco". (2005). (Azarbe).

"Viajes por la pedanías de Abanilla". (2006). Ayuntamiento de Abanilla y Asociación cultural "Musá Ben Nusayr".

"Viejas almazaras de la villa de Fortuna". (1994). (Ayuntamiento de Fortuna).

"Viejas posadas de la villa de Fortuna". (1997).

"Vivencias de Fortuna". (1993). (Ayuntamiento de Fortuna).

Como prologuista ha realizado varios, entre los que destaca el del libro "Luis Sánchez Guerrita (Semblanzas de un torero)", de Ángel Luis Riquelme Manzanera.

Entre otras obras pendientes de publicación conviene citar:

"Por pueblos de Albacete y Murcia", "Viajes por el extranjero", "Vivencias cervantinas", ilustrada con 200 dibujos, "Ensayo sobre aspectos etnográficos", y "Soliloquios con mi sombra".

REEDICIÓN DIGITAL DEL LIBRO EL ENCANTO DE LA SENDA DE CASILLAS, EN EL CUARENTA Y CUATRO ANIVERSARIO DE CASILLAS COMO PEDANIA 1977-2021

EL ESCUDO DE NUESTRO PUEBLO, HOY EN LA PLAZA DE LA IGLESIA, recoge nuestra historia labrada en la piedra, como Lugar de Casillas o Ermita de Buendía. Es el escudo que había en la casa solariega junto a la Ermita de Buendía, en él se recogen muy claramente: la palmera, la anguila, la flor de lis, la morera que nos recuerda las moreras de esta tierra y la crianza del gusano de la seda, todo ello enmarcado con diez aspas, en la cabecera un casco de caballero y en el final una calavera, todo espléndidamente adornado para darle mayor relevancia, si ello es posible.